

LUIS NIETO DEGREGORI

CUZCO

después del

Amor



P E I S A

LUIS NIETO DEGREGORI (Cuzco, 1955) estudió Literatura y Lingüística en la Universidad Patricio Lumumba de Moscú. Actualmente es investigador del Centro de Educación y Comunicación Guaman Poma del Cuzco. Ha publicado los siguientes libros de cuentos: *Harta cerveza y harta bala* (1987), *La joven que subió al cielo* (1988), *Como cuando estábamos vivos* (1989), reunidos luego en *Con los ojos para siempre abiertos* (1990), *Señores destos reynos* (1994) y el cuento infantil *La ciudad sumergida* (1992). También es autor de *Fuego del sur* (1990), publicado conjuntamente con los narradores cuzqueños Enrique Rosas y Mario Guevara.

Su labor literaria ha merecido varias distinciones, entre las que destacan el premio de la VII Bienal de Cuento Copé/Petroperú, por "María Nieves", y el premio César Vallejo, otorgado por el Suplemento Dominical de *El Comercio*, por su cuento "Gabrielico, ángel del demonio"; ambos incluidos en *Señores destos reynos* (1994).

Como fruto de su labor de investigación en el Centro Guaman Poma del Cuzco, ha publicado, en coautoría con Inés Fernández Baca, el libro *Nosotros los cuzqueños. Visión del progreso del poblador urbano del Cuzco* (1997). Algunos de sus cuentos han sido traducidos recientemente al inglés y al francés.

*Cuzco después
del amor*



Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
Kahle/Austin Foundation

*Cuzco después
del amor*



LUIS NIETO DEGREGORI

Cuzco después del amor



Lima / Perú

Cuzco después del amor

© Luis Nieto Degregori, 2003

© Ediciones PEISA S.A.C., 2003

Av. Dos de Mayo 1285, San Isidro

Lima 27, Perú

peisa@terra.com.pe

ISBN: 9972-40-131-6

Prohibida la reproducción parcial o total del texto
y las características gráficas de este libro. Ningún párrafo
de esta edición puede ser reproducido, copiado
o transmitido sin autorización expresa de los editores.

Cualquier acto ilícito cometido contra los derechos de propiedad
intelectual que corresponden a esta publicación será denunciado
de acuerdo con el D.L. 822 (Ley sobre el Derecho de Autor)
y las leyes internacionales que protegen la propiedad intelectual.

Diseño de carátula:

PEISA

Fotografía en la carátula:

El baile, de la serie Adán y Eva (2001),
obra de María Cecilia Piazza.

Composición y diagramación:

PEISA

Impresión:

Metrocolor S.A.
Lima, Perú

Este libro es vendido bajo la condición de que por ningún motivo,
sin mediar expresa autorización de los editores, será objeto
de utilización económica alguna, como ser alquilado o revendido.

Hecho el Depósito Legal N° 1501082000-2843

PRIMERA PARTE

A mis hermanos,
que supieron matar a tiempo, felizmente,
mi vocación de cantante, pero no hicieron lo mismo,
lamentablemente, con la de contador de historias.

A Ignacio,
agradeciéndole su cariño y hospitalidad.

PRIMERA PARTE

1

Para que los ojos no se acostumbren a la belleza de una ciudad hay que alejarse de ella de tiempo en tiempo. Es lo que, en cierto modo, él pensaba hacer: mantenerse alejado del Cuzco una larguísima temporada. Así, al asomarse a la ventana de su habitación, sentiría de nuevo placer en la contemplación de la ciudad que se extendía a sus pies.

La casa en la que vivía y de la que desde hacía unos meses era propietario estaba en uno de los antiguos barrios incas, el de Carmenca, rebautizado por los españoles como Santa Ana. El barrio, en su mayor parte, estaba conformado por casas de arquitectura mestiza y aunque no era tan pintoresco como San Blas, tenía una ventaja que él sabía valorar: las dos iglesias de la plaza, la catedral y la Compañía de Jesús, miraban de frente a Santa Ana y, en cambio, le daban la espalda a San Blas.

La casa, en efecto, brindaba una posición privilegiada para apreciar, como desde una atalaya, el mágico triángulo que forman la catedral, la Compañía y, en el vértice, el Ausangate, uno de los dioses tutelares de los antiguos cuzqueños. Es más, todo lo que veían los ojos antes de toparse con las dos iglesias eran tejados y más tejados, tejados descendiendo suavemente hasta el espacio abierto de la plaza. ¡Era una de esas vistas que le cortaban el aliento!

Ese sábado, al levantarse, lo primero que hizo fue acercarse a la

ventana. Era en realidad lo primero que hacía siempre. No mirar su rostro en el espejo, como hacen tantos, o rebuscar en el ropero, como hacen otros, sino acercarse a contemplar, durante varios minutos, el Cuzco, ese Cuzco que seguía conservando parte de su encanto a pesar del lento pero inexorable proceso de destrucción que estaba sufriendo.

No sabía cuánto tiempo pasaría antes de poder asomar de nuevo a esa ventana. Quería por eso llevarse en las retinas esa vista de la ciudad. Quería, sobre todo, imaginar lo maravillosa que luciría la Compañía cuando dentro de un par de meses retirasen los andamios y la arpillera que tapaban su fachada... Él era quien dirigía las obras de restauración de ese templo, pero esa mañana lo veía ya lejano, ajeno, como si no hubiese pasado años trabajando para devolverle su imponencia y majestuosidad.

Mientras desayunaba, se dio cuenta de que la mañana sería insoportablemente larga. La única forma de llenarla que se le ocurrió fue asistir por última vez a la clase de dibujo que tomaba en Bellas Artes. Aprovecharía la ocasión para despedirse de Marina, la modelo que posaba en esa clase. Pasaría unas horas dibujándola y el resto de la mañana, hasta las dos o tres de la tarde, acariciando su cuerpo. Era lo mejor para no pensar en nada.

Entró al aula cuando todos estaban en pleno trabajo. Marina intentó aparentar indiferencia, pero terminó buscándole la mirada. Se notaba a la legua que estaba doblemente alegre, porque se veían después de mucho tiempo y porque sabía perfectamente lo que vendría luego. ¿Sentiría excitación? Tenía los pezones duros, pero eso podía deberse al frío. Cuando hacían el amor, Marina le decía que la excitaba que tantos chicos la vieran desnuda. Él no le creía, pero escuchar eso a su vez lo enardecía y entonces le preguntaba: «¿No me mientes? ¿Te gusta que esos muchachos te coman con los ojos? ¿Te gustaría que te haga el amor allí mismo, delante de todos?». Y ella le respondía sí, sí, sí. Sí a todo.

Lo de Marina era reciente. La vio por primera vez allí mismo, en esa aula, pero no se sintió atraído por ella, no más en todo caso que por cualquier mujer mínimamente agraciada con la que se cruzaba en la calle. Fue Marina la que tomó la iniciativa, la que se le puso delante varias veces hasta que por fin se fijó en ella. Era asidua del Kamikaze. Allí, cuando él estaba solo, se le presentaba ahorrándole el trabajo de buscar con quien bailar. Al comienzo, él se contentaba con eso, con entrar en trance siguiéndole el ritmo. Luego decidió tantear el terreno y se ofreció a acompañarla a casa. No hizo falta más. Empezaron a besarse en el taxi y, a mitad del trayecto, después de susurrarse algunas obscenidades, ordenaron al chofer cambiar de destino: a Santa Ana, a la cuesta.

Hicieron el amor, pese al frío, de pie delante de la ventana, ella formando un ángulo recto, apoyada en el espacioso antepecho de la pared de adobe, él erguido detrás de ella, empujando rítmicamente y cada vez con más fuerza, pero sin quitar la vista de la plaza. «¿Te gusta?», le preguntaba ella para sacarlo de su mutismo. «Sí, muchísimo», respondía él con voz ronca, pero se refería no tanto al sexo con ella, sino al extraño placer que sentía al hacer el amor contemplando la ciudad.

Era por eso que tomaba clases de dibujo anatómico, para perfeccionar el tema recurrente de sus bocetos: mujeres desnudas mirando el Cuzco por una ventana. Su intención era transmitir, apelando al desnudo femenino, la sensualidad de la ciudad, pero no había logrado plasmar esa idea. Las vistas de la antigua capital incaica, dibujadas las más de las veces de natura, le salían pasables; las figuras femeninas, pésimas, sin vida, nada sugestivas.

Llevaba meses asistiendo a esa clase y en todo ese tiempo lo único que había dibujado era el cuerpo de Marina, en toda posición y desde todos los ángulos. Ahora, sin casi mirarla, estaba dibujándola como la recordaba de esa primera noche, apoyada en el antepecho de la ventana, mostrando los carnosos labios de su vagina. Cuando por fin quedó satisfecho, llamó con un gesto a Carlos, el profesor. Éste

estudió un buen rato el trabajo lápiz en mano, pero finalmente no se animó a corregir nada.

La inquietud que estaba agazapada en algún lugar de su pecho fue exorcizada por ese dibujo y por el guiño que le hizo Carlos antes de apartarse de su lado. «Será un buen pasatiempo», pensó y hasta esbozó una mueca parecida a una sonrisa. Miró a su alrededor, a todos esos muchachos y muchachas reconcentrados en su tarea, y luego a Marina, que no hacía ningún esfuerzo por ocultar su aburrimiento: era obvio que el posar no la excitaba nada. Hizo un poco de ruido acomodando el caballete y Marina, saliendo automáticamente de su letargo, volvió la vista hacia él, a la expectativa. ¡Era desquiciante la facilidad con la que las mujeres se volvían totalmente dependientes de los hombres! Le hubiera gustado mandarla al diablo, pero en ese momento la necesitaba.

Después de la clase se encontraron, como de costumbre, en la chicharrería de la calle Teatro. A unos pasos, en la esquina con Siete Cuartones, se podía ver la que fue casona de monseñor Benigno Yábar a comienzos de siglo. En la otra cuadra, en la esquina de Granada con San Juan de Dios, estaba la mansión que perteneció a Benigno La Torre, uno de los hacendados más acaudalados del Cuzco por la misma época, y un poco más allá, al costado de la comisaría, la de otro potentado, Mariano Vargas. Era uno de los ejemplos que él siempre ponía de la acelerada destrucción del Cuzco antiguo: las lujosas residencias de algunos de los personajes más encumbrados de la sociedad cuzqueña estaban ahora en tan mal estado que nadie daría medio por ellas ni se imaginaría que fueron suntuosas mansiones muy bien mantenidas. El único testimonio que quedaba de esa época de esplendor eran las fotografías de Juan Manuel Figueroa Aznar, sobre todo las de monseñor, sus familiares y amigos posando en el magnífico Salón Azul.

Intentó comentarle algo de esto a Marina, pero ella le hizo poco caso, quizá porque tenía casi todos los sentidos puestos en esos tro-

zos de cerdo dorados en su propia grasa. «Por un plato de chicharrones cualquier cuzqueño vendería su primogenitura», sentenció para sus adentros y trató de comer con más ganas, pero sin éxito. Le pasó la carne a Marina y se contentó con picar el mote y mascar las hojitas de yerba buena. Al rato, viendo sus labios y dedos brillantes por la grasa, se dio cuenta de que la deseaba y se lo dijo. Le dijo que se moría de ganas de comerla a besos, de mordisquear todo su cuerpo. Ella se quedó inmóvil durante unos segundos con un trozo de chicharrón a la altura de los labios y, sonriendo, le preguntó: «¿Qué esperas? Paga la cuenta y coge un taxi».

El carro subió serpenteando hasta la plazoleta de Santa Ana e iba ya a descender por la cuesta cuando él, cambiando súbitamente de parecer, le ordenó al chofer que se detuviera. «Ven», le dijo a Marina, «hay que cargar baterías antes de encerrarnos en el frío». Se refería a tomar el sol, pero en realidad sentía un deseo irrefrenable de ver una vez más la ciudad. Corrió casi hasta la torre de la iglesia y, al llegar al punto que le servía de mirador, quedó sobrecogido por el espectáculo del Cuzco inundado por la luz de mediodía. «Me hará falta», pensó. «Mucha falta».

La acostada fue un fiasco. A veces le ocurría. Era como si algo se desconectase en su cerebro o, mejor dicho, como si se produjera una conexión equivocada y entonces, en lugar de lo sensorial, se echaba a andar lo analítico, con lo cual la mujer que tenía al lado dejaba de ser objeto de deseo para convertirse en materia de estudio. En Marina, por ejemplo, ya no veía a la trigueña de senos grandes y caderas anchas, voluptuosa, igualmente golosa al comer o hacer el amor, sino a la madre soltera con las manos enrojecidas y ajadas que ve con angustia el futuro y que en el fondo se entrega con la secreta esperanza de pescar a un buen partido.

En momentos así, lejos de sentirse mal, se interesaba vivamente en la reacción de las mujeres, por lo general de lo más inesperada: alguna se sintió dolida, como si la falta de deseo en él fuera una es-

pecie de repudio; otra, haciendo gala de una increíble falta de tacto, no hizo nada por ocultar su decepción y lo trató prácticamente de impotente; hubo incluso una que fingió que no había pasado nada, que no mencionó el asunto y siguió besándolo y acariciándolo durante un rato antes de vestirse y marcharse.

Marina se mostró comprensiva y maternal. Repulsivamente solícita. Le susurró palabras tranquilizadoras al oído, le llenó el rostro de besos y le prometió los goces del paraíso para otra oportunidad, cuando él no estuviera tan tenso. Se empeñó incluso en hacerle masajes, alardeando de que lo dejaría como nuevo. Al rato, cansado de estar echado boca abajo y de que lo estuvieran sobando, él tuvo que mentir y decir que se sentía mucho mejor, más relajado.

Eran casi las dos de la tarde cuando por fin se desembarazó de Marina. Tenía poco tiempo para ordenar sus papeles. Había caído en la cuenta de que seguramente registrarían la casa y deseaba poner algunas cosas a salvo de la curiosidad de la policía. Para empezar, guardó las fotografías desperdigadas sobre su mesa de dibujo. Pensó hacer lo mismo con las dos vistas de la Compañía que colgaban en la pared, pero finalmente lo consideró innecesario. Devolvió a su sitio, en cambio, los libros que había estado consultando en las últimas semanas: el de las casonas cuzqueñas de Ramón Gutiérrez, el de Paulo de Azevedo sobre la evolución de la ciudad, los de arquitectura incaica de Agurto y Gasparini, el viejo librito de Uriel García sobre el Cuzco colonial e incaico conseguido en el baratillo después de años de búsqueda, el álbum de Martín Chambi, las memorias de Valcárcel.

Estaba dando por terminada su tarea cuando se acordó del boceto de esa mañana. Lo había dejado en el tubo que guardaba debajo de la percha, en el pasillo. Fue por él. Lo extendió sobre la mesa y lo estudió un buen rato. Le gustaba. Sentía excitación al mirarlo. Decidió esconderlo en una carpeta atiborrada de planos y copias ozalid.

Inspeccionó por última vez el estudio cuidando de que nada estuviera fuera de su lugar y, una vez que quedó satisfecho, emprendió un lento recorrido por el resto de la casa: en la sala arregló los casettes y las cintas de video, en la cocina se cercioró de que no hubiera vajilla sucia, en el dormitorio tendió meticulosamente la cama que estaba hecha un revoltijo y luego se puso a revisar los cajones de la mesa de noche. Encontró de todo: preservativos, dos latitas de vaselina, un frasco de mentholatum, fósforos y velas para los apagones, algunas cartas, un par de *Play Boys* y el álbum con los desnudos de Cleo. Buscó una bolsa de plástico y botó allí casi todo, incluso las cartas. A las revistas les buscó un lugar en uno de los estantes del estudio. Le faltaba tomar una decisión con respecto al álbum.

No podía correr el más mínimo riesgo de que esas fotos fueran descubiertas y, al mismo tiempo, era simplemente incapaz de deshacerse de ellas. Eran hermosas. Hermosas y de una naturalidad cautivante. Valían más, mucho más que las huachafadas que a veces publicaban en *Play Boy* o *Penthouse*.

Después de mucho dudar, decidió esconder el álbum en el mismo sitio donde ponía a buen recaudo su equipo fotográfico: entre el cielo raso y el techo de la casa, adonde se accedía por una pequeña trampa que había en el baño y donde el peligro eran los roedores que a veces anidaban allí. Tomó la precaución, pues, de envolver cuidadosamente el álbum con un trapo y un plástico grueso antes de atreverse a dejarlo en ese escondrijo que, durante el tiempo que él estuviera ausente, se convertiría en una madriguera de ratas. La cámara fotográfica y los lentes, en el maletín de metal que les había conseguido, corrían menos riesgo.

Cuando acomodó de nuevo la escalera en su sitio, en un rincón del patio, eran ya las tres y media de la tarde. Tenía el tiempo exacto para lavarse las manos, arreglarse un poco y salir. Era puntual. Se preciaba de serlo. Ese día, sin embargo, el estómago le jugó una mala pasada y, por más que luego trató de ganar tiempo bajando a la carrera

Quillichapata y Tambo de Montero, llegó con varios minutos de retraso a su encuentro con Cleo.

Se habían citado en lo que ellos en broma llamaban su nido de amor: el techo de la Compañía. En mitad de la interminable escalera en espiral se vio precisado a descansar un rato porque ya no podía ni con la falta de aire ni con el temblor en las piernas.

—Se me hizo tarde —justificó su agitación cuando por fin estuvo junto a Cleo.

Ella no dijo nada. Lo miró un rato a los ojos y volvió a bajar la vista. Estaba sentada, al pie de la torre del Evangelio, en uno de los escalones que permiten subir a los temples que coronan la parte central de la fachada de la iglesia. Entre éstos y las torres había espacio suficiente para dos personas. Cuando no estaban los andamios, era el lugar perfecto para contemplar la plaza y, en general, casi todo el *Hanan Qosqo* de los incas. Esa tarde, sin embargo, a ninguno de los dos les importaba que no se pudiese ver nada.

El sol se pondría pronto detrás de los cerros. Empezaba a soplar un aire frío. Cleo estaba sin casaca, con una chompa lila con cuello tortuga, muy abierto, y una falda negra. Seguía mirando al suelo. Él ya había logrado acompasar su respiración, pero no sabía por dónde empezar. Más aún, en ese momento se sentía completamente vacío, como se debe sentir un hombre que ha perdido la memoria.

—¿Qué me querías decir? —le preguntó de pronto Cleo, mirándolo a los ojos—. Yo no he cambiado de parecer.

—Es que no se trata de hacer lo que a ti te parezca —alzó él la voz, pero no supo qué más decir. De verdad se sentía vacío. Y cansado. Además, habían discutido tanto del asunto, cada uno machacando sus razones, que no tenía ningún sentido volver a empezar.

—Yo no voy a cambiar de parecer. ¿Para qué querías verme? —insistió Cleo. Era evidente que tampoco tenía fuerzas para iniciar una discusión.

Hubo un largo silencio antes de que él se decidiera a hablar:

—Me da pena que haya ocurrido esto —dijo—. Y me da pena que no me tomes en cuenta en tu decisión, pero la respeto...

Al escuchar estas últimas palabras Cleo alzó la vista. Él, captando en la negrura de esos ojos una chispa de esperanza, intuyó que lo mejor en ese momento era callar, callar y tenderle una mano a la que ella se aferraría como a su tabla de salvación. Así ocurrió. Bastó que él avanzara un paso para que Cleo, inclinando el cuerpo hacia adelante, le rodeara las piernas con los brazos. El hielo estaba roto, pero faltaba lo más difícil.

—Estamos temblando. Hace mucho frío —volvió a equivocarse Cleo sobre lo que en realidad estaba ocurriendo y se puso de pie—. ¿Por qué no vamos a tomar algo caliente?

—No, todavía no. Antes quiero que me prometas una cosa. En nuestro sitio —le dijo él señalándole el templete.

—Allí no. Me muero de frío —pidió Cleo con un tonito de engreimiento.

—En la cúpula, entonces. Ven —la cogió de la mano obligándola a apurar el paso.

—¡Cuidado! Vas a matar a tu hijo —se quejó ella con coquetería.

Fue esa frase la que lo trastornó, la que le sonó a la burla más despiadada. Mientras la llevaba a la cúpula, iba rumiando la desesperación que le había envenenado el alma desde el momento en que ella le anunció que estaba embarazada y que quería tener ese hijo. Una vez dentro, en el angosto pasillo que rodea la base del tambor, supo que lo haría, que ésa era la única salida. Nervioso, se acercó a ella, la cogió fuertemente de los brazos y, acorralándola contra la baranda, intentó empujarla al vacío, pero se encontró con una resistencia desesperada y con unos ojos que lo miraban entre horrorizados y suplicantes. Agotado por el forcejeo, retrocedió unos pasos y, comprendiendo que no tendría valor para responder por lo que acababa de intentar, se agarró con ambas manos de la baranda y cruzó una

pierna tras otra por encima de ella. El ¡noooooo! desesperado que se le escapó a Cleo de lo más profundo de las entrañas hizo que volviera la vista hacia su lado justo en el instante en que ella, por intentar cogerlo de un brazo, pasaba con una facilidad inexplicable por encima de ese mismo pasamano y caía al vacío...

Sentado en el corredor, presa todavía de la agitación que le provocó el desgarrador grito que rebotó en las paredes de la iglesia, no terminaba de entender qué es lo que había ocurrido. Lo único que le quedaba claro era que debía ir a la policía. Salió de la cúpula, bajó la escalera casi a tientas, pero cuando llegó a la puerta de la calle Loreto la encontró con llave. Optó entonces por entrar a su oficina y llamar por teléfono a uno de sus cuñados para que le buscara un abogado.

2

Lo que sucedió ese anochecer de fines de 1992 en la iglesia de la Compañía de Jesús comenzó muchos años antes, quizás el día del último terremoto que asoló Cuzco, en abril de 1986. El templo, como muchos otros de la ciudad, sufrió serios daños: estuvieron a punto de colapsar las estructuras de la cúpula y de las bóvedas, uno de los templete se vino abajo y el otro giró sobre su eje, se debilitaron las estructuras de los muros. Era urgente acometer los trabajos de restauración, tarea que le competía al Instituto Departamental de Cultura, donde desde hacía unos años trabajaba, en el Área de Conservación del Patrimonio Cultural, el arquitecto Martín Hernández.

Al poco tiempo de iniciados los trabajos, dada la magnitud de las inversiones que éstos demandaban, se firmó un convenio con España. Esto significaba, además de un generoso aporte económico, que el proyecto se volvía prácticamente autónomo. Como director fue nombrado el arquitecto Beltrán Villafuerte y como coordinador del Área de Arquitectura, Martín Hernández.

Martín recibió con alborozo esta promoción, pero ni siquiera imaginó la cantidad de posibilidades que a partir de entonces se le abrirían. Ya al cabo de unos años comprendió que hay momentos así en la vida de cada persona, cambios al comienzo imperceptibles,

a los que no les damos gran importancia, pero que a la larga nos catapultan a una altura que no habíamos soñado alcanzar. En lo personal, su encuentro con Ilse fue uno de tales momentos. En lo profesional, el curso de restauración de la Unesco con el posterior viaje a Italia y ese nombramiento.

A Ilse la conoció a su regreso de Europa, a comienzos de los ochenta. Formaba parte de un numeroso grupo de cooperantes alemanes que asesoraban a diversas instituciones cuzqueñas. Una amiga que trabajaba en una ONG y que compartía la casa con Ilse fue quien lo introdujo a ese mundillo. Curiosamente, sin embargo, al principio le clavó el ojo no a Ilse sino a su mejor amiga, Angélica. Hasta empezaron una relación que, aunque corta, trajo cola porque Ilse y Angélica terminaron distanciándose.

En esos años, fines de los setenta y comienzos de los ochenta, el centro de la ciudad estaba viviendo un cambio espectacular: se estaba deshaciendo definitivamente de los ropajes y las maneras de señora provinciana y estaba adquiriendo ese aire cosmopolita que tiene ahora. Una calle, Procuradores, era la que mejor ilustraba esta radical transformación: de ser un pasaje apacible y transitado mayormente por las personas que tenían sus viviendas allí se fue convirtiendo muy rápido, al ritmo con el que se abrían agencias de viajes y restaurantes de especialidades hasta entonces desconocidas en el Cuzco, en uno de los lugares más concurridos de la ciudad, una pequeña Babel donde representantes de todas las razas y lenguas encontraban fácilmente, al menos en apariencia, un idioma común.

Antes de su viaje a Italia, Martín, como la mayoría de sus paisanos, miraba con recelo esa invasión de foráneos que se sentían como en casa en las pizzerías, tratorías, fondas, tabernas y pubs del centro histórico. Eran locales que no se parecían en nada a los que conocía desde niño: ni en la decoración, no necesariamente elegante, pero sí más pensada y original que la de los restaurantes más reputados, como el Paititi y el Roma; ni en el tipo de comidas y bebidas que ofre-

cían, con abundancia de pastas, vegetales y pescados en desmedro de los tradicionales platos de carne como el lomo saltado o el bistec montado; ni en los comensales y parroquianos, un noventa por ciento gringos; ni por último en los precios, notoriamente más altos que incluso los de una buena pensión como el Palermo. Pocos eran los cuzqueños que se atrevían a incursionar en este nuevo mundo y él no estaba entre ellos.

Otro fue el cantar después de los seis meses que pasó en Bolonia siguiendo un curso de restauración de monumentos arquitectónicos en su antigua universidad y estudiando la experiencia de recuperación del centro histórico. Procuradores, con restaurantitos como el Altamira, con bisontes dibujados en ocre sobre una pared encalada, o el Chez Maggy, con su horno de barro con la leña apilada encima de él, era el lugar que más se parecía a esas callejas medievales de la hermosa ciudad italiana y, por lo mismo, donde más a gusto se sentía. El que empezara a frecuentar a Ilse, Angélica y los demás alemanes y el que se sintiera más a gusto con ellos que con sus viejos amigos cuzqueños entraba dentro de esta misma lógica.

El lugar de reunión del grupo era el departamento que Ilse compartía con Elena, la amiga que trabajaba en una ONG. Tres eran las ventajas que hacían de esta casa el punto ideal de encuentro: su inmejorable ubicación, en un edificio nuevo de la calle Suecia, a poco más de una cuadra de la plaza de armas; la hermosa vista de la ciudad que se apreciaba desde el ventanal de la amplia sala del departamento y el que Ilse y Elena no tuvieran pareja. De hecho, eran varios los alemanes con las hormonas alteradas a causa de la sensualidad a flor de piel de Elena, una morena limeña de risa fácil, y no era menor el número de peruanos embobados con los cabellos rubios y los ojos celestes de Ilse.

Martín, tal vez por temor a la competencia o simplemente porque nunca fue dado a los amores a primera vista, no se sumó a esa corte de admiradores. Se convirtió, sin embargo, en uno de los más

asiduos visitantes del departamento de la calle Suecia, atraído por la novedad de un estilo de vida que se diferenciaba bastante del que hasta entonces conocía, sobre todo en lo tocante a la relación de los hombres con las mujeres. De hecho, fue en esa época cuando entraron en su vocabulario ese par de palabrejas que no creía haber utilizado antes: machismo y feminismo.

La primera palabra, machismo, era terrible y servía, en particular en boca de Ilse, para descalificar automáticamente a un varón y condenarlo al ostracismo. Fue seguramente ésa la razón por la que Martín nunca se atrevió a decir lo que verdaderamente pensaba. No es que le faltara valor. Simplemente le sobraban ganas de seguir departiendo con esa gente, lo cual no le dejaba otra alternativa que mimetizarse, que tener todo el tiempo las antenas puestas y actuar igual que los alemanes: ayudaba en la cocina cuando la reunión era con comida, se levantaba a abrir la puerta, dejaba siempre lavada la taza en la que le habían ofrecido un mate o un café, corría por un trapo si es que alguien derramaba algo.

Esta estrategia de camaleón le dio buenos resultados, tan buenos que en pocas semanas se sintió a sus anchas en el departamento de Ilse y Elena, pese a ser de los últimos en integrarse al grupo. Casi todas las noches, a eso de las ocho, subía por Suecia, deteniéndose una o dos veces para tomar aire y, aprovechando el descanso, observar la fachada de la Compañía. Luego venían largas horas de tertulia en las que sobre todo escuchaba. Lejos de aburrirse, sin embargo, descubría el encanto de un tipo de comunicación del que hasta entonces nunca había disfrutado: una conversación ordenada, sobre temas que iban surgiendo espontáneamente o dictados por algún suceso coyuntural, en lugar de la consabida competencia de agudezas y criolladas en la que generalmente caen los peruanos cuando se reúnen en grupo.

Martín no tragaba a los intelectuales de ONG, en su mayoría limeños con aire de autosuficiencia y de un marcado elitismo, pero

observándolos en casa de Ilse debió admitir que eran gente preparada y de muchas lecturas, con una facilidad envidiable de palabra, como si fueran argentinos. Ellos sí entraban rápidamente en la conversación de los alemanes y hasta terminaban llevando la voz cantante. Más aún, Martín comprobó sorprendido que esos mirafloresinos, egresados por regla de la Universidad Católica, sabían sobre el Cuzco diez veces más que cualquier cuzqueño. En varias ocasiones tuvo incluso que pasar la vergüenza de ver cómo preguntas que estaban dirigidas a él debían ser respondidas por alguno de esos limeños.

Resultó, sin embargo, que esos jóvenes brillantes que acaparaban la atención del grupo también tenían su talón de Aquiles. Esto se vio cuando ambas vecinas, alemana y peruana, se emparejaron con peruano y alemán respectivamente. El pecado que cometió Alejandro fue presentar sus papeles a una beca de posgrado en los Estados Unidos sin conversarlo antes con Ilse. Martín, que mientras tanto había empezado su relación con Angélica, estuvo presente muchas veces en las conversaciones de las dos amigas y fue entendiendo poco a poco que lo censurable de la actuación de su paisano —lo que Ilse llamaba «no asumir la relación»— era el hacer planes por su cuenta, como si no tuviese pareja.

Martín, por esos días, estaba intentando entrar al Instituto Departamental de Cultura, pero, en caso de no conseguirlo, tenía planes, que tampoco había compartido con Angélica, de regresar a Italia para seguir un curso en el ICROOM, el famoso instituto de restauración. Confundido por la liberalidad de los alemanes, que prácticamente empezaban a convivir con un hombre al poco tiempo de acostarse por primera vez con él, pensaba que ese tipo de relación no implicaba mayor compromiso o, en todo caso, que los proyectos profesionales de cada quien tenían prioridad. Lo mismo seguramente había pensado Alejandro y ahora era acusado por Ilse de inmaduro, de hijito de papá, de no tener pantalones para asumir una relación.

En general, Martín asistía espantado a esos juicios sumarios pues cada uno de los cargos que se levantaban contra Alejandro valía también para él. Lo que lo salvó de ser vilipendiado fue su reserva, el mantener la boca cerrada, el mirar a las alemanas y alemanes, incluso a Angélica, de abajo para arriba. Antes de ser pillado in fraganti, decidió, pues, hacer un examen de conciencia y preguntarse qué es lo que realmente sentía por Angélica y hasta dónde estaba dispuesto a llegar con ella. La conclusión a la que arribó sin mucho esfuerzo le hubiera provocado úlceras a Ilse: no estaba enamorado y, por lo mismo, no estaba dispuesto a sacrificar por una mujer, por más alemana que fuese, una maestría en Italia.

Martín nunca tuvo que decirle esto último a Angélica pues entró a trabajar al instituto, pero igual decidió poner las cartas sobre la mesa: fue sincero con ella respecto a sus sentimientos y le planteó, por no decirle de frente separémonos, una relación más libre, el estar juntos mientras ambos se sintieran bien. Angélica en un principio aceptó, pero al cabo de unas semanas, después de pensarlo mejor seguramente, le dijo que estaba cansada de relaciones así, que en Alemania había probado todo eso, hasta los triángulos y los cambios de pareja, y se había convencido de que era desgastante. Decidieron, pues, tras un corto tira y afloja, separarse como amigos y en efecto lo fueron durante una larga temporada, hasta que empezó lo de Ilse.

Del poco tiempo que estuvo con Angélica, Martín recordaba sobre todo los últimos días, los que siguieron al recuento que ella hizo de su agitado pasado. Esas historias sobre la facilidad con que se acostaba con uno u otro amigo o sobre la vez que hizo el amor con dos hombres al mismo tiempo le causaron a Martín un extraño efecto afrodisíaco. Él, que hasta entonces nunca había sido muy apasionado en la cama, quería sexo todo el día y hasta en el trabajo pensaba en la piel blanca de Angélica, en sus senos de pezones rosados, en la mata de pelos rubios que tenía entre las piernas. Esta

fiebre terminó tan súbitamente como había comenzado una noche que Angélica le soltó, cuando estaban dándole vueltas y más vueltas a lo que cada uno esperaba de esa relación, que él no era bueno en la cama, pero que no era eso lo que una mujer buscaba en un hombre.

Ilse, por esos mismos días, estaba ajustando cuentas con Alejandro, quien finalmente perdió soga y cabra: se quedó sin beca y sin pareja y hasta tuvo que cambiar de grupo de amigos. Martín se alegró secretamente de este desenlace y se hizo íntimo de Elena e Ilse. El tema preferido e inagotable de conversación entre los tres eran las relaciones de pareja, lo cual halagaba doblemente a Martín: se sentía diferente de sus paisanos por poder hablar abiertamente con dos mujeres sobre asuntos tabú como el sexo o las relaciones extramatrimoniales y, por si fuera poco, muchas veces escuchaba, de boca de la mismísima Ilse, que él no era un macho como el resto de peruanos. Martín sabía que esto no era cierto, pero terminó creyéndoselo y sintiendo simpatía por la alemana.

Fue así como nació el romance. Elena y Thomas, su alemán, los invitaban con frecuencia a pasar el fin de semana en Calca donde el cooperante asesoraba a una empresa campesina, y les acomodaban camas en la misma habitación. Cuando llegaba la hora de acostarse, se desnudaban uno delante del otro como si fuese la cosa más natural del mundo: Ilse dormía con un diminuto calzoncito y un polo; Martín, en calzoncillos. Una de esas noches particularmente entretenida en la que dieron cuenta de una cena preparada entre todos y rociada con abundante vino, sobró una de las camas.

Esta vez Martín no tuvo que hacer ningún examen de conciencia para darse cuenta de que estaba enamorado, perdidamente enamorado. Le gustaba todo en Ilse. Siempre le habían gustado sus ojos, de un celeste como las aguas del mar Caribe, y nunca lo habían dejado indiferente su porte de valquiria y la contundencia de sus formas, pero ahora le gustaba también todo lo que antes en ella le parecía

un tanto tosco y desagradable: la cara grande, los brazos cubiertos de vello, su vientre prominente. Más aún, dejaron de chocarle la dureza de su carácter, la franqueza en su trato, el que no se andara con remilgos ni tuviera pelos en la lengua.

La luna de miel, sin embargo, duró poco. El primer baldazo de agua fría Martín lo recibió una noche que se presentó en Suecia con una muda de ropa limpia. No tenía ninguna intención de instalarse allí. Simplemente estaba cansado de levantarse dos horas antes de lo necesario para correr a su casa, ducharse, cambiarse de ropa y llegar a tiempo al trabajo, pero Ilse se negó a entender estas razones. Empezó por reprocharle el no haberle preguntado si podía traer su ropa y terminó echándole en cara que a los treinta años no tuviera independencia y siguiera viviendo con sus papás.

Martín regresó a dormir a su casa, pero después de horas de discutir con Ilse. Había puntos en los que ella tenía razón, lo de su falta de independencia, por ejemplo, pero otros en los que exageraba. ¿Cómo evitarse los madrugones de todos los días? La solución según Ilse era que él alquilara un departamento para que fuese ella, que no debía cumplir un horario estricto, la que se quedase a dormir donde él. ¿Por qué simplemente no podía tener un poco de ropa en casa de ella? Pues porque ésa era la típica conducta de un hombre inmaduro que no asumía hasta el final lo que estaba haciendo: vivía en casa de su pareja, pero no del todo; vivía con sus padres, pero en realidad ya no vivía con ellos. ¿Por qué entonces no compartían el departamento de Suecia? Porque para eso había que preguntarle su opinión a Elena, que era la otra dueña de casa.

Amistarse no fue fácil. Ilse nunca transaba con sus principios y Martín estaba muy herido en su amor propio. Tuvieron que renunciar a la calle Suecia para llegar a un acuerdo que satisficiera a todos: Ilse y Martín se irían a vivir juntos, pagando a medias un alquiler más bajo, y Elena, que tampoco podía sola con la renta y no quería recibir ayuda de Thomas, buscaría algo a su alcance. El día que hicie-

ron la mudanza, Martín, parado delante del ventanal, se prometió a sí mismo comprar algún día una vivienda que tuviera una vista como ésta.

Con Ilse vivió casi cuatro años, hasta comienzos del 86. Él, en sus recuerdos, los dividió en dos períodos: el negro y el azul. En el negro Ilse lo hizo sufrir a él; en el azul, él la hizo sufrir a ella, pero a su vez cayó presa de una profunda melancolía. El momento crítico, de cambio de una etapa a otra, fue cuando Ilse, que había quedado embarazada en un descuido, se negó a traer a ese niño al mundo.

Los celos fueron el tormento que volvió negra la existencia de Martín. Ilse era una mujer muy independiente: salía con unos amigos, iba de excursión con otros, viajaba a reuniones de la cooperación técnica, pasaba sola las vacaciones en Alemania. Martín, por orgulloso, nunca se quejaba ni le preguntaba nada, pero sufría lo indecible pensando que se estaba acostando con otros hombres. De los que más desconfiaba era de los limeños de las ONGs. Martín estaba convencido de que esos tipos se morían de ganas de comerse a la gringa. Los alemanes, por otro lado, tampoco se quedaban atrás. Había un tal Winfried, por ejemplo, compañero de trabajo de Thomas en la central de cooperativas de Calca, que paraba inventando viajes a los lugares más descabellados y siempre por varios días. Claro que tenía la delicadeza de invitarlo, pero eso resultaba un saludo a la bandera porque a él no le era sencillo ausentarse del trabajo.

Cuando Ilse quedó embarazada, Martín, ilusionado con la idea de tener un hijo y formalizar la relación, trató de convencerla para que no se hiciera el aborto. Fue contraproducente. Ella se despachó con ganas sobre el derecho de las mujeres a decidir sobre su cuerpo, sobre que imponerle a una mujer un hijo era el peor machismo, sobre lo castrante que podía resultar la maternidad para una profesional, sobre la cantidad de planes que tenía, todos totalmente incompatibles con un niño. Las únicas palabras agradables que salieron de su boca en esa ocasión —que le gustaría tener un hijo pero más ade-

lante— llegaron muy tarde, cuando el daño causado era ya irreparable.

Elena, que también era víctima de la rudeza teutónica, se convirtió en el paño de lágrimas de Martín. Se encontraban a la salida del trabajo, compraban una botella de pisco por el camino a casa de ella y terminaban llorando, completamente borrachos, uno en brazos de otro. Elena sufría porque el contrato de Thomas estaba terminando y el muy cerdo no hablaba ni de prorrogarlo ni de casarse con ella para viajar juntos a Alemania. Resultaba, pues, como no se cansaban de constatarlo en esas tristes veladas, que no sólo los peruanos eran unos inmaduros que no asumían su relación de pareja y que las alemanas eran muy buenas para llenarse la boca con discursos feministas, pero se morían de pánico de enfrentarse a la maternidad.

La intervención se la hicieron a Ilse en Lima, en una clínica de primera. Martín, inventándose un pretexto, se quedó en Cuzco. Ya no sufría. Había perdido la fe en esa relación y sabía que no tendría fuerzas ni humor para poner algo de su parte a fin de que las cosas mejorasen. De estar en sus manos, incluso, hubiera hecho como Thomas, que había fijado fecha de partida y estaba más preocupado por terminar sus asuntos y enviar sus cosas a Alemania que por cómo se sentía Elena. Como él no podía escapar de esa manera y poner un océano de por medio, optó por desentenderse de Ilse hasta que ella se hartara de la situación.

La actitud que adoptó fue calificada, por supuesto, de inmadura. Le daba lo mismo. Cuanto más insistía Ilse en que diera la cara, en que explicara dónde andaba y por qué desaparecía noches enteras, en que conversaran, más se encerraba él en su silencio. Pasaba el tiempo en casa de sus padres, refugiado en el estudio, haciendo copia tras copia de sus cuadros favoritos de Picasso, los del período azul, o, tras la partida de Thomas, en casa de Elena. Se revolcaban de risa hablando pestes de los alemanes y eso, más las canciones de Serrat y unas copas de pisco, los hacía sentirse mejor.

Fue en el departamento de Elena donde Martín tomó una decisión definitiva. Ocurrió una noche en la que, de tanto consolarse mutuamente, terminaron besándose y haciendo el amor como posesos, hasta que, extenuados, se quedaron dormidos. Era la primera vez que gozaba tanto con el sexo y no comprendía si era por el alcohol, por el sentimiento de complicidad que lo unía a Elena o por la sensualidad de ella. ¡Qué más daba! Lo importante era que había atisbado una forma distinta de relacionarse con las mujeres, con sentido del humor, sin tanto discurso ni tanta rigidez ni gravedad.

Al día siguiente, cuando se presentó en casa a la salida del trabajo, se encontró con una Ilse furiosa que no le dirigía la palabra. Le pareció mejor así. Cogió una maleta y empacó lo necesario. Ilse, que estaba rondando por ahí, seguía muda. Sólo abrió la boca, cuando él estaba saliendo, para advertirle marcando las eres: «Si cruzas esa puerta no vuelves a entrar nunca más». «Sólo para recoger mis cosas», le aclaró con calma Martín y se marchó.

3

Con Ilse, Martín aprendió que las relaciones no terminan cuando terminan. Él cumplió su palabra de no pisar el departamento en el que habían vivido juntos casi cuatro años sino para recoger sus cosas, pero ella no respetó la suya y, en lugar de no permitirle cruzar esa puerta nunca más, le telefoneaba insistentemente y lo invitaba a conversar. Ilse juraba que no quería que volviesen, que lo único que le interesaba era entender qué había pasado, en qué había fallado. Martín le creyó y terminó como mosca atrapada en una telaraña, haciendo lo indecible para liberarse, pero con momentos de desfallecimiento en los que se resignaba a quedar prisionero.

La pregunta que se planteaba cuando Ilse, irreconocible, le rogaba hasta con lágrimas en los ojos que se dieran una última oportunidad, era cómo había hecho Thomas para mandarse mudar tan campante. Él no podía. Él sufría para decirle no a Ilse. Todavía le tenía mucho afecto y, por si fuera poco, había otros sentimientos de lo más encontrados: agradecimiento, lástima, el inconfesable placer de verla humillarse, llorar y abdicar sus principios. Fue un período difícil en el que las escapadas fuera de la ciudad a cuanto lugar de interés había señalado en el mapa eran los únicos momentos de tranquilidad.

La iniciativa ya no la tomaba Ilse, como antes, cuando Martín parecía un extranjero más en Cuzco. Ahora era él quien proponía

uno u otro destino, quien se documentaba un poco sobre el lugar al que iban o se informaba con sus colegas antropólogos, historiadores y arqueólogos del Instituto Departamental de Cultura. Fue así, por ejemplo, como visitaron *Maukallaqta*, unas ruinas, en Paruro, que según todos los indicios tenían relación con el culto a los hermanos Ayar, los míticos fundadores del imperio de los incas, y que presentaban las más bellas puertas de triple jamba de las que se tuviera noticia; o Choquecancha, ese pueblito en el acceso a la quebrada del Yanatile que conservaba, en su plaza, un hermoso muro inca adornado con hornacinas, razón de más para que los aventureros y buscadores de tesoros juraran que esa aldea en la que el tiempo se había detenido era uno de los puestos de avanzada en la ruta al misterioso Paititi y sus riquezas jamás imaginadas.

Si algo tenía que agradecerle Martín a Ilse era el haberle contagiado esa curiosidad que la llevaba, junto a su grupo de alemanes y limeños, por todos los rincones del departamento, sobre todo a las fiestas, pero también a los lugares donde el paisaje tenía algo de especial o donde la historia había dejado alguna huella. Era en reconocimiento por haberle mostrado ese mundo que antes no entraba en su campo de vista que ahora Martín actuaba como guía de ella, evitando que pasaran horas encerrados tratando de devolverle la vida a algo que, por lo menos para él, estaba definitivamente muerto.

Por esta época se dio cuenta también de que, así como los alemanes lo habían llevado por primera vez en sus camionetas de doble tracción a fiestas como la de la Virgen del Carmen o el Señor de Qoyllur Riti, era gente venida de otros lugares la que le había inculcado ese interés por el Cuzco que con el tiempo se iría transformando en una verdadera pasión. Los siete años en la Facultad de Arquitectura lo habían preparado para cualquier cosa menos para valorar la ciudad en la que había nacido. La restauración de monumentos era un curso electivo que estaba de relleno en el programa y que era dictado por una de esas nulidades que abundaban entre los catedráticos.

Martín era pues uno más de esa legión de profesionales jóvenes que recién al egresar de la universidad empieza a comprender que el título de bachiller es poco más que un adorno, cuando un hecho totalmente fortuito cambió el curso de su vida. Entabló conversación en un aburrido matrimonio con uno de los arquitectos más renombrados de Cuzco, ex profesor suyo en la universidad, y éste, seguramente porque no sabía de qué otra cosa hablar, le comentó que había sido nombrado coordinador de los cursos de restauración de la Unesco. Martín, que ni sospechaba de la existencia de tales cursos, presentó a los pocos días sus papeles y ganó la única beca completa que se disputaba entre tres o cuatro cuzqueños.

Lo que más lo alegró, en un primer momento, no fue la posibilidad de adquirir una especialidad sino el monto que recibiría: cerca de ochocientos dólares mensuales. No era para menos. Nunca había tenido en las manos tanto dinero junto y, la verdad, supo aprovecharlo. Compró el sofisticado equipo fotográfico con el que siempre había soñado y abrió una cuenta de ahorros digna de ese nombre.

Bastaron unas cuantas clases, sin embargo, para que Martín aquilatará la importancia del trabajo del arquitecto restaurador. Es más, a medida que extranjeros como Paulo de Azevedo y Ramón Gutiérrez o peruanos como Santiago Agurto y Francisco Stastny, a los que nunca antes había oído mentar, iban ponderando las ingentes riquezas arquitectónicas del Cuzco, Martín se sentía como un ciego que ha recuperado la vista o, más exactamente, como esos hombres que sólo son capaces de descubrir los encantos de una mujer a la que miran con indiferencia desde hace años cuando seducen a otro hombre.

Él había nacido en el Cuzco y, salvo algunas vacaciones en las que sus padres lo llevaron a Lima, había vivido siempre en esta ciudad. Este hecho, el estar acostumbrado a transitar desde que tenía uso de razón por las mismas calles y plazas, le había producido una especie de miopía que no le permitía apreciar la belleza de la antigua capital incaica. Su Cuzco era el moderno, el que ocupaba la par-

te plana del valle y tenía avenidas anchas y asfaltadas por las que los automóviles circulaban a mayor velocidad. La ciudad vieja que se apiñaba en torno a la plaza de armas sólo era importante para él porque era el centro, el lugar donde se concentran el comercio, los servicios y las principales actividades públicas. Barrios tradicionales como San Cristóbal, Santa Ana o San Blas, con sus cuestras y sus caprichosas callejas, prácticamente no figuraban en el mapa.

No es que Martín no amase su ciudad natal o no tuviese conciencia de que no era una urbe cualquiera. Simplemente tenía una idea equivocada sobre esa singularidad. Él la atribuía por entero al glorioso pasado del Cuzco, cantado en todos los tonos por los intelectuales y artistas locales, y al hecho de que guardaba todavía algunas huellas de ese pasado, como el Coricancha y Hatun Rumiyoq. El que los turistas llegaran generalmente por tres días y en el perímetro urbano se limitasen a visitar el Templo del Sol y la piedra de los doce ángulos, lo reafirmaba en esta idea. En su facultad, por lo demás, le habían inculcado los cánones de la arquitectura moderna y sus modelos en la ciudad, discutibles pero al fin y al cabo modelos, eran los edificios del aeropuerto o del correo y algunos pabellones de la propia universidad. Los materiales con los que Martín trabajaría serían el cemento y el aluminio, no la piedra ni el adobe.

Los cursos de restauración, aparte de brindarle la oportunidad de viajar por una temporada a Italia, cambiaron radicalmente la imagen que tenía del Cuzco, mostrándole una ciudad que valía no por una u otra muestra de arquitectura incaica o colonial, sino como conjunto, como fusión de la ciudad prehispánica, con su trazado original perfectamente visible todavía para el ojo entrenado, con la arquitectura que trajeron los españoles.

Así, lo primero que hizo Santiago Agurto fue llevarlos a Sacsayhuamán para demostrarles, desde el sector de Muyucmarca, que no era un mito que el *Qosqo* de los incas tuviera la forma de un puma sentado, dibujado por los cauces del Huatanay y el Tullumayo, que

corren primero casi paralelos formando el cuerpo del felino, luego se van acercando para dar forma a las extremidades traseras de éste y finalmente confluyen, donde se encuentran el hotel Savoy y la estación de ferrocarril, para trazar la cola. La cabeza del animal sagrado era precisamente esa fortaleza desde la que estaban observando la ciudad.

Por su parte, el argentino Ramón Gutiérrez, haciéndoles recorrer palmo a palmo el centro histórico, les enseñó el valor arquitectónico de muchas casonas y les hizo notar, al mismo tiempo, la clamorosa urgencia de emprender trabajos de restauración en gran parte de ellas. En la de Diego de Silva, en el parque de la Madre, se detuvieron más tiempo y Martín escuchó la historia de su propietario, un descendiente de un autor de novelas de caballería que tuvo el honor de alojar al virrey Toledo cuando éste visitó el Cuzco. Esa casa, que en la Colonia había gozado de la fama de ser de las más suntuosas de la ciudad, pasó con el tiempo de mano en mano y de estropicio en estropicio hasta quedar convertida, a inicios del siglo XX, en local de una fábrica de cerveza. Quien le dio el tiro de gracia a esta casona, sin embargo, fue un banquero limeño que destruyó parte de lo que quedaba de ella a fin de edificar un hotel que para colmo de males quedó a medio construir, como una enorme mole de cemento que afeaba ese sector de la ciudad.

Otro extranjero, el brasileño Paulo de Azevedo, les hizo ver las transformaciones que había sufrido el Cuzco a lo largo de los siglos, sobre todo a partir del terremoto de 1950, y se asombraba no de que el centro histórico hubiese sido tratado con tan poco respeto sino de que a pesar de tanta y tan desafortunada intervención siguiera conservando su espíritu. Ayudándose con fotografías anteriores al sismo, les mostró cómo el afán de modernización a ultranza y de ensanchar calles para que circulen los automóviles había terminado con esa valiosa muestra de arquitectura doméstica que era el conjunto de casas de la calle Belén, donde se encontraba el recordado balcón de Herodes; cómo había alterado el aspecto de Santa Catalina Angosta restándole

carácter a lo que antes era una típica calle cuzqueña; cómo había conducido a la destrucción del arco de San Andrés, al comienzo de la avenida Pardo, uno de los cuatro arcos que alguna vez tuvo la ciudad y que marcaban los límites entre el Cuzco criollo y el indígena.

Martín y muchísimos otros arquitectos de su generación que luego llegaron a dirigir los más diversos proyectos de conservación de monumentos eran fruto, pues, de esos cursos en los que la mayoría de profesores eran expertos limeños o extranjeros. El que los foráneos gravitaran tanto en la vida y la cultura de la ciudad no hizo, sin embargo, que se volviera igual de xenófobo que sus paisanos.

Por el contrario, durante los años que vivió con Ilse se distanció completamente de sus amigos de colegio, de universidad y hasta del barrio y, al mismo tiempo, no se preocupó de hacer nuevas amistades en el trabajo, donde desde un comienzo se empeñó en establecer con sus colegas una relación cordial, pero que no iba un ápice más allá de lo laboral. Esta actitud le granjeó fama de sobrado, pero no le importaba. Valoraba mucho su grupo de alemanes, tanto que tomaba como un cumplido el que, cuando salía el tema de lo retorcidos e hipócritas que eran los cuzqueños, le aclararan que él no era como el resto de sus paisanos.

Su xenofobia empezó cuando las cosas con Ilse se pusieron color de hormiga y sólo duró mientras no rompió definitivamente con ella. Ese corto período en el que creyó necesario reivindicar el Cuzco para los cuzqueños fue suficiente, no obstante, para que se alejara de los alemanes e incluso de Elena. A ella, que despotricaba a cada rato de los cuzqueños, adjudicándoles una sarta de defectos y echándoles la culpa de todo lo que marchaba mal en la ONG, le recordó un día que él también era de Cuzco y que ya estaba harto de que afirmaran en su delante que lo único malo de la ciudad eran sus habitantes. «Es como si alguien te visitara en tu casa y te dijera qué bonito tu departamento, qué bien arreglado, qué cómodo y acogedor, pero tú no me caes bien así que lárgate», acotó y desde ese día su amistad empezó a enfriarse.

4

Martín, en circunstancias muy íntimas, siempre decía que la culpa del terremoto del 86 la tuvo él. La broma aludía a un accidentado episodio con una mujer casada que tuvo lugar la víspera del sismo. Los percances empezaron cuando uno de los pequeños de su amiga se despertó de pronto en la habitación de al lado, quizá porque escuchó el ruido que metía el desvencijado lecho matrimonial, y comenzó a llamar insistentemente a su mamá. Ésta saltó como un resorte, pero, en lugar de ir al encuentro del pequeño, se puso a sacudir a Martín pidiéndole que se escondiera debajo de la cama. «Rápido, va a venir», se desesperaba. Martín se contagió del nerviosismo de su amiga y siguió sus indicaciones, pero sólo para comprobar, una vez tendido en el suelo, que el mueble era muy bajo. «Sal tú, que no entre», trató entonces de hacer reaccionar a su amiga, pero ella, en su atolondramiento, iba sin ton ni son de un lado para otro. Felizmente, cuando el niño ya estaba empujando la puerta, Martín, desnudo como estaba, atinó a pasar de dos trancos sobre la cama y a meterse en el ropero.

—¿Qué tienes, hijito? ¿Te has soñado feo? Vamos, vamos, te acompaño para que te duermas —escuchó a Estela, su amiga, desde su escondite.

Tras aguardar un rato se vistió y bajó de puntillas al primer piso,

esmerándose en no hacer crujir el machihembrado de esa vieja casona. Estela apareció casi a la hora. Se le había pasado el susto y venía doblándose en dos para no soltar la carcajada. Martín también contenía a duras penas la risa, pero, haciéndose el ofendido, se quejó de haber tenido que esperar tanto.

—Estaba a punto de irme —dijo.

—No puedes. De noche sueltan los perros —volvió a doblarse en dos su amiga.

Resultó que no era broma. La casa parecía independiente, pero en realidad compartía un largo corredor de acceso con otras viviendas, entre ellas la de los dueños, unos viejitos que tenían una jauría de perros bravos para protegerse de los ladrones.

—Los guardan temprano, a eso de las cinco de la mañana —lo consoló Estela.

—Uy, faltan varias horas. ¿Qué hacemos para no aburrirnos? —le preguntó Martín al tiempo que la atraía hacia sí.

Presas de un súbito frenesí, hicieron el amor hasta la madrugada. Reían a cada rato, tapándose la boca para no hacer bulla. Bromeaban sobre la urgencia de cambiar la cama por una más alta. Paraban la oreja al menor ruido y se quedaban un buen rato inmóviles, pero luego volvían a lo mismo, ajenos al sueño y al cansancio. Y al día siguiente fue el terremoto.

Era sábado. Martín se levantó tardísimo, casi de frente para almorzar. Vivía de nuevo, desde que se separó de Ilse, en casa de sus padres, donde, cual hijo pródigo, no tenía que preocuparse de nada, ni de la compra ni de cocinar ni de arreglar su habitación. Luego de una larga sobremesa, salieron los tres al jardín a disfrutar de esa soleada tarde de abril. El papá de Martín, desde que se jubiló, pasaba gran parte de su tiempo allí, sentado en un sillón de mimbre, con su infaltable periódico que terminaba en el suelo cuando comenzaba a cabecear y con una manta vieja cubriéndole las piernas. Su mamá, en cambio, era de esas mujeres que no pueden estar quietas

y se disponía ya a retomar alguna de sus incontables ocupaciones domésticas cuando Martín le sugirió dar una vuelta por el barrio.

Residían, desde que Martín llegó al mundo el año cincuentitrés, en la avenida de la Cultura, a la altura de la universidad. La casa, con salida a esta avenida y a la paralela, los Incas, no era muy grande, pero sí lo suficientemente espaciosa y cómoda para una pareja con tres hijos. Sin embargo, cuando Martín ingresó a arquitectura y se antojó de construir un par de cuartos independientes, habitación y estudio, hacia la avenida de los Incas, nadie se opuso, ni sus padres ni sus dos hermanas mayores que toda la vida lo habían engreído. Al poco tiempo, sin embargo, ambas contrajeron matrimonio y la vivienda se convirtió en un caserón vacío que consumía todas las energías de la mamá de Martín.

El pasear por el barrio era una de las pocas actividades que madre e hijo compartían. Era una costumbre que empezó en su época de estudiante universitario, cuando andaba pendiente del diseño arquitectónico de cuanta vivienda había en la zona. Con el tiempo, el barrio les quedó chico y los paseos se extendieron a Mariscal Gamarra o a urbanizaciones también de clase media que recién estaban naciendo como Santa Mónica y Magisterio. La mamá de Martín se interesaba en los jardines, en las plantas que no tenía en el suyo. Él, en las fachadas y en todo tipo de solución arquitectónica. Ambos, madre e hijo, solían coincidir en sus gustos y, luego de aprobar o desaprobado tal o cual chalet, a veces fantaseaban sobre la vivienda que les gustaría tener. «Con mucha luz y plantas de interior», subrayaba la mamá de Martín. «Con una buhardilla donde instalar mi estudio», repetía él siempre.

Imaginaba una casa como las que había visto en los barrios residenciales de Lima, construida sobre un terreno ligeramente elevado, de líneas sobrias pero ultramodernas y con paredes enteras de grueso vidrio polarizado. Con Ilse, en cambio, soñaban con una casa de adobe y madera en Colcampata —hasta tenían ubicado el terreno,

justo al pie de la iglesia de San Cristóbal—, con una terraza sobre el Cuzco y con claraboyas que proporcionaran abundante luz y calor. Terminaron viviendo en cambio, debido al modesto sueldo de Martín y a que Ilse se empeñaba en que pagaran el alquiler a medias aunque la Cooperación Técnica Alemana hubiera podido costearle un departamento mucho más cómodo y elegante, en un cuchitril del barrio Profesional, a un costado de Mariscal Gamarra.

No era en esto, sin embargo, en lo que pensaba Martín esa tarde. Estaba bajo la impresión de lo vivido la noche anterior. Estela fue su enamorada cuando ambos no tenían ni veinte años y, pese a que se gustaban mucho, fueron capaces de detenerse siempre a último momento. En las ocasiones en las que se encontraban, cada vez más raras, lo único que hacían era ponerse al día. Martín supo así que Estela se casó, que tuvo dos hijos seguiditos y que dejó de estudiar por una larga temporada. Ella, entretanto, sabía de Ilse y no se cansaba de preguntar cuándo vendría el alemancito. Se mostró muy sorprendida por eso cuando Martín le contó, de pasada como siempre, que se había separado y que estaba solterito.

—Un poco triste, pero solterito —confesó.

—¡Lisura! —se compadeció de él Estela—. ¿Cómo puedo ayudarte? ¿No quieres un hombre sobre el cual llorar?

—No sería mala idea —contestó Martín, pero sin tomar en serio el ofrecimiento. Se asombró mucho por eso cuando un buen día su mamá le dijo que había llamado Estela y que volvería a telefonar más tarde.

Se encontraron un par de veces para tomar un café y fue como si los sentimientos de juventud reverdecieran. De hecho, hablaban más de su época de enamorados, comparando recuerdos y dando rienda suelta a la nostalgia, que de Ilse. Con todo, a él ni se le pasó por la cabeza que pudiera haber algo entre ellos. Fue Estela la que no se andó con rodeos y dijo de pronto:

—¡Qué tontos fuimos! ¡Deberíamos sacarnos el clavo!

—¿Te atreverías? —le preguntó Martín estupefacto.

—Me gustabas mucho. Creo que eres mi amor imposible —le respondió Estela y añadió, tras el silencio que siguió a su confesión, que su esposo estaba fuera de Cuzco por asuntos de trabajo. Horas más tarde, en una cama de hotel, Estela asombró nuevamente a Martín al contarle, en la calma que siguió al nerviosismo de estar haciendo el amor, que era la primera vez que engañaba a su marido.

Esa noche, la víspera del terremoto, al poco rato de que él llegara, Estela recibió una llamada de su esposo, de nuevo en viaje de trabajo, y conversó con él con absoluta naturalidad, llamándole papi a cada nada, recomendándole en todos los tonos que se cuidara y apremiándolo para que regresase lo antes posible. «Te extrañamos mucho», le dijo.

Más tarde, esa misma mujer que poco antes había mostrado un don innato para la actuación, no supo ni atar ni desatar cuando su pequeño estuvo a punto de descubrirla con un hombre en la cama, pero recuperó rápidamente la tranquilidad y estuvo haciendo el amor hasta la madrugada, sin que le preocupara en absoluto, por lo menos en apariencia, que algún vecino viera salir a un extraño de su casa.

¿Era por inconsciencia y ligereza que Estela actuaba así o porque sabía calcular al milímetro el riesgo? ¿Pero cómo es que sabía calcular el riesgo si nunca antes había engañado a su marido? ¿O estaba mintiendo y él era el único ingenuo que le creía? Martín no tuvo que seguir rompiéndose la cabeza con los misterios del comportamiento femenino pues de pronto se escuchó un rumor que venía del subsuelo y la tierra empezó a temblar.

Estaban en la avenida de los Incas, a la altura del Hospital Regional. Martín, luego de los primeros segundos de desconcierto, atinó a llevar a su madre a mitad de la pista. Desde allí, paralizados por el susto, vieron cómo se desprendían pedazos de estuco de los aleros y caían al suelo junto con algunas tejas. Al mismo tiempo, varias personas salieron a la carrera de sus casas gritando: «¡terremoto!, ¡terre-

moto!», y no pararon hasta estar lejos de cualquier pared. Luego la tierra dejó de moverse bajo los pies y, en vez de ese bramido que rebotaba en las montañas y hacía que se encogiera el corazón, el aire se llenó del ladrido de los perros.

Martín, cuando se convenció de que la calma había vuelto, tranquilizó a su madre diciéndole que el temblor no había sido muy fuerte y que felizmente su papá estaba en el jardín. En el fondo, además de asustado, estaba preocupado: las casas, por la zona donde se encontraban, podían haber resistido muy bien el sismo porque eran relativamente nuevas y en su mayoría de ladrillo y cemento, pero de repente en el centro de la ciudad, con sus centenarias casonas de adobe maltratadas por tanto temblor, el panorama era distinto. Por lo mismo, ni bien se convenció de que su papá y sus hermanas, con las que éste ya había hablado por teléfono, estaban bien y que la casa, salvo una maceta y un par de cosas que se cayeron al suelo, no había sufrido daños, cogió su cámara fotográfica y voló al centro de la ciudad.

A juzgar por lo que vio por el camino y por lo que constató en la plaza, el Cuzco antiguo había resistido estoicamente el remezón. No se repitió, por suerte, la tragedia de ese domingo 21 de mayo de 1950, cuando, según lo que había escuchado y leído, apenas seis segundos fueron suficientes para dejar gran parte de la ciudad en escombros, cubierta por nubes de polvo, como si hubiese sufrido un bombardeo. Muchos cuzqueños no pudieron contener las lágrimas al ver su ciudad destruida. Fueron pocos, sin embargo, los que no se contagiaron de la fiebre modernizadora y lucharon porque, en lugar de demoler, se reconstruyera. Por desgracia, en la mayoría de los casos sus airadas protestas fueron desoídas y el Cuzco, que había logrado salir casi indemne de los numerosos atentados que se perpetraron en su contra a lo largo de su historia, perdió su fisonomía de ciudad reliquia, ajena al paso del tiempo.

Martín recordaba que de niño, a comienzos de los años sesenta,

su casa era una de las últimas de la ciudad. Las dos líneas de ómnibus que por entonces circulaban por las calles del Cuzco, los verdes y los plomos, tenían su paradero final en la urbanización Mariscal Gamarra, en la esquina que colinda con la universidad. Los dos o tres pabellones de ésta eran las últimas edificaciones de ese lado de la avenida de la Cultura, que a partir de allí, donde acababa el pavimento, se convertía ya en la polvorienta carretera a San Sebastián, el pueblito vecino. La segunda etapa de Mariscal Gamarra todavía no había sido construida. Eran terrenos baldíos con restos de una ladrillera que servían de escenario para las aventuras de los chicos de ese barrio, con los cuales él a veces jugaba. Las laderas de esa parte del valle, en las que más adelante surgirían los primeros barrios populares, tampoco habían sido ocupadas. Seguían siendo terrenos de cultivo o simplemente campo abierto, lugar de paseo adonde los niños iban a recoger arcilla o buscar arañas, saltamontes y *kaspiquros*, esos insectos que parecían un palito o una paja.

Con los años, en forma casi imperceptible primero y luego de manera cada vez más rápida, esos territorios de la infancia de Martín fueron transformándose hasta dejar de existir. Belaúnde construyó la segunda etapa de Mariscal Gamarra y el nuevo aeropuerto que dejó en desuso el campo de aterrizaje que corría paralelo a la avenida de la Cultura y que por las tardes se convertía en una inmensa cancha de fútbol. Edificaron el Hospital Regional y el nuevo Seminario San Antonio Abad a medio camino entre la universidad y San Sebastián y ese trayecto se pobló rápidamente de viviendas y talleres de mecánica. Surgieron, más allá del seminario, el barrio Magisterial y la Urbanización Santa Mónica. Los autobuses, verdes, plomos, rojos, que primero extendieron su recorrido hasta el hospital, iban a San Sebastián y Martín, en el paradero de la universidad, los cogía casi llenos. Además, en las laderas de los cerros, los saltamontes y *kaspiquros* dejaron su lugar a los migrantes e hijos de migrantes que llegaron al Cuzco después del terremoto. Había terminado de

surgir la ciudad moderna, con las urbanizaciones de clase media asentadas en las partes planas del valle y con los barrios populares encaramados en las laderas.

Sólo cuando comprendió el valor arquitectónico del Cuzco antiguo, Martín empezó a echar de menos, en las noches de lluvia, el canto de los sapos que lo adormecía en su infancia y que dejó de escucharse cuando los terrenos baldíos fueron cubiertos de cemento y asfalto. Sabía que era algo que había perdido irremediablemente y no quería que lo mismo sucediese con lo que quedaba de esa ciudad a la que había aprendido a amar. Sí, porque si algo le habían enseñado las mutaciones que ocurrieron ante sus ojos, era que si se permitía que continuasen las destrucciones, pronto no quedaría nada del Cuzco histórico.

Ésa era la razón por la cual esa tarde de abril de 1986, con su cámara fotográfica en bandolera, Martín recorría las casonas más antiguas y conversaba con sus moradores, por suerte locuaces a raíz del susto que acababan de llevarse, sobre los daños que sus viviendas habían sufrido. El ejercicio resultó sumamente revelador. La mayor parte de los inmuebles presentaba un estado calamitoso y no sólo a causa del sacudón que acababan de sufrir, sino también por culpa de la pobreza y desidia de sus propietarios e inquilinos.

Caminando por San Juan de Dios, Granada, Teatro, Tordo, Nueva Alta y Nueva Baja, Martín comprobaba que había casonas que se tenían en pie sólo porque Dios es grande y otras que prácticamente ya habían dejado de existir y eran apenas un cascarón que se vendría abajo en cualquier momento. Este panorama desolador de ruina y abandono se repetía por doquier, en calles como San Andrés, Matará y San Agustín, en barrios enteros como San Blas y San Cristóbal, e hizo pensar a Martín que el sismo que acababa de ocurrir era en realidad una campanada de alarma para que los cuzqueños despertaran de su mollicie e indolencia e hicieran algo para salvar su ciudad.

En los días que siguieron a ese sábado 5 de abril, muchos casero-

nes fueron apuntalados y cobraron la apariencia de un herido que necesita muletas para mantenerse en pie. Las primeras evaluaciones, además, mostraron que algunos monumentos, como la catedral, la Compañía y la Merced, habían sufrido daños más serios de los que a primera vista se podía apreciar. En el Instituto Departamental de Cultura caló rápidamente la idea de conformar equipos que evaluaran no sólo las edificaciones con valor histórico y monumental, sino el centro antiguo en su conjunto. Martín solicitó que lo designaran a uno de esos equipos, pero su petición fue desoída. Sin embargo, cuando encaró a su jefe para manifestarle su descontento, se enteró de que su nombre era voceado para el proyecto de la Compañía, por lo que, en lugar de quejarse, tuvo que terminar agradeciendo.

5

Desde el día en que Martín recibió su nombramiento de coordinador del Área de Arquitectura del proyecto de restauración de la Compañía, este templo se convirtió casi en la razón de su vida.

Él recordaba, con hora y fecha, la vez que descubrió que esa iglesia era un portento. Fue a su regreso de Italia, donde, a pesar de que en ciudades como Venecia, Florencia o Roma estuvo contados días, seguramente había entrenado el ojo. El día de su llegada al Cuzco, después de la obligada reunión familiar que se prolongó hasta la tarde, cogió un taxi y se dirigió a la plaza. El sol iluminaba la catedral y la Compañía con una luz dorada, pero el cielo detrás de ambas estaba encapotado y amenazante. Era un espectáculo que Martín había presenciado en infinitas ocasiones, pero esa tarde lo vio con otros ojos y quedó transido por la impresión.

Absorto como estaba en la contemplación de la Compañía, Martín no se percató de que se estaba formando un arco iris. Los siete colores se empezaron a dibujar en el cerro por donde corre la carretera a Sacsayhuamán, también iluminado por esa cálida luz dorada, y pronto surcaron toda la bóveda celeste. Al descubrirlos, Martín caminó en dirección a Plateros en busca de un mejor ángulo de observación, de tal modo que la catedral y la Compañía quedaran enlazadas por esa cinta multicolor. Tal efecto lo consiguió apostándose

en el tercer arco del portal de Confiturías, empezando a contar desde la esquina con Espaderos.

Haciendo un paneo con la mirada, Martín podía apreciar la catedral bañada por oro líquido y recortada sobre un cielo acerado que por partes parecía difuminado por la mano de un pintor. Entre las dos iglesias, en la lejanía, se adivinaba apenas la cresta gris azulácea del Pachatusan, castigado seguramente por una fuerte tormenta. En un plano más cercano tenía las casas de los portales de Belén y de Carrizos con sus paredes y tejados brillando al sol. Finalmente, a la derecha, veía la refulgente fachada de la Compañía que destacaba nítidamente sobre el cielo gris, así como su cúpula jaspeada de los verdes, celestes y rojos de sus ladrillos esmaltados, cual coloreada por un pintor impresionista.

A los pocos instantes, cuando Martín agradecía a Dios por la visión que le estaba regalando, se formó un segundo arco iris más cerca al cenit. No era de colores tan intensos como el primero, pero hizo que los transeúntes se olvidaran de los asuntos que los llevaban de un sitio a otro y se quedaran clavados donde estaban.

Unos enormes goterones que caían lentamente dieron más brillo a todo: al césped de los jardines de la plaza, a las lajas de las aceras, a las tejas de las casas, a las piedras de la catedral y la Compañía, a los ladrillos esmaltados de la cúpula de esta última, a los cerros y al bosquecillo por los que corre la carretera a Sacsayhuamán. Todo lo que estaba bañado por el sol del atardecer resplandecía, pero la Compañía, al perfilarse sobre un gris cada vez más oscuro, sobresalía además con una asombrosa nitidez en sus formas y en sus líneas, haciendo que Martín pudiera apreciar detalles antes desapercibidos, como las finas cruces de metal que coronan sus torres.

Por si esto fuera poco, de repente sobre los cerros de un verde cada vez más brillante destelló un rayo produciendo un gran estruendo. Fue la señal para que cayeran unas bolitas blancas, pocas al comienzo, cada vez más abundantes al cabo de unos segundos. Era granizo,

granizo que parecía palomitas de maíz que alguien hubiera disparado con fuerza desde las alturas. Un nuevo rayo zigzagueó sobre los cerros y el bosquecillo y un nuevo estruendo saludó alborozado el espectáculo que le estaba regalando el Cuzco a ese joven arquitecto que acababa de regresar de Europa.

De pronto, la Compañía perdió su fulguración y quedó en sombras, como si alguien hubiera desconectado el potente reflector que la iluminaba. Lo mismo, a los pocos instantes, ocurrió con la catedral y con el bosquecillo en los cerros. Es más, también los arco iris desaparecieron y el cielo se volvió uniformemente negruzco, sin esa pincelada de vida, sin esa magia que le daban las cintas de siete colores.

Un nubarrón se había interpuesto seguramente en el camino del sol, pero éste poco a poco se abrió paso y fue iluminando de nuevo, en orden inverso, los cerros y el bosquecillo, la fachada del Colegio San Francisco de Borja y de la Casa del Almirante, la catedral y la Compañía, hasta que todo estuvo fulgurando. Más aún, también los arco iris volvieron a colorear el cielo.

¡Era demasiado...!

Cuando la tormenta se alejó hacia la quebrada de Saphi, todo volvió a quedar en la sombra, pero Martín seguía sin moverse. Sólo cuando los tonos de la piedra se confundieron con los grises del fondo, empezó a caminar.

Quería tomar un café en el Ayllu, pero al llegar a la desembocadura de Procuradores se sintió atraído por la animación que reinaba allí. En Bolonia, en esas estrechas callejas con arquerías a cada paso en las que la imaginación podía transportar todavía a los peatones al Medievo, había aprendido a ser parte del enjambre de turistas y a disfrutar del barullo que éstos provocan. Caminando por Procuradores en medio de tanto gringo y comprobando asombrado que el número de restaurantes, tiendas de souvenirs y agencias de viaje continuaba aumentando, tenía la sensación de seguir en Europa o, lo

que era más agradable aún, la impresión de que el Cuzco se estaba volviendo tan cosmopolita como cualquier ciudad europea.

En Tecsecocha, la calle que cierra Procuradores, Martín dudó entre volver sobre sus pasos o subir a Suecia, pero se inclinó rápidamente por esto último pues pensó, con razón, que desde algún lugar de esa cuesta tendría una posición ventajosa para contemplar la Compañía a la tenue luz del crepúsculo. No se equivocó. Justo de la esquina de Suecia y Huaynapata vio las torres de la iglesia refulgiendo bajo la iluminación artificial. Parecían obra no de picapedreros, sino de orfebres, orfebres que hubieran tomado todo el oro del Coricancha para moldearlas.

Martín empezó a buscar ansiosamente un lugar desde dónde apreciar la iglesia de cuerpo entero, primero, sin éxito, subiendo por Suecia y luego en las graderías de Huaynapata y Resbalosa. Fue finalmente ésta la callecita desde donde vio esa maravillosa edificación en la que, sabe Dios por qué misteriosa alquimia, la piedra había transmutado su pesadez y dureza en liviandad y ductilidad. Desde esa mediana altura, en efecto, la Compañía no se veía aplanada. Todo lo contrario. Los tres cuerpos de su fachada, con la cúpula asomando entre las dos torres, se veían aún más alargados, como si se aprestasen a iniciar una lenta y majestuosa ascensión a los cielos...

Desde esa ocasión Martín nunca dejó de asombrarse ante la belleza de ese templo, pero no tenía respuesta a la pregunta de en qué precisamente radicaba su magia. Las explicaciones que daban otros tampoco lo satisfacían, ya sea pusieran el acento en el fino trabajo de la piedra primorosamente ornamentada o en la profusión de detalles como hornacinas, nichos, columnas, pilastras, escudetes, frisos, cornisas y tantos otros; ya sea resaltarán soluciones felices de una parte de la edificación, como la encontrada para las torres con sus ojos de buey y las pilastras que los guarnecen, o, por el contrario, la armonía de líneas del conjunto y su esbeltez y gracia. La Compañía, después de pasar tantos años casi desapercibida para él, lo había

impactado tanto que mirara lo que mirara descubría una belleza incomparable. Quizás era amor lo que sentía por esa construcción y el amor no responde a ninguna lógica ni tiene explicación...

Cumpliendo el encargo de juntar documentación sobre la Compañía, Martín tuvo la suerte de acceder a los archivos del arquitecto Óscar Ladrón de Guevara, sobre cuyos hombros recayó la titánica tarea de reconstruir el Cuzco después del terremoto de 1950. Tuvo así una idea exacta de los severos daños que sufrió la iglesia en esa ocasión.

De los campanarios, el de la Epístola fue el más afectado. De hecho, se derrumbó en parte y las piezas que se desprendieron cayeron sobre las bóvedas de la misma iglesia y sobre los techos de la universidad, causando más destrozos. El otro campanario, el del Evangelio, no provocó una lluvia de piedras, pero presentó serios daños en su estructura, quedando casi separado del cuerpo central de la edificación. La cúpula, por su parte, sufrió varios agrietamientos tanto en el tambor como en las nervaduras de la bóveda. Además, algunas piezas de la corona inferior de la linterna también se desprendieron. Los agrietamientos eran visibles, asimismo, en distintos sitios de la fachada, donde el daño más serio fue el desprendimiento del arco de descarga en el núcleo de la estructura.

El arquitecto Ladrón de Guevara recurrió a técnicas después vedadas en los trabajos de conservación, como el empleo de concreto armado para estabilizar torres, cúpulas, bóvedas y arcos, pero logró salvar la Compañía y muchas otras iglesias que quedaron en estado crítico a raíz del terremoto.

Cuando comenzaron las obras de restauración, Martín supo, por primera vez, lo que era identificarse plenamente con un trabajo. Él, que nunca había sido de los que se entusiasman con facilidad, amanecía pletórico de energía y, cual colegial a comienzos de año, impaciente por recibir la mayor cantidad de tareas y resolver los problemas más complicados. Con el tiempo, esta dedicación se fue convirtien-

do en hábito y Martín, sin proponérselo ni darse cuenta, se volvió otro, disciplinado, tenaz, diligente, seguro de sí mismo. Sus colegas decían de él al principio «escobita nueva barre bien», pero luego terminaron reconociendo que era «superchambeador».

El sentimiento de plenitud que inundaba a Martín mucho tenía que ver también con lo económico. Después de la firma del convenio con España, el proyecto se volvió autónomo y fijó unos sueldos para su personal que despertaron la envidia en el Instituto Departamental de Cultura. Algo parecido, recordaba Martín, ocurrió cuando ganó la beca completa de la Unesco en los cursos de restauración. Era tan jugosa que el entonces director del instituto, ofendido por ganar menos, se puso en plan de perro del hortelano y estuvo presionando hasta el último para que le dieran media beca.

En realidad, no era que pasase apuros. Todo lo contrario. Soltero, sin hijos y viviendo en casa de sus padres, no andaba prestándose dinero como sus colegas ni sabía lo que eran las angustias de fin de mes, el no tener un centavo para sus gastos o el vivir al fiado, con una cuenta en la tienda de la esquina y otras más en la farmacia, la carnicería, el quiosco de los periódicos y hasta en alguna cantina. Sin embargo, por más ajustes que hacía en su presupuesto, el sueldo no le alcanzaba para alquilar un departamento y era eso justamente lo que ahora estaba a su alcance.

La búsqueda empezó no con la compra del periódico, como suele hacerse en estas circunstancias, sino con largas caminatas por los antiguos barrios incaicos de la ciudad: San Blas y San Cristóbal. San Blas, con sus callejas estrechas y tortuosas, con sus cuevas que grada a grada se pierden en el cerro, con sus aleros que esconden tejas pintadas con angelillos y sus modestas casas enlucidas de blanco, era sin duda el barrio más hermoso y mejor conservado como conjunto. Martín, sin embargo, le encontró dos serias objeciones: la primera, el que justamente por su atractivo estaba dejando de ser un barrio de artesanos para convertirse en un enclave de los extranjeros que

sentaban sus reales en el Cuzco, con los alquileres más altos de toda la ciudad; la segunda, que no había un lugar desde donde se apreciara la Compañía en todo su esplendor. Sólo de algunas casas de Tandapata, cerca a Choquechaca, se podía contemplar un perfil de la fachada.

En San Cristóbal, Martín hizo una verdadera pesquisa a la que dedicó varios fines de semana. Era también un barrio que se había sabido acomodar en una pronunciada ladera que en tiempos de los incas estuvo profusamente tratada con andenería y muros de retén. Lo que actualmente saltaba a la vista, en cambio, y que a Martín le agradaba, era una combinación de callejuelas sinuosas y angostas con otras de trazado más regular y más amplias. Justamente de una de tales calles, Huaynapata, es que se abrían las vistas más espectaculares de la Compañía. Lamentablemente, en todas las puertas a las que Martín llamó le dieron la misma respuesta: «No alquilamos nada».

Todos esos recorridos por San Cristóbal terminaban en el descampado que hay delante de la iglesia del barrio. Allí, tendido en el pasto, mirando sin cansarse los techos de la ciudad y apenándose al descubrir alguna casona en ruinas y más y más construcciones nuevas que por su arquitectura o su volumen rompían con el entorno y malograban sectores enteros del viejo Cuzco, Martín sopesaba si seguir insistiendo en esa búsqueda que se estaba volviendo interminable o de una vez rendirse y contentarse, como toda la gente, con alquilar uno de esos departamentos ofrecidos en los avisos económicos de *El Sol*.

Un encuentro providencial con un cuzqueño casado con gringa solucionó todo. El tipo, tras dar la lata preguntando por Ilse y toda la colonia alemana, comentó que estaba en la ciudad sólo para alquilar su casa.

—¿Por dónde queda? —le preguntó Martín.

—Por Santa Ana.

—¿Santa Ana? Muy lejos —perdió Martín el interés en la propuesta que le hacían.

—Todavía no me digas no. Mírala primero —insistió, sin embargo, el amigo.

Martín aceptó a desgana, visitó la casa y comprendió de inmediato, al subir a las habitaciones del segundo piso, que eso era precisamente lo que estaba buscando.

6

La casa no tenía nada del otro mundo, pero era cómoda, acogedora y con bastante luz. En la planta baja estaban la sala, el comedor, la cocina y un baño de visitas. Todos los ambientes eran espaciosos y la sala, además, tenía una chimenea muy bien ubicada y, lo que era raro en Cuzco, bien construida. En el segundo piso había, aparte del baño, tres habitaciones, dos con vista a la ciudad y la tercera con vista al patio y al jardín. Esta última la dejó para posibles alojados y las otras las acondicionó como dormitorio y estudio.

En realidad, cuando se mudó, Martín no tenía muebles ni enseres domésticos y pensaba que en un primer momento ni falta que le harían. Su mamá, más práctica, insistió en regalarle algunos de los tantos cachivaches que tenía por ahí guardados: una vieja mesa de madera, algunas sillas, un juego de cubiertos y otro de vajilla, un par de ollas y algunos otros utensilios de cocina. Martín, por su parte, ya desde el primer día descubrió que necesitaba con urgencia muchas cosas más, para empezar una escoba, un recogedor, una papelerera y un cepillo para el baño, un escurridor de platos, una esponja, algún lavavajillas, un abrelatas, etcétera, etcétera; es decir, todo eso que Ilse ya tenía y en lo que, por lo mismo, él nunca había reparado.

En sus primeras semanas de vida independiente Martín aprovechó cada momento libre para hacer compras y arreglar la casa. Cuan-

do finalmente quedó satisfecho, tenía un juego de sillones de mimbre en la sala y algunos almohadones, una mesa del baratillo y un par de bancas de la misma procedencia en el comedor, una cocina eléctrica de dos hornillas y con horno, cortina para la ducha, portamaceteros y macetas en sala, comedor, pasillo y patio. Todo era rústico, claro, pero estaba arreglado con gusto y cuidado en los detalles. Las paredes las decoró con afiches, fotografías y con algunas de las copias que él mismo había pintado. Tuvo la previsión, incluso, de reservar un espacio para el plano más antiguo del Cuzco que el instituto se estaba encargando de editar y en el que figuraba precisamente su barrio, Santa Ana, junto con la parroquia de San Pedro. Como pantallas para los focos utilizó tiestos. Sobre la mesa del comedor colocó un arreglo de flores secas. Las plantas —helechos, trabajadoras, begonias, malamadres, chifleras— hacían el resto.

Era el momento de estrenar la casa. Martín, recordando las reuniones en el departamento de Ilse, estuvo tentado de invitar a un grupo del trabajo, pero al final prefirió un *tête-à-tête* con Estela.

Escogieron un día de semana, a media tarde. Martín se aprovisionó bien para la ocasión: pasteles del Ayllu, lomo ahumado de la tienda de la Central de Cooperativas de Calca y una botella de buen vino chileno. Estela llegó puntual, recorrió con curiosidad toda la casa y finalmente se instaló en la sala, delante de la chimenea.

—¿La enciendo? —preguntó Martín.

—Claro que sí —respondió ella y a continuación añadió—: Vas a ser un soltero muy codiciado.

—Ya lo soy —bromeó Martín.

—Vas a serlo aún más. ¡Qué ordenadita tu casa! ¡Qué bien arreglada! ¡Cuántas plantas! No pareces hombre.

—¿Cómo es eso?

—No, no pareces; pareces mujercita —se rio Estela de la cara de asombro de Martín—. Los hombres son desordenados, tienen mal gusto y jamás piensan en plantas.

Martín sonrió y se concentró de nuevo en la chimenea, hasta que las primeras llamas empezaron a danzar. Buen rato estuvieron contemplándolas y luego hicieron el amor allí mismo, sobre una manta que Martín bajó de su cama, discutiendo entre risa y risa quién se ponía abajo y riendo aún más al recordar lo que les pasó la víspera del terremoto. Luego, desnudos todavía, sentados en el pequeño sofá de mimbre y arropados con la manta, brindaron por la casa y porque tardes como esa se repitieran con frecuencia. Estela, sin embargo, nunca más quiso acostarse con él. No discutieron. No se enmistaron. Ella simplemente salió con que poner cuernos daba mala suerte y, sin querer escuchar razones ni dar mayores explicaciones, se cerró en que eso le había estado pasando.

Martín nunca terminó de creer en lo de la mala suerte, pero respetó la decisión de Estela. Ella había aparecido cuando más necesidad tenía él de una amiga, le había planteado con absoluta naturalidad que se fueran a la cama ahorrándole ese largo y ridículo galanteo al que están acostumbradas las peruanas y luego había puesto el punto final de la misma manera, sin reproches ni absurdas discusiones. Seguramente por eso le guardaba cariño y se alegraba cuando se encontraban de casualidad en la calle o cuando ella le telefoneaba.

—¿Ya te has aburrido de la buena suerte? —le preguntaba siempre en tales ocasiones.

—¿Todavía no te han pescado? —retrucaba de inmediato ella.

—No, te sigo siendo fiel —continuaba él en el mismo tono desenfadado y de complicidad con el que hablaban.

Algo de cierto había en esta broma. No es que no se fijara en otras mujeres, pero resultó que el ser soltero codiciado tenía muchos bemoles y se prestaba a malentendidos: no había muchacha que se resistiera a sus encantos, pero todas finalmente perseguían lo mismo: casarse. Martín, que lo que menos deseaba era justamente eso, llegó a formular una teoría, la de los atributos, para explicarse la conducta femenina.

La hipótesis que manejaba era que el principal atractivo de un varón, por lo menos en el Cuzco, no radicaba ni en el dinero ni en el color de los ojos ni en la estatura ni en el buen carácter ni en la inteligencia ni en la madurez, sino simplemente en el ser soltero. Era del estado civil, según pudo observar, que se prendaban sus paisanas. No del hombre en sí, que bien podía ser la suma de todos los defectos, sino de la posibilidad de contraer matrimonio.

La libertad con que Estela se había acostado con él también tenía una explicación según la teoría de los atributos: al estar casada, ella ya había alcanzado su principal objetivo en la vida y podía probar cosas nuevas, claro que sin poner en riesgo su matrimonio. No todas las mujeres casadas, sin embargo, se comportaban igual que ella. Había las que estaban dispuestas a echar su matrimonio por la borda... siempre y cuando tuvieran la certeza de contraer un nuevo enlace.

La teoría de los atributos también le sirvió a Martín para explicar eso que las mujeres a las que él conocía llamaban amor, palabra con la que designaban, cuando empezaban a salir con un soltero, no otra cosa que el apremiante deseo de casarse con él y la gran ansiedad que este sentimiento les producía. Las mujeres «enamoradas» —Martín lo comprobó en su propio pellejo— podían aceptar tener sexo más o menos rápido, o podían acceder a ello tras un largo asedio o simplemente rechazar de plano la idea y no ir más allá de algunas caricias atrevidas, pero en los tres casos sentían necesidad de justificarse y lo hacían esgrimiendo el mismo argumento: que el sexo sin sentimientos era a lo sumo una desagradable gimnasia o, variante radical de la misma sentencia, que no podían ni pensar en hacer el amor con un hombre sin estar casadas con él.

Un par de años demoró Martín en entender a sus paisanas y eso a costa de muchos sinsabores y de granjearse fama de mujeriego y desgraciado. Dolido y deseoso de despejar sus últimas dudas, decidió experimentar para saber quién tenía la razón: las que decían que eran incapaces de acostarse con un hombre sin estar enamoradas o

él, que simplemente no podía creer, más por sentido común que por otra cosa, que las mujeres pudieran desarrollar con tal rapidez un sentimiento tan raro como el amor.

La oportunidad surgió muy pronto, cuando un colega del instituto le presentó a su prima, Silvana. La primera vez que salieron juntos ella le soltó de sopetón casi todo su currículum, desde los trabajos que había tenido y en el que estaba actualmente hasta el hecho de ser madre soltera y la vergüenza que habían pasado por esta razón sus padres. Lo único que calló fue la relación que mantenía con un hombre casado, funcionario de un banco, que tenía a su familia en Lima. En Cuzco —pueblo pequeño, infierno grande— todo se sabe y esta historia ya había llegado a oídos de Martín, pero él se hizo el sueco y siguió cortejando a Silvana, atraído por lo demás por sus hermosos ojos negros, sus grandes senos y el curioso contraste entre su apariencia provocativa y su actitud de beata arrepentida de haber tenido un hijo para un hombre casado.

En general, Silvana era de una incoherencia que hacía las delicias de Martín. Juzgaba muy duramente, por ejemplo, a las mujeres que salían con hombres casados, pero toda su historia sentimental estaba jalonada por ese tipo de relaciones: primero el padre de su hijo, luego un vividor que tenía hijos con su esposa y fuera del matrimonio y que después de prometerle el oro y el moro la dejó con los crespos hechos y por último el funcionario de banco sobre el que seguía sin soltar prenda.

Martín, asombrado por la libertad con que Silvana aceptaba sus invitaciones, llegó a pensar incluso que el tal funcionario no existía, que todo lo que le habían contado no pasaba de ser un chisme, pero un buen día saltó el chupo. Habían quedado en ir al cine y cuando pasó por ella, la encontró en atuendo casero y con sus lindos ojos hechos un desastre. Le preguntó qué había ocurrido y ella le respondió vagamente que había tenido un disgusto y que no tenía ganas de nada.

—¿No sería mejor que te distraigas un poco? —insistió Martín—. Dejemos el cine para otro día y vamos a tomar un trago.

Fueron, por primera vez, a casa de él y bastó un cuba libre para que Silvana se anegara en llanto. El bancario existía. Se llamaba Carlos y tenía esposa y dos niños. Trabajaba con el hermano de Silvana y por eso empezó a frecuentar la casa. Era muy simpático, bromista, regalón. Se veían a escondidas porque toda la familia sabía que estaba casado. La víspera acababa de regresar de Lima, donde había pasado su mes de vacaciones, y en lugar de anunciar que le había pedido a su esposa el divorcio, como prometió antes de partir, trajo la novedad de que su familia se venía a vivir con él.

—¿Estás muy dolida? —le preguntó Martín cuando terminó de sacarle con cucharita esta historia.

—Es que lo quiero mucho —explicó ella y se puso a llorar con más ganas.

A partir de esa noche Martín se dedicó a consolar a Silvana y lo hizo tan bien que a la semana ella dejó de sufrir por Carlos. No lo dijo, ni Martín se lo preguntó, pero era evidente: se veía radiante, más arreglada y provocativa que nunca, sin la más mínima huella de sufrimiento en la mirada. «¿Te gusto?», le preguntó a los diez días exactos de esa noche de llanto. Estaban en un cine, cogidos de la mano, mirándose a los ojos en lugar de ver la película. «Sí», respondió Silvana y se besaron.

Un desagradable sentimiento de culpa le impidió disfrutar de esos primeros besos. Era cierto que había ayudado a Silvana a superar en tiempo récord una decepción amorosa, pero fingiendo un interés que en realidad no tenía. Nunca había hecho eso. Nunca había actuado de mala fe con sus amigas. Por eso sentía temor de sí mismo y veía impotente cómo estaba naciendo en él un maligno deseo de castigar a esa mujer, de hierirla, de hacer que sufra de verdad.

Por esa ley de compensaciones por la que a veces se rige el destino, fue la propia Silvana la que se encargó de curar a Martín del

brote de misoginia que estaba sufriendo. Lo enterneció confesándole, en una ocasión en la que él estaba tratando de desabotonarle la blusa para acariciar sus senos, que se sentía como una puta, que ya había tenido relaciones con tres hombres, que él iba a ser el cuarto. Martín, dejando las manos quietas y acordándose de las lecciones recibidas de Ilse, le preguntó si un hombre que se acostaba con varias mujeres era un puto. «No», respondió Silvana después de pensarlo un rato, pero alegó que en el caso de los hombres era distinto, que en ellos no estaba mal visto que tuvieran varias mujeres.

Desde ese día, Martín se empeñó en hacerle comprender que no tenía por qué sentir vergüenza de ser madre soltera o de haber tenido relaciones con tres hombres, que en todo caso quienes debían sentirse avergonzados eran el padre de su hijo o el vividor y el funcionario de banco, que le habían mentido para acostarse con ella. Con esta abnegada prédica, mató dos pájaros de un tiro: dejó de sentirse culpable y pudo confesarle a Silvana, sin que resultara hiriente, que el matrimonio no entraba en sus planes.

El costo que debió pagar por su sinceridad fue alto. Silvana tuvo aún más escrúpulos de hacer el amor con un cuarto hombre que tampoco sería su esposo y, para evitar las tentaciones, se negó a pisar de nuevo la casa de Martín. Se encontraban donde ella o para ir a un cine, un café o una discoteca. No eran, de hecho, los lugares más apropiados para que él pudiese dar rienda suelta a la obsesión que tenía por esos grandes senos, pero igual se las ingeniaba para salirse con las suyas.

Muy pronto, sin embargo, como ya le había pasado con otras mujeres que hacían de su sexo una fortaleza inexpugnable, empezó a cansarse de Silvana. Quizás ella algo percibió y por eso en uno de sus últimos encuentros le permitió tocar el fruto prohibido. Fue una noche en la que una persistente lluvia obligó a Martín a llamar para cancelar la cita. Silvana, sin embargo, insistió en que tenía ganas de verlo y le dijo que lo esperaría de todos modos. Lo recibió

con una chompa gruesa encima de una bata y con medias de lana. Sólo le faltaban los ruleros para parecer una mujer casada. De no ser por la lluvia, Martín se hubiera despedido después del primer café, pero se fue quedando y quedando hasta que cesaron los ruidos en la casa. Esa confianza en que nadie entraría a la sala obró como una invitación a un contacto más íntimo. Empezaron a besarse y una mano de Martín se deslizó debajo de la bata, entre los muslos de Silvana, los acarició un buen rato y siguió avanzando hasta encontrarse, tras hacer a un lado el pedacito de tela que se interpuso en su camino, con algo húmedo, tibio, donde se quedó jugueteando uno de sus dedos...

Este imprevisto avance avivó la imaginación de Martín, pero no por mucho tiempo. En los siguientes encuentros que tuvieron, cada vez más espaciados, Silvana volvió a comportarse como una celosa guardiana de su virtud y él se reafirmó en su decisión de dejar de verla.

La siguiente vez que una mujer atractiva se cruzó en su camino y empezó con el inequívoco ritual para llamar la atención del macho, Martín se preguntó si valía la pena entrar en el juego. Era previsible, en efecto, que después del tedioso preludio ocurriera una de dos cosas: o que no hubiera sexo si él dejaba sentado que no quería matrimonio o que el sexo estuviera rodeado de tanta gazmoñería y remilgo que en lugar de placentero resultaría decepcionante.

Martín nunca había olvidado lo que alguna vez le dijera Angélica, con su delicadeza de Panzer, respecto a sus habilidades sexuales. No es que él fuera de la opinión contraria, que se considerara a sí mismo un amante impetuoso, un irresistible *latin lover*. Todo lo contrario. Era plenamente consciente de su torpeza y de sus limitaciones, pero pensaba que no podía ser de otra manera pues, a diferencia de Angélica, que había probado absolutamente todo, él siempre había vivido en una abstinencia casi total.

Ilse parecía disfrutar cuando hacían el amor, pero igual a Martín lo atormentaban las dudas porque se acordaba de eso que también había dicho Angélica: que no era la pericia sexual lo que más valoraba una mujer en su pareja. Cuando llevaban buen tiempo viviendo juntos, Martín se atrevió a tocarle el tema a Ilse y escuchó prácticamente las mismas palabras: que no era la técnica lo más importante,

sino la comunicación y la ternura, que hubiera comprensión entre el hombre y la mujer. «¿Y nosotros nos entendemos en la cama?», preguntó entonces Martín. «¡Claro!», fue la respuesta inapelable de Ilse.

Ese tono tan categórico no fue suficiente para convencerlo. ¿No sería que ella, como buena alemana, era demasiado racional y no le concedía mucha importancia al mundo de los sentidos? O, peor aún, ¿no estaría, al igual que Angélica, de vuelta de todo, hastiada de los placeres del sexo y, por lo mismo, necesitada de otro tipo de relación con los hombres, más platónica, más pura, menos carnal? Cuando Martín se detenía a sopesar esta posibilidad, no podía evitar acordarse de Alejandro, la primera pareja que Ilse tuvo en el Cuzco.

Como Elena, Alejandro tenía algo de negro en los rasgos y en el carácter. Era el típico intelectual que todo el tiempo necesitaba demostrar lo versado que era en su especialidad y que hasta al tratar de los asuntos más pedestres y cotidianos se expresaba de una forma rebuscada y con un pedante tonillo de superioridad, pero en algunas ocasiones, muy raras es cierto, se salía de su papel y dejaba aflorar al negro que había escondido en él. Ese otro Alejandro era un criollo pícaro y deslenguado con gran habilidad para bromear sobre cualquier tópico y tomar el pelo al más pintado. Él era el único del grupo que, sin que viniera a cuento, sacaba a colación el tema del sexo y hacía a veces bromas de doble sentido.

En cierta oportunidad, por ejemplo, contó un chiste sobre una prostituta que le comentaba a otra que había conocido a un hombre —uno de esos cuatro ojos que todo el día devoran libros— que tenía pene. «¿Y qué es eso?», preguntaba intrigada la segunda prostituta. «Es lo mismo que la pinga, sólo que más chiquito», aclaraba la primera con desenfado. En otra ocasión les aplicó a todos un test —dibujar un muñequito en base a un total de diez triángulos, cuadrados y círculos— que supuestamente servía para medir los componentes de inteligencia, sensualidad y equilibrio de la personalidad,

pero que en realidad se prestaba para todo tipo de bromas, principalmente contra los que salían con un bajo coeficiente de sensualidad, el cual fue el caso de Martín. Alejandro, en cambio, juraba entre risa y risa que cuando a él le aplicaron el test, le salió nueve de sensualidad, uno de inteligencia y cero de equilibrio. Igual que a Ilse.

Martín no era tan tonto como para tragarse lo del test, pero de todos modos pensaba que seguramente Alejandro, por ese temperamento de negro que trataba inútilmente de domeñar, era de esos hombres que arrancan gritos de placer a su pareja. ¿No extrañaba eso Ilse? ¿No se daba el gusto de vez en cuando con alguno de los tantos alemanes con los que se relacionaba?

El sufrimiento de Martín era por partida doble: por un lado lo atormentaban los celos y por otro, la conciencia de su impericia en materia sexual. Quizás era a manera de compensación que él, en la cama, siempre rebosaba ternura y delicadeza, siempre estaba preguntando: ¿te duele?, ¿lo hago más despacio?, ¿está bien así?, y tratando de dar gusto en todo a su compañera. Pero era justamente a causa de esto último que el círculo vicioso se cerraba pues a veces Ilse confesaba algunos de sus deseos, como que empujara con más brío, por ejemplo, o que se excitara más para que se le pusiera más dura, y él, en lugar de darle gusto, se dejaba ganar por los nervios y la ansiedad y a los pocos instantes eyaculaba.

El hecho, sin embargo, de que después de varios años de convivencia la rutina se fuera instalando lenta pero inexorablemente en su vida de pareja, tuvo para Martín un curioso efecto tranquilizador. El deseo, es verdad, dejó de ser una hoguera que los envolvía en sus llamas y que no se apagaba por más que ellos se revolcaran frenéticamente en el lecho, y se convirtió en un rescoldo que debían avivar con paciencia y esmero cuando querían tener relaciones, pero quizá por eso mismo Martín empezó a sentirse más seguro de Ilse y más dueño de su propio cuerpo.

La noche que pasó con Elena y ese mundo maravilloso de sensa-

ciones que creyó atisbar lo reafirmaron en la idea de que quizá ya había madurado para el gozo de la carne, para el placer sexual. Por eso, cuando se separó de Ilse, empezó a buscar no una nueva compañera (estaba demasiado herido para eso), sino a la mujer que le diera a manos llenas eso que Elena le había dejado sólo paladear. Terrible fue el chasco que se llevó pues al toparse, una tras otra, con mujeres que le hacían desandar lo que él creía haber avanzado.

Doris, la primera de tales mujeres, le hizo conocer todos los círculos del infierno. Era una estudiante del último año de arquitectura que apareció por el convenio con la intención de realizar sus prácticas profesionales. Martín, atraído por su lozanía, su cara bonita, su desenvoltura y su buen gusto para vestir, empezó a salir con ella cuando el período de prácticas estaba por terminar.

Los primeros besos y caricias llegaron bastante rápido, luego de algunas incursiones por las discotecas de la ciudad. Los escollos surgieron cuando la invitó a su casa, con alfombra nueva que previsiblemente había comprado al recordar las incomodidades que pasó con Estela. Este simple cambio de escenario tuvo inesperadas repercusiones en el comportamiento de Doris, que ni siquiera se dejó besar. Hizo falta una segunda ronda por las discotecas, con besos más apasionados en los reservados, para que diera el visto bueno a una cena a la luz de las velas. Esta vez, para no pecar de impaciente, Martín no intentó nada hasta bien avanzada la noche. La táctica dio buenos resultados. Doris, halagada seguramente por trato tan amable, no opuso la menor resistencia cuando Martín empezó a besarla y tampoco cuando le insinuó que la alfombra era más cómoda que el sofá de mimbre. Hacer que se echara fue también cosa de un minuto, por lo que Martín pensó que *ésa* sería la noche.

Doris parecía entender a las mil maravillas el lenguaje de las manos de Martín y dejaba que se regodearan en sus senos, que subieran y bajaran por su torso, que incluso le frotaran la entrepierna. Sin embargo, cuando él quiso desabotonarle la blusa creyendo que

esos jadeos cada vez más fuertes le daban luz verde, las manos de Doris también empezaron a hablar y dijeron claramente que no. Así estuvieron un buen rato, Martín tratando de hallar el camino a la piel de Doris y ella bloqueando cualquier posible acceso, hasta que, excitado por lo que se le permitía pero aún más por lo que no, él sintió que se iba a correr y no pudo hacer nada para evitarlo.

Esta misma escena, con ligeras variantes, se repitió unas cuantas noches, hasta que Martín, temeroso de que la eyaculación antes de la penetración se volviera la norma de su desenvolvimiento sexual, decidió poner las cartas sobre la mesa y le preguntó a Doris si quería o no hacer el amor. Ella, en lugar de responderle, le hizo a su vez una pregunta —¿me quieres?— que fue el inicio de agotadoras conversaciones durante las cuales cada asunto tenía que ser abordado una y otra vez pues Doris parecía empeñada en malinterpretar todo lo que él decía.

En resumen, Martín le hizo entender, o creyó hacerle entender, que si bien no estaba enamorado, sentía una fuerte atracción, que era por esa atracción que tenía deseos de hacer el amor con ella y que eso no significaba de ningún modo que la considerara una cualquiera. Le explicó, además, que le era difícil enamorarse de una mujer con la que no había hecho el amor y que jamás, *jamás*, subrayó varias veces, formaría pareja con una mujer que sexualmente era para él una desconocida.

Doris aceptó finalmente estas razones, o dijo aceptarlas, y aceptó también hacer el amor, pero luego de machacar que había sufrido mucho por culpa de hombres que después de obtener lo que querían olvidaban sus promesas.

La noche elegida, Martín, que se había portado con una delicadeza digna de un príncipe, se llevó un nuevo chasco. Es verdad que Doris se dejó despojar de casi todas sus prendas, pero se aferró a la última, a ese breve y casi insubstancial calzoncito que, a medida que pasaba el tiempo, se fue transformando en un insalvable y absoluta-

mente inmovible cinturón de castidad. Al final, ocurrió lo que tenía que ocurrir: Martín, que se había desnudado antes de tiempo, eyaculó sobre el suave y nívoo pelo de la alfombra de alpaca.

No quiso volver a saber nada de Doris. Dejó de llamarla y respondió con evasivas a sus llamadas hasta que ella se cansó de insistir. Fue su vendetta por la humillación que sintió.

Curado de las muchachas que seducen con la frescura de sus poco más de veinte años, pero que luego se atemorizan de lo que han provocado y se echan para atrás, Martín se interesó la siguiente vez en una mujer mayor que él, divorciada y madre de una niña. Todo fue distinto con ella hasta que, en la cama, se empezó a comportar como una virgen que debe pagar con el dolor la pérdida de su doncellez. Martín, totalmente desconcertado, no podía creer lo que le estaba ocurriendo, no podía creer que una mujer que había parido y que estaba lubricada no dejara de quejarse, como si estuviera haciendo el amor con un superdotado o con un sádico de esos que usan preservativos que parecen erizos. Se retiró, pues, y le preguntó, dando rodeos para no herirla, si siempre sus relaciones eran dolorosas. La respuesta fue inaudita: con su esposo nunca había tenido problemas, seguramente le dolía porque hacía tiempo que no estaba con un hombre. «Probemos de nuevo», dijo, colocándose debajo de Martín y abriendo las piernas. Él, que mientras buscaba la manera de abordar asunto tan peliagudo había perdido todo vestigio de excitación, creyó que bastarían unos besos y unas caricias para estar nuevamente listo, pero se equivocó.

Quizá por ser la primera vez que eso le pasaba, no recuperó la calma hasta que no estuvo con varias mujeres seguidas. Paró porque se acordó de algo que había leído alguna vez: que los mujeriegos en el fondo no eran sino hombres muy inseguros que necesitaban reafirmarse frecuentemente en su masculinidad. ¿Era ése su caso? No podía negar que, después del ataque de impotencia que sufrió, algo de eso había en su comportamiento, pero lo que él estaba buscando era

simplemente disfrutar con locura al hacer el amor, sentir más de lo que sintió con Elena, morir de placer si fuera posible. Lo que encontraba, en lugar de eso, eran mujeres para las cuales el sexo era un trámite engorroso y desagradable que debían cumplir para conseguir esposo.

Fue así como poco a poco, después de más sexo desabrido y de esporádicos ataques de impotencia y de eyaculación precoz, fue perdiendo el interés en las mujeres y se convenció de que había estado persiguiendo un imposible. Era muy duro, pero ante el peso de las evidencias no le quedaba más remedio que admitir que el don de la sensualidad no le había sido concedido y que, por lo mismo, se tendría que contentar en adelante con un placer medido como el que le daba Ilse.

Algo de cierto habría en el chiste que contaba Alejandro. Seguro que algunos hombres tenían facilidad para las labores intelectuales y para el trabajo creador, en tanto que otros, más bien duros de mollera, gozaban de aptitudes innatas para el trabajo manual y para el sexo. Hombres así —rudos camioneros o empalagosos agentes de ventas— probablemente salían airoso de situaciones en las que él hacía el ridículo. Más aún, en lugar de desesperarse y de perder la calma, seguramente se divertían con las tretas de las mujeres que se hacen las estrechas y encontraban placer en ir superándolas una a una y en ir acercando el momento en el que la palomita caería en su propia trampa.

Martín imaginó, sintiendo cierto placer al hacerlo, que un tipo así hubiera aguardado pacientemente, saboreando de antemano la victoria, a que Doris se despojara de su delicada prenda de encaje. En ese momento se hubiera montado encima de ella y la hubiese penetrado con frialdad, atento a cada una de sus reacciones. Luego hubiera empezado a moverse pausadamente pero empujando cada vez con más fuerza, hasta hacerla gritar, pedir basta, rogar que ya no más. Sólo entonces, excitado por el placer que estaba provocando,

hubiera empezado a jadear, a empujar frenéticamente, a proferir palabrotas soeces hasta sentir la erupción de un chorro de semen...

Dejar de correr tras las faldas a la larga significó un alivio para Martín. De hecho, tuvo más tranquilidad para dedicarse a esa pasión que había recrudecido desde que empezó a trabajar en el convenio: la fotografía.

El objetivo de su cámara apuntaba, por esa época, casi exclusivamente a la Compañía. Fotografiaba la fachada de esta iglesia, tratando de emular lo que Monet había hecho con la catedral de Ruán, a todas las horas del día y de la noche y desde todos los ángulos imaginables: desde diversos puntos de la plaza, de San Cristóbal y Sacsayhuamán, de las ventanas de su casa, etcétera, etcétera. Captaba también detalles de la fachada y en general de todo el templo y documentaba, duplicando la labor que hacía el fotógrafo encargado de eso, los avances en los trabajos de restauración.

Fue el sosiego que hallaba examinando sus fotos, archivando negativos, decidiendo si ordenar o no una ampliación de tal o cual vista, lo que le ayudó a superar la decepción de constatar que entre sus talentos no estaba el de amante.

SEGUNDA PARTE

8

Mil novecientos noventa quedó grabado en la memoria de Martín como un año en el que le ocurrió de todo, desde las cosas más buenas, como su promoción a director del proyecto de la Compañía, hasta las peores, como su desafortunado encuentro con el alcalde de la ciudad. El noventa fue también el año en que descubrió a Cleo.

La jefatura del proyecto le cayó a Martín como maná del cielo cuando Beltrán Villafuerte, su jefe, decidió aceptar la dirección del Instituto Departamental de Cultura. Cómo así se animó a dejar una obra que le estaba dando prestigio internacional para meterse a una olla de grillos, era algo que nadie entendía. Martín se lo dijo, le insistió en que cambiar la restauración de una joya como la Compañía por un cargo burocrático, por más alto que fuese, era profesionalmente una locura, pero Beltrán no le hizo caso. La dirección del instituto se le había metido entre ceja y ceja y lo obnubilaba. El único acto de sensatez que tuvo antes de aceptar un puesto que estaba a merced de los vientos que soplan en la política fue asegurarse de que Martín se quedara cuidándole el sitio.

—Espero que pronto estés de regreso —le dijo Martín a su jefe el día que éste asumía su nuevo cargo.

—Yo espero que me entregues pronto la obra —le retrucó el flamante director del instituto.

La restauración de la Compañía estaba avanzada casi en un sesenta por ciento en lo que correspondía a obra física, con los templete, la cúpula y parte de las bóvedas ya consolidados, pero apenas había empezado en lo referido a bienes muebles. Ese día de fines de enero, Martín se quedó un rato más después de que todo el personal hubo salido. Las únicas personas que permanecían en la obra eran los dos celadores que trabajaban para los jesuitas: don Pancho, el encargado de las llaves de la iglesia, y don Nicanor, el guardián que hacía turno de noche y que tenía su vivienda en una especie de covacha en un semisótano ubicado al lado de las oficinas que improvisaron en el patio. Ambos conversaban en la puerta de la sacristía mientras Martín recorría lo que en adelante serían sus dominios.

La iglesia, a esa hora de la tarde, estaba casi en penumbras, iluminada por la poca luz que se filtraba por los ventanales. Su única nave y el crucero estaban literalmente llenos de andamios, todos levantados con troncos con la misma técnica que seguramente utilizaron quienes edificaron la iglesia en el siglo XVII, salvo el de siete u ocho pisos que estaba debajo de la cúpula, que era de metal. Los altares de las capillas laterales y el altar mayor estaban protegidos con plásticos. Contemplando ese panorama, Martín a ratos se dejaba llevar por un ánimo evocativo e imaginaba que así debió lucir la iglesia cuando se hallaba en plena construcción, pero luego volvía a poner los pies en la tierra y sentía temor de no tener la capacidad ni la preparación necesarias para cumplir la tarea que le habían encomendado.

Definitivamente, era demasiada responsabilidad. Mientras fue el segundo de a bordo no tenía problemas, se limitaba a cumplir concienzudamente las órdenes de Beltrán y a aprender de la experiencia de éste, que ya había tenido a su cargo trabajos de restauración de la magnitud de la iglesia de la Asunción, en Juli. Ahora que era el jefe del proyecto, en cambio, se sentía casi igual que un lego en arquitectura, perdido en el aparente caos que era la obra en ese momen-

to, con materiales almacenados aquí y allá, desmonte obstruyendo el paso en uno u otro sitio y trabajos en varios frentes. Encima, de acuerdo al cronograma, estaban a las puertas de llamar a concurso para cubrir una veintena de plazas de restauradores de bienes muebles y tenían que acondicionar uno o dos talleres aparte del que ya funcionaba en la sacristía.

Abrumado por el peso que ahora reposaba sobre sus hombros, Martín se acercó al altar mayor y oró pidiendo ayuda y serenidad con la vista fija en donde antes estaban las imágenes sagradas. No podía dejar pasar la oportunidad que se le había presentado. Tampoco podía mencionar en voz alta las dudas y temores que lo asaltaban. Menos aún mostrarse inseguro ante sus colegas del instituto o del convenio. Debía tener fe en que esa iglesia por la que sentía verdadera pasión pronto estaría despertando de nuevo la admiración de cuantos la contemplasen.

En el patio, Martín se puso a conversar un momento con don Pancho y don Nicanor, quienes, según le pareció, ahora lo trataban con más deferencia, sobre todo el segundo, que era de talante reservado, casi hosco.

—¿El arquitecto Villafuerte ya no va a venir por aquí? —le preguntaron por enésima vez los viejitos.

—Ya no. Desde hoy día está de director del instituto —les confirmó lo que ya sabían.

—¿Usted, arquitecto, es el nuevo jefe?

—Así es. Espero contar con vuestro apoyo —les dijo antes de despedirse. Lo esperaban en una picantería para la doble celebración.

Martín no era nada afecto a las famosas «picanteadas» en las que todo se reducía a tomar, comer, cantar y coger a alguno de los presentes de blanco de todas las bromas, pero desairar a sus colegas en esa ocasión hubiera sido un pésimo comienzo en el cargo. Fue, sin embargo, de los últimos en llegar y, cuando se apagaron los aplausos y el griterío, tuvo que igualarse secando un caporal de chicha.

Casi todo el personal del convenio estaba allí, incluido Javier Toledo, el coordinador de la parte española que se había incorporado a los trabajos el año anterior. Martín quiso sentarse al lado de él, pero las restauradoras, armando otra vez barullo, lo obligaron a tomar asiento entre dos mujeres: Ruth, la jefa del Taller de Restauración, y Cleo, a la que sólo conocía como una de las especialistas en pintura de caballete.

—No mordemos, arquitecto —le dijo ésta cuando él por fin se acomodó en el poco espacio que había en la banca. Martín le sonrió y se olvidó de ella por el resto de la velada.

Al no tener a Javier al lado para conversar, hizo el intento de integrarse, pero con poco éxito. El que sí estaba en su salsa era Beltrán, que se daba maña para cantar acompañándose con la guitarra, para bromear y para hacer tomar a los que tenían el vaso lleno, especialmente a las mujeres. Martín lo miraba y no podía evitar las comparaciones.

Desde el físico Beltrán era, como hubiesen dicho Ilse o Elena, un cuzqueño típico: bajito, de cabello negro hirsuto y tez cobriza. Era un buen arquitecto, responsable, con una trayectoria reconocida, pero tenía cierta afición al trago y no dudaba en armar juergas en el convenio con cualquier pretexto. Más aún, pese al sueldazo que ganaba, era de frecuentar chicherías y de los que, cuando están entre tragos, se olvidan de su posición y le permiten confianzas a cualquiera de sus compañeros de borrachera.

Martín, a quien jamás se le hubiera ocurrido organizar una celebración en una picantería o tomar con sus obreros, debía reconocer, sin embargo, que Beltrán tenía un carisma especial y podía sentar por igual delante de una botella a un renombrado restaurador del extranjero o a sus subordinados. Y siempre llegaba el momento en que aparecía una guitarra y se ponía a cantar sus huaynos, con tan buena voz y tanto sentimiento que era celebrado por todos sus oyentes, más si no eran peruanos.

De hecho, las únicas dificultades que Martín tuvo con Beltrán fueron a causa de esas reuniones a las que nunca asistía o de las que era el primero en escaparse, a sabiendas de que su jefe se resentiría en el alma y luego estaría de lo más grosero y desdeñoso durante varios días. No le importaba. Prefería soportar esos desplantes a tener que aguantar las agudezas y vulgaridades de una sarta de borrachos y borrachas.

A veces Martín tenía la impresión de que en el fondo les caía mal a Beltrán y sus compinches no porque se negase a tomar con ellos sino porque era un blanquiñoso, no bajo sino alto, no rechoncho sino delgado, no lampiño sino con barba, no de cabello negro y trinchado sino castaño y dócil. Esto era algo, sin embargo, de lo que no estaba muy seguro, por lo que finalmente prefería descartar esta sospecha diciéndose a sí mismo que ya estaba prejuzgando igual que Elena y sus amigos de las ONGs, para quienes todos los cuzqueños eran unos enanos acomplejados.

De lo que sí estaba firmemente persuadido, aunque le molestase reconocerlo pues eso significaba darles la razón a Ilse y Elena, era de ser distinto de sus paisanos. En casi todo. Prefería su independencia a seguir viviendo con su familia y era muy celoso de su privacidad, concepto este último absolutamente ajeno para la mayoría de cuzqueños, a quienes no les molestaba que cualquier familiar o amigo cercano invadiera su casa en el momento menos pensado al tiempo que la cerraban a piedra y lodo para los foráneos. El sexo y la sexualidad eran para él temas de conversación como cualquier otro o quizá más delicados y, por lo mismo, debían tratarse con seriedad y con tacto. No era, como para sus paisanos y paisanas, un tema tabú en circunstancias normales o material para bromas de dudoso gusto cuando estaban desinhibidos por el alcohol. Por lo mismo, prefería la compañía de las mujeres y detestaba ese ambiente de complicidad puramente masculina en el que los cuzqueños se sienten realmente a sus anchas.

La dificultad que tenía para hacer amistad con personas como Beltrán fue lo que lo indujo a reflexionar sobre por qué, desde que dejó de relacionarse con extranjeros, no había hecho muchos amigos. ¿De puro sobrado? No estaba del todo libre de ese pecado, pero tampoco era para tanto. ¿Se había vuelto quizá huraño a raíz del fracaso de su relación con Ilse? Por el contrario. Lo atraían los locales llenos de gente y, cuando se sentía solo, el remedio más a la mano era entrar a alguno para contagiarse de la animación que flotaba en el ambiente.

La clave estaba, definitivamente, en que él, como le decían los alemanes, no parecía cuzqueño, tenía un estilo de vida diferente. ¿Por qué, si no, siendo el Cuzco una ciudad pequeña, rara vez coincidía con sus colegas en la calle o en lugares públicos, como si vivieran en distintas dimensiones? Lo que ocurría seguramente era que mientras ellos se reunían a tomar en una cantina o una chichería, él estaba, solo o con alguna amiga, en el Varayoc, el Cross Keys o el Kamikaze, los locales para turistas de los que era asiduo.

—Arquitecto, ¿me podría acompañar a tomar un taxi? —lo sacó Cleo de sus reflexiones.

—Claro que sí. Sal tú primero y yo te sigo en un ratito —le respondió alegrándose de la oportunidad que se le presentaba para escaparse.

Estaban en una picantería de la calle Desamparados, a espaldas del colegio Ciencias. A esa hora, cerca de las nueve de la noche, esa calle y Santa Clara eran peligrosas para una mujer sola y hasta para un hombre. Martín dejó pasar unos minutos y después se levantó de la mesa con el mismo pretexto que Cleo: ir al baño. Era una bendición, a efectos de emprender la retirada, que la mayoría de picanterías estuviera en un segundo o tercer patio y que el baño siempre quedara a trasmano.

—Que alguien lo acompañe porque si no no vuelve —ordenó Beltrán, pero felizmente nadie le hizo caso.

Cleo estaba esperando en la puerta de calle y, cuando Martín le dio alcance, empezó a caminar sin decir palabra.

—¿Por qué te vas tan temprano? —rompió el silencio Martín.

—Tengo que ver a mis hijos —le respondió Cleo.

—¿Tienes hijos?

—Hijos y esposo. Dos.

—¿Dos esposos? —preguntó Martín con sorna pues esa aclaración le pareció innecesaria.

—Dos hijos —aceptó Cleo la broma con una sonrisa—. Una pareja.

Estaban ya en Santa Clara. Martín, preocupado en buscar un taxi con la mirada, no prestó atención a estas últimas palabras.

—Arquitecto, ha sido usted muy gentil. De aquí ya me puedo ir sola —malinterpretó Cleo el aire distraído de Martín.

—Vamos juntos hasta San Francisco. Y deja de tratarme de usted.

—Uy, no me atrevo. No se vaya a ofender si lo tuteo —le tocó a Cleo el turno de burlarse.

—¿Parezco sobrado? —le preguntó Martín acordándose de lo que hacía un rato pensaba en la picantería.

—Es sobrado —le respondió ella mirándolo desafiante a los ojos.

A Martín le disgustó un poco tanta franqueza, pero finalmente optó por sonreír.

—Tutéame. Llevamos tanto tiempo trabajando juntos y me tratas de usted.

—¿Está seguro? —siguió ella en sus trece.

—Claro que sí —mintió Martín, que empezaba a ponerse de mal humor.

Para su suerte, en ese momento apareció un taxi por Concebi-dayoc y Cleo extendió la mano para detenerlo.

Esa sensación de fastidio que empezó a asomar en la picantería y que cuajó definitivamente a raíz de lo que dijo la restauradora hizo

que, en lugar de dirigirse a su casa, enrumbara al Kamikaze. Enero era la temporada en que los chilenos invadían Cuzco y, aunque las alarmantes noticias sobre el terrorismo espantaban a cada vez mayor número de turistas, Martín tenía la esperanza de alegrar la vista admirando a alguna chilena más tentadora que cualquier manzana.

Tanto era el placer que sentía al observar a una mujer bonita que con frecuencia, recordando su mediocridad en la cama, se preguntaba si en el fondo no sería un *voyeur*. En ese local podía pasarse la noche entera viendo contonearse en la pista de baile a una mujer de formas llamativas, excitándose con el meneo de sus caderas o con cualquier movimiento que hiciese aún más pronunciados sus senos. Por eso su lugar preferido era las bancas que por los cuatro costados limitaban ese espacio y sobre las que a veces las mujeres más exhibicionistas montaban su propio show.

A esa hora, sin embargo, el local estaba casi vacío, por lo que, después de pedir una cerveza en la barra, decidió hacer tiempo en el balcón, contemplando la plaza Regocijo, que para él, de noche y desde ese lugar, tenía un encanto especial, con su aire misterioso resultante del juego de luces y de sombras que producían las frondosas copas de los árboles.

—Sin esos árboles la plaza no sería la misma, ¿verdad? —se metió alguien en sus pensamientos. Era un tipo con cara familiar. Haciendo memoria, Martín recordó que se trataba de uno de los tantos periodistas que pasaban por el convenio inquirendo sobre el avance de las obras como si formasen parte de una comisión evaluadora.

—Tú trabajas en la Compañía, ¿no? ¿Qué tal? ¿Cuándo terminan? —hizo la pregunta acostumbrada el periodista, pero Martín no se molestó en responderle.

—Dime —siguió el tipo con su interrogatorio sin inmutarse—, ¿con quién podría hablar para hacer un reportaje?, ¿quién es el director del proyecto? Un español, ¿no?

—Hay un coordinador español y otro peruano —abrió por fin

la boca Martín, pero decidido a soltarle la información a puchitos al impertinente reportero.

—¿Y con cuál de los dos tendría que hablar? Quiero hacer un reportaje sobre uno de los lienzos de la iglesia, el del matrimonio de Martín García de Loyola y Beatriz Clara Coya. Para una revista de Lima.

—Si te interesa el cuadro del parentesco, tendrías que hablar con la jefa del área de restauración de bienes muebles —siguió Martín con el juego.

—¿Tú crees? ¿Ella puede autorizar el reportaje?

—No. Tendría que pedir autorización al director del proyecto.

—¿Y quién es?

—Yo —le dijo finalmente Martín un tanto temeroso de haber llevado la broma muy lejos, pero el periodista, en lugar de enfadarse, se alegró y le pidió una cita. Sólo entonces Martín volvió a quedarse solo, pensando que ésa definitivamente no era su noche. Se sentía más fastidiado que antes, con una extraña sensación que poco a poco definió como ganas de borrar todo lo que le había sucedido desde que salió de la picantería.

9

Absorbido por sus nuevas responsabilidades, Martín se olvidó completamente de Aldo Jiménez, el periodista, y del lienzo que por alguna razón le interesaba. Detestaba, sin embargo, la costumbre que tenían los burócratas del instituto de no atender a una persona sino a la tercera o cuarta vez que insistía en un asunto, por lo que, cuando el reportero y su fotógrafo se presentaron el día y a la hora acordados, no le quedó más remedio que abrir un paréntesis en sus ocupaciones y recibirlos.

Lo primero que había que resolver con Ruth, la jefa del Taller de Restauración, era lo del cuadro. Felizmente ella estaba de buen humor y no puso trabas como siempre que se le pedía algo.

—¿Está a la mano? —le preguntó Martín a la temperamental y bastante subida de peso restauradora.

—Sí, en cinco minutos estará disponible. ¿Para qué lo quieren? ¿Sólo para verlo?

—Queremos tomarle fotos —terció en la conversación el periodista.

—Eso está más difícil. No podemos sacar los lienzos al patio y en la iglesia hay poca luz —se le acabaron a Ruth las ganas de colaborar.

—Déjelo por mi cuenta —intervino providencialmente el fotó-

grafo dando una palmadita al maletín que llevaba colgado al hombro—. Ni siquiera flash vamos a necesitar.

—Excelente —dijo Martín por terminada la conversación antes de que la gorda encontrase alguna razón más para no mostrar el cuadro—. Los dejo en manos de la señora Morales.

—Pero también nos gustaría conversar contigo y tomarte unas fotitos —habló de nuevo el periodista.

—No hay problema. Cuando acaben con el lienzo, me buscan —lo tranquilizó Martín.

Estaban en la oficina de la dirección del convenio, una construcción provisional levantada, junto a otras dos para las Áreas de Abastecimiento y Arquitectura, en el patio de la iglesia, al lado del semisótano que servía de vivienda a don Nicanor. La mayor parte de los lienzos estaban almacenados en el transepto del Señor de Burgos, donde funcionaba el nuevo taller de restauración de pintura de caballete. Hacia allí se dirigieron los periodistas precedidos por la jefa de restauradores. A la media hora, cuando estuvieron de vuelta, Martín pudo atenderlos con más calma pues había despachado los asuntos más urgentes.

—Vamos al techo para que no nos molesten —propuso—. ¿Han estado allí alguna vez?

—Nunca —respondieron a dúo reportero y fotógrafo.

Era el lugar preferido de Martín ahora que estaba de director del proyecto. Subía casi a diario al final de la jornada y, al tiempo que repasaba mentalmente los asuntos que le esperaban al día siguiente, contemplaba la ciudad, buscando siempre nuevos ángulos o volviendo una y otra vez a su puesto preferido de observación: el espacio que había entre la torre del Evangelio y el templete. Desde allí, cual si fuese un vigía, observaba a la gente que estaba en la plaza, disfrutando del hecho de saber que ninguna de las personas que hormigueaban allí abajo sospechaba que alguien seguía sus movimientos desde la torre de la Compañía. En otras ocasiones, olvidándose de

lo que ocurría a sus pies, volvía a estudiar el paisaje del *Hanan Qosqo* que conocía casi de memoria, apenándose cuando su vista topaba con una de esas horribles construcciones de ladrillo o cemento que rompían la armonía del conjunto.

Con los periodistas fue expeditivo. Les recalcó de entrada, para que nadie fuera a creer que quería ganar indulgencias con avemarías ajenas, que hasta hacía poco fue Beltrán Villafuerte quien dirigió las obras de restauración. Les dio luego toda la información del caso, aderezándola con esas mismas anécdotas que a Beltrán le gustaba contar a todas las personalidades que visitaban el convenio. Arrancó con una que a él le sonaba a leyenda: que fueron los reyes de España, durante la visita que realizaron al Cuzco en 1978, quienes hicieron el primer ofrecimiento de ayuda para restaurar la Compañía. Contó también la de los albañiles puneños que hubo que contratar para los trabajos de consolidación de la cúpula, pues los cuzqueños, que todavía no se habían curado de la impresión que les causó el sismo, tenían temor de trabajar a esa altura. Les dijo finalmente que la culminación de los trabajos estaba prevista para una fecha muy significativa, octubre de 1992.

La sesión de fotografías fue igual de rápida. Posó con el fondo de las torres y con el de la cúpula, todavía rodeada de andamios. No pudo volver de inmediato a su oficina, sin embargo, porque los periodistas corrían como niños de un lado a otro, alegrándose al descubrir algunas de las singulares vistas que se abrían desde allí: la del claustro de la universidad, la del interior del convento de Santa Catalina, la de la perspectiva formada por las torres de la Merced, Santa Clara y San Pedro.

Para impresionarlos aún más, Martín los hizo entrar a la cúpula, desde donde se podía apreciar la magnitud de los trabajos que se estaban realizando por el bosque de andamios que había en la iglesia. El fotógrafo, luego de disparar su cámara en todas las direcciones, lo hizo posar apoyado en la balaustrada.

Fue justamente esta foto la que salió publicada a la semana siguiente. El artículo titulaba «Boda de sangres» y estaba centrado en el matrimonio de Beatriz Clara Coya, la última princesa incaica, y Martín García de Loyola, sobrino del fundador de la Compañía de Jesús. Sobre las obras de restauración había un par de párrafos que no recogían ni la mitad de lo que Martín había dicho, pero que tenían la virtud de por lo menos no tergiversar nada.

El reportaje, contra lo que Martín esperaba, fue bien recibido en el convenio y en el instituto. Incluso simples conocidos que nada tenían que ver con la arquitectura y la restauración lo paraban en la calle y lo felicitaban. Ante tanto alboroto en torno a ese par de páginas en una revista, Martín decidió releerlas y sintió curiosidad por ver el cuadro.

—Dale con el bendito lienzo —reaccionó Ruth a la manera de siempre—. Dile a Cleo que te lo muestre.

Desde la vez del taxi, Martín no había vuelto a hablar con ella y si no fuera porque a veces se cruzaban en el trabajo, hasta se habría olvidado seguramente de su existencia. Bajita, delgada, con la piel del rostro un poco manchada, no era de las mujeres que llaman la atención. Ese día, sin embargo, lucía bastante bien con la bata blanca y la chompa lila de cuello tortuga que llevaba puestas.

Una vez que tuvo el lienzo delante de los ojos, Martín se percató de que la fotografía en blanco y negro publicada en la revista no hacía honor al original. Lo más destacable de esa enorme tela era justamente el colorido de los trajes del grupo de incas que aparecían a la izquierda y del atuendo de la princesa, colorido que además contrastaba vivamente con los hábitos y las capas negras de los personajes que ocupaban el centro de la composición, san Ignacio de Loyola y san Francisco de Borja. Martín le comentó esto a Cleo y ella se mostró de acuerdo con él.

—Yo les dije a los periodistas que en blanco y negro el lienzo perdía mucho.

—¿Tú los atendiste?

—Sí. Me explicaron que les interesaba no tanto el cuadro, sino la historia del matrimonio entre una princesa incaica y un capitán español.

—¿Tú conocías esa historia?

—En líneas generales, lo poco que está escrito en el medallón —señaló Cleo la parte inferior izquierda del lienzo—. Pero el periodista ha ofrecido contarme todos los detalles.

—¿Es tu amigo?

—No, pero hemos quedado en salir a tomar un cafecito.

—¿Cómo? ¿No es que eras casada? Las cuzqueñas casadas no se citan con un hombre en un café —no aguantó Martín las ganas de bromear.

—Es que yo no soy cuzqueña —le siguió Cleo el juego.

—¿No? ¿Y de dónde eres?

—Andahuaylina... Linda —aprovechó Cleo las letras del huayno para mirarlo desafiante a los ojos.

—Bueno, a ver si después me cuentas lo que averigües sobre este cuadro —se arrepintió Martín de haber dado pie a una conversación así.

—¿Tomando un cafecito? —siguió flirteando Cleo sin percatarse de su cambio de actitud.

—Tomando un cafecito —asintió él sabiendo que en realidad eso no lo comprometía a nada.

A partir de ese día, sin embargo, Martín fue un poco más observador con Cleo pese a que en apariencia se mantenía igual de distante. Quería comprobar si no había sido un espejismo el atractivo que le encontró. Le bastaba, para ello, con mirar unos segundos su rostro al momento de picar tarjeta o durante el refrigerio o cuando se cruzaban en algún sitio. Se convenció así de que Cleo pertenecía a esa categoría de mujeres que, sin ser guapas, pueden a veces parecerlo, dependiendo incluso de con qué ojos uno las mira, si con los de un frío juez o los de un benévolo pretendiente.

A Martín le hubiese gustado saber, asimismo, cómo era Cleo, si igual de conservadora que la mayoría de peruanas, prestas a crucificar a mujer casada que no se entregara en cuerpo y alma a su marido y sus hijos, o por lo menos un poco más liberal, como lo dio a entender cuando insinuó que podían salir juntos a tomar un café. Martín tenía claro, sin embargo, que el precio para averiguar esto no era uno sino muchos cafecitos, los suficientes para entrar en confianza, y no estaba dispuesto a pagarlo.

Los chascos que se había llevado con las mujeres le habían enseñado que, en su caso, no había proporción entre el tiempo que perdía en sitiar la fortaleza y el escaso placer que conseguía al momento del asalto final, si es que había asalto final. Preferible era, cuando las ganas de hacer el amor se volvían muy apremiantes, imaginar las más desenfundadas escenas de sexo con la mujer que en ese momento tenía en mente y masturbarse.

En ocasiones, lamentaba que en el Cuzco no existieran prostitutas de lujo como esas que se veían en las películas o que no hubiera mujeres de su medio que, cansadas de las privaciones, de vivir permanentemente en la estrechez, se atrevieran a preguntar: ¿te gustaría hacer el amor conmigo a cambio de tanto? Gustoso hubiese pagado cincuenta o cien dólares por hacer el amor con una chica como Cleo. Era una cantidad que a cualquier mujer con un sueldo de no más de doscientos dólares le venía bien, y él no sólo no hubiera tenido que contentarse con el placer solitario, sino que además se hubiese podido ahorrar los cafecitos y sobre todo semanas de estar tonteando sin saber si finalmente llegaría a algo.

Más o menos así era una fantasía que tuvo con Cleo. Imaginó que ella se veía en aprietos para llegar a fin de mes y que recurría a él para hacerse un préstamo. Caballeroso, accedía en el acto, pero añadía en broma que los intereses que cobraba eran muy altos.

—¿Cuánto por ciento? —preguntaba Cleo asustada.

—Un beso —le decía él.

—¿Tan poquito? —entraba de inmediato Cleo en el juego.

—Si te parece poco te puedo cobrar más.

—¿Cuánto más?

—Mucho más. Muchos besos, besos en el cuello, en los senos, en el vientre, más abajo...

—Eso sí ya es mucho —lo interrumpía Cleo, pero, en lugar de escandalizarse, añadía—: A menos que no tenga que pagarte el préstamo.

«Si supiera que me he masturbado imaginando que hacíamos el amor, seguro que no volvía a dirigirme la palabra», pensó Martín cuando se encontraron al día siguiente en el trabajo. Llevaba puesta esa chompa lila que le quedaba tan bien y estaba cambiando de sitio una mesa en el nuevo taller.

—¿Te doy una mano? —le preguntó Martín después de saludarla.

—Gracias. No me viene mal un poco de fuerza bruta. A propósito, ya sé más cosas sobre el cuadro —le dijo Cleo mientras acomodaban la mesa.

—¿Sí? ¿Qué cosas? —le preguntó Martín, que había vuelto a coincidir en el Kamikaze con el periodista y habían hablado horas sobre el lienzo, la Compañía y en general la urgencia de hacer algo para que el patrimonio artístico y arquitectónico del Cuzco no se siguiera perdiendo.

—Montón de cosas, pero tienes que invitarme un café si quieres que te cuente.

Después de pensarlo unos segundos, Martín decidió probar suerte. Se citaron para esa misma tarde en el Machu Picchu, un cafecito en la avenida Sol que ella escogió porque supuestamente tenía una excelente torta de canela. Resultó, sin embargo, que en lugar de castañas la torta llevaba maní, por lo que Martín se tuvo que conformar con un pye de limón de aspecto también dudoso. El altillo en el que estaban tenía una ventana que miraba al campo de básquet del coliseo Manco Cápac. Martín, mientras Cleo contaba todo lo

que él ya sabía, estuvo recordando que de niño, cuando ese coliseo ahora venido a menos era el único del Cuzco, vio jugar allí a unos negros enormes que más que jugadores de baloncesto parecían artistas de circo. Los Globetrotters o algo así. Tal fue el éxito de su espectáculo que durante meses —por lo menos eso era lo que recordaba Martín— no se habló de otra cosa en la ciudad.

—¡Aló! —lo pescó distraído Cleo—. ¿Creo que no me estás escuchando?

—La verdad no —confesó compungido Martín—. Me estaba acordando de los Globetrotters.

—¿Los qué?

—Los Globetrotters, un equipo norteamericano de básquet que se presentó allí abajo, en el coliseo. Mi papá me trajo a verlos cuando era mocosito. ¡No te imaginas cómo jugaban! A la selección del Cuzco le dieron una paliza de ciento no sé cuántos a cero en sólo medio tiempo. Al final de ese primer tiempo, siempre me acuerdo, uno de los negros cargó al capitán de la selección para que meta la canasta de honor...

—¿Juegas básquet?

—Me empezó a gustar después de ver a esos negros. Jugué en el colegio y en la universidad, pero después lo dejé.

—Claro, tu físico te favorece. Alto, delgado... ¿Te sigo contando lo del cuadro o no te interesa?

—No es que no me interese. Lo que pasa es que ya me sé toda la historia. La otra noche me encontré con Aldo Jiménez en el Kamikaze y estuvimos hablando del cuento que está escribiendo sobre el matrimonio de la princesa con el sobrino de san Ignacio.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —se molestó un poco Cleo.

—¿Tú querías que nos encontremos sólo para hablar del lienzo? —le contestó con otra pregunta Martín.

—Bueno, no sólo para eso... Pensé que podía ser una forma de empezar una amistad.

—¿Sabes? —tomó aire Martín decidido a llevar su sinceridad hasta las últimas consecuencias—. A mí me es difícil hacer amistad con las mujeres. Siempre quiero ir más lejos y al final no resulta nada. Se acaba la amistad y se acaba todo.

—No te entiendo. ¿Cómo más lejos? —indagó cautelosa Cleo.

—Sí me estás entendiendo. Si salgo con una mujer, es porque quiero que, después de intimar un poco, hagamos el amor. ¿Tú no tienes intención de llegar a eso, verdad? Me imagino que en general no miras a otros hombres desde que estás casada.

—De mirar a otros hombres, sí los miro, pero nunca he engañado a mi esposo ni pienso hacerlo —dijo Cleo con convicción.

—Me parece muy bien, pero, no te enojas, en ese caso no me interesa que empecemos una amistad —le retrucó Martín en el tono más suave posible.

—No me enojo. Al revés, te agradezco tu sinceridad —trató Cleo de disimular su disgusto, pero al rato se despidió fríamente y se marchó.

«Es mejor así», se dijo Martín y, tras tomarse un tiempo para recuperar la calma, se puso a pensar en que, de no haber entrado a ese café, no se hubiera acordado de los Globetrotters. Era cierto lo que dijo: fue después de verlos cuando empezó a practicar en serio el básquet.

10

La creación de un fondo especial para la recuperación del centro histórico alteró por un tiempo la vida de Martín. La primera vez que escuchó hablar del asunto fue en el despacho de Beltrán, en un cónclave rodeado de misterio donde también participó Aldo Jiménez.

—¿Qué te parece la idea? —le soltó el periodista a modo de saludo con su manía de estar siempre preguntando.

—¿Qué idea? —le preguntó a su vez Martín al tiempo que daba la mano a las otras personas allí reunidas: Manuel Cáceres, del instituto como él, y Américo y Enrique Sánchez, dos inseparables profesores de la universidad a los que todo el mundo conocía como los hermanos Sánchez pese a que no los unía ningún vínculo de parentesco ni se parecían en nada. Américo Sánchez era esmirriado, de mediana estatura y por sus maneras sosegadas y su talante pacífico solía pasar desapercibido. Su «hermano», en cambio, era más bien alto, fortachón y con una voz grave que le hacía parecer aún más imponente.

—La de hablar con el nuevo alcalde para alcanzarle un proyecto integral de recuperación del centro histórico —lo puso al corriente del motivo de la convocatoria Manuel Cáceres, uno de sus pocos colegas con quien Martín se llevaba bien. Era un gordito que siempre estaba de buen humor y que además tenía la rara virtud de reaccionar a todo con calma y mesura.

Hacía unos meses, en efecto, que un prestigioso político de izquierda había asumido por segunda vez la alcaldía del Cuzco. En su primer período, unos años antes, había hecho las cosas bastante bien y por eso había cierta curiosidad por saber qué planes tenía para la ciudad.

—¿Ustedes creen que se interese por el centro histórico? —puso Martín de manifiesto su escepticismo—. Hasta donde yo sé, en su período anterior rechazó la ayuda de la cooperación española para poner en marcha un ambicioso Plan de Revitalización del Centro Histórico.

—Sí, es verdad —intervino uno de los hermanos Sánchez—. No sólo rechazó esa ayuda, sino que lo hizo de muy mala manera: dijo que el Cuzco no aceptaría propinas del gobierno español, que en todo caso nos devolvieran toda la riqueza que los invasores españoles se habían llevado.

—Justamente por eso es que ahora quiere encabezar las acciones de recuperación del centro histórico, para demostrar que el Cuzco no necesitaba la cooperación española —explicó Manuel Cáceres con su habitual parsimonia—. Sabemos de buena fuente que ha presentado un proyecto de ley al parlamento para crear un impuesto especial al tabaco, destinado a la reparación de los daños que sufrió el Cuzco en el terremoto.

—¿Y ustedes creen que le hagan caso después de cuatro años? —volvió a dudar Martín.

—Esa ley ya está palabreada entre el alcalde y el presidente. Lo único que está por verse es en cuánto aumentar el precio de los cigarrillos —acudió Aldo Jiménez en ayuda de Manuel—. Lo bueno que tiene el Flaco es que es recontra tenaz y superejecutivo: lo que se propone, lo realiza.

«¿El Flaco?», paró las orejas Martín. Ésa era la manera como llamaban al alcalde sus amigos cercanos. ¿Se contaría el periodista entre ellos? No tuvo tiempo de hacer esta pregunta en voz alta porque

en ese momento entró Beltrán acompañado de uno de los restauradores más respetados del Cuzco, el arquitecto Aníbal Barrionuevo, y comenzó la reunión.

Fue el propio Beltrán quien planteó la iniciativa de conformar un grupo de especialistas para elaborar un proyecto de emergencia para el centro histórico. El siguiente paso sería convencer al alcalde que se encargase de su ejecución. Martín no prestó mucha atención a lo que se dijo. No sólo no creía en eso del fondo especial sino que además estaba molesto por la forma como lo habían citado, sin informarle del asunto que se trataría y haciéndole creer por lo mismo que era una reunión de trabajo.

A los pocos días, cuando Beltrán, por teléfono, le comunicó que la ley en favor del Cuzco acababa de ser publicada en el diario oficial, tuvo que hacer acto de contricción. La norma, un Decreto Legislativo, no hablaba de un impuesto al tabaco sino de un gravamen del quince por ciento a las bebidas alcohólicas y gaseosas que se comercializaran a partir de esa fecha en la provincia del Cuzco. Los recursos obtenidos estarían destinados, efectivamente, a la rehabilitación del centro histórico de la ciudad a raíz de los daños que había sufrido en el terremoto de 1986.

—Tenemos que reunirnos lo antes posible. Esta misma tarde. ¿Puedes? —rebosaba Beltrán determinación y entusiasmo.

—Claro... —titubeó Martín, que seguía sin creer que tal maravilla pudiese ser cierta.

La alarma por el creciente deterioro del Cuzco antiguo era un sentimiento compartido no sólo por los arquitectos restauradores sino también por un amplio número de prominentes intelectuales y artistas de la ciudad. Esta preocupación, sin embargo, a lo único que había conducido hasta entonces era a la formación de todo tipo de sociedades de amantes del Cuzco o de protección de sus riquezas que sólo salían de su letargo para protestar cuando se cometía («perpetraba» era la palabra que se utilizaba en tales ocasiones) algún gra-

ve atentado contra el patrimonio arquitectónico o en general artístico, protesta que por lo demás se hacía pública cuando el daño infligido era ya irreparable.

Martín, cuando empezó a trabajar en el campo de la restauración, miraba con simpatía a tales instituciones y de no ser porque por entonces se consideraba un don nadie, hubiera visto el modo de ingresar a alguna de ellas. Con los años, sin embargo, llegó a pensar que lo que sus miembros hacían, en lugar de por lo menos crear conciencia conservacionista, era convertir en un asunto retórico el tema del patrimonio.

Los renombrados y respetados personajes que se proclamaban amantes del Cuzco habían conseguido, en efecto, que palabras como «defensa», «conservación», «preservación», «patrimonio» y todas las parecidas se gastaran y perdieran todo sentido por la infinidad de veces que eran repetidas. Tanto habían machacado esos personajes, por ejemplo, que el Cuzco era patrimonio cultural de la humanidad, sin darse el trabajo de explicar lo que eso significaba y las obligaciones a las que conllevaba, que la bendita frase se había vuelto moneda corriente en boca de absolutamente todos: autoridades, propietarios, inquilinos, empresarios, agiotistas y sobre todo locutores y periodistas radiales, que eran una verdadera plaga, pero nadie movía un dedo para que ese patrimonio de la humanidad no se perdiera irremediablemente.

¿Habría sonado por fin la hora del Cuzco? ¿Se dejaría finalmente de lado la retórica, esa enfermedad endémica de la vieja ciudad, y, a la orden de hechos y no palabras, se pondría en marcha un proyecto serio de recuperación del centro histórico? Martín seguía sin creerlo, pero, al mismo tiempo, comprendía que esta vez sí existían posibilidades reales de hacer algo. Lo importante era actuar rápido.

En la reunión, a insistencia del arquitecto Barrionuevo, se acordó impulsar dos comisiones: una de técnicos, los allí reunidos, que elaborarían lo más rápido posible un proyecto de rehabilitación de la

ciudad, y otra de personalidades, cuantas más mejor, que hicieran suyo este proyecto y lo presentaran al alcalde. Martín, entusiasmado, puso su casa a disposición del grupo de arquitectos.

—Excelente. Te rajas con unos tragos y bocaditos —aceptó por todos Beltrán—. ¿Cuándo empezamos? Corremos contra el reloj.

Pusieron manos a la obra ese mismo sábado, a primera hora de la tarde, y demoraron hasta medianoche para comprender que en realidad cada quien tenía una idea distinta de lo que debían hacer. Uno tiraba, por ejemplo, hacia la elaboración e implementación de un nuevo plan de desarrollo urbano, como si en las últimas décadas el Cuzco no hubiera tenido varios que no habían servido para casi nada. Otro soñaba con la ejecución de un ambicioso proyecto de recuperación del centro histórico que demandaría tantos recursos que sería necesario gravar con impuestos especiales no sólo las bebidas, sino también los cigarros, las conservas, el calzado y cuanto producto estuviese a la venta. El tercero era de la idea de retribujar la propuesta que en su día hiciera el brasileño Paulo de Azevedo de poner en marcha programas de autorreparación de las viviendas del centro histórico a cargo de sus propios moradores. Felizmente el arquitecto Barrionuevo no se había presentado a la reunión porque en ese caso con seguridad hubieran tenido que discutir una propuesta más.

—Si fuéramos médicos que tenemos que diagnosticar a un enfermo grave, el paciente se nos moría —bromeó Manuel Cáceres expresando la frustración que sentían todos y provocando una carajada general.

—Manuel tiene razón. Antes que nada, tenemos que ponernos de acuerdo en lo que queremos, pero partiendo no de lo que cada uno piensa que es lo mejor, sino de bases realistas, pragmáticas —trazó Beltrán un nuevo plan de acción cuando las risas y las chanzas amainaron.

—Sí, tenemos que ponernos de acuerdo, pero no ahora. La ca-

beza me va a estallar de tanto que han fumado. Voy a tener que ventilar la casa durante un mes —se quejó medio en broma medio en serio Martín.

—Ni hablar. No podemos dejar pasar tanto tiempo —tomó Beltrán al pie de la letra estas últimas palabras y propuso que la siguiente reunión fuera sólo para intercambiar ideas, cuanto antes—. ¿Qué les parece el lunes por la tarde, en el techo de la Compañía?

Martín fue el primero en mostrarse de acuerdo porque intuía que lo que faltaba en ese grupo no era voluntad ni buenas ideas sino algo que no sabía exactamente cómo definir: inspiración, identidad, comunión, apasionamiento quizás. Algo en todo caso que bien podrían hallar en un lugar tan especial.

La tarde del lunes, Martín los recibió en su oficina y luego subieron al techo, donde, al pie de uno de los templetes, los estaba esperando una bandeja con cinco vasos, una botella del mejor pisco y gaseosas. Él mismo, disfrutando con su papel de anfitrión, se encargó de servir y de proponer un brindis.

Fue un buen comienzo. En dos horas ya tenían pergeñadas las líneas maestras de un proyecto piloto de recuperación del centro histórico. La idea era que el municipio procediera a la restauración de algunas casonas que habían sufrido daños muy graves o graves a consecuencia del sismo y que, a cambio de esto, los propietarios e inquilinos se comprometieran, primero, a devolver en un plazo prudencial no menos del cincuenta por ciento del dinero salido de las arcas municipales y, segundo, a mantener el uso de casa habitación por un período largo, entre quince a veinte años. Lo más importante del proyecto era en realidad su efecto demostrativo, el hacer evidente que si no se ejecutaba un programa integral de recuperación del centro histórico era por desidia, falta de imaginación y, sobre todo, falta de voluntad política. Los recursos para un programa de esa naturaleza podían provenir de un impuesto especial y de fuentes adicionales como la cooperación internacional y el boleto turístico.

Durante ese mes, Martín trabajó como nunca antes en su vida, hasta las cuatro o cuatro y media de la tarde en la Compañía y después, hasta pasada la medianoche, en la elaboración del proyecto. Sin embargo, en lugar de terminar extenuado o estresado, se sentía pletórico de energía y de un buen humor contagiante. Sus colegas percibían esa pasión que ponía en todo lo que hacía, pero la atribuían a otra causa. «El arquí se ha enamorado. Seguro que dentro de poco vamos a comer torta», bromeaban las restauradoras. Martín sonreía y no hacía nada para sacarlas de su error. Le parecía gracioso que, justo cuando había logrado olvidarse de las mujeres, pensasen que era un enamoramiento el que le inyectaba grandes dosis de adrenalina.

La noche que la impresora láser empezó a botar, página tras página, la versión definitiva del proyecto, todos estaban eufóricos y Martín más que todos. Como esa tarde en la Compañía, sirvió un trago, el mejor que tenía, un Johnny Walker etiqueta negra, y los invitó a acercarse a la ventana para brindar contemplando la ciudad.

—Mejor salgamos al bosquecillo de al lado —propuso Aldo Jiménez, que también había querido estar presente en el nacimiento de la criatura—. Se capta mejor la magia del Cuzco nocturno.

Cogieron la botella y el hielo y, ajenos al frío, se pusieron a soñar con la nueva era que empezaría para el Cuzco si el alcalde hacía suyo el proyecto. Martín escuchaba y no sólo compartía esos sueños sino que además, sin que sus amigos lo sospecharan, volaba más alto aún, planeaba sobre la ciudad y se imaginaba, dentro de tres o cuatro años, al frente de un proyecto integral de recuperación del centro histórico. Era el sueño de su vida y por primera vez lo veía cerca.

11

La estrategia para presentar el proyecto al alcalde y convencerlo de que lo pusiera en práctica la planificaron con mucho cuidado. Manuel Cáceres recordó la idea del arquitecto Barrionuevo de convocar a cierto número de personalidades que apadrinaran la iniciativa, pero esta vez fue Beltrán quien se opuso con el argumento de que el proyecto se defendía solo.

—Bastaría con que dos de nosotros lo fundamenten. Yo no por-que el alcalde podría pensar que el instituto se quiere adueñar de los fondos del decreto —añadió.

—Dos me parece muy poco —retrucó uno de los hermanos Sánchez—. Aldo, que es amigo del alcalde, tendría que estar presente de todos modos.

—Lo que pasa es que ustedes no quieren separarse —bromeó Beltrán.

—¿Acaso hemos dicho que nosotros queremos hablar con el alcalde? —se defendieron—. Martín debería ir, en calidad de arquitecto restaurador.

—Y también uno de ustedes, como profesores de la universidad e investigadores —intervino Manuel Cáceres.

Quedaron finalmente en que serían Martín, Américo Sánchez y Aldo Jiménez los que presentarían el proyecto. Previamente le ha-

rían llegar una copia al alcalde para que estuviera informado sobre el sentido de la propuesta.

—Ahora todo depende de ti —le dijo Beltrán al periodista.

La víspera de la reunión en el municipio Martín no pegó un ojo. Estuvo imaginando, una y otra vez, la conversación con el alcalde. La escena con la que finalmente se quedó, después de descartar buen número de variantes, era la de un burgomaestre renuente en un comienzo a creer en la propuesta, pero que poco a poco iba abriendo los ojos ante la contundencia de los argumentos que esgrimían Martín y Américo Sánchez. Todo terminaba, en esta duermevela que se prolongó hasta que llegó el día y que dejó a Martín completamente aturdido, con los cinco arquitectos trabajando como asesores ad honorem del alcalde, pero públicamente reconocidos y aplaudidos como los inspiradores de las acciones de recuperación del centro histórico.

La realidad fue peor que un duchazo de agua fría. Habían quedado con Aldo y Américo Sánchez en encontrarse en el Varayoc a las seis de la tarde, una hora antes de la fijada para la entrevista. A modo de hacer tiempo tomaron un café, pero estuvieron poco comunicativos, salvo Aldo, que se empeñó en pintarles las virtudes de su amigo el alcalde, sobre todo su determinación y energía.

Minutos antes de las siete estaban ya en el segundo piso del municipio, anunciándose ante la secretaria. La recepción, que Martín pisaba por primera vez, era bastante amplia, con el escritorio de la secretaria en un rincón y con un juego de sillones ocupando la mayor parte del espacio. Sentados en esos sillones hicieron antesala más de una hora, mirando de cuando en cuando el reloj y siguiendo los movimientos de las personas que entraban y salían de la oficina del alcalde por una de las puertas laterales.

Recién a eso de las ocho y cuarto cruzaron esa puerta y se vieron en un elegante y amplísimo despacho en el que el rojo era el color predominante: de un rojo púrpura era el cortinaje y de uno oscuro,

casi vino, las alfombras. El alcalde estaba parapetado tras un enorme escritorio y tenía a su espalda, cubriendo casi toda la pared, una réplica dorada de la placa de Echenique, elevada hacia poco a la calidad de escudo de la ciudad en reemplazo del vilipendiado escudo español. Sólo cuando Martín y sus amigos salvaron los casi diez metros, si no más, que había entre la puerta que acababan de franquear y las dos hileras de sillas acomodadas delante del escritorio, el burgomaestre se puso de pie y, rodeando el descomunal mueble, avanzó a su encuentro.

El encargado de hacer las presentaciones fue Aldo, a quien el alcalde, bastante joven para su cargo, recibió con una palmada en la espalda. La primera reacción de Martín fue alegrarse de haberse puesto terno y corbata pues la máxima autoridad de la ciudad llevaba la misma tenuta. Lo incomodó, sin embargo, la frialdad con que los saludó a él y a Américo Sánchez y el que les pidiera tomar asiento en esas sillas que estaban delante del escritorio. En el otro extremo del despacho, al lado de la puerta, había unos sillones alrededor de una mesita de centro en los que la conversación hubiera podido transcurrir sin ese armatoste de por medio.

—A ustedes los trae esto —tomó al toro por las astas el joven burgomaestre, levantando de su escritorio el proyecto que le habían hecho llegar por intermedio de Aldo.

Martín supuso que era el momento de explicar las razones que los habían impulsado a hacer esa propuesta y empezó a hablar, pero el alcalde lo interrumpió groseramente y lanzó un discurso interminable, lleno de suspicacias y acusaciones gratuitas, cuya idea central era que él no necesitaba que le enseñaran cómo gobernar la ciudad.

—Disculpe usted, señor alcalde, pero en ningún momento ha sido nuestra intención, ni de lejos, darle clases de gestión municipal —aclaró Martín conciliador cuando por fin les llegó el turno de replicar. Le parecía tan incomprensible la belicosa actitud del alcalde que pensaba que seguramente había ocurrido un terrible malenten-

dido y que las cosas todavía se podían arreglar—: La propuesta que le hemos alcanzado, felicitándole por las gestiones que usted ha realizado para conseguir recursos para la recuperación del centro histórico, se refiere exclusivamente a este tema, el de la conservación...

—Comprendo perfectamente que el proyecto que me han alcanzado gira en torno al asunto de la conservación del centro histórico, y gracias por las felicitaciones, pero, dígame usted, ¿qué les hace pensar que yo he gestionado unos recursos sin tener una idea exacta de qué hacer con ellos? —volvió a interrumpir el alcalde a Martín y, cuando éste quiso responderle, pasó a un ataque frontal—: Me han informado que usted es el coordinador del convenio Perú-España. ¿Sabe lo que pienso de gente como usted y como el arquitecto Beltrán Villafuerte, que estuvo antes en el mismo cargo? Espero que mi franqueza no lo ofenda. Ustedes son unos felipillos, son de esos que pueden traicionar a su pueblo por prebendas o dinero. No sé si usted lo sabe, pero yo estoy totalmente en desacuerdo con que el Cuzco reciba migajas del gobierno español. Y se lo he dicho abiertamente al embajador de España, así como ahora estoy hablando con ustedes. Si España quiere lavar su mala conciencia por las atrocidades que cometió, que nos devuelva el oro que Pizarro y sus esbirros saquearon en el Coricancha, pero que no vengán a contentarnos con mendrugos...

—Perdone usted, señor alcalde, pero no hemos venido aquí a escuchar sus opiniones sobre la conquista y menos a que se nos falte el respeto —atinó a decir Martín, poniéndose de pie, cuando por fin salió de su pismo.

—Disculpen ustedes mi franqueza, pero no soy de los que se callan cuando algo me indigna —replicó el alcalde y también se puso de pie, pero esta vez permaneciendo detrás de su escritorio.

Martín y Américo Sánchez, tras despedirse con un seco buenas noches, salieron por donde habían entrado. Aldo dudó entre seguirlos o quedarse a aclarar las cosas con su amigo el alcalde, optando finalmente por esto último.

—¡Ese tipo está loco! —comentó Martín ni bien salieron al corredor—. ¡Está loco y es un patán!

—¿Qué mosca le habrá picado? Ni que fuéramos sus enemigos jurados o descendientes directos de los conquistadores —rompió por fin su mutismo Américo Sánchez.

—¡¿Qué ha pasado?! —les preguntaron sus amigos al verles las caras ni bien entraron al Varayoc.

—¡Ese tipo está loco de atar! —repitió Martín. Hervía de rabia y lo que menos deseaba en ese momento era entrar en pormenores sobre lo ocurrido en el municipio.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar Beltrán, pero esta vez dirigiéndose expresamente a Américo Sánchez.

—La entrevista ha sido desastrosa. No entiendo qué habrá pensado el alcalde al recibir nuestro proyecto, pero lo ha tomado a mal —empezó a contar el inofensivo arquitecto, interrumpiendo su relato a cada nada para responder a las preguntas que le hacían.

Al cabo de un par de horas de estar desmenuzando cada palabra que se dijo en esa entrevista, casi todos se habían contagiado del enojo de Martín. Sólo Manuel Cáceres, moderado como siempre, conservaba un poco de serenidad y, aunque estaba igual de desalentado que el resto, dijo algo que tuvo la virtud de calmar un poco los ánimos. «Si he entendido bien», soltó como quien piensa en voz alta, «el alcalde tiene una idea clara de lo que va a hacer con los recursos del decreto legislativo. Eso significa que tiene un plan para el centro histórico, quizá no el que a nosotros nos hubiera gustado, pero un plan al fin y al cabo».

Varias semanas demoró Martín en librarse de esa sensación de vacío que se apoderó de él. En la Compañía, felizmente, las cosas marchaban a pedir de boca. Se había realizado con éxito el concurso para restauradores y el nuevo equipo, en su mayoría chicas jóvenes que habían seguido los cursos internacionales de la OEA que se dictaban anualmente en el Cuzco, ya estaba trabajando. El problema de cómo acomodar a tanta gente se resolvió finalmente de la

mejor manera, con la implementación de un tercer taller en el convento de la Merced, donde también se instaló la oficina de la contraparte española del convenio.

Fue Aldo Jiménez quien le contó a Martín que la primera acción del alcalde sería retirar el monumento a Castilla y San Martín que estaba en una esquina de la plaza San Francisco.

—¿De verdad? No sería mala idea —comentó favorablemente sorprendido. Esas horribles estatuas no sólo tapaban la vista de la iglesia de San Francisco a quien llegaba a la plaza por la calle Marqués, sino que además se habían convertido en un urinario que apesataba a los mil diablos.

En algún momento Martín tuvo la intención de no dirigirle nunca más la palabra al periodista, pero comprendió que, con lo suelto de lengua que era, podía ser fuente de información sobre lo que se planeaba en el municipio. Decidió eso sí no bajar la guardia y no soltar prenda acerca del convenio.

Si algo le había quedado claro después de escuchar al alcalde, era que el convenio se podía convertir en cualquier momento en blanco de su hispanofobia y que más valía estar prevenidos. Puso al tanto por eso a Javier Toledo de los sentimientos y la forma de pensar de la máxima autoridad de la ciudad y juntos acordaron, dado que se acercaba una conmemoración tan polémica como la del Quinto Centenario, que el convenio debía mantener un perfil bajo y se debía buscar la manera de cohesionar al personal.

Javier Toledo, para asombro de Martín, pareció tomarse esto último al pie de la letra. Era un español atípico, reservado, casi hosco, con una debilidad por el alcohol que, si bien se manifestaba muy de vez en cuando, lo hundía en borracheras que se prolongaban tres o cuatro días, lo que obligaba a su esposa a encerrarlo en casa para que no ofreciera un espectáculo bochornoso en los bares del Cuzco. Quizá por esta razón o simplemente porque así lo habían decidido, la esposa había regresado a España y Javier estaba solo desde hacía unos

meses. Sin embargo, desde que las nuevas restauradoras entraron a trabajar al convenio, el español era otro, más risueño y afable.

«*Cherchez la femme*», pensó Martín a propósito de la curiosa metamorfosis que sufrió Javier y pronto tuvo la ocasión de comprobar que su suposición era acertada. El español, por primera vez en el tiempo que llevaba viviendo en el Cuzco, decidió organizar una reunión a lo grande e invitó a su casa a todo el convenio. Era tal la cantidad y la variedad de trago que había, desde whisky hasta cerveza, pasando por ron, vino y un buen surtido de licores, que Martín pensó preocupado que la reunión degeneraría rápidamente en una bacanal y que la elegante casa de Javier terminaría hecha un asco, con las bebidas derramadas sobre las alfombras y el parquet y con ceniza y colillas por todo lado. No ocurrió nada de lo que se temía, sin embargo, quizá porque el dueño de casa brindaba con agua mineral o porque los más borrachines no se sentían en confianza.

A eso de la medianoche, cuando buena parte de los invitados ya se había retirado y cuando Martín se disponía a hacer lo mismo, Javier lo llevó a un lado y le pidió, como un favor especial, que se uniera a un pequeño grupo que estaban formando para ir a una discoteca. «No nos puedes fallar», lo dejó el español sin posibilidad de negarse.

Martín sabía de antemano que descubriría a la responsable de la radical transformación que había experimentado Javier, pero más curiosidad sentía por ver quiénes eran las amigas que la acompañarían o, en todo caso, quién le tocaría a él como pareja. Le gustaba bailar, pero el placer del baile estaba para él no sólo en moverse al ritmo de la música, sino en que su cuerpo hablara un mismo lenguaje, cargado de guiños y coqueteos, con el cuerpo de alguna mujer interesante. Si esa noche terminaba junto a alguien que lo dejaba indiferente, tenía garantizadas varias horas de aburrimiento. Era lo malo para él de las discotecas, el que lo confinaran a un reservado en el que estaba obligado a permanecer todo el tiempo con las mis-

mas personas, y la razón por la que prefería de lejos locales como el Kamikaze, donde tenía la libertad de hacer lo que le viniese en gana.

El suspenso se prolongó hasta el último instante, cuando el grupo todavía numeroso que salió de casa de Javier empezó a dispersarse. Al final, junto al español, otro arquitecto del convenio y Martín. quedaron dos de las nuevas restauradoras y Cleo. Era la última persona a la que hubiera imaginado ver y se lo dijo, pero sin que los demás, que estaban decidiendo adónde ir, oyeran:

—¡Qué sorpresa! ¿Y tu esposo?

—En la casa, cuidando a mis hijos —le respondió Cleo con desenfado y se unió, con un entusiasmo un tanto fingido, a la discusión del resto.

De las tres mujeres, la que llevaba la voz cantante y se salió con su gusto era Nena, quizá la más guapa de las nuevas restauradoras. Tenía las piernas largas, cosa muy rara en una cuzqueña, y en general muy buena figura. Martín se había fijado en ella, pero, imbuido de las distancias que le convenía guardar, no había hecho nada por acercársele. Ahora lo lamentaba. Era evidente que esa jovencita, con la gracia con que lucía su esbelto cuerpo y con su coquetería muchas veces rayana en el descaro, traía de vuelta y media a Javier, cuarentón hacía rato.

Martín nunca había estado en la discoteca a la que los llevó Nena y quedó impresionado con su muro incaico, que no tenía nada que envidiar a los del famoso Muki, pero más con sus portentos técnicos: circuito cerrado de televisión para que uno se viera a sí mismo bailando, además de humo y pompas de jabón que de rato en rato flotaban sobre la pista de baile. Cuando por fin se acomodó en el reservado, Cleo lo recibió con una pulla:

—Pareciera que nunca has pisado una discoteca.

—En ésta no había estado —le respondió Martín—. En general me gustan poco.

Las otras dos parejas no habían hecho más que aligerarse de ro-

pas para arrancar a bailar. Martín los siguió con la vista un rato, divertido con lo desmañado que era Javier para la salsa.

—¿Bailamos? —le preguntó a Cleo.

—Dentro de un rato, ¿sí? —le respondió ella.

—Mira, yo no sabía que ibas a venir y en realidad tampoco quería hacerlo. Si, como me imagino, tus amigas han venido en pareja, de repente mejor nos vamos —se puso a la defensiva Martín.

Cleo lo miró un rato en silencio y después confesó algo que lo dejó desconcertado:

—Yo sí sabía que ibas a venir. Le puse esa condición a Nena para acompañarla. Es una chiquilla. No quería salir sola con Javier.

—¿No estás enojada conmigo?

—Sí, pero no por lo que te imaginas.

Martín, que no era amante de jugar a las adivinanzas, prefirió dibujar una interrogación con el gesto y quedarse callado.

—Estoy enojada porque de nuevo estás sobrado conmigo. Ya ni me miras desde que tienes novia.

—¿Novia? —abrió los ojos.

—¿No tienes novia? Las chicas en el trabajo dicen que estabas radiante porque habías encontrado novia y que ahora estás de mal genio porque te has peleado con ella.

A Martín le causó mucha gracia esa explicación tan femenina de sus estados de ánimo y decidió revelarle la verdad.

—No pensé que el alcalde fuera tan grosero —se puso Cleo de su lado después de escucharlo—. ¿Vamos a bailar?

Esa noche, cuando la salsa y el rock fueron reemplazados por las baladas, se hizo realidad una fantasía que Martín tenía desde que la lambada se puso de moda: el bailar como haciendo el amor, entrelazando sus piernas con las de su pareja y siguiendo el ritmo con la pelvis, con movimientos rotatorios a ratos, empujando y retrocediendo en otros momentos. Poco, muy poco le faltó para eyacular.

12

Lo primero que Martín aprendió con Angélica e Ilse fue que el amor no es como la guerra, que lo que uno subrepticamente avanza al amparo de la noche no da derecho a nada al día siguiente. Por eso no se le ocurrió pensar que ese baile que fue casi un apareamiento pudiera significar el comienzo de algo y siguió tratando a Cleo como a cualquier otra compañera de trabajo. Quien hizo de celestino, sin proponérselo, fue Aldo Jiménez con su extraña habilidad para enredar las cosas.

El periodista se presentó en la Compañía con un doble pedido: necesitaba información sobre el Cuzco de los primeros años de la Colonia y sobre el lienzo del parentesco, quién lo había pintado, cuándo. Martín le dijo que lo podía ayudar con lo primero, pero que para lo segundo tendría que recurrir a un especialista en pintura de caballete. «Podría ser Cleo», añadió recordando que ella y el periodista ya se conocían.

—Perfecto, lo del cuadro se lo voy a pedir a Cleo —asintió Aldo—. En cuanto a lo otro, me hace falta un par de datos puntuales: dónde estaba el convento de Santa Clara y dónde vivía Diego Maldonado.

Esa información la necesitaba para el cuento que estaba escribiendo sobre la última princesa incaica. Preguntando un poco más,

Martín escuchó que de niña Beatriz Clara Coya fue encerrada en el convento de Santa Clara por orden de la Corona y que su madre la sacó de allí para casarla con un hijo del tal Diego Maldonado, llamado «el Rico» porque era uno de los conquistadores que mayor fortuna amasó en el Cuzco de esa época.

—Si el tipo era un personaje notable, creo que puedo encontrar dónde quedaba su casa. Y lo del convento es más fácil todavía —tranquilizó Martín al periodista y volvió a sus asuntos.

Al rato la que entró a su oficina fue Cleo para preguntarle, en tono muy formal, para cuándo debía alistar la documentación sobre el cuadro del parentesco.

—¿Alistar? —se asombró Martín—. ¿Qué te ha dicho exactamente Aldo?

—Que por orden tuya le tengo que proporcionar la información que necesita.

—¡Está loco! Yo le he dicho que tú le podrías —Martín subrayó esta última palabra— ayudar a conseguir esa información. Como un asunto personal, no de trabajo.

—¿Es asunto mío, entonces?

—Exacto. No tiene nada que ver con el trabajo.

—No es eso lo que él me dijo —insistió Cleo.

—¿Pero ahora sí lo tienes claro? —empezó a impacientarse Martín—. Si quieres olvídate del asunto y yo me encargo de aclarar el malentendido con Aldo.

—No, está bien. Le voy a buscar la información que necesita. A nosotros también nos puede servir.

—¡Quién te entiende! —no pudo disimular Martín su fastidio.

—Yo me entiendo —le respondió Cleo con tono dolido y después de unos segundos, como si hubiera tomado ánimo, añadió—: ¿Podríamos conversar?

—¿Del trabajo?

—No, no del trabajo —aclaró Cleo entre avergonzada y nerviosa.

—Ah —entendió recién Martín la razón por la que ella había alargado tanto esa conversación—. Claro que podemos. ¿Dónde? ¿En el cafecito de la otra vez?

—No, en ahí no. Me trae malos recuerdos. ¿Podría ser aquí mismo, en el techo?

—¡Claro! ¿A las cuatro y media está bien?

La noche de la discoteca Martín cometió la imprudencia de contarle que el proyecto de recuperación del centro histórico nació en el techo de la Compañía con ayuda de una botella de Biondi. Ahora se preguntaba cuánto podría perjudicarle que esto se supiera si Cleo se iba de lengua.

A las cuatro y media en punto tocaron la puerta de la calle Loreto. Martín salió a abrir, pero vio que don Nicanor se le adelantaba y que —¡milagro!— recibía a Cleo con afabilidad. ¡Hasta se quedaron conversando un rato!

—¿Me ha parecido o don Nicanor te trata bien? —le preguntó a Cleo cuando subieron al techo.

—Sí, nos hemos hecho amigos. Es un viejito muy simpático.

—¡¿Simpático?! —volvió a asombrarse Martín—. Tú debes ser la única que piensa así. Es siniestro. Encima con la cara medio torcida.

—Tiene parálisis facial. A mí también me parecía renegón, pero es buenísima persona.

Cleo le contó, mientras caminaban a paso lento en dirección a las torres, que don Nicanor la socorrió una vez que, sintiéndose mal, un poco afiebrada, salió al patio a tomar sol.

—Me preguntó que me pasaba y me ofreció una aspirina. Me dio también un mate y nos pusimos a conversar. Es amante de la música clásica. Allí donde lo ves, tiene una excelente colección de cassettes. Me los presta para que los escuche mientras trabajo.

—No te creo.

—Y se conoce a todas las palomas que viven en los casetones del primer claustro. Les ha puesto nombres, les da de comer y les habla.

—Eso sí te creo. Como no habla con las personas, sólo le queda hablar con las palomas.

Cleo se había sentado en las gradas que conducen a la torre del Evangelio. Llevaba puesta una falda suelta que le llegaba hasta media pierna, su infaltable chompa de cuello alto y un pañuelo. Martín la observaba preguntándose todavía cómo había hecho para domesticar a don Nicanor, ese viejo cascarrabias que apenas contestaba el saludo y que nunca miraba de frente a los ojos.

—¡Qué bien se está aquí! —rompió el silencio Cleo.

—Yo subo casi todas las tardes, por lo menos un ratito. Me gusta mirar la ciudad desde allí —le comentó Martín señalándole el espacio que había entre el templete y la torre.

Cleo se puso de pie y se dirigió hacia ese lugar. Martín se unió a ella y estuvieron contemplando en silencio la plaza, casi pegados el uno al otro, hasta que de pronto Cleo se volvió y lo miró a los ojos. Martín pensó que le quería decir algo, pero luego comprendió que estaba esperando que él tomase la iniciativa. Eso hizo. Acercó muy lentamente su rostro al de Cleo hasta que pudo sentir, en los labios, el aire tibio que ella exhalaba. Luego buscó su boca, pero no con los labios, sino con la lengua, tímidamente, como quien explora una región ignota.

Cuando se enderezó, se encontró con una mirada suplicante que le era familiar. «No hables», le rogaban esos ojos. «No me obligues a asumir lo que estoy haciendo. Deja que me engañe, que piense que está ocurriendo algo ajeno a mi voluntad, algo así como un huai-co que te arrastra antes de que puedas reaccionar». Martín, en segundos, tomó la decisión de rechazar esa muda súplica que no auguraba nada bueno y empezó a jugar sucio para obligar a Cleo a decir algo, cualquier cosa: la besaba con fuerza, apretando sus labios contra los de ella hasta sentir dolor; buscaba su cuello, el lóbulo de sus orejas; le cogía los senos con ambas manos, los frotaba, los oprimía; buscaba con la derecha la parte interior de sus muslos, su sexo, mientras

la izquierda recorría una cadera y remangaba torpemente esa larga falda tratando de descubrir qué había abajo: ¿unas pantys?, ¿la piel desnuda?

Cleo, para desconcierto e incredulidad de Martín, seguía sin decir nada, sin oponerse a nada. ¿Es que estaba dispuesta a llegar hasta el fin? Con las dos manos, olvidándose de los senos, los muslos, el sexo, Martín empezó a acariciarle las caderas, siempre de abajo hacia arriba, de abajo hacia arriba, remangándole cada vez más la falda, hasta que por fin se encontró con sus muslos desnudos, fríos, y con sus nalgas torneadas, más frías todavía. Las estrujó metiendo las manos debajo del calzón. En seguida se dio cuenta de que éste, por los costados, era apenas una tirita de la que podía jalar cómodamente hacia abajo. Lo hizo y después buscó esa mata de pelos y esa hendidura cuya tibieza y humedad era lo que más anhelaba en el mundo en ese instante.

Cleo, al sentir que un dedo de él estaba penetrando en lo más recóndito de su ser, no cerró las piernas, no dijo no. Suspiró e hizo un movimiento con la pelvis que facilitó las cosas. Luego siguió moviéndose y jadeando al ritmo con que Martín le acariciaba el clítoris. Él, más excitado que nunca, no pudo más y habló. Le susurró al oído: «Voltéate, voltéate, quiero penetrarte». Durante unos segundos temió haber quebrado el embrujo, pero luego se maravilló al comprobar que Cleo le estaba haciendo caso, le estaba volviendo la espalda y se estaba encargando ella misma de levantar la falda y bajar aún más el calzón para que no estorbara.

Fue entonces, cuando se desabrochaba correa y pantalón a la desesperada, como si lo que estaba ocurriendo fuese un magnífico sueño que en cualquier momento podía terminar, que los ojos de Martín se toparon de casualidad con las torres de la catedral bañadas por los rayos del cálido sol del atardecer. Esta visión tuvo el efecto de sosegarlo, de hacer que, en lugar de embestir a Cleo a tontas y a locas, la penetrase con parsimonia, gozando infinitamente al sen-

tir como su pene se iba abriendo camino en esa caverna misteriosa, por lo general inquietante, pero ahora acogedora.

Cuando llegó hasta el fondo, se quedó un rato inmóvil, acostumbrándose, y recién después se empezó a mover, suavemente, con algo de temor a que un ímpetu innecesario acelerara el desenlace. Cleo, después de un par de intentos frustrados, nuevamente se acompasó a su ritmo y empezó un vaivén que le daba un placer que nunca antes había conocido y que estaba a punto de hacerle gritar, gruñir. Quizá por eso miró a las personitas que pululaban en la plaza, como si esperara de ellas una confirmación del milagro que estaba ocurriendo, pero al instante siguiente ya se había olvidado de que existían pues tuvo que hacer un esfuerzo inaudito para ahogar el aullido de placer que se le escapaba de la garganta.

Un rato, mientras se limpiaban y se arreglaban la ropa, trataron de disimular su azoramiento, pero luego no supieron cómo vencer la incomodidad.

—Mejor me voy yo primero y tú esperas un poco —salvó la situación Cleo y sin más emprendió la huida.

Martín la siguió con la mirada y, cuando ella desapareció tras la cúpula, se dio la vuelta y cometió la locura de bajar a la cornisa. Allí, al borde del vacío, esperó hasta ver a Cleo aparecer debajo de él y caminar en dirección a la calle del Medio. Creía que en algún momento ella alzaría la vista, pero no lo hizo y esto le causó cierta decepción.

Por la noche, de pie ante la ventana de su habitación, maravillado siempre por el sugestivo espectáculo del Cuzco nocturno, revivió cada detalle de lo sucedido en el techo de la Compañía y comprendió que era algo más intenso, muchísimo más intenso, que lo que durante tanto tiempo había estado buscando infructuosamente: el placer que creyó sentir al hacer el amor con Elena. No sabía explicarse, sin embargo, si era lo insólito del lugar y lo imprevisto de lo ocurrido lo que había multiplicado su excitación por mil o si era la forma

que tenía Cleo de moverse o todo junto a la vez. Se preguntaba por lo mismo si disfrutaría igual al hacer el amor con ella en otras circunstancias o si lo que había ocurrido era tan efímero e irrepetible como un sueño...

Al día siguiente, en el trabajo, no se vieron ni una sola vez. Martín estuvo entrando y saliendo y luego, a las once de la mañana, se fue a una reunión en la Merced que se prolongó hasta casi las dos de la tarde. Cuando volvió a la obra después de comer algo en el camino, hacía media hora que los restauradores habían terminado de trabajar. Dio una vuelta por los talleres con la secreta esperanza de que Cleo se hubiese quedado un rato más, pero no encontró a nadie. Pensó entonces que de repente lo llamaría por teléfono, pero hasta las seis de la tarde, hora en que decidió marcharse a casa, el aparato permaneció mudo.

Tenía varias rutas para dirigirse a Santa Ana. Esa tarde sus pies lo llevaron por Plateros, Saphy y Tambo de Montero. Caminaba despacio, pensando que quizás era mejor que no se hubiese encontrado con Cleo. Se conocía a sí mismo y sabía que su impaciencia se debía al apremiante deseo de volver a vivir la escena muda de la víspera, lo cual era poco probable que sucediera. Un encuentro como cualquier otro, en cambio, hubiera sido decepcionante, contraproducente incluso. Preferible era no forzar las cosas. Era por apurado que siempre arruinaba las oportunidades que se le presentaban con las mujeres.

13

Martín jamás imaginó que una mujer que quería tener un amante necesitase hacer tantas preguntas. Cleo empezó hablando de Rolando, su esposo. Contó que era pintor, que se habían conocido y casado cuando estudiaban en la Escuela de Bellas Artes. Tenían ya ocho años de matrimonio y, según ella, se llevaban bien.

—¿Bien? —inquirió Martín.

—Bueno, por temporadas, como todas las parejas —se desdijo Cleo.

—¿Y en esta temporada como están? ¿Mal?

—¡Qué va! Hace tiempo que no peleamos. Por eso me sentí tan mal esa tarde. Me parecía que Rolando con sólo verme iba a descubrir lo que había pasado. No sé si podría serle infiel de nuevo.

Martín no dudaba de la sinceridad de Cleo, pero al mismo tiempo estaba convencido de que ella era víctima de un autoengaño. Lo que más deseaba en esos momentos era volver a hacer el amor con él, pero maniobrando en las procelosas aguas de los supuestos y lo sobreentendido. Martín sabía por experiencia que ése era el terreno en el que sus paisanas se movían a sus anchas: se daba por supuesto que si un hombre hacía el amor con una mujer, era porque la quería; que si la mujer quedaba embarazada, el hombre se casaría con ella; que si ella era casada y tenía problemas con el marido, el aman-

te asumiría las obligaciones de esposo; que si el hombre no actuaba así, era por desgraciado, porque había obrado de mala fe y engañado a la pobre mujer. Él, educado en la escuela de Ilse, quien hasta cuando pasaba una mosca entre los dos salía con su «tenemos que hablar», les aclaraba siempre a las mujeres con las que se quería acostar cuáles eran sus intenciones, poniéndolas ante el dilema de asumir lo que estaban haciendo.

La misma táctica empleó con Cleo, explicándole que la infidelidad en la pareja, lejos de ser un peligro, era una válvula de escape para los resentimientos que inevitablemente se iban acumulando durante los años de convivencia. Todo era cuestión de saber hacer las cosas, de no echar por la borda todo un proyecto de vida por culpa de una fugaz aventura.

«Lo importante es tu matrimonio, tu familia, que pesan muchísimo y los tienes que cuidar por sobre todas las cosas», le repetía en todos los tonos, simulando con sus manos los platillos de una balanza. «Lo otro, una relación extraconyugal, es una canita al aire, que no pesa nada y a la que puedes mandar a volar con un simple soplo en caso de que haga peligrar aunque sea un poquito tu matrimonio».

Cleo escuchaba con curiosidad estas teorías y ponía a prueba su consistencia:

—Si una relación extramatrimonial no es importante, no pesa nada, entonces ¿para qué tenerla?

—No es importante con relación a tu matrimonio, pero sí como válvula de escape, como una forma más de realizarte como mujer, como una manera de hacer menos monótona y gris la vida —retrucaba Martín inspirado.

—¿Y cómo sé que esa canita al aire no va a hacer peligrar mi matrimonio?

—Depende de ti, de que no pierdas de vista lo que estás haciendo y para qué lo estás haciendo. Es como si te repitieras todo el

tiempo: estoy con otro hombre no porque mi matrimonio no funciona, sino para que siga funcionando bien.

Tranquilizada por las palabras de Martín, Cleo volvía a preguntar cómo era la relación que le proponía.

—Ante todo, seremos amigos, buenos amigos, pero con la ventaja de que podremos disfrutar del sexo y darnos mucha ternura cuando queramos. ¿Te imaginas? Es algo que muy pocas personas tienen, un amigo o amiga cariñoso, un amigo al que se puede tocar, acariciar, besar, con el que se puede hacer el amor. No sé por qué nos privamos del contacto físico, que es tan importante, tan agradable, tan gratificante. Tener una persona con la cual la posibilidad de ese tipo de contacto está siempre abierta es maravilloso, es como ganar el premio gordo de la lotería. ¿No te das cuenta? Si sabemos cuidar nuestra relación, si no hacemos nada que la malogre, podremos disfrutar de nuestra lotería hasta viejitos. ¿Por qué no hacemos una cosa, por qué no nos prometemos que cuando cumplas sesenta años nos encontraremos para hacer el amor?

—Te vas a cansar mucho antes —se puso Cleo en plan de agorera.

—No, no me voy a cansar. Te cansas de hacer el amor con tu pareja porque se cae en la rutina y por los problemas que trae la convivencia. Pero nosotros no nos vamos a cansar. ¿Te imaginas? Podemos tener todas las ventajas del matrimonio, pero sin sus desventajas.

—¿Qué ventajas?

—La principal es que llegas a compenetrarte bien con tu pareja, que aprendes a darle placer. Nosotros podemos llegar a eso, podemos llegar a conocernos bien en la cama, pero, como no vivimos juntos, no se perderá la novedad. Eso es lo más excitante de la primera vez que estás con una persona, la novedad. Generalmente no haces bien el amor, estás muy ansioso, no sabes lo que le gusta, no hay muy buena comunicación, pero la excitación es fortísima y eso compensa todo.

Habían transcurrido varias semanas desde la tarde en que hicieron

el amor en el techo de la Compañía y no habían hecho otra cosa que hablar de sexo y de relaciones extramatrimoniales, pero sin siquiera tocarse. En algún momento, Martín no sabía cuándo, la conversación pasó del plano de lo hipotético al de lo factible, pero él no quiso sacar provecho de eso y siguió bombardeando a Cleo con sus improvisadas teorías. Lo que en el fondo buscaba era que ella respetase algunas reglas, sobre todo en el trabajo. Tenía miedo de que perdiesen la cabeza y se comportasen como Javier y Nena, que se dedicaban a besuquearse en cuanto escondrijo había en la Compañía.

—Tenemos que diferenciar los espacios —le recalaba Martín a Cleo—. En el convenio, somos colegas y nos tratamos como tales.

—Vaya colegas que hacen el amor a la vista de todo el Cuzco —se burlaba Cleo.

—Eso fue maravilloso, pero no puede repetirse —retrucaba Martín y volvía a insistir en que en el trabajo serían el coordinador del proyecto y una restauradora.

Recién después de decir todo lo que quería decir, como si eso garantizase que las cosas resultarían a su manera, Martín sintió que había llegado el momento tan anhelado y le propuso a Cleo, recordándole sus propias palabras, «perder de nuevo la razón».

—¿Dónde? —preguntó ella.

—En mi casa.

—¿Cuándo?

—Cuando tú quieras, cuando te sea más cómodo.

—¿Y me vas a invitar helado?

—Te voy a invitar helado.

—¿Y me darás gusto en todo?

—Voy a tratar de darte gusto en todo.

A la hora de la hora, Martín estaba nervioso, más nervioso que nunca, como si fuera la primera vez que iba a tener relaciones con una mujer. Todo, menos el helado que compró a la salida del trabajo, estuvo preparado con anticipación: acomodó el tocadiscos por-

tátil en la mesa de noche, con la canción que le gustaba a Cleo, *Burbujas de amor*, lista para empezar; sobre el antepecho de la ventana, en una bandeja, puso el ron y la gaseosa; en la refrigeradora, para acompañar el helado, había una lata de duraznos al jugo y, por si acaso, jamón. Tanto preparativo, sin embargo, había hecho que aumentara su ansiedad y ahora sentía en la base de los testículos ese cosquilleo que presagiaba una eyaculación precoz. Hasta pensó en masturbarse, pero tuvo miedo de luego no tener erección.

Mirando el reloj a cada rato, se preguntaba si valía la pena torturarse de ese modo y sintió, por primera vez, envidia de las mujeres, de su papel pasivo en el acto sexual que les hacía todo mil veces más fácil: no las amenazaba ni un súbito ataque de impotencia ni la temible eyaculación precoz. Incluso si por nervios o lo que fuese no se lubricaban bien, podían recurrir a un poco de vaselina y santo remedio. «Ya quisiera yo», pensaba Martín, «limitarme a abrir las piernas y que sea la mujer la que sude y la que tenga que excitarme, pero sin por su lado excitarse mucho para no correrse antes de tiempo y no decepcionarme».

El timbre le provocó un ligero estremecimiento. Hizo un esfuerzo para tranquilizarse y fue a abrir la puerta. Recibió a Cleo con un beso en la mejilla y la escoltó hasta la sala. Ella dejó su cartera de mano sobre la mesa de centro y tomó asiento.

—¿No quieres quitarte el sacón? —le preguntó Martín.

—No, tengo frío —se encogió toda.

Estaba turbada, mirando a su alrededor, pero no con interés, sino para esconder su nerviosismo. Al menos eso fue lo que pensó Martín, que se había quedado de pie frente a ella, sin saber por dónde empezar.

—He comprado helado —dijo por decir algo.

—No sé si voy a querer. Estoy temblando.

—¿De repente prefieres un café? ¿O un trago? —se mostró solícito Martín.

—Un café me caería bien. Y un trago.

—Un carajillo, entonces.

—¿Un qué?

—Carajillo. Es un trago que toman los españoles: café con coñac. O brandy, como dicen ellos —se serenó un tanto Martín al convencerse de que Cleo también estaba nerviosa.

—Nunca he probado el coñac, no sé si me gustaría —rechazó Cleo el ofrecimiento.

—Te decía en broma. No tengo coñac. Ni siquiera sé si lo venden en el Cuzco. ¿Café entonces?

—Sí, un cafecito.

Martín se disponía a ir solo a la cocina, pero lo pensó mejor y le pidió a Cleo que lo acompañase.

—Estás helada —le dijo al tiempo que le tomaba ambas manos y las ponía sobre su pecho. Cleo alzó la cabeza y sus miradas se encontraron. Fue suficiente para que empezaran a besarse, tiernamente, muy tiernamente, como diciéndose ya no estemos nerviosos, disfrutemos lo que vamos a hacer ya que nos hemos atrevido a dar ese paso.

—Sigo temblando —se quejó Cleo cuando se separaron.

—Ven —le dijo Martín y la condujo al segundo piso, a su dormitorio.

Siguieron besándose en cuanto estuvieron allí, sobre la cama, hacia donde Martín hizo retroceder poco a poco a Cleo, hasta que pudo tumbarla y echarse encima de ella. Siguieron besándose mientras Martín buscaba debajo de la chompa los senos de ella, mientras trataba de desabotonarle la blusa y de desabrocharle el cinturón. Sólo se dieron un respiro cuando comprendieron que iba a ser difícil que se librasen de tanta ropa estando echados. «Mejor nos metemos en la cama», propuso entonces Martín y se puso de pie para dejar libre a Cleo. Ella se sentó y empezó a desnudarse, mientras Martín, metuculo siempre, iba acomodando sobre una silla cada una de las pren-

das: el sacón, la chompa, el pantalón, la blusa. Cuando estuvo en ropa interior, Cleo retrocedió hasta la cabecera y se escondió debajo de las frazadas. Martín se desnudó en un santiamén y se echó a su lado.

Lo que vino luego fue la sosa repetición de otros encuentros amorosos, con la única diferencia quizá de que Cleo en ningún momento dio muestras de gazmoñería. Por el contrario, actuó todo el tiempo con el mismo apresuramiento que Martín y, ni bien él la penetró, lo atenazó fuertemente con las piernas y no aflojó ese nudo ni cuando él quedó paralizado, como apremiándolo a continuar, a no rendirse tan rápido.

Martín intentó efectivamente moverse un poco más, pero desistió casi de inmediato pues lo invadió una insoportable sensación de vacío, como si todos sus deseos, sus apetitos, sus gustos, todo lo que conforma el impulso vital se hubiera ido junto con ese insignificante chorro de esperma. Era un malestar sumamente desagradable que mientras estuvo con Ilse no había conocido, pero que después se fue presentando cada vez con más frecuencia. Era como si el orgasmo, en lugar de ser el clímax de la relación sexual, una explosión de placer, una válvula que se abre para dejar escapar la enorme presión acumulada, fuera un mecanismo que acciona una trampa que da a un abismo insondable o simplemente el destemplado acorde que preludia un largo, negro y aplastante silencio.

Ajena totalmente a lo que Martín estaba sintiendo, Cleo empezó a comportarse como una niña caprichosa a la que hay que dar gusto en todo.

—Ahora sí quiero helado —dijo—. ¡Bastante! ¡Y hay de ti que no sea de coco!

—¿Qué me harías? —trató él de seguirle el juego.

—Te haría de nuevo el amor hasta dejarte agotado.

«Eso sí que sería un castigo», pensó Martín mientras se calzaba las pantuflas y se ponía la bata. Su mayor deseo en ese momento era

que Cleo desapareciese como por arte de magia, que se esfumara, que ya no estuviese en su cama cuando él regresara con el helado.

En la cocina, trató de librarse de los malos sentimientos que se estaban apoderando de él respirando hondo y apelando a la razón. «Ella no tiene la culpa de nada», se dijo a sí mismo. «Tengo que ser atento». Abrió la lata de duraznos al jugo y sacó de la refrigeradora el helado de vainilla. Era una combinación que también le gustaba a Cleo.

Cuando regresó al dormitorio, la encontró mirando por la ventana, desnuda, apoyada sobre el antepecho, ofreciéndole el espectáculo de sus turbadoras nalgas. Cleo, al volver la cabeza y descubrirlo, quiso regresar a la cama, pero Martín le pidió, le ordenó casi, que se quedara en donde estaba.

—No es de coco —dijo mostrándole el helado—. Tienes que castigarme.

Hicieron el amor allí mismo y fue como la primera vez, en la Compañía. O aun mejor.

Todo lo que Martín le pintó a Cleo empezó a hacerse realidad, pero él fue el primero en asombrarse con lo que estaba ocurriendo. Lo que había dicho sobre las relaciones libres que no comprometían a nada, las bondades que les había adjudicado, no eran más que lucubraciones producto justamente del fracaso de todos sus intentos anteriores. Ahora que ese difuso ideal que durante tanto tiempo había estado persiguiendo inútilmente se estaba materializando, tenía la impresión de que en verdad se había sacado el premio gordo de la lotería. Él, no Cleo.

No era para menos. Bajo esa apariencia tan modesta, bajo ese cuerpo delgado y menudo, nada espectacular, Martín fue descubriendo una mina de sensualidad.

Cleo vestida, por más que se esforzase en arreglarse, en ponerse un poco de rubor en las mejillas y de rímel en las pestañas, pasaba casi inadvertida. Más aún, con un esposo pintor y dos hijos, estaba condenada a usar siempre la misma ropa barata, a tener las manos enrojecidas y a que el tiempo dejara en su rostro señales claras de su paso. Y no sólo eso. Como muchas cuzqueñas de extracción popular, Cleo tenía una noción de la elegancia parecida a la de las mestizas de polleras del mercado. Como ellas, mostraba cierta predilección por las blusas de blondas y encajes, por la bisutería y las

lentejuelas en las chompas, por las hebillas en zapatos y carteras. Era un estilo de vestir que chocaba mucho a Martín. Hubiera preferido mil veces verla con un blue jean y una chompa sencilla, pero por temor a hierirla nunca se atrevió a decírselo.

Cleo desnuda, en la cama, no tenía parangón con ninguna de las mujeres que él había conocido. Para empezar, no era pasiva en ningún momento ni en ninguna de las posiciones en que se encontrase. Siempre se movía, pero no como otras mujeres con las que Martín se había acostado, que lo hacían, sobre todo cuando estaban encima de él, con mucho entusiasmo pero poco resultado. Cleo se movía con la cadencia exacta, provocando un efecto de resonancia que multiplicaba increíblemente el placer del contacto sexual, con una intuición y una sabiduría que dejaban a Martín pasmado. Cuando tuvo más confianza con ella, trató, con ayuda de un espejo comprado especialmente para eso, de determinar el tipo exacto de movimiento que imprimía a su pelvis cuando estaba debajo de él, pero visto así ese vaivén no resultaba nada extraordinario. Más fácil fue estudiar los movimientos que Cleo hacía cuando se sentaba encima de él. En esa posición, con la que él más gozaba, Cleo no se movía de arriba para abajo como otras mujeres o no intentaba un movimiento de rotación como las que se juraban más sofisticadas. Lo que hacía, con menos esfuerzo, era simplemente mover sus caderas de adelante para atrás, con lo cual el pene no entraba y salía de la vagina, sino que se mantenía todo el tiempo dentro de ella, pero agitándose como un junco azotado por ráfagas de viento.

De hecho, a medida que se iban conociendo y comunicando mejor, el que se volvió casi pasivo en el acto sexual fue Martín, que siempre terminaba rogándole a Cleo que se sentase encima de él o que, estando él encima, no podía moverse si ella, generalmente bromeando, tampoco lo hacía. «Ahora muévete tú, no seas flojo», le decía y él lo intentaba, pero tenía la desagradable sensación de estar practicando la necrofilia. Esta diferencia abismal entre hacer el amor con

una Cleo muerta o con una Cleo que vibraba como una cuerda al menor contacto, hizo que Martín pensara que seguramente las leyendas y los chistes que circulaban sobre la sensualidad de las loretanas, las famosas «charapas», no eran cuento ni invento, sino la condensación de experiencias maravillosas —y poco creíbles para quienes no las habían tenido— como la que estaba viviendo.

Otra ventaja de Cleo sobre las demás mujeres que Martín conocía era su facilidad para llegar al orgasmo y en general su capacidad para gozar. «¡Penétrame! ¡Me gusta sentirte dentro de mí», le decía a Martín y parecía que esto era verdad porque al rato empezaba a jadear, a retorcerse, a clavar las uñas en la espalda de él y a amenazar con correrse. Martín, que hasta antes de conocer a Cleo se reía de sí mismo afirmando que era «la pistola más rápida del oeste», se sentía dichoso cuando ella llegaba antes que él. Esto, además, fue ocurriendo cada vez con más frecuencia, ayudándole a superar esa ansiedad que estaba latente en él, como una fiera agazapada que espera el momento de saltar sobre su víctima.

Después de amortiguar las descargas eléctricas producto del primer orgasmo, Cleo seguía haciendo el amor con más gula que antes, con su sexo más húmedo y tibio, su torso perlado de sudor y la garganta cada vez más seca. Sentada encima de él, pasaba poco a poco de contorsionarse con una elegancia gatuna a un trote sostenido y de éste a un galope furioso que la llevaba finalmente a un nuevo orgasmo, más prolongado, más estremecedor. Si Martín llegaba junto con ella, sentía que era un volcán en erupción, un volcán que estaba liberando una cantidad inconmensurable de energía. Esos otros orgasmos comparables con el aire que apenas escapa de un globo casi desinflado o con el último estertor de un moribundo, eran, junto con el estado depresivo que los acompañaba, cosa del pasado. Es más, luego de reponer fuerzas, Martín volvía a la carga y se encontraba con una Cleo que sólo estaba esperando eso para gemir de placer una vez tras otra.

En ocasiones Martín se preguntaba si Cleo no fingía para hacer-

lo sentir bien, para hacerle creer que era un amante de primera, para halagar su ego de macho peruano. En alguna oportunidad llegó incluso a compartir esta sospecha con ella. Le contó una escena de una comedia que vio en la televisión —una chica que finge un orgasmo en una cafetería sólo para demostrarle a un tipo lo fácil que es hacer eso— y le preguntó si a veces no recurría al mismo truco. Cleo le respondió que no a veces, que siempre, que en realidad nunca había tenido un orgasmo, pero que disfrutaba mucho fingiendo, que le encantaba la actuación. «¡Vaya pareja que hacemos!», le comentó entonces Martín: «la pistola más rápida del oeste con una actriz especializada en fingir orgasmos».

Bromas al margen, ¿tenía ella tantos orgasmos o los simulaba? Martín pronto perdió interés en conocer la verdad pues se dio cuenta de que en el fondo era irrelevante: de lo que sí podía dar fe era de que nunca antes había gozado tanto con el sexo y que su placer era mayor cuantos más orgasmos provocaba o creía provocar. Era como si Cleo lo redimiera de los innumerables fracasos con mujeres a las que había dejado con las ganas de llegar al clímax.

En su afán de estudiar la naturaleza de la sensualidad femenina, Martín no se cansaba de interrogar a Cleo sobre su vida sexual. Suponía que ella era igual de precoz que Angélica, quien, como le contó a Martín dejándolo boquiabierto e inflamando su imaginación, a veces iba al colegio sin nada debajo de la falda para hacer el amor al paso, en un escondrijo de la propia escuela, con algún quinceañero como ella. Resultó, sin embargo, que de muchacha Cleo sólo había tenido enamoraditos, ninguno de ellos tan osado como para atreverse a ir más allá de los castos besos en la boca, y que la virginidad la había perdido tarde, a los veintidós años, con un hombre casado que le doblaba en edad y que era su jefe en la institución donde ambos trabajaban. El tipo se asustó tanto de lo que hizo que después le imploró a Cleo que por favor no se lo contara a nadie y nunca más la buscó ni para tomar un café.

Martín quiso saber entonces si ella había tenido buenos maestros y también en esto se llevó una gran sorpresa pues el número de hombres con los que Cleo se había acostado era ridículo. Antes de casarse, sólo había tenido relaciones con dos hombres, sin contar al asustadizo burócrata, y desde la boda había permanecido fiel a su marido hasta esa tarde en la Compañía. «¿Alguno de esos hombres era un experto en la cama? Seguramente te decía haz esto, haz lo otro, muévete así, muévete asá, o te inducía a hacerlo sin palabras, con los movimientos de su cuerpo», insistía Martín, pero ella sostenía que no, que ninguno le había enseñado nada en especial. «¿Pero entonces cómo es que aprendiste a moverte?», se desesperaba Martín. Cleo se alzaba de hombros y decía que no sabía, que no recordaba. «Yo pensaba que todas las mujeres hacían lo mismo», añadía, y Martín no sabía si decía la verdad o se hacía la ingenua.

Era algo difícil de creer y aún más difícil de admitir. Si las habilidades sexuales de Cleo eran innatas, eso significaba que lo que tanto temía Martín era cierto: que unas personas nacen mejor dotadas para el sexo que otras. Eso significaba, además, que él estaba condenado a no gozar del sexo sino cuando se encontrara con mujeres como Cleo, mujeres que, a juzgar por su propia experiencia, no abundaban, por lo menos en el Cuzco.

Entre conformarse con admitir este hecho que parecía suficientemente demostrado y seguir dudando, Martín prefirió esto último y perdió interés en el tema del aprendizaje sexual de Cleo. No se cansaba de repetirle, eso sí, que era una mujer especial, con una sensualidad fuera de serie, sin punto de comparación con tantísimas mujeres que, por gazmoñería, no se atrevían a vivir a plenitud su sexualidad. Ella escuchaba y le decía que no le creía, que era un *miski simi* (boca dulce), pero igual se sentía halagada y aún más inspirada cuando hacían el amor.

Varios meses duró la expedición que Martín, de la mano de Cleo, realizó por los territorios inexplorados del sexo y fueron tan deslum-

brantes los hallazgos que hizo a cada paso y tan enriquecedoras las experiencias que vivió, que al final del viaje era otro. El Martín de antes, el atormentado por el deseo de acceder a un conocimiento que por razones incomprensibles le era vedado, el tironeado en direcciones opuestas por su pasión por las mujeres y su misoginia, el desgarrado entre la opción de conformarse con las migajas que le habían tocado y la de seguir buscando a tientas, con el riesgo de sufrir nuevas caídas y hacerse cada vez más daño, fue reemplazado por el iniciado, el que ha encontrado el camino y ha visto la luz, el que ha ascendido a la cumbre más alta y ha tenido por un momento el mundo a sus pies.

Treinta y siete años tenía Martín cuando por fin saboreó el placer quizá más sublime reservado a la naturaleza humana. Más de dos décadas habían pasado desde la primera vez que estuvo con una mujer, desde esa tarde en la que, después de forzar a la empleada en el cuarto de planchar, salió a la calle sintiéndose diferente, otro, pues creía que se había iniciado en el sexo. ¡Cuán equivocado estaba! ¡Qué ingenuo era! ¡Qué lejos se hallaba de sospechar que esos forcejeos y el confuso apareamiento que siguió luego, tan confuso que ni siquiera podía jurar si en realidad se consumó el acto sexual, no eran su iniciación sino apenas el primer paso, casi insignificante, de una incierta y difícil travesía!

Ahora que podía abarcar con la vista el largo camino recorrido, comprendía, horrorizado, que de no ser por Cleo pudo haber vivido otros treinta y siete años sin lograr finalmente descorrer ese velo en apariencia ligero que cubre los secretos del placer carnal. Pudo haber sido uno más de esos millones de seres que en el fondo piensan que el sexo es algo tan soso como una comida mal condimentada o a lo sumo un trámite para preservar la especie y del cual, una vez alcanzado este cometido, se puede prescindir con facilidad.

Recién ahora Martín se sentía realmente diferente, se incluía en el grupo de los elegidos. Fue algo que también trató de hacerle entender

a Cleo. Le dijo, convencido de lo que hablaba, que la capacidad de alcanzar la plenitud del goce sexual era un raro don que muy pocos poseían y que por alguna razón —casualidad, herencia, instinto, sabía Dios qué— ella tenía muy desarrollado. «Yo me he sacado la lotería al encontrarte», le repetía Martín una y otra vez. Más aún, asustado todavía por el peligro del que con las justas se había salvado, empezó a pensar que era un contrasentido, un verdadero desperdicio que personas como Cleo se encerraran entre las cuatro paredes de la vida matrimonial.

—¿Sabes? —trató de dar cuerpo a esta idea una de las veces que más gozó con ella—, es raro que durante tantos años te hayas conformado con tener relaciones sólo con tu esposo. Cuando uno tiene un talento, ese talento pugna por salir, por expresarse de alguna manera. El que tiene aptitud para la pintura, pinta; el que la tiene para la música, toca algún instrumento o canta o compone. Y si no lo hace, si no canaliza de alguna manera su talento, sus inclinaciones, se siente frustrado, insatisfecho, inquieto.

—Yo no tengo ningún talento especial —se hizo la modesta Cleo.

—En todo caso no sabías que tienes un don especial —le aclaró Martín—. Pero ahora que lo sabes, deberías pensar en canalizarlo, en explotarlo, en aprovecharlo al máximo.

—¿Cómo es eso? ¿Quieres que venda mi cuerpo? —trató nuevamente Cleo de salirse por la tangente.

—¡No seas tonta! Sabes a lo que me refiero. Deberías vivir más intensamente tu sexualidad, tener relaciones con más hombres, gozar como loca y hacerlos gozar.

—¡El que se está volviendo loco de remate eres tú! —se enojó Cleo.

Esa vez Martín no insistió más, pero en adelante siguió machacando lo mismo hasta que lo del don pasó a formar parte del lenguaje secreto que fue naciendo entre ellos. «¿Tú crees que tenga el

don?», preguntaba por ejemplo Cleo cuando por su lado pasaba algún tipo simpático. «No pierdas tu tiempo, ésa es negada para el don», decía en cambio cuando descubría a Martín siguiendo a alguna mujer con la mirada.

Otro asunto que fue motivo de largas negociaciones fue el de los desnudos. Todo empezó cuando Martín le confesó a Cleo que estaba obsesionado con el recuerdo de ella mirando por la ventana y que hasta había tratado de llevar esa imagen al lienzo, pero sin lograr transmitir la carga de erotismo que tenía para él. Cleo quiso ver esos bocetos y, recordando sus tiempos de estudiante de Bellas Artes, le sugirió que hiciera la prueba de recurrir a una modelo.

—No se me había ocurrido. ¿Por qué no posas para mí?

—¡Ni hablar! —se escandalizó Cleo.

—¿Por qué? —insistió Martín.

—Porque me avergüenzo.

—¿Cómo que te avergüenzas? —se asombró Martín—. Si conozco cada milímetro de tu cuerpo, hasta los lugares más recónditos.

—No me aso de que me veas desnuda. Me avergüenzo de que me *pintes* desnuda. Si quieres poso vestida.

—Lo mismo que nada —rechazó Martín la contrapropuesta de Cleo.

Estaba desilusionado. Era verdad que conocía de memoria el cuerpo de Cleo, que la había visto en las poses más incitantes, que se había extasiado con la contemplación de su sexo abierto como una rosa cuando ella quedaba desmadejada y con las piernas separadas después de tener varios orgasmos, pero era su desnudez delante de esa ventana desde la que se veía la plaza mayor del Cuzco la que para él tenía un significado especial.

Había perdido ya las esperanzas de convencer a Cleo, cuando de pronto ella misma tocó el tema. Fue una tarde en la que, curioseando en el cajón de la mesa de noche mientras reponían fuerzas, encontró un *Play Boy* y fingió estar escandalizada.

—¡Revistas de calatas! ¿No te da vergüenza? —preguntó al tiempo que desplegaba la página central.

—Esa chica no me gusta —le comentó Martín—. Es muy tetona.

—¿Y mis senos te gustan? —se puso a coquetear Cleo imitando las poses estudiadas de la modelo.

—Sí me gustan. En general tu cuerpo me gusta: eres delgada, pero con formas —respondió él en serio.

—¿Crees que saldría bien en las fotos?

—¡Claro que sí! —se entusiasmó Martín de inmediato—. Es cuestión de tomar una buena cantidad y luego escoger las mejores.

Terminar de convencerla fue sólo cuestión de tiempo y de resolver algunos detalles prácticos. ¿Que cómo harían con el revelado? Llevaría el rollo a Lima y lo dejaría en esos laboratorios que entregan las fotos en una hora, donde el procesamiento es automático y el operador no tiene tiempo ni de mirar lo que está haciendo, menos de sacar copias. ¿Que qué harían luego con los negativos? Lo que ella quisiera, hasta podían quemarlos para que no quedaran huellas del delito. ¿Que qué pasaría si alguien, de casualidad, veía las fotos? Nadie las vería, él no permitía que nadie meta las narices en su archivo, pero si quería estar aún más tranquila, podían quemarlas una vez que él terminara su cuadro.

La tarde elegida para la sesión fotográfica, Martín esperó a Cleo con varias revistas en las que había marcado las poses más sugerentes. Empezaron, sin embargo, cuando ella estuvo desnuda, por las fotos delante de la ventana: erguida de espaldas, erguida de medio lado con los senos perfilados sobre el paisaje de la ciudad, reclinada sobre el antepecho y ofreciendo, como esa vez, su respingado trasero...

¡Era demasiado! Martín perdió el control y, dejando la cámara donde pudo, se acercó a Cleo y empezó a acariciarle con fuerza las caderas y las nalgas. Ella, sin volverse, como si él siguiera apuntándole con el objetivo, permanecía quieta, reconcentrada. Abajo, en la

plaza, la catedral y la Compañía brillaban al sol. Entre ellas, a lo lejos, refulgían las nieves eternas del Ausangate... Fue una de las veces que Martín más cerca estuvo del cielo. Cuando se acordaron del aparato fotográfico, rieron al comprobar que no habían usado ni diez vistas, pero ya no podían continuar: anochecía y la luz era insuficiente.

TERCERA PARTE

15

Fiel a su costumbre de visitar a las personas en el trabajo, Aldo Jiménez se presentó en la obra con la novedad de que el director del Archivo Histórico había descubierto un documento muy importante sobre la Compañía. Martín, que nunca daba mucho crédito a lo que decía el periodista, mostró poco entusiasmo y se quitó de encima al inoportuno visitante con la vaga promesa de que ya buscaría la manera de contactarse con el autor del hallazgo. Antes de acompañarlo hasta la puerta, aprovechó, sin embargo, para preguntarle por el alcalde y por lo que estaba haciendo con los fondos para la recuperación del centro histórico.

—¿Cómo?! ¿No sabes?! —se asombró el periodista—. El Flaco se ha rayado y va a construir un monumento a Pachacútec en el óvalo de Ttío. Quiere que sea el de mayor altura en Sudamérica, más alto que el Cristo del Corcovado. En general será a lo grande, con tiendas, cafeterías, salas de conferencias y un mirador.

—¿Un monumento a Pachacútec?! —le tocó el turno a Martín de quedarse perplejo. No daba crédito a lo que estaba escuchando pues, para empezar, el lugar era muy pequeño para todo lo que Aldo estaba pintando—: ¿En el mismo óvalo o en el sector del óvalo? ¿Dónde van a caber salas de conferencias, tiendas, todo eso?

—No sé, es lo que el Flaco me ha dicho. Quiere inaugurarlos para

octubre del 92, el quinto centenario de la Resistencia Andina. Por eso mismo será más alto que la catedral.

Para octubre del 92 estaba prevista inicialmente, asimismo, la culminación de los trabajos de restauración de la Compañía y su reapertura al culto, pero ya se había decidido correr ese plazo hasta fines de ese año justamente para que personajes como el alcalde no empañaran la ocasión con algún exabrupto antihispánico. No era eso pues lo que le preocupaba a Martín, sino el hecho, inconcebible, de que los fondos destinados a la reconstrucción del Cuzco se utilizaran en otra cosa.

—¿Pero tiene ya un plan de recuperación del centro histórico? —expresó en voz alta su inquietud—. Ha cumplido un año como alcalde. De enero del 90 a febrero del 91: trece meses exactamente.

—No sé —respondió el periodista—. Sé que quiere hacer varias cosas, pero todavía no suelta prenda.

Bastante rato estuvo Martín sin poder sacarse de la cabeza ese proyecto descabellado hasta que decidió que seguramente estaba haciendo bilis por gusto, que era probable que se tratase de una habladuría más de las muchas que le gustaba repetir al periodista para dárseles de informado. Se acordó, para reafirmarse en esta suposición, de que Aldo le había dicho, hacía ya tiempo, que la primera acción del alcalde en el centro histórico sería trasladar las desafortunadas estatuas de la plaza San Francisco, pero hasta el momento San Martín y Castilla seguían mirándose la cara sin que les importara un bledo el estar parados en el peor lugar imaginable.

Con el amargón, Martín se olvidó por completo del documento supuestamente invaluable que había encontrado el director del Archivo Histórico. Felizmente a los pocos días se cruzó con Aldo en la calle y lo primero que hizo éste fue tocarle el asunto:

—¿Qué te pareció?

—¿Que me pareció qué? —preguntó a su vez Martín, creyendo que el periodista se refería al proyecto del alcalde.

—El documento —le aclaró Aldo—. El doctor Hugo Vélez me ha dicho que es muy importante. ¿Tiene razón o exagera?

Martín salió del apuro pretextando que no había tenido un momento libre, pero debió aceptar que el periodista lo acompañara al día siguiente a conocer el hallazgo.

Desde esa temporada de fines del 86 en que estuvo dedicado a tiempo completo a reunir la mayor cantidad posible de información sobre la Compañía, Martín no había vuelto a pisar el Archivo Histórico Departamental. Con su director, un renombrado historiador que seguramente había pasado la mayor parte de su vida revolviendo los viejos papeles que allí se guardaban, sólo habló una vez, cuando explicó las razones de su interés en consultar ese fondo documental. Delgado, con la piel del rostro arrugada y reseca, ligeramente encorvado y con unos lentes bastante gruesos, el viejito encajaba perfectamente con la imagen que Martín tenía de un historiador. Casi un lustro después, conservaba la misma apariencia, aunque, como le susurró Aldo Jiménez al oído, hacía un par de años que se había jubilado y oficialmente ya no era director.

—¿Pero sigue viniendo al archivo? —le preguntó Martín también en voz baja.

—Todos los días puntualmente, a la misma hora que los otros empleados.

De hecho, los recibió en la oficina de la dirección, donde, de espaldas a ellos, estaba revisando varios folders con papeles.

—Aquí está —se volvió hacia Martín y Aldo con un par de hojas en la mano—. Es un contrato firmado ante notario el 10 de marzo de 1666 entre el rector de la Compañía, padre Juan de Urquiza, y el arquitecto Diego Martínez de Oviedo para «maestrear» el retablo del altar mayor.

El viejito estaba leyendo esto en un par de vulgares hojas de cuaderno. Martín, que esperaba ver uno de esos legajos forrados con pergamino que contenían viejos documentos escritos en un grueso papel

que como única huella del paso de los siglos mostraba un tono amarillento y los bordes doblados o rasgados, estaba un tanto desilusionado. Sin embargo, siguió escuchando atentamente al anciano historiador.

—El mismo día y ante el mismo notario, el arquitecto Diego Martínez de Oviedo contrató con los oficiales ensambladores Cristóbal de Torres y Alfonso Mansilla de Lavilla para que hicieran las tareas propias de su oficio en la mencionada obra. Y aquí viene lo más interesante —hizo una pausa el viejito para mirar a Martín y Aldo por encima de los lentes—: Los oficiales ensambladores subcontrataron la obra con varios artífices indios que al parecer sólo hablaban el quechua pues necesitaron intérprete para contratar. Estos artífices fueron Juan Huacoto, de Paruro; Santiago Huillca, de San Blas; Juan Tito, de San Jerónimo; Cristóbal Yapuchi, de Chacán; Diego Gabriel, de Cotabambas; Nicolás Pérez, de San Blas; Pascual Rosas, de Choco, y, por último, Miguel Quispe, también de San Blas. El salario pactado fue de seis reales diarios para los tallistas y cinco para los menos expertos.

El historiador fijó la mirada en Martín y Aldo, como si estuviera tratando de calibrar el impacto de lo que acababa de leer.

—No sé qué decir, doctor —reaccionó finalmente Martín, que en algún momento se sintió transportado al siglo XVII, a esa escena en una notaría en la que varios indios tallistas, con ayuda de un intérprete, fueron dando sus señas mientras pensaban ya en los delicados ornamentos a los que darían vida sus manos—. Ese documento es realmente muy valioso. Saca del anonimato a algunos de los artistas indígenas que hicieron posible esa obra de arte que es el altar mayor de la Compañía.

—Efectivamente, a algunos —subrayó esta última palabra el historiador—. Usted seguramente sabe que el mismo Diego Martínez de Oviedo fue el autor de la fachada, pero quienes tallaron la piedra fueron seguramente artífices indios como los aquí mencionados. Re-

cuerde que fueron dos indios, Alonso Casay y Francisco Monya, quienes hicieron esa delicada labor, casi de filigrana, de tallado en piedra de la Merced.

La conversación siguió por ese derrotero, el de los artistas indios que al combinar su talento y temperamento con los de los arquitectos, pintores y escultores peninsulares, flamencos o italianos, dieron nacimiento al barroco cuzqueño, estilo que alcanzó sus cotas más altas, en lo que a arquitectura se refiere, precisamente en la Compañía y la Merced.

Durante varios días Martín estuvo bajo el influjo del hallazgo del viejo historiador y de la erudición con la que se exhibió sobre el arte colonial cuzqueño. Pensaba, admirador convicto y confeso como era de la fachada de la Compañía, en lo importante que sería encontrar los nombres de los canteros indios que habían sabido trabajar la piedra como madera para que sus nombres fueran recordados al lado de los de Juan Bautista Egidiano y Diego Martínez de Oviedo.

Recordó también el curioso encuentro que tuvo, unos meses antes, con un arquitecto norteamericano que llevaba años investigando silenciosa y pacientemente en Ollantaytambo sobre arquitectura incaica. Se conocieron delante de la Compañía, una de las tantas veces en las que Martín estaba fotografiando y admirando la talla en piedra de la fachada retablo. «Eso es trabajo de manos indias», escuchó Martín que comentaba alguien a sus espaldas con un marcado acento extranjero. Volteó la cabeza y descubrió a un gringo delgado, canoso, con pinta de turista, que también admiraba extasiado el labrado de la piedra.

—La fachada de la iglesia es obra de un español —le aclaró Martín con el tono inapelable de un conocedor.

—El diseño seguramente sí, pero el trabajo propiamente dicho claro que no —refutó sonriente el gringo.

Al enterarse de quién era Martín, se presentó a su vez: «Jean Pierre Protzen, arquitecto», y explicó por qué estaba tan seguro de

lo que acababa de afirmar. «Sólo los antiguos peruanos», dijo, «tenían la habilidad y el conocimiento necesarios para hacer un trabajo de esta perfección».

El relato que vino a continuación le pareció a Martín una de esas historias que circulan a propósito de despistados científicos u obsesivos inventores en las que el azar juega un papel de primer orden. En el caso del arquitecto norteamericano, todo empezó con un viaje que éste hizo a Machu Picchu en 1979, después de dictar unos cursos en una universidad brasileña. Impactado por la calidad con que los incas trabajaban la piedra sin conocer el hierro e insatisfecho con las fantasiosas explicaciones que escuchó de boca de los guías, quiso informarse sobre las técnicas y las herramientas de los constructores de la ciudadela. Sin embargo, al regresar a los Estados Unidos y consultar en bibliotecas y con especialistas de renombre, se dio con la sorpresa de que el asunto que le interesaba era un campo muy poco investigado. Este hecho cambió su vida pues decidió dedicarse a llenar ese vacío.

—¿Y qué ha descubierto? ¿Que los incas ablandaban la piedra con una hierba o con el excremento de un pajarito? —le preguntó Martín haciendo referencia a las peregrinas historias que también él había escuchado muchas veces en boca de sus paisanos.

—Los incas, eso es lo fabuloso, cortaban la piedra con piedra, con unas piedras como las *collotas* de los campesinos: redondeadas, de superficie lisa y no muy grandes como para cogerlas cómodamente con una mano. Son piedras de río, muy duras, como las hematites, cuarzitos, porfídicas.

—¿Cómo le digo? Parece un descubrimiento poco espectacular —buscó Martín la forma menos hiriente de expresar su decepción.

—Parece. Haga la prueba de pulir o cortar una piedra con esa herramienta y verá que es muy difícil, sumamente difícil.

—¿En dónde está entonces el secreto? —volvió a entusiasmarse Martín.

—Es una profunda sabiduría sobre el material, acopiada en siglos. Los picapedreros incas tenían un conocimiento asombroso de la piedra, de sus propiedades, de su comportamiento, de su genio. Sabían dónde había que golpear para fracturar un bloque de piedra, en qué sentido trabajar para pulirlo, dónde estaba el ojo de la piedra, dónde sus venas.

Escuchando a su colega norteamericano, Martín creyó que éste, por su apasionamiento, se estaba expresando de una forma poética. Después, leyendo un artículo de él, se dio cuenta de que su lenguaje era más bien técnico y comprendió mejor la importancia de sus investigaciones. Era verdad. Al cotejar las herramientas con las que trabajaban los canteros incas y las delicadas líneas de los muros de piedra que habían dejado, la admiración que uno sentía, lejos de disminuir, se multiplicaba. Era evidente también que la fachada de la Compañía sólo podía ser obra de tallistas que habían heredado esa maestría y ese conocimiento.

Después de ese encuentro, una frase con la que Martín se había topado en muchos libros y que él mismo repetía, que las iglesias cuzqueñas eran obra de arquitectos españoles y manos indias, adquirió un nuevo significado. Si antes pensaba que los indios habían aportado su mano de obra, lo cual visto fríamente carecía de importancia, ahora sabía que eran ellos los artífices de esa filigrana de piedra en fachadas, torres y claustros que despertaba tanta admiración.

En el convenio, el descubrimiento de los nombres de los tallistas indios que habían trabajado el altar mayor tuvo un efecto inesperado. Martín aprovechó el descanso de media mañana para leer en voz alta la copia del documento que le proporcionó el director del archivo y, ante el entusiasmo que se desató, ofreció pasar el texto a la computadora y hacerlo circular. Días después, Javier Toledo se presentó furibundo en su oficina con una copia del documento.

—¿Has visto esto? —le preguntó poniéndole el texto delante de los ojos.

—Claro que sí. Yo lo he repartido —respondió Martín sin comprender qué pasaba.

—¡Lee, lee! —siguió renegando el español.

Martín empezó a leer y descubrió, entre preocupado y divertido, que en la copia que tenía en las manos habían cambiado los nombres de Diego Martínez de Oviedo y los artífices indios por los de Javier y varios restauradores, añadiéndoles a estos últimos apellidos maternos quechuas.

—Estaba pegado en la entrada, al lado del reloj. ¿Qué significa esto, una declaración de guerra a los invasores españoles?

Era la misma pregunta que se estaba haciendo Martín, pero hizo lo posible para restarle importancia a lo ocurrido:

—Vamos, Javier, no lo tomes así. Es una broma...

—De muy mal gusto —interrumpió el español a Martín.

—Sí, de mal gusto, pero si hacemos de esto cuestión de estado, empeoraremos las cosas. Mira, incluso si se trata de una provocación, lo mejor es reírnos o fingir que nos reímos.

Javier, aunque de mala gana, terminó aceptando los argumentos de Martín y la copia apócrifa regresó a su lugar con los nombres marcados con resaltador. A la hora del café, Martín hizo un comentario desenfadado que suscitó más bromas y carcajadas, con lo cual se diluyó el posible brote de antihispanismo en el convenio. Nunca más, sin embargo, volvió a reinar la tranquilidad de antes pues a los pocos días de este episodio el municipio hizo el anuncio oficial de la construcción del monumento a Pachacútec y de la conformación de una comisión encargada de organizar las celebraciones de los Quinientos Años de Resistencia Andina, lo cual enrareció el aire que se respiraba en torno al convenio.

Aldo Jiménez había dicho la verdad. Martín estaba seguro de que en cualquier momento se presentaría en la Compañía con sus preguntas indiscretas y se preparó mentalmente para mandarlo al desvío. Pasaron varios días, sin embargo, antes de que le anunciaran que el periodista lo llamaba por teléfono:

—¡Aló! ¿Martín? Tienes que venir a San Francisco. Están empezando los trabajos de remoción del monumento.

—¿Del monumento? —demoró un instante Martín en comprender a qué se refería—. ¿El monumento a San Martín y Castilla?

—Claro. ¡Vente un rato!

—No sé si pueda. Voy a tratar —prefirió no comprometerse, pero a los pocos minutos salía de la Compañía con su cámara fotográfica colgada del cuello.

Dos obreros trepados en escaleras estaban desmontando con combo y cincel la pared que servía de fondo a las estatuas de los próceres y el periodista los miraba atentamente, como si estuviera dirigiendo los trabajos.

—¿Adónde los van a llevar? —le preguntó Martín al tiempo que le extendía la mano.

—Al otro óvalo de Ttío, el que colinda con el aeropuerto.

—¿Y aquí qué van a hacer?

—Una fuente.

—¿Otra fuente? —se preocupó Martín—. ¿No están haciendo ya una en la calle Arequipa?

—El Flaco quiere llenar el Cuzco de fuentes. En sus viajes ha visto que todas las grandes capitales tienen fuentes y quiere que el Cuzco no se quede atrás.

—Fuentes, monumento a Pachacútec... ¿En eso se va a utilizar el fondo de restauración del centro histórico? —preguntó Martín cada vez más alarmado.

—Parece que sí. El Flaco dice que no se puede congelar la ciudad como si fuera un museo, que tiene que modernizarse.

—¿Qué tienen que ver las fuentes con la modernización? ¿Y de dónde ha sacado que un plan de recuperación implica congelar la ciudad?

—Yo no sé. Eso es lo que dice el Flaco —se lavó las manos el periodista.

Martín, molesto por lo que acababa de escuchar y por no haber sabido mantener la boca cerrada, hizo unas cuantas fotos y se despidió. En el camino de regreso, decidió pasar por el instituto y buscar a Manuel Cáceres.

—Tenemos que hacer algo —le dijo después de comentar con él los planes del alcalde—. Tenemos que dar batalla por la conservación del centro histórico. No podemos quedarnos con los brazos cruzados.

—Tienes razón. Con los hermanos Sánchez queremos formar una ONG...

—¿Una ONG? —se le torció el gesto a Martín. Asociaba la palabra con Ilse, Elena y los pedantes amigos de ellas que trabajaban en ese tipo de instituciones.

—Claro que sí. Hay ONGs que se dedican a todo. ¿Por qué no puede haber una de conservación del patrimonio? —insistió Manuel Cáceres—. Nos vamos a reunir la próxima semana para darle vueltas al asunto. Nos encantaría que te unas a nosotros.

—No sé. Tendría que pensarlo. ¿Qué día se van a encontrar? —preguntó Martín y se comprometió a asistir a esa reunión, sabiendo en el fondo que no estaba muy convencido de hacerlo.

Seguía disgustado, pero no sabía qué le molestaba más, si la arrogancia del alcalde, que se creía con derecho a hacer lo que le viniese en gana, o el que Manuel y los hermanos Sánchez no lo hubieran tomado en cuenta en sus planes.

16

Las fuentes del alcalde y su monumento a Pachacútec fueron los causantes de la primera discusión entre Martín y Cleo. Se habían citado en el D'Onofrio de la calle Matará, una heladería poco concurrida y discreta que terminó convirtiéndose en su punto preferido de encuentro. Mientras esperaba a Cleo garabateando en una de las libretas que siempre llevaba consigo, Martín aún no se decidía a asistir esa noche a la reunión con Manuel Cáceres y los hermanos Sánchez.

El proyecto de ONG era poco ambicioso y no terminaba de vencerlo. Se trataba de conseguir pequeños financiamientos para realizar campañas de educación patrimonial y con el fin de ejecutar algunas obras de restauración en monumentos alejados del Cuzco y de los circuitos turísticos. Lo más urgente, presionar de alguna manera al alcalde para que no distraiga en tonterías los fondos destinados a la conservación del centro histórico, se dejaba de lado.

Cleo, ni bien llegó, se dio cuenta de que Martín no estaba de buen talante.

—¡Atacau! —le dijo—. ¿Por qué estás enojado?

—No estoy enojado, estoy preocupado, que es muy distinto —le aclaró Martín.

—¿Y se puede saber por qué?

Martín no dijo nada sobre el proyecto de la ONG, pero, en cambio, se despachó a sus anchas contra los planes del alcalde.

—¿De verdad es eso lo que te molesta o sigues enojado porque no los tomó en cuenta? —le preguntó Cleo.

—Me molesta que los fondos que se deberían destinar a tareas de restauración se utilicen en huachafadas.

—¿Por qué huachafadas? ¿Has visto el proyecto del monumento? ¿Has visto los proyectos de las fuentes? ¿Cómo estás tan seguro de que son huachafadas? —lo cuestionó Cleo, que esa tarde parecía empeñada en darle la contra.

—¿A ti te parece que el Cuzco necesita adornos? ¿No piensas que la introducción de elementos extraños a la arquitectura de la ciudad rompe la unidad del conjunto? ¡Vaya restauradora que eres! —se enojó Martín.

—Por favor, no te la agarres conmigo —reaccionó Cleo—. El que estés enojado con el alcalde porque no tomó en cuenta tus ideas no te da derecho a agredirme.

—¡Dale la burra al maíz! ¡Ya te he dicho que no es eso lo que me molesta! —alzó la voz Martín.

—Sí, parece que soy yo la que te molesta. ¡Búscame cuando estés de buen humor! —se puso Cleo de pie y salió de la heladería.

Martín no hizo nada para detenerla. Por el contrario, se dio cuenta de que se sentía mejor solo. En medio año o un poco más había empezado a perder interés en ella. Él era el primer asombrado pues jamás imaginó que el placer durante tanto tiempo perseguido pudiera llegar a cansarlo o a convertirse en algo tan habitual como el café del desayuno. Era un hecho, sin embargo, que ya no se encontraban con la misma frecuencia que antes. Más aún, cada vez le costaba mayor esfuerzo pasarle por alto algunos pecadillos que antes le perdonaba de buena gana, como ese afán que tenía de fungir de su consejera en los asuntos del convenio o la seguridad con la que opinaba sobre temas que no conocía.

Una ventaja evidente del tipo de relación que tenían era que no les daba ningún derecho a inmiscuirse uno en la vida del otro. «Tú puedes, en el momento que quieras, poner el punto final y yo tengo que ser respetuoso de tu decisión», pontificaba siempre Martín. «O también, si quieres, puedes salir con otro hombre y yo no tengo ningún derecho a comportarme como un marido celoso».

La desventaja era que trabajaban juntos y que Cleo, por más aleccionada que estuviese, podía confundir las cosas y salirle con desplantes como los que Nena, delante de todo el convenio, le hacía a Javier cuando estaban peleados. Definitivamente, era un arma muy peligrosa la que Cleo tenía en las manos. Mejor era no provocarla, no exponerse a que algún día sacara las garras.

Martín decidió disculparse lo antes posible, hacerle alguna de las atenciones en las que se prodigaba con otras mujeres, pero que nunca había tenido con ella. Decidió también, cuando salió de la heladería, que no estaba de humor para asistir más tarde a la reunión en casa de Manuel Cáceres. Quizá se uniera a su proyecto más adelante, cuando se convenciera de que el asunto marchaba en serio.

Entre una cena en el Mesón de Espaderos y un almuerzo preparado por él mismo, Cleo, sin asomo de duda y sintiéndose halagada, prefirió esto último. Nunca había tenido Martín una invitada tan agradecida, que exudara buen humor por todos los poros y recibiese cada cosa que aparecía sobre la mesa con la alegría y la expectación de un niño que está abriendo los regalos que hay en torno al árbol navideño. Al final, después del café, Cleo se empeñó en recoger la mesa y lavar los platos, pero Martín se opuso tajantemente. «Tenemos cosas más interesantes que hacer», le dijo cerrándole el paso a la cocina y guiándola hacia la escalera.

El alcohol, la tarde soleada y, sobre todo, la espontaneidad casi infantil de Cleo estaban actuando sobre él como poderosos afrodisiacos. Presentía, además, que ella estaría más complaciente e inspirada que nunca y efectivamente así fue...

Sedientos y sudorosos después de perseguir el placer con desesperación, aplacaron su sed con trozos de sandía helada con los que primero Martín frotaba el sexo ardiente de ella. Luego, con la lengua, él buscó el jugo de la fruta y se enardeció al encontrarlo mezclado con los humores de ese otro fruto bermellón que eran señal del deseo que la estaba invadiendo. Desesperados ambos, sintiendo en sus sexos un fuego que jamás lograrían apagar, recurrieron a los cubitos de hielo que nadaban en los vasos con cuba libre. La agradable sensación de frescura sólo fue, sin embargo, un acicate más para que se siguieran amando, clavando él su dardo helado en el sexo frío de ella, que al rato de nuevo estaba ardiendo como una hoguera, una hoguera en la que ambos se consumían contorsionándose desesperadamente, gritando, aullando como fieras heridas...

Eso fue a fines de marzo de 1991. A comienzos de abril Cleo le dijo en el trabajo, de pasada, que la regla se le había atrasado y que estaba preocupada.

—¿Cuántos días? —quiso saber él.

—Cinco.

—¡Cinco! —repitió preocupado.

Más tarde, cuando se encontraron en el D'Onofrio, Martín escuchó, cada vez más espantado, que los atrasos en ella eran cosa rara, que la regla le llegaba puntualmente, cada veintisiete días.

—¿De quién estarías embarazada, de mí o de tu esposo? —preguntó.

—De Rolando imposible. Casi todo el mes estuvo de viaje.

Fue un baldazo de agua helada. La única esperanza que les quedaba era que el reloj biológico de Cleo de todos modos estuviese fallando.

—Tenemos que esperar —dijo Martín—. Cinco días es poco para saber si estás embarazada. De repente todavía te viene la regla. A veces se atrasa un montón, hasta dos semanas.

—¿Y si estoy embarazada? —preguntó Cleo.

—Tú sabes lo que tendríamos que hacer —respondió Martín armándose de valor—. Hemos hablado varias veces de eso.

Era cierto. Martín sabía, por su experiencia con Ilse, que los niños tienen la pésima costumbre de querer venir al mundo incluso cuando nadie los invita. Por eso le tocó varias veces el tema a Cleo, para saber si estaba dispuesta a hacerse un aborto si por accidente quedaba embarazada. «Claro que sí», fue siempre la respuesta tranquilizante de ella. «No puedo ser tan cínica de endosarle a mi esposo el hijo de otro».

Empezó una espera torturante. A Martín le hubiese gustado llegar un día al trabajo y encontrarse con una Cleo sonriente, relajada, que sin necesidad de palabras le hiciera entender que ya no había razón para angustiarse. Lo que ocurría en lugar de eso era o que no veía a Cleo por ningún lado o que la veía con una cara de preocupación que no dejaba el menor resquicio a la esperanza.

En el fondo, el temor de Martín era que Cleo le saliese con que no estaba dispuesta a abortar, por la razón que fuere. Sí, desconfiaba de ella. No le creía lo del viaje de su esposo y tampoco entendía cuándo era que había quedado embarazada. En marzo habían tenido relaciones sólo tres veces, lo recordó haciendo memoria con un calendario de bolsillo en la mano. La primera vez, de eso también se acordaba perfectamente, Cleo le dijo que acababa de estar con la regla y que podían olvidarse del preservativo, pero él —Juan seguro— igual se había cuidado. La segunda vez fue a los tres o cuatro días de la primera, lo cual significaba que tampoco eran días de peligro. La tercera, finalmente, fue la del almuerzo. Era cierto que hicieron el amor desafortadamente, como posesos, y que él sólo se puso el preservativo cuando tuvo ganas de eyacular, pero eso fue dos semanas después de la segunda vez que se encontraron; es decir, cuando Cleo ya había terminado de ovular.

¿Qué era lo que ella realmente quería? ¿Solamente darle un susto, hacerlo sentir culpable, o era su forma de presionarlo para que

se siguieran encontrando con la misma frecuencia que antes? ¿Por qué, en tanto tiempo que llevaban acostándose, nunca había mostrado el menor temor de salir embarazada y por qué a veces se empeñaba en que él no usara preservativo con el argumento de que no estaba en días de peligro? Algunas veces incluso, cuando el intenso placer les hacía bajar la guardia, ella le pedía, le rogaba casi, que la mojara y se enojaba, medio en broma, medio en serio, cuando él, en lugar de darle gusto, se arrepentía a último minuto y se ponía el condón.

A medida que pasaban los días, Martín estaba cada vez más aterrado y, al mismo tiempo, impaciente porque de una vez por todas se resolviera ese problema que no lo dejaba concentrarse en lo que estaba haciendo. Habían decidido esperar dos semanas, hasta que el atraso fuera de veinte días, pero cuando faltaba poco para que se cumpliera este plazo, Cleo le dijo, de nuevo en el trabajo, que no le quedaba la menor duda de estar embarazada.

—¿Te has hecho un examen? —le preguntó Martín.

—¡Qué examen! —se enojó ella—. Estoy con todos los síntomas. Conozco mi cuerpo.

—¿Nos encontramos esta tarde? —preguntó él en tono conciliador.

—Ni hablar, no puedo. Mañana.

Martín decidió que la negativa de Cleo era señal de que sus sospechas tenían fundamento. ¿Para qué confirmarle que estaba embarazada si no tenía tiempo para hablar del asunto? La guerra de nervios había comenzado.

Después de pasar casi toda la noche en vela, Martín comprendió que estaba completamente a merced de lo que Cleo decidiera. Podía, claro, lavarse las manos si ella no quería hacerse la intervención, demostrarle, calendario en mano, que era literalmente imposible que el niño fuera de él, pero la sola idea de hacer algo así le producía asco. Eso era perderse el respeto, comportarse como tantos de sus pai-

sanos a los que despreciaba porque eran especialistas en embarazar mujeres y dejarlas solas con el bulto. Además, ¿cómo podía estar cien por ciento seguro de que ella no le estaba mintiendo? ¿Y si era cierto que su esposo había estado todo el mes de viaje?

Llegó al D'Onofrio antes de la hora y pidió un café. Al rato apareció Cleo y, al tiempo que le ofrecía la mejilla, se burló de su cara de circunstancias.

—No es para menos —le explicó Martín—. Estoy muy preocupado.

—¿De qué te asustas? —le preguntó Cleo—. La que se va a hacer la intervención soy yo.

Lo que en un comienzo Martín tomó por una ironía, resultó ser cierto. Cleo no sólo estaba convencida de la necesidad de abortar, sino que además conocía a una doctora que hacía ese tipo de operaciones y a la que en una ocasión ya había tenido que recurrir. «Hubiese sido el tercero. No queríamos llenarnos de hijos», consideró necesario aclarar.

—¿Qué doctora es? —le preguntó Martín.

—No me acuerdo cómo apellida. Es la esposa de un médico que también hace abortos. Todo el mundo los conoce.

Martín sabía a quiénes se estaba refiriendo y se preocupó un poco. El tipo era un personaje con fama de excéntrico que había hecho mucho dinero con los abortos y que tenía una manifiesta manía de grandeza: se presentaba como un mecenas que hacía obras en favor de la comunidad y, según decían, llevaba años construyendo, con su propio pecunio, un monumento a Pachacútec en uno de los cerros de la ciudad. Su esposa, una ginecóloga, era la que hacía ahora los abortos mientras el marido se dedicaba a la actividad pública, pero quienes pedían sus servicios eran sobre todo mujeres de escasos recursos económicos.

—¿Irás adonde esa doctora? —le preguntó Martín a Cleo.

—¿Qué? ¿Hace mal las operaciones? —se puso en guardia ella.

—No, no, no... —la tranquilizó de inmediato—. Está bien. Además ya te conoce.

Durante varios días Martín estuvo luchando con su conciencia pues pensaba que todos los médicos que hacían abortos en Cuzco eran unos carniceros. Eso era por lo menos lo que varias personas les habían dicho cuando Ilse no quiso seguir adelante con el embarazo. Lo ideal hubiese sido viajar a Lima para recurrir a un buen profesional, quizás a la misma clínica donde se atendió Ilse, pero no dijo esta boca es mía cuando Cleo habló de sus intenciones. Claro que todavía podía proponerle lo del viaje, pero eso, después de lo fácil que ella le había puesto las cosas, le parecía demasiado complicado, quizá hasta contraproducente. «Si le digo que un aborto es una operación delicada y que uno no puede ponerse en manos de cualquiera, quizá le empiece a buscar cinco pies al gato y se eche para atrás», se decía a sí mismo para acallar los remordimientos.

Martín no pensó que un asunto que parecía tan riesgoso y delicado pudiera resolverse tan rápido y tan bien. Cleo fue dos veces adonde la doctora, la primera para fijar una fecha y preguntarle por los medicamentos que debía llevar y la segunda, un viernes en la tarde, para la intervención. En total, entre medicinas y el pago por la operación, salía una suma irrisoria, menos de lo que costaba un pasaje de ida y vuelta a Lima. Sin embargo, el miedo que él tenía era que Cleo se pusiera mal y que su esposo descubriese todo.

—No se va a dar cuenta —lo tranquilizó ella hasta el último.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —seguía preocupándose Martín—. ¿Y si, no quiera Dios, tienes una hemorragia o dolores muy fuertes?

—Ni se va a enterar. Nunca se preocupa por mí cuando me siento mal. Ni me pregunta qué tienes, qué te pasa. Al revés, se pone de mal genio y se larga a la calle.

El fin de semana Martín lo pasó en ascuas. Su imaginación le pintaba puras calamidades, la menor que Cleo había cambiado de parecer y había decidido no ir adonde la doctora. Llegó a lamentar el no haberla llevado a Lima para que la atendiera un buen médico, como hubiese hecho de tratarse de su pareja. Recordaba lo que le contó Ilse reprochándole el que no la hubiese acompañado: que des-

pués de la operación tuvo una crisis de llanto y se sintió muy mal, física y anímicamente, con una insoportable mezcla de dolor, de sentimiento de culpa y de pena, como si hubiera tenido una pérdida indeseada y no un aborto voluntario. Esa vez no se sintió conmovido pues él quería ese niño, pero ahora le parecía una salvajada lo que había hecho entonces y lo que acababa de hacer con Cleo, poniéndola, por tacañería y comodidad, en manos de una abortera de pésima reputación.

El lunes, al ver desde la puerra de su oficina que Cleo estaba marcando tarjeta, suspiró aliviado. No pudo darse cuenta, por la forma tan neutra como ella lo saludó al pasar, si se había hecho o no la intervención, pero ya no le preocupaba. Lo importante era que estaba bien, por lo menos en apariencia.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó cuando se encontraron a media mañana.

—¿Cómo crees? —empezó Cleo con el ping pong.

—No sé. Estoy muy preocupado —se rindió Martín.

—Ya no te preocupes. Ya no hay huahuita.

—No sólo eso me preocupa. Quiero saber cómo estás, cómo te fue donde la doctora.

—Éste no es lugar para que hablemos de eso.

—Sí, ya sé. ¿Nos podemos encontrar esta tarde?

—Esta tarde no. Quiero quedarme en casa descansando.

—¿Te sientes mal? —se asustó Martín.

—Mal no. Adolorida —lo tranquilizó Cleo.

Se encontraron recién el miércoles, a insistencia de Martín. Lo primero que le dijo Cleo fue que nunca más harían el amor porque no quería volver a pasar por lo mismo. «Es horrible», añadió. Martín no supo qué decir. Se limitó a cogerle una mano y a acariciarla suavemente.

—Yo sí quiero seguir haciendo el amor contigo —habló por fin después de un buen rato—. Claro que seríamos muchísimo más

cuidadosos, recontracuidadosos, para que no vuelvas a pasar por lo mismo.

Esta vez la que se quedó callada fue Cleo. Martín, sin soltarle la mano, la sometió a un largo interrogatorio: a qué hora la atendió la doctora, cuánto tiempo estuvo descansando después de la intervención, qué hizo al llegar a su casa, cómo se sintió el fin de semana y si guardó cama. Acordándose de lo que le recomendaron a Ilse, le preguntó también si la doctora le había dicho hasta cuándo no podía tener relaciones.

—Sí, por lo menos un mes, hasta que me venga la regla —le respondió Cleo.

—¿Y si tu esposo quiere estar contigo? ¿No vas a tener problemas?

—No creo, le digo que me está doliendo la cabeza —bromeó.

—No, en serio, ¿no vas a tener problemas?

—Sí, de repente se divorcia antes del mes —siguió ella con sus bromas.

En los siguientes encuentros que tuvieron, frecuentes de nuevo, Cleo volvió a insistir en que el sexo entre ellos había terminado. Martín le replicaba que era apresurado hablar de eso, que debían dejar pasar un poco de tiempo. Empezaba a desearla y a darse cuenta de que era el miedo a verse en problemas el que había estado influyendo en sus sentimientos y su estado de ánimo.

Una tarde, en el D'Onofrio, a Martín le pareció que los senos de Cleo estaban más grandes y se lo comentó.

—Es que estoy con la regla —le explicó ella tocándose uno de los pechos.

—¿De verdad? —se alegró Martín—. Entonces la próxima vez nos encontramos en mi casa.

—¿En tu casa? ¿Por qué?

—Para que hagamos el amor. ¿No tienes ganas de que estemos desnudos, acurrucaditos, sintiendo el calor de nuestros cuerpos?

—La verdad sí —respondió Cleo después de pensar un momento.

Martín, que estaba seguro de recibir una negativa, quedó desconcertado al escuchar estas palabras y sintió, por primera vez, deseos de comprender por qué Cleo casi nunca le decía no.

La tarde del reencuentro hicieron el amor con delicadeza, jugando como si fueran dos cachorros que hallan placer en revolcarse y mordisquearse sin saber lo que es cansancio. Cuando no pudieron más y Cleo, jadeante, le dijo «penétrame», Martín se echó encima de ella y se acomodó para hacerlo, pero se detuvo en el último segundo.

—¿Quieres que te penetre? —le preguntó.

—Sí, sí...

—¿Y de verdad podrías dejar de hacer el amor conmigo?

—No, no podría...

—¿Por qué?

—Porque me muero por tu cosita.

—¿Quieres sentirla?

—Sí, sí, penétrame, no seas malo.

Lo hizo suavemente, preguntándole si le dolía, si le gustaba, y disfrutando él también del placer de sentir el calor y la humedad de su sexo después de tanto tiempo. Ninguno de los dos llegó esa vez al orgasmo. Hicieron el amor como quien hace el muertito en un mar calmo, dejándose mecer por el agua y abandonándose a la corriente.

—¿Qué es lo que más te gusta de mí? —le preguntó Martín a Cleo cuando se separaron.

—¿En la cama o en general?

—En general.

—Tu forma de ser. Eres diferente.

—¿Diferente a quién?

—A otros hombres... ¿Y de mí qué es lo que más te gusta?

—Tu sensualidad, la forma como haces el amor —respondió Martín sin dudarle un segundo.

—Ya sabía que ibas a decir eso. ¡Qué malo! —se enfadó Cleo.

—¿Por qué malo? —se asombró Martín.

—Porque lo único que te interesa de mí es el sexo.

—Yo no he dicho eso. No es lo único que me interesa, pero sí lo que más me interesa. Y no tiene nada de malo. Al revés, deberías de sentirte halagada. ¡Ya quisieran otras mujeres ser como tú!

—Preferiría que te gustara en mí otra cosa, mi carácter, mi trabajo de restauradora, cualquier otra cosa —insistió Cleo.

—Y a mí me gustaría que las mujeres me digan que soy insuperable en la cama —se rio Martín dando por terminada la conversación.

Desde esa vez, sin embargo, se empeñó en hacerle comprender a Cleo que no era nada denigrante que él se sintiera atraído sobre todo por la sensualidad que ella derrochaba.

—Tú tienes un don muy especial —recurrió de nuevo a esa palabra para nombrar la asombrosa capacidad que tenía Cleo para gozar y hacer gozar con el sexo— y, en lugar de enorgullecerte de eso, te avergüenzas. Si yo fuera como tú, si tuviera el don que tú tienes, no perdería el tiempo y le sacaría el jugo. Estaría con un montón de mujeres. Me volvería un verdadero picaflor.

—No te entiendo —le replicaba Cleo—. ¿Por qué tengo que estar con muchos hombres? ¿Por qué no puedo disfrutar del don sólo con mi esposo o contigo?

—Porque por más don que tengas no puedes hacer nada contra el desgaste que ocasiona la rutina. Dime sinceramente, ¿con quién disfrutas más el sexo, con tu esposo o conmigo?

—Contigo.

—¿Y sabes por qué? Porque con tu esposo llevas años haciendo el amor y conmigo no.

—¿Entonces va a llegar un momento en que me voy a cansar de ti?

—Exacto, pero como no quiero que eso ocurra, voy a tomar mis precauciones, voy a convencerte para que estés con otros hombres.

Así yo seré uno más, pero siempre el más importante, el que te hizo notar que tenías *el don*.

—¡Estás loco! —decía Cleo y no quería oír ni una palabra más sobre ese asunto.

Martín no bromeaba. Creía sinceramente que era un desperdicio que a una mujer como Cleo se le fuera la vida entre las esclavizantes labores domésticas y el trabajo. Lavar y planchar la ropa de cuatro, hacer el mercado, limpiar la casa, le absorbía todo el tiempo que mujeres más acomodadas dedicaban a descansar o divertirse. «¿Por qué lavas tú misma la ropa? ¿Por qué no le pagas a alguien para que lo haga? Así como tienes cocinera, deberías tener lavandera», le increpaba Martín. «Porque la ropa la lavan mal. No me gusta cómo la dejan», se defendía Cleo, pero él no le creía. El problema seguramente era de dinero. Con el esposo que se había echado encima, un pintor que se ganaba la vida cachueleando, haciendo una semana un afiche, a la semana siguiente nada y a la subsiguiente un par de ilustraciones para alguna publicación, era probable que fuese Cleo quien paraba la olla. Sin embargo, con lo cara que estaba la vida, un sueldo difícilmente podía alcanzar para que una pareja con dos hijos viviese sin pasar necesidades ni angustias.

¿Qué gratificaciones recibía Cleo después de deslomarse trabajando y atendiendo al marido y a los hijos? Ella hablaba poco de su vida familiar, pero en un par de ocasiones se había quejado del esposo que tomaba mucho y que cuando llegaba borracho, fuese la hora que fuera, empezaba a despotricar de los artistas que tenían más suerte que él y a amenazar con largarse solo al extranjero para finalmente poder triunfar. Los hijos, al margen de la cantidad de preocupaciones que ocasionan, eran seguramente su mayor fuente de satisfacción, pero, como decía Ilse, ¿por qué las mujeres debían conformarse con llenar su existencia sólo con la maternidad mientras que los hombres siempre tenían muchas más opciones de realización personal?

Martín le hacía notar esto a Cleo y ella argumentaba que no sólo vivía para sus hijos y su marido, que también tenía un trabajo que le gustaba y en el que era bien considerada.

—¿O piensas que no soy buena restauradora? —preguntaba poniéndose a la defensiva.

—Sí eres buena restauradora —le respondía Martín—, pero lo que quiero hacerte entender es que en la vida hay muchísimas más cosas que el trabajo y la familia, cosas que nos enriquecen como personas, que nos llenan, que nos dan una sensación de plenitud. Yo, por ejemplo, además del trabajo, hago fotografía, pinto, colecciono libros de arquitectura y de arte, viajo (por aquí cerca pero viajo), hago vida nocturna, trato con gente interesante que visita el Cuzco. ¿Tú que haces además del trabajo y de llevar tu casa? Has estudiado pintura, pero ya no pintas. Nunca viajas a ningún lado. Casi nunca sales con amigas o amigos y ya te habrás olvidado de cuándo fue la última vez que fuiste a bailar con tu esposo.

—No hago nada de eso porque no tengo plata. Tú ganas el triple que yo, vives solo y puedes permitirte esos lujos. No compares —se ofendía Cleo.

Martín, comprendiendo que había metido la pata, volvía a la carga desde otro flanco y le decía a Cleo que desgraciadamente les había tocado vivir en un país muy pobre y que por eso todos, ella, él, todos, tenían muchísimas limitaciones para hacer cosas interesantes, de las que dejan profunda huella en la memoria. «Tú has visto en el convenio», le ponía un ejemplo, «la facilidad con que viajan los españoles. Se vienen al Perú, a Ecuador, a Bolivia. Recorren con frecuencia toda Europa. Se conocen al dedillo los mejores museos: el Louvre, el de los impresionistas, el Palacio Pitti y el Vaticano, el Moma, la Tate Gallery, el Prado. ¿Qué arquitecto o restaurador peruano puede darse esos lujos? Ninguno. Ni siquiera podemos viajar a Bolivia, que está aquí nomás, a la vueltita. ¡Qué va! Ni a Lima podemos ir, con lo caros que se han puesto los pasajes. Pero por eso

mismo, porque la pobreza del país nos limita tanto, debemos buscar otras formas de sentirnos realizados, de llenar nuestra vida, para que, cuando estemos viejitos y miremos hacia atrás, no descubramos horrorizados que aparte de trabajar, comer y dormir, no hicimos absolutamente nada que valga la pena recordar».

Cleo escuchaba siempre con mucha atención, lo cual inspiraba aún más a Martín, que era incansable cuando empezaba con sus peroratas.

—¿Sabes por qué seguimos encontrándonos y haciendo el amor después de lo del aborto? ¿No? Porque en este momento yo soy lo más interesante que hay en tu vida. De tu marido, pese a que lo quieres, ya debes de estar harta. Bueno, de tus hijos no, aunque seguramente hay momentos en que te gustaría ahorcarlos. Yo soy la única persona que te mimas y te engríe y que no te da trabajo...

—¿Cómo que no me das trabajo? Si eres un flojonazo. Yo soy la que tiene que hacer todo el esfuerzo —bromeaba Cleo.

—Ese trabajo es más placentero. No es lo mismo que lavar una tonelada de ropa —le retrucaba Martín y seguía llevando agua para su molino—. Además, si no fueras tan quedada, me harías caso y saldrías con otros hombres, menos flojos que yo.

Con el tiempo, cuando Martín tocaba este tema, Cleo ya no se escandalizaba, pero seguía mostrándose reticente y desconfiada.

—No te entiendo —decía—, no entiendo por qué insistes tanto en que me acueste con otros hombres. Ya, digamos que te hago caso y me acuesto con alguien. ¿Qué gano con eso?

—Te lo he dicho cien veces, pero no quieres entender. Para empezar no sólo tú sales ganando, sino también el tipo con el que te acuestes y también yo y muchas otras personas. ¿Cómo te explico para que me entiendas? Es como si tú fueras una gran maestra, una maestra que tiene un conocimiento especial, pero que, en lugar de compartirlo con otras personas, prefiere guardárselo. En cambio, si empiezas a compartir tu conocimiento, vas a tener discípulos que a

su vez van a enseñar a otras personas y con el tiempo van a ser más y más los que por lo menos sepan de oído la buena nueva: que el sexo puede ser maravilloso siempre y cuando se sepa hacer el amor y no se piense que sólo es una moneda que se da a cambio de algo, de una promesa de matrimonio o un juramento de fidelidad eterna.

—¿Entonces yo sería una especie de apóstol? —preguntaba Cleo.

—No, el apóstol sería yo. Tú serías el o, mejor dicho, *la mesías*.

Martín era sincero, eso era exactamente lo que pensaba. Había sufrido mucho con mujeres negadas para el placer o, lo que era más desagradable, con mujeres que, sin darse cuenta, eran peores que una prostituta pues comerciaban solapadamente con el sexo pensando que ésa era la forma decente de comportarse. Él no respetaba a las mujeres que actuaban así. Las despreciaba o les tenía lástima, según le despertasen más o menos simpatía. Suponía que Cleo no era única, que debía de haber más mujeres como ella, pero estaba completamente seguro de que eran pocas y difíciles de encontrar. La misma Cleo era sólo a medias diferente. Era de una sensualidad excepcional, pero no le sacaba ningún provecho a este raro talento.

—¡Está bien! —se rindió Cleo un buen día—. Te prometo que si se me presenta la oportunidad de acostarme con alguien, voy a pensar en lo que me has dicho y de repente me animo a hacerlo.

—¡Al fin parió Paula...! —alzó Martín los brazos al cielo.

Estaban en el D'Onofrio, donde Martín la citaba cuando tenía más ganas de hablar que de hacer el amor. En ese momento, sin embargo, sintió el súbito deseo de acostarse con ella y se lo dijo.

—¿No puedes esperar hasta otro día? —preguntó Cleo fingiendo que la idea le desagradaba.

—No, no puedo. Tiene que ser ahora, ya mismo.

—Ni modo. Tendré que sacrificarme —le dijo Cleo.

18

Para el 24 de junio de 1991, el día de la ciudad, el alcalde inauguró sus dos primeras fuentes, en la plaza San Francisco y en la calle Arequipa. Fue motivo para que Martín se encontrara con Manuel Cáceres y los hermanos Sánchez e intercambiaran opiniones. El acuerdo fue unánime: las fuentes no eran feas, la de los pumas de la calle Arequipa estaba incluso bien lograda. El problema no era ése. El problema era que constituían elementos extraños que no se integraban a la arquitectura de la ciudad.

—Y estas fuentes no van a ser las únicas. Aldo Jiménez me ha contado que se vienen varias más —les comentó Martín.

Pocos días antes, en efecto, se había encontrado con el periodista en el Kamikaze y le había jalado la lengua para enterarse de los planes del alcalde.

—La siguiente será en la esquina de Triunfo con Herrerías —le explicó Aldo Jiménez—, pero la más espectacular va a estar en el parque Orellana, frente al Hotel Savoy. Se llamará la *Paqcha de Pumachupan*, fuente de la Cola del Puma, y tendrá una caída de agua debajo de la cual se podrá caminar.

—¿Qué irá a hacer ese loco? —se preguntaba Martín contándole los faraónicos proyectos del alcalde a sus colegas—. Si quiere que su monumento a Pachacútec sea más alto que el Cristo del Cor-

covado, seguro que su fuente tiene que ser lo menos como esa que hay en la plaza Colón de Madrid. ¿La conocen? Es una caída de agua en todo un lado de la plaza debajo de la cual funciona un centro cultural.

—Por lo menos esa fuente estaría en la parte nueva de la ciudad —dijo Manuel Cáceres—. Me preocupa mucho más la otra, la de Triunfo. Esa esquina es clave. Es uno de los lugares donde la arquitectura incaica se da la mano con la colonial.

—Sí —corroboró Enrique Sánchez con su vozarrón—, ya fue un desacierto que en el muro lateral del Palacio Arzobispal construyeran esa imitación de puerta incaica de doble jamba. Ahora sólo falta una fuente para terminar de alterar ese espacio.

—¿Con tal de que no se le ocurra construir otra en la plaza de las Nazarenas! —saltó Martín—. Eso sí que sería una verdadera locura. Es, por lo menos en apariencia, el conjunto mejor conservado del Cuzco antiguo.

—¿Qué más te ha contado Aldo sobre los planes del alcalde? —le preguntó Enrique Sánchez a Martín—. ¿Definitivamente no piensa hacer nada por la recuperación del centro histórico?

—Lo mismo le pregunté y ¿saben cuál fue la respuesta? Que el alcalde piensa que lo que está haciendo es justamente recuperar el centro histórico, darle prestancia.

—Eso está grave —comentó Manuel—, pero más grave es que el alcalde no es el único que piensa así. Yo he hecho mi encuesta sobre las fuentes entre conocidos y familiares y a todos les parece que están bien, que están bonitas.

—¿La gente no se da cuenta que rompen la unidad arquitectónica de la ciudad? —preguntó con su característica mansedumbre Américo Sánchez.

—No, eso sólo nos preocupa a los arquitectos y ni siquiera a todos —respondió Manuel.

Era la pura verdad. Martín había tenido varias ocasiones de com-

probar que casi nadie compartía su inquietud por lo que a él le parecía una salvajada, un atentado contra la integridad del Cuzco monumental. Más aún, la vehemencia con la que criticaba al alcalde era mal vista, era tomada no como la opinión de un alarmado especialista sino como la de alguien que por razones personales o por lo que fuere no simpatizaba con el mejor burgomaestre de los últimos tiempos. «Este alcalde por lo menos hace eso. Los anteriores no hacían nada», era el argumento con el que los eventuales interlocutores de Martín zanjaban la discusión.

—Justamente por eso es urgente crear conciencia patrimonial entre nuestros paisanos —dijo Enrique Sánchez aludiendo al poco interés que había mostrado Martín por participar en la ONG que estaban formando—. Es la única forma de proteger el Cuzco del dudoso gusto de sus autoridades.

—Para crear conciencia patrimonial se necesita mucho tiempo —se defendió Martín—. Mientras creas conciencia, la ciudad ya estará llena de fuentes y sabe Dios de qué más.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? ¿Tú qué propones? —intervino con ánimo conciliador Manuel Cáceres.

Martín se encogió de hombros y no respondió nada. Después de chocar repetidamente con un muro de incompreensión, empezaba a convencerse de que una confrontación con el alcalde era una causa perdida de antemano y no se conocía a sí mismo lo suficiente para saber cuánto de Quijote tenía para dar batalla en esas condiciones. Era conciente también de lo ridículo que resultaba comportarse como don Vinagrio: despotricar y criticar para luego, a la hora de la verdad, quedarse con los brazos cruzados. Eso fue finalmente lo que dijo:

—Algo habría que hacer, pero no se me ocurre qué. Lo de crear conciencia patrimonial no está mal, es necesario, pero, la verdad, desconfío de las ONGs. No sé por qué todas, que se forman supuestamente para servir a la sociedad y persiguiendo grandes ideales, se convierten rápidamente en un excelente negocio para sus promotores.

—No creas que no hemos pensado en eso. Por lo mismo, queremos hacer las cosas de otra manera. Para empezar, no nos proponemos vivir de la ONG. Cada uno tiene su trabajo y lo va a seguir conservando. El financiamiento que consigamos queremos destinarlo no a jugosos sueldos, sino a sacar adelante algunos proyectos —le explicó pacientemente Américo Sánchez a Martín.

—Piénsalo. Si te animas, nos dará mucho gusto que te unas a nosotros —añadió por su parte Manuel Cáceres.

Pensar era en realidad lo que más hacía últimamente, pero pensaba no en la ONG de sus amigos y en si unírseles, sino en las razones de la apatía que se estaba apoderando de él. Casi todas las noches, después de prepararse algo ligero para comer, salía a dar una vuelta por el centro de la ciudad. Su recorrido era siempre el mismo: bajaba por Santa Ana y Méloc hasta Arones, allí doblaba a Siete Cuartones y seguía por esta calle hasta el parque de la Madre, donde, después de contemplar un rato la todavía imponente fachada de la casona de Diego de Silva, continuaba por Santa Teresa hasta la plaza Regocijo. A partir de este punto empezaba a mirar todos los restaurantes, cafés y bares por los que pasaba sólo para cerciorarse una vez más de que el turismo seguía languideciendo.

El reflujo de visitantes había comenzado casi imperceptiblemente unos cuatro o cinco años antes a causa de la violencia que desangraba al país. Martín al comienzo se alegró de que la ciudad volviera a la calma pues estaba cansado de la invasión de intrusos que poco a poco se habían ido adueñando de todo el centro histórico, desde las callejas de San Blas y San Cristóbal hasta los patios de algunas casonas, desde las bancas de la plaza de armas hasta las mesas de las picanterías de Pumacurco y Nueva Alta. Habitado como estaba a pasar parte de su tiempo en locales públicos, se alegró también de no tener que andar de café en café para encontrar por fin una mesa libre.

El Cuzco en el que había crecido era una ciudad apacible y provinciana, de gente poco acostumbrada a salir de casa, a no ser para

almorzar en una quinta o comer a media tarde un picante en alguna chichería. Por las noches, seguramente debido al frío, las personas se recogían temprano y a partir de las nueve o diez las calles, incluso del centro, quedaban desiertas. La bohemia, asunto enteramente masculino, se refugiaba en algunos bares de Plateros como el Azul y el Alba o en una que otra cantina de San Agustín, Nueva Alta o Tahuantinsuyo. No había en la ciudad una sola discoteca y cuando abrió sus puertas la primera, la gente hablaba de ese local como de un lugar pecaminoso al que sólo se atrevían a ir las muchachas de dudosa conducta.

El turismo —al menos eso era lo que le parecía a Martín— había cambiado radicalmente la vida de la ciudad, sobre todo de su centro histórico, pero muy poco las arraigadas costumbres de los cuzqueños, que seguían recluidos en sus casas desde la puesta del sol y que sólo esporádicamente se atrevían a incursionar en los cafés, restaurantes, bares, tabernas y pubs que acogían a los centenares de extranjeros que querían aprovechar al máximo los pocos días que pasaban en una ciudad de la que por lo general se enamoraban a primera vista. Descontando a los bricheros, esos personajes que se dedicaban a enamorar gringas, eran poquísimos los cuzqueños a los que Martín veía en sitios como el Cross Keys o el Kamikaze. Nunca, por ejemplo, se había encontrado en estos locales con alguno de sus colegas del convenio o del instituto. Sí los había escuchado, en cambio, comentar espantados que el Kamikaze era un antro oscuro y lleno de fumones, paseros de cocaína y gringas que estaban dispuestas a acostarse con el primer hombre que se les acercara. Martín se divertía mucho escuchando esas leyendas y no gastaba saliva en desmentirlas.

En los años en que la violencia recrudeció en casi todo el país, el Cuzco siguió siendo una ciudad tranquila que muy de allá en cuando despertaba por la explosión de un petardo o el tableteo de algunas ráfagas de ametralladora. Sin embargo, lo que la televisión mostraba en todo el mundo, ahuyentando a los posibles visitantes, era lo

que ocurría en Lima: voladuras de torres de alta tensión que dejaban la capital y casi todas las ciudades de la costa a oscuras, atentados contra altos dignatarios, coches bomba que sembraban la destrucción y cobraban numerosas víctimas, etcétera, etcétera.

Martín, cuando viajaba a Lima por asuntos del convenio, tenía la sensación de estar en otro mundo, en un país en guerra cuya población vivía con los nervios crispados y la tensión y el miedo dibujados en los rostros. De día, cuando iba de un sitio a otro para realizar incontables gestiones, ensordecía con el ruido de los generadores de electricidad que funcionaban en las aceras de las calles más transitadas. De noche, cuando hubiese podido divertirse un poco, prefería no salir del hotel pues no sabía dónde podía sorprenderlo un apagón o un atentado. De regreso en el Cuzco, disfrutaba más que nunca de la calma que reinaba en la ciudad y comprendía que fueran cada vez menos los viajeros que se aventuraban a conocer el Perú.

El acabose para la otrora floreciente actividad turística fue una plaga que se originó en la costa y que los cuzqueños nunca llegaron a conocer sino de oídas: el cólera. La bacteria que lo producía moría a menos cuatro grados centígrados y no pudo atravesar las elevadas cumbres andinas, con sus temperaturas muy por debajo de cero, que separaban al Cuzco de las ciudades del litoral, donde la epidemia segaba numerosas vidas. Sin embargo, la sola palabra «cólera», quizá por sus reminiscencias atávicas, condenó al Cuzco a una cuarentena rigurosa que sólo personas muy osadas o muy bien informadas se atrevían a romper.

«¿Es muy peligrosa la situación en la ciudad? ¿Es muy grande el riesgo de contagiarse de cólera?», era lo primero que le preguntaban a Martín los turistas con los que coincidía en algún café. Él, pacientemente, les contaba que Sendero Luminoso no actuaba casi en el Cuzco, que la ciudad estaba tranquila, más tranquila que nunca a raíz de la crisis del turismo. «Es como si hubiéramos regresado a comienzos de los años sesenta», les decía, «cuando los viajeros que lle-

gaban a la ciudad eran tan pocos que pasaban casi desapercibidos». En cuanto al cólera, les explicaba que en el Cuzco no se había presentado ni un solo caso, pero que no estaba de más tomar algunas precauciones: no comer verduras crudas y no beber agua del caño. Y punto. Los turistas, al escuchar esto de una persona bien informada, respiraban aliviados y pasaban a comentar la suerte que era conocer el Cuzco en esas circunstancias, teniendo Sacsayhuamán y Machu Picchu para ellos solos.

Era lo mismo que pensaba Martín, que quienes se atrevían a conocer el Cuzco en los tiempos de la violencia y el cólera recibían como premio el disfrutar de la ciudad y de todos sus atractivos sin tener que toparse a cada paso con hordas de visitantes de todos los lugares del mundo. Él sabía, por la temporada que vivió en Italia, lo atosigante que podía ser que el turista, con su desaliñado atuendo, su cámara fotográfica colgada del cuello y un morral con planos, guías y una botella de agua mineral, se convirtiese en parte misma del paisaje.

Por un tiempo, Martín aprovechó pues para disfrutar el placer de un Cuzco nuevamente de los cuzqueños. Eran paisanos suyos, en efecto, a los que encontraba en los cafés y en las pizzerías. Incluso en el Cross Keys y el Kamikaze los extranjeros habían pasado a ser una minoría si no apocada por lo menos discreta. Era como si los pobladores de la ciudad, que se habían parapetado en sus viviendas mientras ésta estuvo invadida, se animaran poco a poco a recuperar los espacios que antes fueron suyos e incluso, envalentonados, se atrevieran a incursionar en los que habían sido siempre bastiones de los turistas.

Poco le duró a Martín, sin embargo, la alegría del reencuentro con los suyos. No era lo mismo, empezó a darse cuenta, un local que rebasaba de personas provenientes de los lugares más insospechados del planeta que uno lleno de gente que vivía en la misma ciudad, encima pequeña. El ambiente, por más que a primera vista pareciese igual de animado, era completamente distinto: mundano, cosmo-

polita, en el primer caso, y provinciano, pueblerino, en el segundo. Después de mucho analizarlo, Martín llegó a la conclusión de que la gran diferencia la marcaban dos cosas a primera vista irrelevantes: el anonimato y la diversidad. Era precisamente eso, el que nadie se conociera con nadie, el que todos hablaran idiomas diferentes y tuvieran costumbres y modos de pensar también distintos, lo que hacía que en los locales para turistas los parroquianos se sintieran libres y cómodos, que cada uno se comportase como le viniera en gana y dejase en paz al resto. Lo contrario, el que todas las caras fuesen conocidas y el que todo el mundo se saludara por su nombre y se abrazara, hacía que la alegría y el desenfado fueran de lo más falsos y aspavorosos. Martín, que había aprendido a disfrutar de lo primero, miraba con desagrado esa burda copia que tenía ante los ojos.

Para colmo de males, cuando tras el flagelo del terrorismo llegó, en agosto del noventa, el del ajuste económico, con un «fujishock» que disparó los precios hasta las nubes, multiplicándolos por diez, veinte o hasta treinta, Martín se encontró de pronto en una ciudad casi fantasma. Los locales que antes estaban abarrotados de gringos y que después sobrevivían gracias a los turistas peruanos o a los propios cuzqueños, ahora permanecían completamente vacíos, con los mozos en la puerta rogando a los escasos transeúntes que pasaran a servirse algo. Era un espectáculo que le causaba desazón, como si fuese el dueño de esos negocios al borde de la quiebra.

Su costumbre de recorrer el centro de la ciudad inspeccionando los cafés, bares y restaurantes que encontraba a su paso, databa de esa época. No comprendía qué lo empujaba a cumplir con ese ritual, pero lo seguía haciendo, como seguía quedándose a tomar un café o un trago en un Varayoc, un Cross Keys o un Kamikaze semivacíos, a sabiendas de que en lugar de sentirse más animado se deprimiría. A falta de extranjeros a los cuales observar con curiosidad o con quienes entablar eventualmente conversación, a falta de mujeres que llamaran su atención, a falta incluso de paisanos suyos que pudieran

servir de blanco para sus miradas burlonas, lo que hacía era pensar, pensar en el porqué de ese vacío cada vez más grande que sentía en el pecho, en el porqué de esa indolencia con la que enfrentaba últimamente la vida, en las razones de su soledad.

Definitivamente, echaba de menos esa atmósfera que se respiraba en el Cuzco cuando era el lugar de confluencia de gente de lo más variopinta, desde el investigador que en el pasado o en el presente del mundo andino encontraba una mina fabulosa para sus estudios hasta el hippie que erraba en busca del centro magnético del planeta, desde el viajero apasionado que sabía más sobre el Cuzco que los propios cuzqueños hasta el turista despistado e inocentón que comulgaba con las ruedas de molino que le alcanzaban los guías.

Sin esa ventana al mundo que era el turismo, el Cuzco estaba regresionando, estaba retrocediendo en el tiempo para volver a ser esa ciudad mediterránea y aislada, con una población por lo mismo tradicional y conservadora, que era hasta los años sesenta. Quienes estaban dando la pauta de nuevo en tales circunstancias, con el alcalde de la ciudad a la cabeza, eran los xenófobos, los chauvinistas, los defensores a ultranza de la tradición, del inmovilismo y de un modo de sentir y de pensar supuestamente superior sólo porque era el de los cuzqueños; todos aquellos, en fin, que se sintieron agredidos y relegados cuando la ciudad empezó a cambiar, cuando cayeron las murallas que la habían mantenido aislada durante siglos dejando pasar el aire fresco que trajeron visitantes de otras latitudes y de otras culturas.

En un Cuzco así Martín se asfixiaba, sufría de claustrofobia. Sí, era eso lo que le estaba pasando. No era soledad, ni apatía, ni depresión el mal que lo aquejaba. Su enfermedad se llamaba anoxia. Salía casi todas las noches a recorrer la ciudad porque se sentía encerrado, porque le faltaba el aire, pero no el oxígeno que demandaban sus pulmones, sino el que necesitaba su espíritu, esa atmósfera en la que hasta hacía poco respiraba a sus anchas y que había empezado a enracarse desde el momento en que la ciudad quedó de nuevo aislada.

Una cosa tenía clara: no abriría la boca ni saltaría a la palestra en un Cuzco que estaba feliz de haber vuelto a la insularidad y al oscurantismo y donde la disidencia, como en todas las sociedades y épocas en las que reinó la intolerancia, era castigada con la hoguera. Se replegaría en sí mismo como un caracol a la espera de que llegasen mejores tiempos. Sí, ésa era la mejor táctica a adoptar si no quería que la hostilidad solapada o el hostigamiento abierto de los cada vez más numerosos y prepotentes partidarios del alcalde lo condenaran al ostracismo.

19

Martín, enfrascado en el malestar que enturbiaba su ánimo, no hacía nada para sobreponerse cuando se encontraba con Cleo y tampoco creía necesario ponerla al tanto de lo que le estaba ocurriendo. «No me pasa nada. De verdad», respondía invariablemente a las insistentes preguntas que ella le hacía, confundiéndola aún más.

—¿Ya te estás aburriendo de mí, no? —se angustiaba Cleo.

—Estás loca. No me estoy aburriendo —la tranquilizaba, pero al rato tenía de nuevo la mirada perdida.

Las únicas ocasiones en las que salía de su estado cataléptico era cuando Cleo le tocaba el asunto del don, pero incluso este tema llegó a hastiarlo.

—Ya hemos hablado bastante de eso —le dijo un buen día—. Tendrías que actuar de una vez por todas o si no, olvidarte de lo que te he dicho.

—Justamente actuar es lo que quiero, pero por lo visto lo que haga o deje de hacer a ti te importa un comino —se ofendió en el alma Cleo.

—¿De verdad? —se interesó Martín.

—De verdad, pero no pienso contarte nada. ¡Por grosero!

—¡Discúlpame, por favor! Pensé que seguías hablando en plan teórico y eso, francamente, ya me cansó.

—Por lo mismo no pienso volver a tocarte el tema.

Por más que insistió y rogó, no consiguió que Cleo soltara prenda. Era tal, sin embargo, la curiosidad que aguijoneaba a Martín que, cuando se encontraron a los pocos días, volvió a la carga, chocado otra vez con una Cleo reticente a contar sus secretos, aunque más por coquetería que por enojo.

—¡Ya, pues, cuéntame! —le tuvo que rogar durante casi una hora, sabiendo que era la única manera de hacerla hablar.

Ella había conocido, una tarde que estaba mirando tiendas en el centro comercial de la avenida Sol, a un trujillano que de vez en cuando llegaba al Cuzco por negocios. Se lo había vuelto a encontrar en un par de ocasiones más y aceptó por fin tomar un café con él.

—¿Y? —preguntó Martín deseoso de que Cleo fuera de frente al grano.

—¿Y qué?

—¿Qué hicieron después?

—Nada. Nos despedimos.

—¿Nada? —preguntó decepcionado. Mientras Cleo se extendía en detalles intrascendentes, él había echado a volar su imaginación y hasta había empezado a sentir una rara mezcla de excitación y celos al figurarse a Cleo y al trujillano en la cama.

—¿Qué querías que hagamos? Era la primera vez que salíamos juntos.

—¡Y eso qué importa! Se supone que estás buscando una aventura, no un noviazgo. Si quisieras novio, te puedes tomar tu tiempo para conocerlo bien, pero si quieres botar una canita al aire, lo único que interesa es si el tipo te gusta. ¿Te gusta?

—Sí, sí me gusta. Es muy amable y tiene unos ojos lindos, medio verdes.

—Ah, es un zarco.

—¿Un qué?

—Un zarco. Así les dicen en el norte a las personas de ojos claros. Por esa zona abundan. Mira, si el zarco te gusta...

—Tiene nombre —lo interrumpió Cleo.

—Disculpa. ¿Cómo se llama?

—Fernando.

—Bien, si Fernando te gusta, no pierdas tiempo exhibiéndote. ¿No te das cuenta que no te conviene? Cuanto menos gente te vea con él, mejor. Tiras tu canita al aire de una forma muy discreta y no das motivos para chismes. Además, el zarco...

—¡Fernando!

—Está bien, Fernando. Fernando es la persona ideal para eso. Está de paso y no hay el peligro de que te ocasione problemas.

—¿Eso puede ocurrir? —preguntó Cleo asustada.

—Puede. Es mejor por eso que le hagas entender que eres una mujer casada, que con tu esposo te va muy bien, recontra bien, y que no quieres problemas a causa de una relación pasajera. ¿Le has contado que eres casada?

—Sí, y que tengo dos hijos, pero no me creía. Dice que parezco una jovencita soltera y sin compromiso —se jactó Cleo.

—Pues métele en la cabezota que sí tienes compromiso. De paso aprovechas para insinuarle que no eres una jovencita inexperta, sino una mujer madura, experta y sensual —bromeó Martín—. ¿Supongo que habrán quedado en encontrarse de nuevo?

—Sí, el viernes.

—¿Cuándo es viernes? ¿Mañana? ¿Pasado mañana?

—Pasado mañana.

Martín sabía perfectamente cuándo era viernes, pero se estaba haciendo el tonto porque había vuelto a sentir algo muy parecido a los celos y, al mismo tiempo, un deseo imperativo de hacer el amor con Cleo, de poseerla.

—Entonces deberíamos encontrarnos antes. Mañana, en mi casa, para terminar de lavarte el cerebro —propuso temeroso de recibir una negativa, pero Cleo aceptó de inmediato.

Igual la esperó nervioso y, cuando llegó, no le dio tiempo ni de

tomar asiento. Empezó a besarla en la sala, delante de la chimenea en la que ardía un fuego recién encendido. La desnudó allí mismo, sintiendo tal excitación al hacer esto que vio venir inexorablemente una eyaculación precoz. No le importaba. No en ese momento. Sabía de antemano que en el estado en que se encontraba el placer se convertiría en un animalillo escurridizo, inalcanzable. No quería gozar. Quería que el anticlímax de un orgasmo que llega no a dar placer sino a matar el placer pusiese fin de una vez por todas al tormento insoportable de desear a una mujer y tenerla pero sintiéndose casi un castrado, un eunuco incapaz de disfrutar el sexo.

Se lo dijo a Cleo, le advirtió en el momento de penetrarla que la dejaría con las ganas y ella, que al parecer había estado deseando ese encuentro con igual o mayor intensidad que él, empezó a desesperarse, a pedirle que no le jugara esa mala pasada, a rogarle que la hiciera gozar, pero lo único que consiguió fue que Martín acabara aún más rápido. «Síguete moviendo», le suplicó Cleo retorciéndose debajo de él, pero Martín no pudo darle gusto. Se retiró y se tumbó de espaldas sobre la alfombra, sintiéndose vacío como un muerto.

—¿Cómo me haces esto? —le reclamó Cleo frotando sus muslos en procura de unas migajas de placer—. ¡Ordénale a tu cosita que se ponga dura de nuevo!

Martín hizo un esfuerzo para salir de su letargo e intentó bromear:

—Te he dejado con las ganas a propósito, para que mañana te saques el clavo con tu zarco.

—¡Mañana! —protestó Cleo—. Yo quiero mi orgasmo ahora.

—Ahora imposible. Si quieres dentro de un rato, cuando éste resucite.

—Está bien —se resignó Cleo—, pero cuidadito con que me dejes con las ganas de nuevo.

—¿Qué me harías?

—Te reemplazo con Fernando.

—Eso es precisamente lo que quiero.

—No, lo que tú quieres es que haga el amor con él y también contigo y lo que yo te estoy diciendo es que haría el amor sólo con él.

Fueron palabras mágicas. Martín sintió un torrente de savia que se desparramó por todas sus venas y que en cuestión de segundos le devolvió el vigor.

—¿De verdad podrías reemplazarme? —le preguntó a Cleo al tiempo que se echaba encima de ella.

—Claro que sí, como castigo por dejarme a medias.

—¿Estás segura? —insistió al tiempo que empujaba su pene dentro de ese sexo todavía húmedo—. ¿No extrañarías mi cosita? ¿Era mentira entonces que te vuelve loca? ¿Que te gusta más que nada en el mundo?

Cada una de estas preguntas Martín la acompañaba con una fuerte embestida que arrancaba gemidos a Cleo, lo cual a su vez lo hacía sentirse más viril y en capacidad de controlar su cuerpo.

—¿Sientes qué duro está? Es para que goces más, para que te entre más. ¿Sientes? ¿Sientes?

—Sí, sí, ya voy a venir...

Esas palabras fueron el anuncio de varias oleadas de placer, a cual más intensa, que finalmente los dejaron exhaustos pero felices, como si fuesen náufragos que han alcanzado la orilla.

—¿Me vas a reemplazar? —le preguntó Martín a Cleo cuando recuperaron el aliento.

—No.

—¿Vas a hacer el amor con Fernando?

—Sí.

El resto de la tarde Martín se empeñó en demostrarle que en el Perú una mujer podía acostarse con todos los hombres que quisiera y cuando le viniese en gana.

—Los hombres no podemos hacer lo mismo porque el machismo se vuelve contra nosotros. ¿Cuál es el modelo de mujer en nuestra sociedad? La que llega virgen al matrimonio y le es fiel a su marido

hasta la muerte. La otra, la mujer que se ha acostado con dos o tres hombres, ya es tildada de prostituta. Por eso es que las mujeres se comportan como fortalezas inexpugnables que un hombre tiene que sitiar durante semanas o meses para finalmente no conseguir nada. ¿Te das cuenta? En cambio, si una mujer decide vivir su sexualidad, puede tener todos los hombres que le dé la gana. Le basta con guiñar un ojo para que cualquier hombre —soltero o casado, guapo o feo, joven o viejo— se vaya a la cama con ella. Es lo único que tienes que hacer para que Fernando te invite a su hotel: darle a entender que no eres una mujer fortaleza, que no piensas como la mayoría de mujeres.

El viernes por la tarde, a la hora de la cita de Cleo, Martín empezó a sentirse inquieto. Estaba en el trabajo, pero como en realidad daba vueltas sin hacer nada concreto, decidió marcharse a casa. Fue peor. Pese a que intentó de todo —ver televisión, leer un libro, reordenar su archivo de fotos— no sólo no pudo sacarse a Cleo de la cabeza sino que empezó a imaginarla gozando con su nuevo amante como nunca había gozado con él. Era un verdadero suplicio, peor que la más sofisticada de las torturas chinas pues al mismo tiempo que sentía como si le estuvieran arrancando trozos de carne con una tenaza o aplicando descargas eléctricas en todo el cuerpo, lo invadía un deseo salvaje, indomable, de hacer el amor. «¡Cleo!», se le escapó. «¡Ven! ¡Te necesito! ¡Ven, por favor!...». Cuando comprendió que era inútil esperar que ocurriera un milagro, buscó sus fotos desnuda y, mirándolas, se masturbó febrilmente para poner fin siquiera a uno de los tormentos.

El lunes se acercó un momento a ella y le preguntó si podían encontrarse más tarde.

—¿Dónde? —preguntó Cleo.

—¿En mi casa? —dejó traslucir Martín su inseguridad.

—Subo a eso de las cinco —le dijo ella.

La esperó de nuevo con la chimenea encendida, pero firmemen-

te resuelto a controlar su impaciencia y a mostrarse tranquilo, razonablemente interesado en cómo le había ido en su cita. De hecho, cuando ella llegó, le ofreció un café con pasteles del Ayllu y, mientras lo servía, le estuvo contando algunas novedades del trabajo, dándoles una importancia que no tenían. Sólo cuando terminaron de tomar lonche y se sentaron delante del fuego, Martín le tocó el tema.

—¿Y? ¿Cómo te fue el viernes?

—Muy bien —sonrió enigmática Cleo.

—¿Quiere decir que el zarco te invitó a su hotel?

—Yo no he dicho eso.

—Entonces no te ha ido muy bien.

—Sí, me ha ido recontra bien —sonrió de nuevo Cleo.

—¿No te entiendo! —perdió la compostura Martín—. ¿Cómo te gusta hacerte la interesante!

—No me estoy haciendo la interesante. Te estoy diciendo que me ha ido muy bien.

—¿Pero qué significa «muy bien»? Para mí —Martín decidió llamar las cosas por su nombre— bien sería que hubieran hecho el amor, pero tú dices que no te ha invitado a su hotel.

—No, no me ha invitado...

—¿Pero sí han hecho el amor? —puso a Cleo contra la pared.

—Si te estoy diciendo que me ha ido muy bien, ¿tú qué piensas?

—Que han hecho el amor...

Cleo se ruborizó y esa reacción involuntaria le pareció a Martín confirmación más que suficiente de lo que quería saber. Tensó sus nervios para soportar estoicamente el dolor que le oprimiría el corazón, pero, para su propio asombro, lo que sintió fue alivio y, al mismo tiempo, una repentina excitación.

—Con razón tus ojos tienen un brillo raro —le dijo a Cleo haciendo que se le subiesen de nuevo los colores al rostro.

—¿De verdad? Te estás burlando.

—No me estoy burlando. Tus ojos siempre tienen un brillo muy bonito, pero ahora está más fuerte que nunca. ¿Te gustó?

—¿Qué?

—Hacer el amor con el zarco.

—¡Eso no te lo pienso contar! ¡Sólo faltaría que me pidas detalles!

—¿Y por qué no? ¿Cómo te propuso que hicieran el amor? ¿Tuviste que insinuarle? ¿Adónde fueron?

Martín no bromeaba. Quería saber los pormenores y sólo de preguntar sentía cómo iba aumentando su excitación.

—¿Estás loco? ¡No te voy a contar nada!

—Por lo menos dime si te has convencido de que para disfrutar el sexo basta que exista atracción —insistió por inercia Martín. En realidad, no quería seguir hablando. Las preguntas, pese a que tenía muchas revoloteándole como avispas en el cerebro, podían esperar. La excitación, no. La excitación, ni bien Cleo respondiese, rompería el frágil dique que a duras penas la contenía.

—Sí, sí me he convencido —dijo Cleo.

Martín, haciendo de gota que horada la piedra, consiguió finalmente que Cleo le contara detalles de su aventura, incluso los más íntimos. «No sé por qué te hago caso», protestaba ella a cada rato, pero seguía respondiendo al interrogatorio a que era sometida.

También él se preguntaba lo mismo —«¿qué afán tengo de saber todo eso?»—, pero las respuestas que encontraba eran o muy simplonas o demasiado jaladas de los cabellos. La verdad, sin embargo, era que conversando con Cleo sobre el Zarco no se aburría como cuando hablaban sobre otros temas: el convenio, el instituto, el alcalde, las políticas de conservación de la ciudad, la pintura, la fotografía y un largo etcétera. Por el contrario, esos interrogatorios, porque eso es lo que eran al principio, le parecían más estimulantes que una partida de ajedrez, quizá porque, para acorralar a la dama y hacerle confesar sus correrías, se veía obligado a poner en juego toda su inventiva y su capacidad de persuasión.

Más aún, por alguna razón que también se le escapaba, las confesiones de Cleo actuaban sobre él como un singular afrodisiaco. Algo parecido, pero con mucho menor intensidad, había sentido al leer en Italia algunos cuentos del *Decamerón*, sobre todo el del ermitaño que metía al «diablo», su pene, en el «infierno», el sexo de una joven que con su ingenuidad y sus encantos ponía fin a los es-

fuerzos que el piadoso varón había hecho para no caer en el pecado. Martín se excitaba tanto leyendo ese relato rebosante de ingenio y picardía que, a falta de una amante o una enamorada, terminaba masturbándose, imaginándose a sí mismo en el papel del ermitaño y a alguna de las guapas italianas del curso de restauración en el de la candorosa jovenzuela.

Los detalles que le arrancaba a Cleo estaban lejos de ser tan vivaces y picantes como los cuentos del *Decamerón*. Eran sólo eso, retazos que a duras penas terminaban conformando un relato desordenado sobre cómo el Zarco se atrevió a darle un beso, cómo después, viendo que ella reaccionaba con naturalidad, se animó a invitarla al pequeño departamento que alquilaba en casa de unos parientes y cómo, al llegar allí, tuvo la paciencia de servir café antes de empezar a besarla y desnudarla. Sobre lo que venía luego, lo más interesante, el relato era aún más escueto y se reducía a que el Zarco, un dechado de templanza y autocontrol, la había llevado a un grado extremo de excitación besándola, antes de penetrarla, desde la punta de los cabellos hasta los dedos de los pies y que había estado a la altura de las circunstancias para tratarse de la primera vez.

¿Por qué se empeñaba en averiguar todo eso? Aparte de pensar que de repente se trataba de algún tipo de desviación sexual, de una conducta patológica, Martín no encontraba otra explicación. Aunque sí, alguna vez, recordando cuánto disfrutaba mirando a las gringas en el Kamikaze, pensó que de repente su voyeurismo y su desmedido interés por conocer la vida sexual de Cleo eran una consecuencia natural de su, por decirlo suavemente, mediocre desempeño en la cama. «De repente las personas como yo», pensó, «prefieren este tipo de sexualidad pasiva, que no los pone en situaciones comprometidas y no los tensiona, a una sexualidad activa de la que no saldrán airosos».

Le importaba un comino que así fuera. Igual se enardecía interrogando a Cleo y disfrutaba luego como un poseso haciendo el amor

con ella, aunque no faltaban ocasiones, cuando su excitación había sobrepasado todo límite, en que la dejaba con las ganas. Pero tampoco eso le causaba tanto malestar como antes pues sabía que por una vez que decepcionaba a su pareja vendrían dos en las que la haría gemir de placer.

Fue en general su mejor época con Cleo, una especie de segunda luna de miel en la que lo más importante no era el sexo, aunque lo tenían con frecuencia y en forma cada vez más plena, sino las conversaciones sobre sexo, muy distintas de las que entablaban antes. Lo que marcaba la diferencia y complacía mucho a Martín era que él ya no encontraba en Cleo a una antagonista a la que era difícil convencer sino a una correligionaria, a una persona que en base a su propia experiencia empezaba a pensar como él.

—¿Qué es lo que más te ha gustado de la primera vez que estuviste con el Zarco? —le preguntaba, por ejemplo.

—La excitación que sentía cuando me estaba quitando la ropa, cuando me desabotonaba un botón y me besaba, otro botón y me besaba y, sobre todo, cuando empezó a besarme todo el cuerpo, hasta los deditos de mis pies. Creo que nadie me había puesto tan caliente.

—Excitada —le corregía Martín antes de recalcar que, efectivamente, lo mejor de una relación casual era la fuerte excitación que ese tipo de contacto deparaba—. Con una pareja estable eso se pierde rápidamente —añadía—. Hay que recurrir a un montón de trucos para excitarse.

—Sí —confirmaba Cleo—. No te imaginas lo excitada que estaba con Fernando. Desde que me besó en el café ya estaba mojadita.

—Lo que tienes que hacer ahora es aprender a gozar de la excitación en sí misma. La mayoría de personas piensan que en la penetración está el gusto. Eso es una tontería. La excitación es una forma muy especial de placer, una de las más intensas.

—¿Y quién te ha dicho que no he gozado de sentirme tan excitada? —replicaba Cleo.

Esta coincidencia de opiniones inducía a Martín a ser más franco, a abrirle el alma casi sin reservas. Por primera vez conversaba con ella como en su tiempo había conversado con Ilse, Angélica y Elena y se lo hacía notar:

—¿Alguna vez has hablado de estas cosas con tu esposo?

—Nunca. Él en general no habla. Para saber lo que le pasa o lo que está pensando tengo que sacarle las cosas con cuchara, pero ni así.

—¿Y con alguna amiga?

—Tampoco. Nos contamos, claro, nuestros problemas, pero de cosas tan íntimas qué vamos a hablar.

—Ésa es una de las enormes desventajas que tenemos los peruanos, es nuestro defecto nacional —se acordaba Martín de las enseñanzas de Ilse—. Somos expertos en bromear en doble sentido sobre el sexo, todo el tiempo hacemos eso, pero nos avergüenza hablar en serio de este tema. Preferimos morir. Por eso no me gusta tomar con los compañeros del trabajo. Siempre se termina hablando de mujeres, pero de la manera más vulgar: que esa hembra está buena, que a tal otra me la he comido.

—¿Por eso me corriges cuando digo que me pongo caliente?

—Sí, hay que evitar la vulgaridad. Sólo en conversaciones de cantina se habla así: poner caliente a una hembra, estar arrecho, estar aguantado. ¿Sabes? Yo era como tu esposo, mudito. La que me enseñó a hablar fue Ilse...

—Siempre la recuerdas. ¿Es la mujer a la que más has querido, no?

—Hasta ahora sí. Además, es la única con la que he convivido... ¡Cuatro años! Ella, con su racionalismo alemán, tenía que encontrarle explicación a todo: que si alguien estornudó, ¿por qué estornudó? y si no estornudó, ¿por qué no estornudó? ¡Y ay de mí si me quedaba callado y no daba mi opinión! Me regañaba durante horas y no paraba hasta que yo decía lo que pensaba o sentía.

—¡Qué horrible! Eso ya me parece demasiado.

—A mí también al comienzo me sacaba de las casillas. Como un niño con pataleta, me empeñaba en encerrarme en mí mismo y le insultaba mentalmente: «¡Alemana cuadriculada. Pareces de la Gestapo». Después me fui dando cuenta de que tenía razón, de que las cosas era mejor hablarlas, pero igual me costaba mucho. Ni siquiera sabía qué palabras usar y las que ella empleaba —relación de pareja, comprometerse con la relación, llevar la relación, apostar por la relación, tener relaciones extraconyugales, relación estable, relación pasajera, formalizar la relación— me parecían el *súmmum* de la huachafería o el esnobismo.

—Ésas son las palabras que usas ahora y con las que me sermonéas —se burlaba Cleo y los dos terminaban riendo.

Cuando conversaban en ese tono, Martín sabía que podía preguntar cualquier cosa y que Cleo, sin apenas incomodarse, le respondería. Es más, a veces ni siquiera hacía falta que preguntara porque la propia Cleo le contaba con lujo de detalles todo lo que había hecho con el Zarco en su última cita. Era como si algo la empujase a hablar sobre la experiencia que estaba viviendo, tal vez la necesidad de que otra persona aprobase una conducta que hasta hacía poco ella hubiera encontrado censurable o simplemente el deseo de ufanarse de su conquista, igual que los hombres en situaciones semejantes. O quizá recién estaba descubriendo las palabras con las que una mujer podía hablar de su sexualidad.

Igual daba. Lo importante era que Martín seguía excitándose al escuchar las mil y una historias de Cleo, cada vez mejor hilvanadas y más atrevidas, y que gozaba más del sexo cuando ella, en lugar de decirle «me gusta cuando me penetras», le susurraba al oído «me gusta cuando me penetran», así en plural, como refiriéndose a cualquier hombre.

En cierta ocasión, por ejemplo, ella le contó la travesura que había hecho al encontrar a Fernando ocupadísimo sacando unas cuentas. Aburrida de esperar, se sentó a los pies de él y empezó a acariciarle

las pantorrillas, los muslos, las caderas, divertida al notar cómo su pene, al comienzo imperceptible, se iba dibujando debajo del pantalón. Entonces decidió ir más lejos, empezó a pasar un dedo, de arriba a abajo, de abajo a arriba, por ese miembro que pugnaba por librarse de su prisión. «Tú sigue haciendo tus cuentas. Contigo no es», le insistía a Fernando cuando él dejaba la calculadora y hacía el intento de ponerse de pie. «Contigo no es», le seguía diciendo al tiempo que le soltaba la correa, le desabotonaba el pantalón y le bajaba el cierre, para añadir al rato, después de haber tenido ese pene en su boca: «Si dejas de trabajar, yo dejo de besarte. ¡Te juro!...».

Martín, escuchando a Cleo, experimentaba lo mismo que Fernando, la misma tortura y casi el mismo placer. Él, sin embargo, menos estoico que el trujillano, no la dejó terminar pese a que Cleo, en el momento en que él se le abalanzaba encima, lo amenazó con no contarle el final de su travesura. «No me importa», le dijo Martín y siguió peleando con los botones de su blusa y el cierre del blue jean...

En este *ménage à trois* el que a veces salía perdiendo era Fernando, que ni sospechaba que el excitante triángulo amoroso del que era protagonista no era entre él y una mujer casada sino entre él y una mujer que tenía un amante y mentor con el que compartía hasta sus más íntimos secretos. Al no estar al tanto de este pequeño detalle, el Zarco a veces esperaba en vano que Cleo acudiera a una cita o la veía llegar con una o dos horas de retraso.

Lo que ocurría era que justo en tales ocasiones Martín empleaba cualquier treta, hasta la más vedada, con tal de convencerla para que hiciesen el amor. Algunas veces Cleo se mostraba inmovible y le hacía notar su incoherencia: «Cuando te pido que nos encontremos, me dices que estás muy ocupado, pero cuando te digo que me voy a ver con Fernando, ahí sí te sobra el tiempo». Con frecuencia, sin embargo, Martín se salía con la suya y gozaba doblemente cuando ella se sentía culpable. «En este momento debería estar ha-

ciendo el amor con mi Zarquito y no contigo», protestaba, pero seguía moviéndose y jadeando y anunciando que estaba por llegar.

No era por celos o por ganas de humillarlo que Martín le arruinaba la fiesta a su rival. Por el contrario, a medida que Cleo le fue pintando el retrato de un joven empresario que había dejado una buena posición en Venezuela al enterarse de que su padre estaba con cáncer, empezó a simpatizar con él. No era tampoco que se creyera con derecho de pernada ni mucho menos. Le daba igual que Cleo se acostara primero con el trujillano y después con él. Simplemente disfrutaba más, mil veces más, cuando sabía que el sexo de Cleo acababa de cobijar al de otro hombre o, en todo caso, lo cobijaría una vez que él quedara satisfecho y exhausto.

—¿Te das cuenta? —le hacía notar en tales ocasiones—. Tú puedes hacer el amor con dos hombres el mismo día y, si te lo propusieras, con tres o hasta con cuatro. En cambio yo no creo que pueda estar con dos mujeres. ¿Qué se siente, ah?

—Nada en especial —trataba de eludir Cleo asunto tan espinoso.

—¡No puede ser! De repente fisiológicamente el acto sexual es el mismo, pero cómo lo vives debe ser totalmente distinto. Por lo menos debes sentir una especie de orgullo o satisfacción por hacer algo a lo que muy pocas mujeres se atreven —insistía Martín.

—¿Orgullo? Al revés. Me siento la más mala de las mujeres. Pienso en el golpe que sería para Fernando saber que hace un rato estaba en la cama con otro hombre.

—¡Bah, qué zonza! En lugar de sentirte culpable, deberías disfrutar más. Míralo así: los hombres no se hacen problemas cuando salen con dos mujeres al mismo tiempo. Al revés, se sienten lo máximo. Tú nos estás dando de nuestra propia medicina.

—No me has entendido. No es que no disfrute cuando hago el amor con los dos el mismo día. Sí disfruto, disfruto más. Me excita recordar que un rato antes estaba en la cama con otro, pero eso no quita que tenga remordimientos.

—Pues no deberías tener ni pizca de remordimiento —machacaba Martín.

... Como en toda luna de miel, en la que vivieron por esa época no faltaron las fotos. De cada rollo que Martín tomaba y que, cumpliendo su promesa, hacía revelar en Lima, escogían los desnudos más logrados, con los que fueron llenando un álbum del que modelo y fotógrafo se sentían sumamente orgullosos.

Aparte, en un sobre, Martín conservaba las fotos de Cleo desnuda delante de la ventana, absorta en la contemplación de la catedral y la Compañía refulgiendo con el sol de la tarde. No descartaba la idea de llevar al lienzo esa imagen que lo seguía persiguiendo.

21

Las aguas volvieron a su nivel cuando el Zarco, a fuerza de prolongar sus visitas por más tiempo del que le demandaban los negocios, se convirtió en una presencia habitual. «¡Ay, mi Fernandito ha llegado! ¡Mi Fernandito dice que me ama y me adora! ¡Mi Fernandito quiere que me divorcie para casarse conmigo!», remedaba Martín a Cleo. «Ya me tiene aburrido tu Fernandito. Deberías dejar de verlo. Vas a terminar confundíndote. Ya es tiempo de que lo mandes de paseo y de que le claves el ojo a otro».

Cleo, indefensa ante el sarcasmo de Martín, no encontraba otro modo de cerrarle la boca que amenazándolo con no contarle nada de lo que hiciera con Fernando.

—¡Mejor! —se mostraba él cortante—. Avísame cuando empieces a salir con otro.

—¿Por qué pues? Nunca más te pienso contarte mis cosas —se enfadaba tanto Cleo que se peleaba hasta con el castellano—. ¿Para qué? ¿Para que después digas que te aburro?

—Lo que me aburre es que hables todo el tiempo del Zarco: ¡que Fernandito esto, que Fernandito el otro! —trataba de calmarla Martín, pero era tarde.

Contento en el fondo de reencontrarse consigo mismo, decidió que había llegado el momento de retomar la pintura. Uno solo era

el motivo en el que se puso a trabajar: el de la mujer delante de la ventana. Obviamente, lo que le interesaba no era la figura femenina en sí ni el paisaje, sino lo que el conjunto podía sugerir: una fuerte carga de erotismo que emana de esa bella mujer y que se expande por la atmósfera de esa ciudad también de singular belleza bañada por la cálida luz del atardecer. En otras palabras, intentaba crear una fuerte corriente de energía que fusionara a esa mujer con la ciudad que estaba contemplando.

Al comienzo decidió dibujar el paisaje de natura, tal como se veía desde la ventana de su estudio. Sin embargo, cuando empezó a trasladar sus bocetos a la tela, se dio cuenta de que había hecho justamente lo contrario de lo que quería: se había esmerado en copiar fielmente esa aglomeración de techos de teja que descendían suavemente hasta el espacio abierto de la plaza de armas, pero se había olvidado de la figura femenina, que era la llamada a crear esa atmósfera de erotismo que debía impregnar toda la pintura.

Cambió de estrategia, entonces, y se abocó al desnudo, dejando el paisaje de fondo para cuando aquél estuviera más o menos logrado. Creía que con la cantidad de fotos que tenía de Cleo las cosas marcharían más fácil, pero no fue así. La figura femenina mejoró notablemente, es verdad, pero estaba lejos de ser una presencia incitante, provocadora.

Pensó entonces que de repente un desnudo, por más perfecto que fuese, no podía ser erótico por sí mismo. La Maja de Goya, por ejemplo, tan celebrada, ¿qué tenía de excitante? O la Venus de Botticelli. Era hermosa, es verdad, pero tampoco era excitante, salvo quizá para un adolescente que nunca había visto las partes ocultas del cuerpo femenino. ¿Quizá la solución era pintar a la mujer en una pose turbadora o haciendo algo provocativo, masturbándose por ejemplo? Intentó también eso, pero igual quedó descontento, esta vez por la crudeza de la imagen, por su falta de poesía, de misterio.

La única opción que le quedaba era moverse en el campo de lo

ambiguo, pintar de tal manera la figura femenina que el espectador sospechara que esa mujer estaba entregada al placer solitario quién sabe si con la mente ocupada con una fantasía sexual o con los ojos puestos en esa bella, mágica y apenas reconocible ciudad. Sus recursos técnicos, sin embargo, resultaron insuficientes para plasmar esta idea.

Era la primera vez que le pasaba algo semejante con la pintura, la primera vez que se desesperaba y sufría en lugar de disfrutar, como cuando hacía copias de sus artistas preferidos o esbozaba una arquitectura fantástica. En alguna oportunidad le comentó a Cleo sobre sus «padecimientos de artista sin talento», como se expresó sobre sí mismo, y ella trató de consolarlo hablándole de un compañero de Bellas Artes que hacía gárgaras con el aguarrás cuando sentía que estaba pintando sin fuerza y sin alma. «A todos los pintores les pasa», sacó Cleo la moraleja de su historia. «Ya te saldrá. No te desesperes. Mi amigo terminó alcohólico». Martín prometió no hacer gárgaras con los disolventes ni cortarse la oreja ni prender fuego a su estudio, pero siguió sudando la gota gorda con el cuadro.

Un par de cuba libres en el *happy hour* del Cross Keys o igual número de cervezas en el Kamikaze eran el remedio para su impotencia y frustración, salvo que estos locales estuviesen tan vacíos que, para no deprimirse, optara por un grog en el Varayoc, donde hasta en las noches más muertas había siquiera un puñado de cuzqueños. Fue en el Varayoc justamente donde se confesaron sus penas con Aldo Jiménez.

Quizá Martín, reservado como era siempre con el periodista, no hubiese abierto la boca de no ser porque éste se quejó sin ningún preámbulo de la mala racha que estaba pasando el Cuzco.

—¿Te acuerdas de los buenos tiempos? Aquí había que esperar para coger sitio.

—Sí —corroboró Martín—, tanto gringo a veces me aburría, pero ahora echo de menos ese ambiente. A mí me gusta tomar un trago para subirme los ánimos, pero los locales vacíos me deprimen.

—Igualito me pasa a mí. Antes, en cambio, nunca me aburría. Me venía aquí o me iba al Kamikaze y al toque le armaba la conversa a cualquier gringo o gringa.

—¡Qué envidia! Tan sociable no soy —aclaró Martín—. Yo era más de mirar, de distraerme observando a cada tipo estrafalario que había o de pensar en mis cosas sin que nadie se metiese conmigo.

Un rato más siguieron lamentando el que los turistas se estuvieran convirtiendo en una especie en extinción y después Martín le comentó a Aldo que ya estaban restaurando el lienzo del matrimonio entre la princesa incaica y el sobrino de san Ignacio de Loyola.

—¿Sí? —se alegró el periodista—. Me gustaría tomarle fotos a color para mi cuento.

—Vas a tener que esperar un tiempo —le enfrió los ánimos Martín—. Recién han empezado.

—Igual me gustaría ver cómo trabajan.

—En ese caso sí, pero el cuadro no está en la Compañía, sino en la Merced —le aclaró Martín y le dio el nombre de la persona a la que tenía que buscar.

—¿No te he mostrado mi cuento, no? —le preguntó Aldo agradecido—. Te voy a dar una copia para que lo leas.

—¿Cómo quedó finalmente la descripción de la ciudad?

—No hay descripción de la ciudad. Tiré la toalla —respondió el periodista y se embarcó en una larga explicación de lo difícil que era describir el Cuzco del siglo XVI, entre otras cosas por la falta de información.

—Pero si hay varias descripciones —le objetó Martín—. Tienes, por ejemplo, la que te dije, la de Garcilaso. Allí encontré los datos sobre el primer convento de Santa Clara y la vivienda de..., ¿cómo se llamaba?

—Diego Maldonado el Rico —le recordó Aldo—. Sí, tienes razón, información hay, pero lo difícil es transmitir la peculiar fisonomía que debía tener esa ciudad que se estaba levantando sobre

muros incas. Las palabras se me quedan chicas. A veces pienso que, en casos así, los cuentos o las novelas deberían ir acompañados con ilustraciones. No en vano dicen que una imagen vale más que mil palabras.

—¡Ni creas! —acotó Martín comentándole lo que estaba sufriendo para plasmar en la tela el encanto del Cuzco—. Una imagen también puede ser fría o ser un pálido reflejo del original. Hay que ser un excelente pintor para que las imágenes hablen, nos digan cosas, transmitan emociones.

—Sí, claro, pero una imagen, por más fría que sea, te da al instante una idea por lo menos aproximada de la apariencia de una casa, una calle, una ciudad. En cambio con las palabras ni siquiera eso se puede lograr.

Martín, escuchando a Aldo, se acordó del curioso asunto de la cartografía imaginaria del Cuzco que trataron con Paulo de Azevedo en los cursos de restauración. Éste les explicó que los únicos planos que existían del Cuzco incaico habían sido dibujados en base a las descripciones de los primeros cronistas y no se correspondían en absoluto con lo que realmente era la capital imperial. Le comentó esto a Aldo, le explicó que viendo sin más uno de esos planos de una ciudad rodeada de murallas y con una especie de castillo o fortaleza en una colina que domina el paisaje, uno jamás adivinaría que estaba ante la representación del Cuzco incaico.

—Tienes razón —le dijo al periodista—. El que dibujó ese plano trató de ser fiel a una más o menos buena descripción del Cuzco que encontraron los españoles, pero lo único reconocible, porque no cambia de una cultura a otra como las técnicas arquitectónicas, es la topografía: una ciudad en un valle dominado por un altozano, atravesada por un río (el Huatanay, claro) y flanqueada por dos más...

—El Chunchulmayo y el Tullumayo —acotó Aldo.

—Exacto. Pero los elementos arquitectónicos que introduce el dibujante pertenecen a la arquitectura que le es familiar, la europea,

y no se parecen en nada a los de la arquitectura incaica. La fortaleza de la colina es Sacsayhuamán, pero al estar representada como una fortificación europea es cualquier cosa menos Sacsayhuamán.

—El dibujante jugó al teléfono malogrado —se rio el periodista—. ¿Ves? Eso es lo que te quería explicar. Describir una ciudad como el Cuzco ya es difícil. Tratar de transmitir con palabras todo su encanto, su magia, ¡su luz!, la apariencia tan distinta de sus muros de piedra cuando están a la sombra y cuando están bañados por el ennegecedor sol serrano, ¡es imposible!

—Sí, ¡qué pena que el Cuzco no tenga su Canaletto o su Pissarro! —puso punto final a la conversación Martín.

A los pocos días pudo leer por fin el cuento de Aldo Jiménez y quedó asombrado al no encontrar el Cuzco por ningún lado. El periodista no había mencionado siquiera que el convento de Santa Clara, donde educaron a la niña noble, quedaba en esa época en la plaza de las Nazarenas, en el lugar que actualmente ocupa la Casa Cabrera, y que la vivienda de los Maldonado estaba a apenas un par de cuadras del convento, en la manzana formada por las calles Triunfo, Herrajes y Ancha de Santa Catalina. Era en verdad un cuento «u-tópico» en el sentido literal del término, una historia que se desarrollaba en sitios sin una ubicación determinada en el espacio y sin una fisonomía. Eso le hizo pensar a Martín si no estaría ambicionando imposibles. «De repente me estoy rompiendo la cabeza con algo que nunca voy a poder plasmar», pensó, pero sin atreverse a tomar una decisión definitiva al respecto.

CUARTA PARTE

La inesperada aparición del dueño de casa, que llegó del extranjero a comienzos de 1992 dispuesto a deshacerse de una propiedad que cada día se devaluaba más por la grave situación que atravesaba el país, puso a Martín en un aprieto. Tenía que actuar rápido. La suma que pedía su casero era bastante razonable, pero él no contaba con todo ese dinero. En cinco o seis meses más podría completar tranquilamente lo que le faltaba, pero su amigo, más alarmista que el gringo más desorientado, estaba persuadido de que en ese plazo Sendero Luminoso llegaría al poder y el país caería en la barbarie.

Asustado ante la posibilidad de perder esa casa, Martín recurrió a cuanta persona podía facilitarle un poco de dinero: les pidió una parte a sus papás; otra, a sus dos cuñados y el resto lo completó con pequeñas cantidades que le prestaron Manuel Cáceres y Javier Toledo, el último al que recurrió haciendo a un lado su orgullo.

Para celebrar la compra hizo una reunión con todas las personas que lo habían ayudado y con algunos amigos más. En algún momento pensó también en invitar a Cleo, pero se dio cuenta de que eso sería delatarse, sobre todo ante Javier Toledo, y cambió de parecer. Durante toda la noche sintió, sin embargo, un gustillo amargo que terminó malográndole la fiesta. Por cuidarse las espaldas se había portado como un cerdo. Además, eso mismo, por mucho que le costara,

tendría que admitirlo ante Cleo pues estaba seguro de que Nena se jactaría ante sus compañeras de haber estado en la casa del jefe.

En un intento de conjurar la tormenta, Martín buscó a Cleo al día siguiente.

—Ayer firmé los papeles de la casa —le explicó—. Tenemos que celebrarlo.

—¿Otra vez? Si ya lo has celebrado —le espetó Cleo y se apartó de su lado.

No fue fácil hacer que lo perdonara. Estaba tan dolida que durante semanas apenas le contestaba el saludo.

—¡Tenemos que hablar! —le insistía Martín cada vez que se encontraban.

—¿De qué? ¿De sexo? No me interesa —lo largaba Cleo.

Cuando por fin dio su brazo a torcer y le aceptó un café, dijo que lo que más le dolía era que no la considerase su amiga.

—Pero esa reunión no fue de amigos —trató de defenderse Martín—. Sólo invité a las personas que me habían prestado dinero.

—No sé —dijo Cleo en tono quejoso—. A veces tengo la sensación de que sólo me buscas para hacer el amor.

—¡Qué tonterías dices! ¡Las últimas veces que nos hemos visto ha sido para conversar!

—Sí, pero de sexo.

—¿Y qué tiene de malo? ¿O prefieres que conversemos de la guerra del Golfo Pérsico? ¿O de las elecciones en España?

—Sí, eso prefiero, que hablemos de la crisis del Golfo —esbozó una sonrisa Cleo.

—Está bien —se alegró sobremanera Martín al ver que los nubarrones empezaban a disiparse—. En adelante, cuando nos encontremos, vamos a hablar de la situación internacional.

Pasaron varios días más antes de que se animara a invitarla a su casa. «No quiero que hagamos el amor», aclaró por si acaso, pero eso fue precisamente lo que hicieron.

—Extrañaba tu cosita. ¡Qué rica es! —le dijo agradecido mientras esperaba, echado de espaldas sobre la alfombra, que su desbocado corazón volviera a su ritmo normal.

—¿De verdad? ¡Yo, en cambio, no extrañaba la tuya para nada! La he reemplazado con otra mejor...

—¿La cosita del Zarco te gusta más que la mía? —preguntó Martín con displicencia, sin sentir la más mínima inseguridad.

—¿Por qué del Zarco? Él hace tiempo que no viene al Cuzco, desde que se fue a Lima para Navidad.

—¿Has conocido a alguien y no me has contado? —recién captó Martín el mensaje—. ¿Y encima te gusta cómo te hace el amor?

—No sólo me gusta. ¡Me enloquece!

—¿Y no me has contado?! —volvió a insistir, tratando de esconder tras un asombro simulado la inquietud que se estaba apoderando de él.

—¡Chistoso eres! ¿Por qué tendría que haberte contado?

—¿Cómo que por qué? Porque soy el que te ha abierto los ojos, el que te ha hecho notar que tienes el don. Si no fuera por mí, seguirías de esposa fiel y sufrida. ¡Y así me pagas! ¡Desagradecida! —siguió Martín con su bufonada, pero definitivamente poseído por los demonios de la inseguridad y el deseo. ¿Con quién estaba saliendo Cleo? ¿Cómo se habían conocido? ¿Cuándo habían hecho el amor? Necesitaba saberlo ya y necesitaba también dar escape a la enorme presión que se estaba acumulando en su sexo.

—¡No te voy a contar nada! ¡Así me mates! —le leyó Cleo los pensamientos.

—¡Eso está por verse! ¡Te voy a hacer confesar con quién has estado!

—¿Sí? ¿Cómo? —retrucó desafiante Cleo.

—Te voy a violar si no me cuentas todo, hasta el último detalle —le anunció Martín subiéndose encima de ella. No podía esperar más. ¡Que Cleo no confesase, pero que no le negase su sexo, el bálsamo de su sexo!...

Al final, los dos quedaron exangües, boqueando cual peces varados en la orilla tras la más violenta de las tormentas, pero igual Cleo no quiso soltar prenda sobre su nueva conquista.

—¿Trifon?! ¿Es su nombre o su apodo? —le preguntó Martín cuando por fin logró hacerla hablar en uno de sus siguientes encuentros.

—Su nombre —aclaró ella.

Era ingeniero mecánico y había llegado al Cuzco con un colega para reparar la maquinaria de una de las fábricas de la ciudad. Cleo lo conoció por intermedio de una compañera de Bellas Artes que a su vez era amiga de ese otro ingeniero. Los cuatro salieron juntos a una discoteca y al parecer lo pasaron tan bien que quedaron para repetir el plato a la noche siguiente, pero Cleo no pudo escaparse de casa y los dejó plantados. Varios días después, cuando ya se había olvidado de su galán, se lo encontró a la salida del trabajo y allí empezó todo.

La parte de la historia que a Martín más le interesaba era precisamente ésa, la que arrancaba con el encuentro delante de la Compañía, pero no hallaba la manera de convencer a Cleo para que entrase en detalles. «¡Ya sé!», le propuso tras agotar sus recursos habituales. «Si me cuentas, yo hago strip tease para ti». Era una fantasía que tenía Cleo desde que escuchó que un grupo de stripers se había presentado en el Cuzco, causando furor entre las mujeres que se atrevieron a asistir a ese espectáculo. «Está bien», aceptó ella de inmediato. «Pero primero tú haces el strip tease y si me excita, yo te cuento todo lo que quieras». Martín protestó aduciendo que ese trato no era justo, que no era su culpa si ella no se excitaba, pero finalmente se vio obligado a aceptar las condiciones de Cleo.

La función tuvo lugar en la sala, delante de la chimenea. Martín, en realidad, no se tomó en serio el asunto. Confiaba, más que en excitar a Cleo, en hacerla reír parodiando los movimientos de esos musculosos bailarines que se creían unos Adonis cuando estaban en el escenario. A los pocos instantes de empezar a bailar, sin embargo,

sintió que estaba haciendo el ridículo y sus movimientos se hicieron torpes y nada graciosos. Decidió entonces desnudarse lo más rápido posible, pero Cleo, protestando, paró la música.

—¿Qué haces? ¿Eso es strip tease? Así no excitarías ni a una vieja virgen que nunca ha visto a un hombre desnudo.

—Mejor no me sale —trató de defenderse Martín—. ¡Ni que fuera profesional! Ahora te toca a ti. ¡Cuéntame cómo fue!

—¡Ése no ha sido el trato! No te pienso contar nada a menos que hagas un buen show —fue tajante Cleo.

Martín hizo un par de intentos más, pero lo único que consiguió fue arrancar algunas sonrisas benévolas y convencerse de que desnudarse con gracia era un arte muchísimo más difícil de lo que a primera vista parecía.

—¡Me rindo! —dijo dejándose caer sobre la alfombra.

—¡Pobrecito mi bebé! ¡Ven, yo te desvisto! —se arrodilló a su lado Cleo.

—No, no, deja. En lugar de excitarte, he logrado desexcitarme. Tendría que venir un ejército de stripteaseras para que me den ganas de hacer el amor —dio rienda suelta a su enfado y se quedó en silencio, con la vista fija en la danza de las llamas.

—Yo creía que los hoteles de cuatro estrellas tenían chimenea en las habitaciones —dijo de pronto Cleo.

—¿A qué viene eso?

—Trifon estaba en el San Agustín. Las habitaciones no habían sido nada del otro mundo. Limpias, con alfombra, televisor, pero nada del otro mundo...

Martín no hizo ningún comentario ni preguntó nada. Miró en silencio a Cleo tratando de entender qué es lo que pretendía: ¿provocarlo y seguir jugando con él?, ¿devolverle el buen humor porque se sentía culpable?

—Lo que sí fue como en las películas fue el servicio a la habitación. ¿Así se dice? Trifon llamó por teléfono y pidió dos pisco sours.

Al poco rato se presentó un mozo y dejó las copas sobre la mesa. Yo me tapé hasta la cabeza con las frazadas.

—¿Ya habían hecho el amor? —preguntó Martín dudando todavía de las intenciones de Cleo, pero sintiendo al mismo tiempo cómo despertaban sus sentidos y su cuerpo se ponía tenso.

—Sí —asintió Cleo—. Fue ese día que me esperó a la salida del trabajo. No sé por qué, pero me alegré bastante de verlo. Pensé: «Éste está bueno. Esta vez no se me escapa». Me invitó a almorzar y le dije que no podía. Me invitó a bailar y le dije que tampoco podía. Pero antes de que pensara que me estaba haciendo la rogada, me mandé: «¿Por qué mejor no me invitas a tomar un café a tu hotel? Nunca he entrado al San Agustín».

—¿Tú ya sabías que estaba alojado allí?

—Claro. Esa noche de la discoteca me había contado.

—¿Y a qué hora se encontraron?

—A las cinco. Me presenté por si acaso bien arreglada y recién bañadita. Yo pensaba: «Si me invita a la cafetería, se fregó conmigo por mongo. Después agarro y toda modosita me despido». Pero me llevó a su cuarto con el pretexto de que conociera todo el hotel...

Martín, a esta altura del relato, sentía envidia del tal Trifon. Él nunca había tenido la suerte de que una mujer le facilitara tanto las cosas.

—¿Y? —le preguntó a Cleo.

—Como te dije: me asombró que el cuarto no tuviera chimenea.

—Eso ya sé.

—¿Qué? ¿Cómo fue?... Se acercó a mí por la espalda y me cogió los hombros y yo, en lugar de soltarme como hubiera hecho antes, me apoyé sobre su pecho... ¡Qué descarada me estoy volviendo!

—Descarada no. Dueña de ti misma, de tu sexualidad —le corrigió Martín. Estaba cada vez más excitado. Deseaba hacer el amor con Cleo, pero también quería escuchar el final de su relato. En

realidad, lo ideal hubiera sido que reconstruyesen lo que ocurrió en ese hotel igual como se reconstruye un crimen.

—Y también descarada. ¿En qué estaba? Ah, sí, me apoyé en su pecho y él empezó a besarme en el cuello y tú sabes que no hay nada que me excite más. Encima me empezó a acariciar los senos hasta que los pezones se me pusieron duritos... Ahí no aguanté más, me di la vuelta y también empecé a besarlo, a acariciarlo...

—Sáltate los preámbulos —la interrumpió Martín—. Tú sabes que no me gustan.

—A mí sí. Cuanto más me besan y acarician, cuanto más despacio me quitan la ropa, más rico resulta luego hacer el amor...

—¡Sáltatelos! —insistió Martín. Le parecía que de un momento a otro iba a eyacular y no quería que eso sucediera antes de que Cleo llegase al episodio culminante de su historia.

—¡Está bien, no te enojés! Así, de pie como estábamos, nos empezamos a desnudar, pero despacio, besándonos en el cuello, en los hombros, acariciándonos. Después, cuando me quitó el sujetador, me besó tan rico los pezones que casi tengo un orgasmo. Y aquí viene lo que más me gustó. ¡No me vas a creer! Los dos estábamos ya en trucas y de repente él me dijo: «Te tengo que advertir algo». Yo me asusté un poco y hasta me hice para atrás, pero Trifon me tranquilizó. «No te asustes», me dijo. «Lo que quiero es que sepas que mi pene es un poco grande y a algunas chicas no les gusta porque les hago doler». «¿De verdad?», le pregunté mirando hacia abajo. «A ver muestra».

—¿Qué? ¿Y de verdad era supergrande? —se asombró a su vez Martín.

—Supergrande no, pero sí más grande de lo normal. Yo, por lo menos, nunca había visto uno de ese tamaño...

—¡Ni que hubieras visto muchos! —se burló Martín.

Cleo, cayendo en la provocación, se le abalanzó encima, lo cual aprovechó él para, rodando sobre su espalda, aprisionarla bajo su

cuerpo y besarla... Si no le arrancó la ropa fue porque conservaba todavía una pizca de cordura y porque ella le ayudó quitándose de un tirón el pantalón y la traza. Cuando por fin estuvo dentro de ella, la ola de placer que recorrió su cuerpo le proporcionó alivio y acicateó aún más su curiosidad.

—¿Y no te hizo doler?

—¡Muévete! ¡Muévete!

—¡Primero cuéntame! ¿No te hizo doler?

—Antes de penetrarme me siguió acariciando y me besó mi cósita. Y después me penetró poco a poco, con delicadeza...

—¿Así? —empujó suavemente Martín.

—¡Sí, así, suavcito, suavcito, hasta que sentí todo su enorme pene dentro de mí!

—¿Así? —empujó con más fuerza Martín.

—¡Sí, así, bien adentro! Y luego, siempre suavemente, empezó a meterlo y a sacarlo y me preguntó si me dolía. «No», le dije, «no me duele». ¡Qué rico! ¡Así, así, muévete, muévete!

—¿Y su pene te volvía loca?

—¡Sí, nunca había sentido uno tan rico! Lo metía y lo sacaba. ¡Así, así! ¡Y sólo de pensar que tenía un pene tan grande dentro de mí me excitaba más, más, más...!

... Llegaron juntos, rápido pero juntos, y con tal violencia que casi tuvieron convulsiones.

—¡¡No me he puesto el globito!! —exclamó Martín al recuperar el habla y hasta se incorporó del susto.

—¡Dale con el globito! ¡No te preocupes! ¡No estoy en días de peligro! —lo tranquilizó Cleo—. ¡Ven, échate a mi lado! ¡Pon tu cabeza sobre mi hombro!

Las noticias sobre coches bomba, atentados y enfrentamientos entre Sendero Luminoso y el ejército eran el pan de cada día en esos primeros meses de 1992. En el Cuzco sólo se escuchaban los ecos lejanos de esa guerra que ensangrentaba el país, pero la atmósfera que flotaba sobre la ciudad igual era densa, opresiva, como en julio y agosto, la temporada de secas, cuando los campesinos quechuas, siguiendo costumbres ancestrales, queman por doquier los pajonales y el humo de los incendios nubla el cielo y ennegrece el horizonte.

Martín, afectado además por el aislamiento de la ciudad y por el desmesurado entusiasmo con que el alcalde estaba alterando la fisonomía del centro histórico, empezaba a darle la razón a su ex casero y a pensar que el Perú se estaba desmoronando. Era una impresión que se acentuaba con la aparición de un peculiar tipo de turista: el limeño de clase media que por primera vez se sentía directamente amenazado por las hordas senderistas y que llegaba al Cuzco no para admirar sus sitios de interés sino para sobreponerse a la psicosis bélica desfogando tensiones en los locales nocturnos.

El desaliento, en suma, era tan generalizado y la desmoralización tan extrema que Martín acabó contagiándose y, como el resto de peruanos, cada día tenía más dificultad para imaginar un futuro, para vislumbrar siquiera un destello al final del túnel. Era segura-

mente esa sensación de estar en un navío sin rumbo y a punto de naufragar la que lo empujaba a los brazos de Cleo. El sexo con ella, desesperado, sórdido, aletargante, aniquilador, era la droga a la que recurría, cuando no andaba metido de cabeza en el trabajo, para olvidar que estaba próximo el fin de su mundo.

Como antes el Zarco, Trifon, con su enorme pene, hizo durante una corta temporada las veces de estimulante. Obsesionado con la imagen de Cleo entregándose a su amante en un hotel, Martín no pudo vencer la tentación de vivir la misma experiencia, pero dándole un toque personal. Había escuchado varias veces que la mejor vista de la Compañía era la que se apreciaba desde una de las habitaciones del hostel que un colega suyo tenía en la calle Suecia. Allí, en esa pieza, venciendo el temor a que alguien los viese entrar, hizo el amor con Cleo para fusionar nuevamente, multiplicando su intensidad, dos de los placeres más grandes que conocía: el sexo con ella y la contemplación, en el crepúsculo, de esa iglesia a la que le estaba devolviendo su esplendor.

—Es verdad lo que me habían dicho —comentó cuando reposaban en la cama—: en esta habitación te sientes como en el cielo, sientes como que volaras sobre la ciudad...

—La que te ha hecho sentirte en el cielo he sido yo —bromeó Cleo.

—¿Sabes de quién es este hostel? —trató de ignorar Martín su hablar motoso y le soltó el nombre del conocido arquitecto.

—¿Estás loco? ¡Cómo se te ha ocurrido traerme aquí! ¿Y si nos veía entrar?

—Le explicábamos que queríamos hacer el amor en la habitación número uno porque nos habían alabado mucho la incomparable vista que tiene —le tocó a Martín el turno de bromear. No se arrepentía del riesgo que había corrido. Lo que acababa de experimentar superaba la más audaz de sus fantasías...

Después de Trifon apareció en la vida de Cleo un oriental, Félix

Wang. Era un próspero comerciante que trabajaba en sociedad con un pariente de ella en Lima y que al parecer vivía tan obsesionado con ganar dinero que terminaba causando mala impresión.

—¡Ni siquiera Machu Picchu quiere conocer! ¡Sólo piensa en los negocios! —comentó escandalizada Cleo.

—Hay gente así, inmune a los atractivos del Cuzco —tomó filosóficamente el asunto Martín, pero sin perder la oportunidad de empujarla a una nueva aventura—: Sería bueno averiguar si tus encantos también lo dejan indiferente.

—Parece que no. Me ha dicho que es experto en comida china y que le gustaría cocinar para mí.

—¡Ve, para lo que había tenido gracia el Wang Tan ese! —se burló Martín y su ocurrencia hizo reír tanto a Cleo que el apodo se le pegó firmemente al codicioso chino, que resultó una caja de sorpresas.

Para empezar, a la hora de galantear a una mujer no era nada mezquino; por el contrario, se mostraba espléndido y derrochador, tanto que Cleo sucumbió en un dos por tres a las inusuales atenciones que el chino le hacía: regalitos, invitaciones a los sitios más caros, ofertas de hacer negocios juntos y ganar dinero como jugando.

—¿Y? —le preguntó Martín cuando ella confesó que se había rendido.

—¿Y qué?

—¡Ya sabes! ¡No te hagas la inocente!

—La verdad, yo no tenía muchas ganas de acostarme con él, pero me picó la curiosidad cuando dijo que me iba a hacer gozar como nunca, que los orientales son los únicos que dominan el arte de dar placer a una mujer...

—Experto en todo el Wang Tan: experto cocinero, experto en sexo. ¿No será más bien un bocón?

Cleo no dijo ni sí ni no, pero la sonrisa que se dibujó en su rostro hizo que Martín se pusiera en guardia.

—¿Sabes lo que es el Tao? ¿No sabes? —siguió sonriendo—. Félix me enseñó primero la teoría y después la práctica. De la teoría casi no me acuerdo nada, pero de la práctica...

Hasta donde Martín entendió, las enseñanzas del Tao consistían en que el hombre, para dar placer a una mujer, debía aprender a controlar la eyaculación. Y eso era precisamente lo que había hecho Félix: excitar al máximo a Cleo para luego regalarle varios orgasmos con apenas pequeñas pausas.

—¿Y él no eyaculó ninguna vez? —preguntó Martín incrédulo.

—Ninguna. Dice que el hombre cuando eyacula pierde mucha fuerza, se debilita y envejece rápido.

—¡Pucha! Entonces yo voy a morir joven —se burló Martín, pero envidiando en el fondo la destreza del chinito.

Dos regalos le dejó Félix Wang a Cleo antes de regresar a Lima: un anillo de oro adornado con un pequeño rubí y una novela erótica china. Ella estaba emocionada con el anillo, no se cansaba de mirarlo y de mostrárselo a Martín abriendo los dedos de la mano. Él se entusiasmó con la novela, tanto que la devoró en menos de una semana, leyendo hasta pasada la media noche.

—¡Excelente el regalo de Wang Tan! ¡Tenemos que ponerlo en práctica! —le comentó a Cleo—. ¡Lee, lee esto, por ejemplo!

Era un pasaje en el que se relataba el encuentro amoroso entre la heroína y un hombre adinerado en ausencia del marido de ella. Lo que despertó la curiosidad de Martín era la técnica sexual descrita en detalle: el hombre, al tiempo que penetraba a la mujer, le introducía un dedo por su «estrella de mar». Ésa era la palabra que se utilizaba y que a Martín le parecía exacta: «estrella de mar».

—¡Qué mañosos los chinitos! —comentó Cleo cuando terminó de leer—. ¡Ni sueñes que vamos a hacer eso! Seguro duele.

—¡No te va a doler! ¡Mira lo que he comprado! —le mostró Martín una latita de vaselina.

—¡No lo vamos a hacer! —se puso seria Cleo.

—¡Está bien, está bien, no te enojés! —la tranquilizó, pero poco más tarde se salió con la suya.

Habían alcanzado ese grado de enardecimiento que ofusca la razón y Cleo no tuvo ningún reparo en ponerse de rodillas y ofrecerle las nalgas. Estrujándolas, tirando de ellas hacia los lados, Martín puso al descubierto ese orificio estriado —¡una perfecta estrella de mar!— con el que soñaba desde hacía varios días. Abrió la latita de vaselina, pasó por ella el índice y lo introdujo cuidadosa y paulatinamente en esa estrecha cavidad. Recién entonces penetró de nuevo a Cleo y pudo sentir con la yema del dedo como avanzaba su pene por la vagina de ella. Era sumamente inquietante el atisbar de esa manera los secretos del acto sexual, el descubrir con el tacto lo que los ojos no podían ver...

El desenfreno, la crudeza cada vez mayor con que estaban viendo esa relación fue quizá lo que empujó a Cleo a los brazos de un hombre tras otro, al extremo de que a Martín le era difícil ya individualizarlos, recordar sus nombres e imaginarles un rostro. Lejos estaba esa etapa en la que cada detalle de las aventuras de Cleo era para él importante, incluso el escenario de sus encuentros amorosos: la dirección exacta del departamento del Zarco, por ejemplo, o la descripción minuciosa de la habitación de hotel que ocupaba Trifon y hasta de la vista que se tenía desde la ventana. Ahora sólo le interesaba escuchar los pormenores picantes, lo que por novedoso pudiese enardecerlo o por excitante pudieran poner en práctica. Sus reacciones en esto, no obstante, eran totalmente imprevisibles: podía quedarse frío ante el relato de un encuentro que ella consideraba fuera de lo común como podía arder de deseo al enterarse de que el amante de turno había utilizado preservativos con olor a frutas o era un muchachito de apenas veintitantos años que daba gracias al cielo por haberse encontrado con una mujer así.

Varios meses duró esta bacanal, este descenso al reino de la carne. Poco a poco, sin embargo, a medida que se sucedían más y más

capítulos de esa a final de cuentas desangelada y sórdida historia, Martín empezó a cansarse y a mirar con aprensión la pendiente por la que Cleo estaba resbalando y por la que él mismo podía ser arrastrado. «Tenemos que parar antes de que suceda algo irreparable», se dijo entonces y empezó a llamar al orden a Cleo con el mismo empeño con el que antes la instaba a saltarse todas las barreras.

—¿No crees que se te está pasando la mano? —le reprochaba—. Casi dos o tres veces por semana sales con alguien. Tu esposo podría darse cuenta.

—Él nunca está en casa —se defendía Cleo—. Todos los días se emborracha con sus amiguetes y se ha olvidado hasta de que existo. Creo que si yo no llegara a dormir, él ni se enteraría.

—Igual es demasiado riesgoso lo que estás haciendo. Por último, si no te preocupa tu esposo, deberías dedicarles más atención a tus hijos. Deben estar muy abandonados últimamente.

—¿Por qué mejor no me dices de frente que te has cansado de mí?

—No me he cansado de ti, pero tampoco quisiera que tengas problemas en tu matrimonio —le explicaba Martín, pero igual ella terminaba ofendiéndose.

El que Cleo fuese casada era una espinita que no lo dejaba tranquilo. Lo aterraba la idea de que un buen día el desentendido pintor descubriese la doble vida que estaba llevando su esposa. ¿Qué ocurriría en ese caso? ¿La golpearía hasta matarla? ¿Se presentaría en el convenio para armar escándalo? ¿Se divorciaría? ¿Y qué debía hacer él si sucedía eso? ¿Lavarse las manos y dejar que Cleo resolviese sola sus problemas conyugales? ¿Defenderla del energúmeno del marido? ¿Ayudarla económicamente de vez en cuando si las cosas terminaban en divorcio? El lío, en cualquiera de los casos, sería de tal calibre que no le quedarían ganas ni de mirar a Cleo.

De los dos, por lo demás, era él el más prudente, quien vivía permanentemente preocupado por el riesgo de un embarazo o quien le estaba recordando siempre a Cleo que se hacía tarde y que era hora

de que regresase a su casa. Ella, cuando perdía la cabeza, lo cual ocurría a menudo, se volvía temeraria y era incapaz de medir las consecuencias de sus actos. Con frecuencia insistía, por ejemplo, en que Martín no usase preservativo. «¡Odio tus globitos! No estoy en días de peligro», refunfuñaba. «Quiero sentirte. Quiero que me mojes. Quiero sentir tu chorrito». Otras veces remoloneaba al momento de vestirse, se quejaba del frío, de que tenía sueño y repetía insistentemente que le gustaría pasar toda la noche con él. «No te dejaría dormir», bromeaba en esos casos Martín o, si se sentía en el compromiso de decir algo serio, se contentaba con soltar un par de frases vagas y ambiguas al estilo de: «Algún día tendremos la oportunidad. De repente coincidimos en Lima o en algún otro sitio».

Él no tenía el menor deseo de pasar una noche con ella. Ni siquiera tenía ganas de verla muy seguido y pretextaba estar ocupado cuando ella tomaba la iniciativa. «Aprovecha para estar un poco más con tus hijos», le aconsejaba en tales ocasiones. «Yo sabré lo que hago. Ése no es asunto tuyo», se enojaba Cleo, pero a él le daba lo mismo. Pensaba que era mejor así, que habían estado jugando con fuego y que era un milagro que no se hubiesen quemado.

24

Junio, el mes del Cuzco, fue particularmente desagradable para Martín. Seguía fiel a su propósito de ver menos a Cleo, pero sin encontrar a alguien o algo que llenara el vacío que dejaba ella. Para colmo, por donde caminase chocaba con alguno de los esperpentos fruto del ímpetu constructor del alcalde. Era una maldición de la que no pudo librarse ni huyendo a Lima pues en el avión le tocó compartir el asiento con el excéntrico personaje que estaba dirigiendo la construcción del monumento a Pachacútec. Esa obra, según proclamaba sin inmutarse el polifacético artista que antes rodaba películas y ahora esculpía el bronce, estaba concebida para durar dos mil años. Por eso, para enchapar las lajas de piedra con las que se buscaba imitar la arquitectura incaica, estaban utilizando no cemento sino un pegamento especial, el epóxico químico que empleaba la Nasa para adherir las pequeñas placas de cerámica en la cubierta de los transbordadores espaciales.

—¿Cuánto están invirtiendo? —le preguntó Martín al escultor, pero éste se salió por la tangente explicando que a él no le preocupaba el dinero, que ése era asunto de contadores.

—¿Medio millón de dólares? —insistió Martín.

—¡Fácil! —respondió el artista y seguro que no exageraba.

—¿Y siempre van a terminar para octubre?

—El Flaco insiste en que sí, pero no creo que podamos, a menos que me den peones para trabajar en tres turnos, día y noche, sin parar.

La imagen que le vino a la mente a Martín al escuchar la palabra «peones» fue la de esclavos trabajando a punta de látigo en la construcción de una pirámide o de un templo a algún dios pagano. A juzgar por lo que contaba el escultor, por lo demás, lo sobrenatural, lo esotérico, lo irracional jugaban un papel sumamente importante en esa obra. Así, el diámetro del torreón que serviría de pedestal al bronce de Pachacútec coincidía, al parecer sin que nadie se lo hubiera propuesto, con el de los cimientos del torreón de Sayacmarca en la fortaleza de Sacsayhuamán. La explicación que el artista daba a este hecho era que en el alcalde de la ciudad se había encarnado el espíritu del gran inca Pachacútec.

—¿En el alcalde?! —preguntó Martín atónito.

—Sí, el Flaco fue el que decidió ese diámetro —aclaró sin sonrojarse el escultor.

Mucho peores que el monumento a Pachacútec eran, sin embargo, las fuentes que el Gran Reconstructor del Cuzco estaba sembrando en pleno centro histórico. Desde el año anterior ya había una en la esquina de Herrajes y Triunfo, justo en la entrada al callejón de Hatun Rumiyoq, ocupando toda el área de la pequeña plazuela y rompiendo totalmente la armonía del conjunto. Otra, enorme, en tres niveles y con cascadas, había sido construida delante del colegio de San Francisco de Borja, en el que estudiaran Túpac Amaru y otros caciques indios, y del Palacio del Almirante, una de las más bellas y mejor conservadas casonas cuzqueñas. El complemento de esa fuente era un supuesto mirador, un corredor que iba por el costado del colegio hasta Huaynapata y que rápidamente se había convertido, como ocurría con todos los recovecos que había en la ciudad, en un baño público.

En general, el alcalde parecía decidido a dejar su chocante firma en todos los rincones que todavía conservaban siquiera en parte su

personalidad y originalidad. En Santa Teresa, en esa plazuela donde quedaba la casona de Diego de Silva y otras exteriormente bien conservadas, también estaba metiendo la mano, al igual que en la plaza de Belén, delante de esa iglesia que, junto con las de Santa Ana y San Cristóbal, formaba el trío de centinelas del Cuzco, de vigías que lo resguardaban desde lugares elevados.

El malestar de Martín iba en aumento a medida que se acercaban los días centrales de homenaje a la ciudad, con la consabida letería —repetida hasta el hartazgo en las radios, los periódicos, los actos oficiales y las veladas culturales— de Cuzco glorioso e inmortal, Cuzco ciudad sagrada, Cuzco ombligo del mundo, Cuzco patrimonio cultural de la humanidad, Cuzco capital arqueológica de América, Cuzco capital histórica del Perú, Cuzco cuna de la cultura andina, Cuzco abuela de América, Cuzco Roma de los Andes, Cuzco corazón del Tahuantinsuyo, Cuzco madre generosa, Cuzco ciudad milenaria, Cuzco ciudad pétrea, Cuzco áureo, Cuzco raíz, Cuzco imperial, Cuzco centro de las energías humanas, Cuzco centro solar de la civilización, Cuzco arca santa de las tradiciones, Cuzco infinito, Cuzco eterno, Cuzco entraña de la nacionalidad, Cuzco mole, Cuzco latido, Cuzco esencia.

¡Cómo le cansaba a Martín esa retórica que se repetía año a año! Esa acumulación de títulos, epítetos y loas, muchas veces rayanos en la huachafería, para lo único que servía finalmente era para distraer la atención del sostenido proceso de destrucción que estaba sufriendo la ciudad desde hacía décadas. Era eso lo que más le fregaba: el que sus paisanos, al tiempo que se llenaban la boca de hueras alabanzas a la ciudad y a su pasado, asistieran impasibles a su deterioro y fueran incluso los principales causantes de esa degradación.

El alcalde, qué duda cabe, era el adalid en ese arte de la doble conducta: con una mano dirigía el coro que cantaba ditirambos al Cuzco, encargaba más y más panegíricos, organizaba lides poéticas, publicaba libros celebratorios de las glorias de la capital incaica, y con la

otra construía fuentes que distorsionaban la fisonomía del centro histórico, remodelaba las calles y plazas a su antojo introduciendo más y más elementos extraños a la arquitectura de la ciudad, anatematizaba a los que se atrevían a criticar sus desatinos y los condenaba a la hoguera.

La euforia de desfiles, de inauguración de obras de ornato, de realización de coloquios sobre la resistencia andina, de quema de fuegos de artificio, de serenatas y discursos laudatorios, colmó finalmente la paciencia de Martín. No era para menos pues él, trabajando en plena plaza de armas, se topaba a diario, mañana, tarde y noche, con muchas de las manifestaciones de esa fiebre de festejos y sufría la cantidad de trastornos e incomodidades que ocasionaban. Algo tan simple como ir a la Merced se convertía en una tortura pues debía dar enormes rodeos para atravesar la avenida del Sol, bloqueada a diario por algún desfile.

El 23 de junio, cuando se suponía que le tocaba demostrar su amor al Cuzco participando en el desfile cívico, decidió quedarse en casa. Lo que haría, si le entraban las ganas de divertirse un poco, sería presentarse de frente en la fogata que los trabajadores del convenio organizaban en el patio de la Compañía. Ésa era otra de las tradiciones que había iniciado Beltrán: después del agasajo en el instituto, todos iban a la obra, donde se cantaba y bailaba hasta el amanecer, aguardando que los primeros rayos del dios Inti bañasen con oro las torres de la iglesia. «Es el momento en el que el dios de los incas hace las paces con el dios de los españoles», bromeaba en tales ocasiones Beltrán.

Por la tarde, desde la ventana de su estudio, Martín estuvo contemplando la cantidad de puntos multicolores que llenaban la plaza. «Alguien que no supiese que toda la gente viste poncho, se rompería la cabeza tratando de entender el porqué de esa profusión de rojos, marrones y grises», pensó. Le pareció también que la Compañía, con los andamios que habían levantado hacía poco para restaurar la fa-

chada y la puerta principal, lucía como abatida, cual si necesitase apoyo para sostenerse en pie. Después, al hacer el intento, el enésimo de la temporada, de retomar el trabajo en el lienzo que estaba en el caballete, se dio cuenta de que el abatido, el desanimado, el cansado era él y se sirvió un trago para entonarse.

A la hora que decidió salir estaba un poco mareado, pero seguía igual o más deprimido que antes. Ya en la puerta, desechó la idea de ponerse poncho a sabiendas de que con casaca, en medio de tanto disfrazado, se sentiría incómodo. «¡Me importa un bledo!», pensó. «¡Ni que fuese oveja para hacer lo mismo que hacen todos!». Tomó la ruta de siempre, pero dudando, pensando por el camino si no sería mejor dar un rodeo por Tigre, Tecsecocha y Suecia para desembocar de frente en el portal de Carnes, a un costado de la catedral, y así ahorrarse el congestionamiento de Espaderos y la plaza de armas. Sus pies, sin embargo, no recibieron la orden e hicieron lo acostumbrado: doblar por Santa Teresa y seguir hasta Regocijo.

Esta plaza, por lo general tan tranquila y poco transitada que servía de refugio a las parejas de enamorados, rebalsaba esa noche de la gente que ya había desfilado, pero que quería seguir bailando y bebiendo. En medio de esa multitud, delante del municipio, Martín se encontró con Aldo Jiménez, que blandió una botella a modo de saludo.

—¿Un traguito? ¡Es un Ocucaje! —mostró orgulloso su pisco el periodista—. Tiempo que no te veo. ¿En qué andas? ¿Te vas a convertir siempre en el Pissarro cuzqueño?

Martín, susceptible como estaba, percibió en esta última pregunta cierto tufillo irónico. Quizá se trataba de una inofensiva referencia a la conversación que tuvieron sobre el Cuzco en la pintura y la literatura, pero a él le pareció una velada alusión a su trabajo en el convenio y a su fobia contra el alcalde.

—Nunca he tenido esa pretensión —contestó—. Conozco mis limitaciones. No soy como otros, que se creen Pachacútec.

—¡O *Paqchacútec*! —celebró el periodista la respuesta de Martín—. ¿Sabías que ése es el apodo que le han puesto al Flaco? *Paqchacútec*, por las *paqchas*, las fuentes.

Encontrando el apelativo de lo más acertado, Martín rio de buena gana.

—¡Salud! —le dijo a Aldo ya en tono amistoso y bebió a pico un buen trago—. ¿Y tú en qué andas? ¿Sigues escribiendo?

—Ya terminé otro cuento. Justo eso estoy celebrando. El Flaco me ha ofrecido publicar mi libro.

—¿Cuándo?

—A fin de año, cuando lo tenga listo.

—A fin de año también entregaremos la Compañía.

—Pensé que iban a acabar en octubre, por el Quinto Centenario.

—Ésa era nuestra intención, pero nos ganó el tiempo —mintió Martín.

—¿Otro traguito?

—El último. Tengo que encontrarme con una amiga —faltó a la verdad una vez más por miedo a que Aldo se le pegara.

El gentío en Espaderos era tal que lo más sensato hubiese sido volver sobre sus pasos y dar el rodeo por Tecsecocha, pero decidió probar suerte por la calle del Medio.

La plaza de armas estaba convertida, como todos los años en esa fecha, en un gigantesco mercadillo donde lo único que se comercializaba eran bebidas alcohólicas. No cerveza, vinos, pisco o ron, sino preparados de variado aspecto y de dudosa calidad, vendidos a precios ínfimos por todo el que quería ganar un poco de dinero: escolares del último año de colegio para sus viajes de promoción, universitarios, activistas de partidos políticos, miembros de clubes sociales y deportivos o, inclusive, simples ciudadanos emprendedores. La cantidad de comerciantes de alcohol era casi igual a la de compradores y juntos hacían que caminar por la plaza fuese un empeño inútil.

Martín se armó de paciencia y logró llegar, culebreando entre la

multitud, hasta frente a la universidad, pero atravesar la calle resultó de veras imposible. Ninguna de las personas que, formando una muralla, observaban el interminable desfile quería apartarse un milímetro, como si el monótono espectáculo de sus paisanos bailando borrachos al son de bandas de caperos fuese el más maravilloso, original e inolvidable del mundo.

Buen rato estuvo Martín como un poste, paralizado por lo absurdo que le parecía estar tan cerca de la Compañía sin poder llegar hasta allí. Hubiese podido, claro, retroceder hasta Saphi, pero contra toda lógica decidió esperar a que la gente se aburriera de ver el desfile y dejara un resquicio por el que pudiese pasar. Entre tanto, para no morir de frío, compró una botella de trago a unos muchachos que tenía al lado.

—¿Qué es? —les preguntó.

—¡«Racumín»! —soltaron la carcajada, pero luego aclararon, para no espantar al cliente, que era cañazo mezclado con cocimiento de cáscaras de frutas.

—¿Seguro? —miró la botella con desconfianza. Tenía una etiqueta, impresa artesanalmente, con el nombre de la bebida y el dibujo de una rata parada en las patas traseras y empujando el codo—. ¿No será raticida?

—¡Noooo! ¡No se pase! —volvieron a reír los muchachos—. ¡Es cañazo del mejor, garantizado!

Martín probó un sorbo y no lo encontró tan desagradable. Después, como una botella le parecía mucho para él solo, decidió compartirla con los fabricantes, quienes le explicaron que la ganancia del negocio era para publicar una revista cultural.

—¿Y cómo se llamará? ¿También «Racumín»?

—No, «La rata bohemia» —bromeó uno de los chicos, provocando una estruendosa carcajada.

—Se llamará «Inti Raymi» —aclaró otro cuando terminaron de reír.

—¿Por qué «Inti Raymi»? —le desagradó el nombre a Martín—. Eso está bien para una revista de folclor o de arqueología, no para una de jóvenes. En ese caso, «La rata bohemia» está mejor, es un nombre más provocativo.

Su sugerencia, no se lo esperaba, desató una viva polémica. Nadie, es verdad, defendía el nombre soltado en broma, pero la mayoría se desencantó del membrete tan tradicional que habían escogido para la revista. «En el Cuzco todo se bautiza con nombre de inca o de santo», tradujo muy bien este temperamento uno de los muchachos y todos estuvieron de acuerdo en apostar por algo diferente. Martín, cada vez más mareado, se entusiasmó con este inesperado desenlace y anunció que compraba todo el «Racumín» para apoyar la cultura. «¡En serio! ¿En cuánto me lo rematan? Si me hacen un buen precio, yo les pago», se reafirmó en su oferta y sacó del bolsillo varios billetes para demostrar que no bromeaba.

Cerraron el trato en un santiamén y luego, para celebrar, dieron cuenta de varias botellas más de ese menjunje, esta vez del stock de Martín. La conversación, mientras tomaban, giró sobre lo mismo, sobre el conservadurismo y el tradicionalismo de la sociedad cuzqueña. Martín, encontrando eco en ese auditorio joven, se despachó a su gusto contra la nostalgia imperial de la mayoría de cuzqueños, que creían que poniéndose poncho la noche del 23 de junio o escenificando año tras año el Inti Raymi estaban reviviendo los tiempos gloriosos del Incario. «Es un espectáculo pomposo, lento, aburrido, cuyo mayor atractivo es el imponente escenario donde se desarrolla», se entusiasmaba cada vez más Martín sin percatarse de que estaba aburriendo a sus oyentes. «¿Y la huachafada que hace el alcalde de informar al inca sobre cómo ha gobernado la ciudad durante el año? ¿Han visto? Le entrega unos quipus y luego recibe felicitaciones por su buena gestión...».

—¿Y acaso no es buena? —lo interrumpió uno de los muchachos— ¡Es el mejor alcalde que ha tenido el Cuzco!

—Sí, tío, no sea malcriado, no se meta con el alcalde y no raje tanto de los cuzqueños. ¿Usted de dónde es? Arequipeño seguramente —le espetó con agresividad otro muchacho.

—¿Por qué arequipeño? Cuzqueño —respondió atemorizado Martín.

—¡Anticuzqueñista entonces! ¡Nosotros no chupamos con anticuzqueñistas, así sea gratis! —sentenció el que había salido en defensa del alcalde y luego, dirigiéndose a sus amigos, añadió—: ¡Vámonos, vámonos! ¡Este tío se está poniendo pesado!

Martín se quedó solo, con las manos que le temblaban. ¡De buena se había librado! En un momento pensó que esos jóvenes le propinarían una paliza y lo dejarían medio muerto en plena plaza de armas. Y no sabía qué hubiese sido peor, si los golpes o las explicaciones que hubiesen dado esos muchachos para justificarse. Cuando se tranquilizó un poco, quiso abandonar sus dos cajas de «Racumín» y dirigirse a la Compañía, pero se dio cuenta de que los espectadores del desfile seguían formando una barrera infranqueable. Esto acabó con lo poco de compostura y autocontrol que le quedaba. «¡Mierda, mierda!», masculló y empezó a patear sus cajas con «Racumín». «¡Ya sé, carajo!», pensó cuando se hubo desfogado un poco. «Lo que voy a hacer es envenenar a todos estos cuzqueñistas de mierda, empezando por el alcalde. ¡Ya no los aguanto! ¡Cuzco inmortal!, ¡Cuzco abuela!, ¡Cuzco madre de la cultura andina! ¡Conchisumadres! El Cuzco es una ciudad bella, hermosa, con una enorme carga de sensualidad como casi todo lo que es bello, y estos cuzqueñistas cojudos, en lugar de simplemente apreciar esa belleza y hacer algo por cuidarla, se dedican a repetir huachafadas. ¡Racumín, carajo! ¡Raticida para todos!».

Sin darse cuenta de lo que hacía, del estado deplorable en que se encontraba, se puso a vocear su bebida y a venderla a precio de ganga.

—¿Emborracha? —le preguntaban algunos de los compradores.

—¡Claro! ¿Con qué creen que me he emborrachado yo? —les respondía Martín.

—¿No mata?

—¡Claro que mata! Si no, ¿qué sentido tendría tomar? —bromeaba provocando sonoras carcajadas.

«¡Mueran, mueran, carajo!», pensaba entre tanto. «¡Cuzqueñistas! ¿Qué es cuzqueñismo? ¿Desfile el 23 por la noche con poncho, chullo y hablando huevadas? ¿Ir todos los años al Inti Raymi? ¿Amar al Cuzco por sobre todas las cosas? Entonces, si tanto lo aman, ¿por qué lo destruyen?, ¿por qué cada 24 de junio usan Sacsayhuamán como letrina?, ¿por qué lo dejan hecho un gigantesco basural?, ¿por qué convierten la plaza en una laguna de orines? ¿Por qué, carajo? ¡Ya sé! ¡Debe ser por nostalgia, por la maldita nostalgia del pasado! Quieren que el Cuzco vuelva a ser la ciudad más pestilente del mundo, como lo era en el siglo pasado, cuando Saphi, la avenida del Sol, Tullumayo, la avenida del Ejército no estaban canalizados y todo el mundo meaba, cagaba y botaba la basura allí. ¡Qué bien, carajo! ¡Yo también tengo nostalgia del pasado! ¡Yo también soy cuzqueñista! ¡También voy a mear!...».

Se metió a uno de los jardines y se puso a orinar, junto a muchos otros borrachos, en una piedra que había allí. «Debe ser una huaca», pensó.

La resaca le duró a Martín varios días. No la del «Racumín», aunque el dolor de cabeza con el que despertó a media mañana fue espantoso, sino la de su borrachera anticuzqueñista. Se avergonzaba del papelón que hizo vendiendo trago, orinando en los jardines de la plaza y pregonando sus ideas ante desconocidos, perdido y vulnerable en medio de esa bacanal andina. Si no hubiera sido por la providencial aparición de Aldo Jiménez, que viéndolo tan mareado lo llevó en un taxi a casa, hubiese entrado al Kamikaze y se hubiera puesto mal allí. ¡Se le paraban los pelos de sólo pensar en el lamentable espectáculo que hubiese dado! Como Javier Toledo, que cuando empezaba a tomar se olvidaba hasta de su nombre y se quedaba dormido en cualquier cantina, o peor aún, porque no hubiese tenido fuerzas ni para ir al baño y hubiera devuelto hasta la primera mamadera delante de todo el mundo.

Lo único positivo fue que en su borrachera se atrevió a confesar que estaba empantanado con un desnudo y el periodista le dio una buena idea: asistir como alumno libre a Bellas Artes. «Yo soy amigo del profesor de desnudo anatómico. Da clases los sábados. No habría cruces con tu trabajo. Si quieres le hablo», le insistió Aldo antes de despedirse.

La perspectiva de encontrar de nuevo placer en la pintura le ayu-

dó finalmente a superar el disgusto consigo mismo. Más aún, pensó que cuanto antes empezara con sus clases, mejor se sentiría. Se escapó, pues, una mañana a Bellas Artes y habló con el profesor, que por suerte resultó ser un conocido, sobre su afición a la pintura. «Justo estamos trabajando el cuerpo femenino», le dijo éste. «Podrías empezar este mismo sábado».

Esas clases tuvieron el efecto de reconciliarlo consigo mismo. Las horas que pasaba dibujando a la modelo y el tiempo que después dedicaba a perfeccionar esos bocetos llenaron en algo el enorme vacío que sentía cuando no estaba en la obra. Lo curioso, además, fue que de tanto trabajar en la figura femenina empezó a sentir deseos de acariciar un cuerpo que no fuese el de Cleo.

Más de dos años habían pasado desde esa tarde de fines de mayo de 1990 en la que hicieron el amor en el techo de la Compañía y desde entonces, como diablo que predica pero no practica, no sólo no se había acostado con otras mujeres sino que había dejado pasar claras oportunidades de hacerlo. En su desinterés —él lo sabía pero prefería no pensar en ello— mucho tenía que ver el mal resabio que le habían dejado las mujeres-fortaleza, esas que habían llegado a hacerle creer que no servía para el sexo.

La duda a despejar era la de, si después del largo aprendizaje con Cleo, su desempeño había mejorado, al menos lo suficiente para que el acto sexual no lo sumiera en la depresión y no le causara una «pequeña muerte». En su mente, mientras sopesaba si valía la pena gastar tiempo y energías en cortejar a otras mujeres, libraban una batalla sin cuartel dos ejércitos armados hasta los dientes: sus temores de siempre a un lado de la trinchera y sus fantasías en el otro. Sus temores le pintaban encuentros calamitosos, signados por la ansiedad, la impaciencia y los nervios, cuyo corolario era la odiada y humillante eyaculación precoz. Sus fantasías, en cambio, le dibujaban a mujeres como Cleo, ávidas de sexo y dotadas de una sensualidad innata, o a otras que, tras las reticencias tan usuales en un

comienzo, descubrían gracias a él un Nuevo Mundo, el de los sentidos.

En momentos así, cuando se sentía seguro de sí mismo, Martín jugaba con la idea de emular a Cleo, de hacer el amor con dos o hasta tres mujeres en el mismo día. De sólo fantasear con esa posibilidad, de sólo recordar esa ocasión en la que Cleo tuvo sexo con él y con otros dos hombres, se excitaba tanto que terminaba masturbándose. Eran masturbaciones gozosas, en las que la sensación de placer iba aparejada con un sentimiento de seguridad, de confianza en sus habilidades sexuales...

¿Seguridad?

La única manera de responder a esta pregunta que resucitaba viejos fantasmas era tirándose a la piscina. Él tenía en su agenda los teléfonos de muchas mujeres, simples nombres, sin un rostro, una historia, ni siquiera un apellido. Era sólo cuestión de marcar un número, de intercambiar un par de trivialidades y de soltar luego una invitación a tomar un café.

Citas de éstas, para su asombro, Martín consiguió muchas. Era como si esas mujeres con las que alguna vez quedó en salir «uno de estos días», no hubiesen hecho otra cosa en todo ese tiempo que esperar que él las llamara. Se presentaban emperifolladas, casi siempre con mucho retraso, y cogían la taza de café o té como si estuviesen en los salones de la reina de Inglaterra, con una afectación que a Martín le hacía sonreír para sus adentros. Eran mujeres de las que él jamás se enamoraría, de eso estaba más que seguro, pero les daba cuerda mostrándose igual de locuaz y animado y siguiéndoles en sus coqueteos. Lo que a Martín le hubiese gustado sacar en claro de esos encuentros era si alguna de esas damiselas había recibido de la naturaleza el mismo regalo que Cleo, pero justamente gracias a ella sabía que en eso, más que en ninguna otra cosa, las apariencias eran sumamente engañosas.

Esta búsqueda febril de nuevas amantes dio pronto algunos fru-

tos, pero que tuvieron el sabor de la desilusión. Es verdad que el sexo no fue tan desastroso como solía ser antes de que conociera a Cleo, pero al mismo tiempo estaba lejos, infinitamente lejos de tener la intensidad que alcanzaba con ella. La culpa, Martín tuvo que admitirlo, no recaía sólo en sus ocasionales parejas. Ninguna de ellas, para empezar, jugó a la mujer virtuosa, que sólo puede acostarse con un hombre cuando hay amor de por medio. A ésas Martín les echó cruces ni bien descubrió de qué pie cojeaban. Sin embargo, las que aceptaron hacer el amor eran de las que se limitaban a abrir las piernas para que fuese el hombre quien pusiese todo el empeño. Después de las maravillas que le hacía sentir Cleo, tamaña pasividad le producía la desagradable sensación de estar sobre un cadáver, inerte, yerto, incapaz de responder a ningún estímulo.

Decidido de todos modos a poner fin al prolongado reinado de Cleo, intentó hacer las veces de maestro, pero eso sólo le sirvió para convencerse de que un preceptor mediocre puede matar las dotes del más brillante y aplicado de los alumnos. Fue lo que le pasó con Lily, la más joven y fogosa de las tres o cuatro mujeres con las que se acostó esa temporada.

Para tener poco más de veinte años, Lily era una muchacha que sabía muy bien lo que quería en la vida, aunque estaba bastante confundida en cuanto a la manera de lograrlo. Alta para ser cuzqueña, blancona, con un rostro ovalado de rasgos suaves y dulces como los que tienen algunas vírgenes en los lienzos de las iglesias, simulaba una inocencia y una ingenuidad que en realidad hacía tiempo había perdido. Al igual que la mayoría de sus paisanas, soñaba con casarse, pero, a diferencia de ellas, no quería hacerlo con el primer hombre que se presentase ni mucho menos. El elegido, como en los avisos matrimoniales, debía tener buena presencia, sólida posición económica y nobleza de sentimientos. Entre tanto se presentase, Lily llevaba una doble vida: era capaz de cualquier atrevimiento cuando un hombre llegaba a gustarle y eso le ocurría por lo general con hom-

bres bastante mayores que ella, incluso casados, pero con sus pretendientes, chicos de su edad, se comportaba como una santurrona.

Martín intuyó desde un comienzo que el atractivo que él ejercía sobre Lily residía justamente en la vivienda propia, el título de arquitecto y la experiencia profesional, por lo que se apresuró a contarle, exagerando incluso, que el matrimonio no entraba en sus planes, que él era un soltero empedernido que deseaba sacarle el jugo a la vida. Para su sorpresa, sin embargo, ella, en lugar de poner punto final a ese todavía tímido acercamiento, se mostró como en realidad era: desprejuiciada, bastante práctica, dispuesta a tomar de la vida, sin pensarlo dos veces, lo que ésta le iba ofreciendo.

La primera vez que se acostaron Lily le hizo entender a Martín que lo que ella quería era aprender a disfrutar el sexo. «Debes haber tenido muchas amantes», dio por sentado. «Seguro que eres un experto en la cama». Para no defraudarla, Martín le dijo que sí, que había estado con muchas mujeres, pero añadió que sólo unos cuantos suertudos y suertudas se sacaban la lotería y nacían con un don especial para el sexo. Las demás personas, simples mortales, debían pasar por un período más o menos largo de aprendizaje si querían vivir plenamente su sexualidad. Dijo también, para curarse en salud, que en el sexo mucho tenía que ver la afinidad, la compatibilidad. «No es tan fácil encontrarse con una persona con la que te entiendas bien sexualmente», sentenció.

Fueron palabras premonitorias. Lily de verdad quería gozar con el sexo, disfrutaba con la sola idea de hacer el amor, se desnudaba de prisa ni bien entraban a la habitación, pero, quizá por lo grandulona, era de movimientos torpes, bruscos, poco acompasados, y encima demasiado impaciente. Exigía que Martín se moviese sin descanso hasta que ella consiguiese el orgasmo, pero éste, lamentablemente, no asomaba ni a lo lejos. «Esto sí que parece gimnasia», pensaba Martín cuando se le cansaban los músculos abdominales o cuando sentía que era su orgasmo el que se acercaba. En ese momento, de acuer-

do al humor con que estuviese, seguía con su vaivén hasta eyacular o le pedía a Lily que se pusiese encima. Los papeles en esta posición se invertían: le tocaba a ella el turno de moverse de cualquier manera hasta quedar exhausta y a él el de despedirse del placer que se alejaba más y más, espantado por esos movimientos discontinuos y desmañados. Lo peor de todo, sin embargo, era que Lily, insatisfecha, insistía en repetir una y otra vez la sesión, pero lo único que conseguía era contagiarle su ansiedad a Martín de modo que, contra todo pronóstico, el segundo intento resultaba peor que el primero y el tercero mucho peor que el segundo. Aleccionado por la experiencia, Martín cogió la costumbre de citarse con ella por un tiempo limitado de antemano. «Más tarde, a tal hora, tengo una reunión de trabajo», mentía para asegurarse la retirada.

Con la esperanza de enseñarle a hacer el amor como Cleo, Martín le pedía a Lily que se sentase encima de él y después, cogiéndola de las caderas, trataba de que se moviera acompasadamente de adelante hacia atrás, de adelante hacia atrás, y no de arriba a abajo, pero ella siempre terminaba haciendo esto último y sin orden ni concierto. Lo peor, sin embargo, era que Lily casi no disfrutaba en esa posición. Lo suyo, definitivamente, era despatarrarse y que su pareja la cubriera y meneara la pelvis a un ritmo frenético; es decir, lo que menos le gustaba hacer a Martín y lo que más se le asociaba con la eyaculación precoz.

Esos —en el sentido literal del término— *combates* amorosos terminaron cuando Martín constató que Lily estaba perdiendo el entusiasmo y la ilusión con los que inicialmente se metía a la cama. «Le está pasando lo que alguna vez a mí», intuyó Martín. «Está empezando a pensar que el sexo no es tan maravilloso como lo pintan». Era una culpa con la que no quería cargar y decidió ser franco. Le explicó a Lily que el sexo, cuando uno se encontraba con la persona apropiada, proporcionaba el placer más intenso que un ser humano pudiera conocer. Le confesó también que él era una calamidad

en la cama, que había descubierto las bondades del sexo hacía poco, a los treinta y siete años, y eso gracias a un encuentro afortunado. Añadió finalmente que él no era el hombre indicado para enseñarle a disfrutar en la cama. «Al revés», le dijo, «estoy matando la espontaneidad, la buena predisposición que tienes para aprender a vivir plenamente tu sexualidad».

Ésa fue la última vez que hicieron el amor. Fue el momento también en que Martín se convenció definitivamente de que en materia sexual sería siempre un aficionado, un mediocre aficionado con algunos destellos de talento siempre y cuando estuviesen de por medio mujeres como Cleo o Elena. Era muy difícil digerir esto, pero una vez que lo hizo se sintió mejor, en paz consigo mismo. En adelante sabría qué podía esperar de las mujeres y qué estaba en condiciones de ofrecerles. No habría más malentendidos ni engaños ni falsas expectativas.

Marina, la modelo cuyo voluptuoso cuerpo dibujaba sábado tras sábado y con la que a veces se encontraba en el Kamikaze, se le acercó justamente por esa época. Quizá por eso, desde la primera vez que hicieron el amor, ella apoyada en el antepecho de la ventana y él con la vista fija en la Compañía, las cosas quedaron claras. Cuando buscaron cobijo en la cama, Martín le soltó con naturalidad que le gustaba mucho hacer el amor, pero que en realidad era un amante de regular para malo.

—¿Y a ti? —le preguntó—. ¿A ti te gusta hacer el amor?

—Sí me gusta, pero como amante también soy de regular para mala.

—Entonces estamos iguales. ¡Chócala! —le extendió la mano Martín y ambos terminaron riendo.

Obsesionado con la idea de acostarse con dos mujeres el mismo día, Martín decidió que había llegado el momento de hacer realidad su fantasía. Era cuestión de planificar cuidadosamente las cosas: se podía citar con Cleo, como de costumbre, a la salida del trabajo y con Marina en el Kamikaze, a eso de las diez de la noche.

En vano estuvo tan nervioso el gran día. Esas perturbadoras imágenes que lo visitaban cuando extrañaba las relajantes caricias femeninas o con las que espantaba los pensamientos amargos en momentos de desazón, cobraron vida y no una vez, sino varias. Era tal su sensación de triunfo, su júbilo, su exultación, que no pudo amarrarse la lengua y le soltó todo a Cleo.

Estaban en la cama. Era la tercera vez, en menos de dos semanas, que repetiría su proeza y, envanecido, empezó a fanfarronear, a proclamar que el alumno estaba emulando a la maestra. Intrigada, Cleo le preguntó qué quería decir y él, haciéndose el misterioso, le pidió que adivinara.

—Tengo una idea mejor —dijo ella entonces y empezó a besarle el pecho y a bajar poco a poco—: Te voy a someter a torturas chinas para que confieses.

Eso hizo, con una maestría que superaba a la del mejor especialista oriental: le daba placer de muchas maneras, pero siempre dosificándolo, siempre parando cuando Martín más deseaba que continuara.

—¿Qué has hecho? —le preguntaba en esas atormentadoras pausas—. ¡Confiesa!

Y Martín empezó a confesar:

—¡Está bien! ¡Está bien! Síguete moviendo y te contaré todo...

—¿Qué has hecho? —insistía Cleo dándole gusto.

—He hecho el amor contigo y con otra el mismo día —soltó Martín jadeando.

—¿Y te ha gustado? —le preguntó Cleo esforzándose en darle más placer—. ¡Confiesa!

—¡Sí, sí me ha gustado!

—¿Más que cuando haces el amor sólo conmigo?

—¡Sí...!

—¿Sí? —preguntó Cleo incrédula y, quizá por eso mismo, moviéndose vehementemente.

—¡No! ¡No! ¡Nooooo...! —gritó Martín al tiempo que eyaculaba con violencia.

En ese preciso instante recobró la lucidez y se acordó de que no se había puesto preservativo. Aterrado, levantó a Cleo con un movimiento de caderas e intentó retirarse.

—¿Qué pasa? —se asustó ella.

—¡No me he puesto globito! —le explicó Martín alarmado, sin imaginar que sus palabras actuarían como un detonante para la rabia que Cleo había ido acumulando desde el momento en que él empezó a provocarla.

—¡Globito! ¡A la mierda con tu globito! ¡Dime con quién te has acostado! ¿A qué puta has metido a tu cama? Con razón ya casi no me buscas, pero si crees que yo me voy a quedar tan tranquila, estás muy equivocado. ¡Conchudo, carajo! ¿Qué cosa te crees? ¿Que me puedes botarme como a un trapo viejo?

Desconcertado ante este estallido, Martín creyó por un momento que Cleo seguía jugando, exagerando bastante pero jugando. No podía creer que tras la mujer que él conocía estuviese escondida una placera del mercado.

—¡Habla, huevón de mierda! —chillaba Cleo—. ¡Yo le voy a enseñar a esa puta a meterse en mi camino!

Martín, enmudecido, esperó que Cleo desfogase su rabia, que dejara de llorar y de increparle que él sólo la buscaba cuando tenía ganas de sexo. No habló ni cuando ella empezó a rogar que la disculpara y entendiera que los celos le habían hecho perder los papeles. «Después conversamos. Te prometo», fue lo único que dijo para sacársela de encima, pero en realidad ganas no le faltaban de no dígirle nunca más la palabra.

Llegó octubre del 92. Hacía ya tiempo que Martín, fiel a la estrategia de que el convenio mantenga un perfil bajo, había ordenado retirar el cartelón que colgaba en la Compañía proclamando que esa iglesia estaba siendo restaurada con apoyo del Estado español. El temor que le quedaba era que se presentase algún problema por el lado de Javier Toledo, sobre todo por la falta de recato con que éste llevaba su relación con Nena.

De hecho, las quejas y habladurías menudeaban. Un día se presentaba en la dirección la gorda Ruth, la jefa de restauradoras, para decirle que Ivonne Pérez —ése era el nombre de Nena— llegaba tarde con frecuencia y que a las llamadas de atención respondía diciendo que había trasnochado con el jefe. «Ésas han sido exactamente sus palabras», recalcaba Ruth: «He trasnochado con el jefe». Otro día el rumor era que la parejita había sido vista haciendo el amor tras el mamparón de la puerta principal de la iglesia, en verdad un lugar ideal pues por allí nadie circulaba. ¡Qué podía hacer él! A Ruth, estableciendo una complicidad que iba contra todas sus reglas, le sugería que le pasara a Nena un memorándum, pero que no le llamase verbalmente la atención. «Así nos evitamos problemas», le decía dándole una palmada en el hombro. En el caso del mamparón llevó el asunto a broma. «¡Cómo son las malas lenguas!» co-

mentó sintiéndose doblemente hipócrita al recordar su propio arrebatto. «Se estarían besando, pero ¿haciendo el amor? ¡Qué exagerados!».

Fue un alivio por eso que Javier, atemorizado por la atmósfera antihispana que se respiraba en la antigua capital incaica, aceptara tomar vacaciones y alejarse por una temporada del Perú. No fue el único que se vio constreñido a poner océano de por medio, por lo demás. Lo mismo habían hecho la mayoría de españoles residentes en la ciudad.

Martín estaba convencido de que era el alcalde, con su prédica, su monumento a Pachacútec, su mural sobre la historia del Cuzco plagado de sanguinarios conquistadores y curas lujuriosos, sus coloquios y concursos sobre el tema de la resistencia andina, quien fomentaba ese trasnochado chauvinismo, esa peligrosa intolerancia que vivía la sociedad cuzqueña. Martín no era un hispanófilo, como creía mucha gente, pero tampoco compartía el indigenismo radical de muchos de sus paisanos. En general, lo único que deseaba era que octubre pasase volando y que todo el mundo —peruanos, españoles, chinos, africanos— se olvidase cuanto antes de la cantaleta de los quinientos años.

La historia no era el fuerte de Martín. Del pasado le interesaban los vestigios materiales, sobre todo arquitectónicos, pero le daba igual quién los había construido, si incas o españoles o incas mezclados con españoles. Lo importante para él era que esos vestigios tuviesen valor artístico y, en caso de que así fuese, le parecía obligatorio el conservarlos, el salvarlos de la destrucción. Ése era su credo y en eso, se daba cuenta, era diferente también de la mayoría de sus paisanos, que pensaban que un muro valía si era incaico y que era deleznable en caso contrario, así formase parte de un hermoso monumento colonial. Esos bárbaros defensores de piedras eran, de hecho, ignorantes del valor que tenía su ciudad como conjunto y los primeros en destruirla.

Martín pensaba que esa peculiar manera de defender el patrimo-

nio arquitectónico era una reacción refleja, condicionada por la retórica que ensalzaba hasta el cansancio la grandeza del pasado incaico y por la idealización extrema de esa etapa de la historia cuzqueña. ¿De qué otra manera, si no, explicar el beneplácito con el que la población recibía las desatinadas intervenciones del alcalde en el centro histórico? Nadie protestaba. La opinión unánime era que el Cuzco estaba quedando bonito, como si antes, sin esas huachafas obras de ornato que estaban surgiendo por doquier, hubiese sido una ciudad fea, del montón. Era un contrasentido que lo llenaba de ira...

Otro motivo de malestar para Martín en esos primeros días de octubre era Cleo, obstinada en arreglar algo que para él ya no tenía remedio. Su decisión estaba tomada y era definitiva: todo había terminado. Por muchas razones. Porque, pese a todo lo conversado, a las reglas que se habían puesto y que él había respetado, Cleo se sintió con derecho a hacerle una escena de celos ¡y qué escena! Porque nada le garantizaba que ella no perdiese de nuevo los papeles. Porque en cualquier momento ella podía tener problemas con su esposo. Porque no era buena idea mantener por tanto tiempo una relación con una subordinada, menos cuando empezaban las peleas y cuando esas peleas podían trasladarse al trabajo. Porque el disgusto que sentía al verla era más fuerte, mucho más fuerte, que el deseo. Porque, finalmente, cabía la posibilidad de que algún día encontrara a otra mujer igual o más sensual que ella y con la que se comprendiera no sólo en la cama, una mujer con clase, con las manos cuidadas, bien arreglada, con la que se sintiera cómodo en cualquier lugar y con la que compartiese intereses, manera de pensar, gustos, en general estilos de vida.

Martín de buena gana hubiese aplicado la política de «si te vi no me acuerdo», pero sabía que no tenía derecho a hacer eso. Más aún, sabía que no podía seguir evitando a Cleo, mandándola al desvío con cualquier pretexto. En algún momento tendría que conversar

con ella. Era otra de las enseñanzas de Ilse: que en asuntos de pareja no existían sentencias inapelables, que las decisiones se tomaban entre dos y que sólo los hombres inmaduros no daban la cara, no escuchaban las razones de la mujer ni explicaban las suyas.

El desagradable pero ineludible encuentro finalmente tuvo lugar. El primer paso lo dio Martín al ver una mañana a Cleo en el patio, tomando algo que le había alcanzado don Nicanor. Ella seguía siendo casi la única persona con la que el viejo huraño hablaba y de hecho la única a la que le contaba sobre sus palomas, a la que le prestaba alguno de sus cassettes de música sacra y a la que atendía solícito en caso de un cólico o un dolor de cabeza. Esta metamorfosis que el viejo experimentaba en presencia de Cleo era motivo de todo tipo de bromas en el convenio y había dado pie a que «Ramito de violetas» se volviese de interpretación obligada en todas las reuniones. «¿Quién puede ser tu amor secreto?...», le cantaban en coro a Cleo, las más de las veces a pedido de ella misma.

—¿Te sientes mal? —se acercó a preguntarle Martín.

—Me duele un poco el estómago.

—¿Y qué te ha dado tu amor secreto?

—Un mate de manzanilla.

—¿O de Manzanita? —bromeó Martín, pero, en vista de que Cleo ni sonrió, le preguntó de frente—: ¿Qué vas a hacer esta tarde? ¿Podemos encontrarnos?

—Ya no sé si quiero conversar. Sé lo que me vas a decir.

—Igual tenemos que conversar —insistió Martín—. ¿A las cinco en el D'Onofrio?

—¿No puede ser en tu casa?

—Mejor en el D'Onofrio.

Cleo llegó puntual. Pidió un mate y, cuando se lo trajeron, le preguntó a Martín si el ratón le había comido la lengua.

—¡No, qué va! Mi lengua está en su sitio. Lo que pasa es que estoy pensando en cómo decirte lo que quiero decirte.

—¿No me vas a perdonar, no?

—¡No se trata sólo de eso!

—Pero no me vas a perdonarme —insistió Cleo.

—¡No, no te voy a perdonarte! —no pudo dominar Martín las ganas de burlarse de su forma de hablar.

—Entonces mejor no digas nada, mejor tomemos nuestro matcito como amigos. Déjame estar un rato a tu lado, ¿sí?

—Claro —respondió Martín, pero siguió tenso. Las cosas se estaban resolviendo demasiado fácil y no podía creerlo. No lo creyó, en realidad, ni cuando al cabo de una media hora Cleo se puso de pie y se despidió. «Después de portarse como una fiera, ahora se hace la mansa paloma», pensó Martín, «pero no creo que me libre tan fácilmente de ella».

En los días siguientes se mantuvo en guardia, convencido de que Cleo algo estaba tramando. De repente se presentaba en su casa o estaba esperando que el tiempo trabajase a su favor. En algo confiaba. Eso era seguro. Martín no se asombró, por eso, cuando ella lo abordó en el trabajo y le dijo que había surgido un problema muy serio, que debían conversar.

—Estoy muy preocupada —soltó cuando se encontraron esa tarde—. Creo que estoy embarazada. Creo no. Estoy casi segura.

Martín no le creyó una palabra, pero igual quedó estupefacto.

—¿Cuándo te tenía que venir la regla?

—Con hoy, hace ocho días.

—Son muchos días de atraso, pero de repente te estás sugestionando. ¿Por qué pensar lo peor? Esperemos siquiera una semana más.

—Tienes razón —aceptó Cleo—. De repente de un susto no pasa.

Pese a estar preocupado, Martín siguió conversando como si fueran dos buenos amigos que se encuentran después de tiempo. Tocó incluso asuntos tan traídos de los cabellos como lo bueno que era para el país que hubiesen capturado a Abimael Guzmán.

—Sólo falta que me hables sobre la situación internacional —lo interrumpió Cleo, percibiendo lo forzado de la conversación.

—Justo es el tema al que quería pasar —bromeó Martín—. Para que no digas que nunca hablamos de cosas serias.

Se despidieron al poco rato y recién pudo sopesar cuál era su situación. Lo más probable era que Cleo estuviese mintiendo, que quisiere asustarlo, que ésa fuese su manera de llamar la atención, pero, como comprobó sacando un calendario de su billetera y haciendo cuentas, existía la posibilidad de embarazo. Claro que el niño podía ser de su esposo o de algún otro, pero a quien ella quería manipular era a él. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer en el caso de que ella estuviese encinta?

Durante toda la semana Martín estuvo rumiando esta pregunta. Una salida era desentenderse, actuar como tantos de sus paisanos y dejar que ella viera cómo resolvía el problema. Podía, en todo caso, ofrecerle ayuda para abortar, pero como si se tratase de un favor y no porque fuese su obligación.

A la siguiente cita Martín llegó antes de tiempo y se entretuvo garabateando en una de sus libretas. Cleo, además de llegar tarde, se puso a explicar con lujo de detalles la razón de su demora.

—Está bien. Entiendo —la interrumpió Martín—. ¿Te vino la regla?

—No, no me ha venido. Y ya estoy con náuseas y con los senos hinchados.

—¿Y ahora? —preguntó con la esperanza de que fuese Cleo quien diera la solución.

—¿Ahora qué? —se negó ella a facilitarle las cosas.

—¿Qué hacemos?

—No sé. Tengo que pensarlo.

—¿Cómo pensarlo? —se asustó Martín.

—¡Pensarlo! Tengo miedo de hacerme otra interrupción. ¡Es horrible! Tú no sabes lo que es el consultorio de esa doctora.

—¿Y quién dice que tienes que ir a donde ella? A mí tampoco me gustaría. Podemos buscar otro médico. O, mejor, puedes viajar a Lima.

—¡No sé! ¡No quiero pensar en eso ahora!

—¿Pero cuándo entonces?

—¡No sé! ¡No ahora! —se cerró Cleo.

Martín comprendió que le esperaban tiempos difíciles, que Cleo estaba dispuesta a sacar el máximo provecho de esa situación y a prolongarla lo más posible. Tendría que prepararse para una larga guerra de nervios y estar atento para no caer en las trampas que seguramente ella le tendería en un afán suicida de provocar peleas y complicar aún más las cosas. Si también él estallaba, si no sabía mantener la calma, perdería capacidad de maniobrar. Presionarla demasiado, intentar ponerla entre la espada y la pared, también podía ser contraproducente. Tendría que hilar fino para que Cleo misma llegase a la conclusión de que la única salida era el aborto. Era sólo cuestión de tiempo. De tiempo y de saber dominarse.

«¿Qué tal? ¿Cómo te sientes?», le preguntaba cada vez que se encontraban en el trabajo. Una vez salieron incluso a tomar un café y él no le tocó el tema para nada. Se puso a hablar de lo feas que se estaban poniendo las cosas en Yugoslavia y logró arrancarle una sonrisa. Esperaba. Hacía de tripas corazón y esperaba que se presentase la oportunidad.

La casualidad quiso que esa conversación tan crucial tuviese como escenario el techo de la Compañía. Era uno de los últimos días de octubre. Martín, que había dormido mal la noche anterior y estaba de lo más desgastado, subió en busca de aire fresco para despejarse y se encontró allí a Cleo.

—¿Tampoco tienes ganas de trabajar? —le preguntó.

—Ajá. Estoy muy preocupada. No tengo cabeza para nada.

—Igual yo. Casi todas las noches tengo insomnio. Deberíamos hablar.

—Sí, deberíamos.

—¿Ya lo has pensado? —no pudo refrenarse más Martín.

—Sí, ya lo he pensado.

—¿Estás de acuerdo en viajar a Lima? —preguntó él tratando de esconder su nerviosismo.

—No, no voy a viajar. Voy a tener al niño.

—¿Qué?! ¿Estás loca?! —estalló Martín olvidándose de dónde estaban.

—No estoy loca. No quiero correr riesgos.

—¿Esa no es razón para tener un hijo!

—¡Para ti no será! ¡Para mí sí! —le replicó Cleo y, dando media vuelta, se dirigió a paso rápido hacia las gradas.

Martín, anonadado, se sentó en el suelo y se tomó la cabeza con ambas manos. ¡No podía creer que eso le estuviera pasando...!

A los pocos días de este encuentro, después de pensar mañana, tarde y noche en el asunto, después de analizarlo por todos lados, Martín llegó a la conclusión de que Cleo se estaba burlando de él. Para empezar, ¿cómo iba a tener el hijo estando casada? ¿Le confesaría tan campante a su marido que esperaba un hijo de otro? ¿Le haría creer que el hijo era de él? Nada de eso era posible. Nadie se atrevía a tanto. Esas cosas sólo pasaban en las telenovelas: mujeres que engañaban sin remordimientos al esposo, hombres que criaban a hijos ajenos sin saberlo. ¡Tonterías! Cleo no se atrevería a hacer algo así.

Más tranquilo, Martín decidió que la última palabra no estaba dicha, que Cleo finalmente daría su brazo a torcer. ¿Qué le quedaba? Él, por su parte, había hecho mal en perder los papeles y en rendirse a la primera escaramuza.

Para hacer las paces escogió el Mesón de Espaderos, el restaurante más caro de la ciudad. El local, como era de esperar dada la defección de los turistas, estaba casi vacío.

—¿Te parece bien que nos sentemos en el balcón? —le preguntó a Cleo delante del *maitre*.

—Sí, está bien —balbuceó ella.

Desde esa mesa se tenía una preciosa vista de la plaza. Martín aprovechó para comentar que no veía la hora de retirar los andamios que tapaban la fachada de la Compañía. «Ojalá podamos hacerlo para diciembre», dijo y luego le preguntó a Cleo qué quería servirse.

—No sé. ¿Qué me recomiendas?

—¿Te gusta la trucha? Una trucha podría ser.

Pidieron dos truchas, gaseosas y, mientras comían, estuvieron hablando del trabajo, de si podrían cumplir con el nuevo plazo de finalización de las obras, fijado para marzo del año siguiente. Recién a los postres Martín le pidió disculpas, aclarándole que era consciente de los peligros que entrañaba una intervención. Lo dijo así, en abstracto, y después añadió:

—De todos modos me parece que te estás apresurando en tomar una decisión. Tenemos que conversar más sobre eso.

—No me estoy apresurando. Lo he pensado bastante —replicó Cleo.

—Lo has pensado tú, pero no has tomado en cuenta para nada mi opinión —le aclaró Martín sin perder la calma—. Yo también tengo que ver algo en el asunto, ¿no?

—Sí, es verdad —admitió Cleo.

Quedaron en seguir conversando, así, sin gritar ni exasperarse, pero Cleo empezó a rehuirlo con cualquier excusa. «¿Qué pasa? Te has vuelto la persona más ocupada del planeta», tuvo que recriminarle Martín para que por fin ella aceptara hacerle una visita. En lugar de una conversación tranquila, sin embargo, lo que hubo fue una terrible pelea pues Cleo soltó de sopetón que estaba decidida a tener ese hijo, tan decidida que ya le había dicho a su esposo que quería separarse, que estaba embarazada de otro. «Se ha ido de la casa», añadió para terminar.

¿Qué no dijo, qué no gritó Martín! La tildó de loca, de irresponsable, de hacer lo que hacían todas las cuzqueñas: embarazarse para

pescar a un hombre. La acusó de utilizar a ese hijo para chantajearlo, para sacarle plata por el resto de su vida. Le dijo que era una estúpida, una egoísta, que no se había puesto a pensar en que estaba arruinándoles la vida a su esposo y a sus hijos.

Cleo, que esperaba seguramente esa tormenta, permanecía con la cabeza gacha, inmóvil, como convertida en estatua. Sólo cuando empezó la andanada de insultos alzó unos ojos en los que había dolor, reproche, rabia. «No tengo por qué seguir escuchándote», dijo y se puso de pie, pero Martín de un empujón la sentó de nuevo en el sofá.

—¿Cómo que no tienes que escucharme? ¡Sí que tienes! —le gritó—. ¡Eres una conchuda! ¡Te dije, te advertí que la decisión que has tomado también me competía! ¡Te dije que no podías tomarla sola! Pues bien, ahora tendrás que escucharme. ¡No pienses que yo me voy a responsabilizar de ese niño! ¡Ni lo sueñes! ¡Ni siquiera pienso reconocerlo! ¡Más aún, ni siquiera estoy convencido de que ese hijo sea mío! ¡No voy a aceptar que me lo endoses! ¡No quiero saber nada de él! ¡Nada! ¡Me has escuchado? ¡Nada! ¡Nada!

Martín quedó tan destemplado después de gritar todo esto que necesitó un buen rato para sobreponerse. En ningún momento, sin embargo, dejó de mirar a Cleo, de mirarla con odio, con odio y asco, como si fuese una víbora ponzoñosa. Hervía de indignación y la única manera que encontró de dar curso a ese sentimiento que le estaba envenenando la sangre fue levantarla de un brazo y sacarla a empellones de su casa, mientras le iba diciendo: «¡Ahora sí puedes largarte! ¡No quiero volver a verte! ¡Tramposa! ¡Chantajista!».

Convencido de que estaba en todo su derecho de desentenderse de ese embarazo, Martín pensó que se sentiría mejor después de haber pisoteado hasta la más mínima ilusión que Cleo se estuviese haciendo, pero no fue así. Por el contrario, a medida que pasaban los días, algo horrible fue creciendo en su pecho, algo casi material que le oprimía el corazón y no le dejaba respirar. Y lo peor era que no en-

tendía qué lo atormentaba al extremo de quitarle el sueño, la tranquilidad, la capacidad de concentrarse en el trabajo, qué era eso que estaba convirtiendo su existencia en una interminable pesadilla.

Un encuentro casual con Marina le dio la clave para entender la razón de su malestar. Ella estaba con su hijo, un niño trinchudo con la nariz llena de mocos.

—¿Dónde te has perdido? Hace dos semanas que no vas ni a clases —le reclamó Marina.

—Estoy con mucho trabajo —le mintió sin dejar de mirar al chiquito.

—¿Vas a ir alguno de estos días al Kami?

—No, no creo, pero el sábado iré a Bellas Artes. Ahí nos vemos —se apresuró a despedirse.

Era la primera vez que veía al pequeño y éste, con sus mocos y su ropa sucia, le había causado una impresión desagradable. Lo mismo le había pasado, recordó, al conocer a los hijos de Cleo. ¿No sería por eso que le resultaba tan inadmisible la idea de tener un niño con ella?

Martín descartó esta explicación por ridícula, pero al poco rato de nuevo estaba pensando en lo mismo. Resultaba extraño que jamás hubiese considerado la idea de formar pareja con la única mujer con la que se entendía en la cama, con la única que le hizo conocer las delicias del paraíso. Se sentía en deuda con Cleo, le tenía cariño, pero nunca se le ocurrió pensar en ella como en la compañera de su vida. No era porque fuese casada ni porque tuviese hijos. Ésa era la razón que a veces le daba, pero a sabiendas de que estaba esgrimiendo una verdad a medias. El obstáculo insalvable no era el esposo, era ella misma, su apariencia, esos minúsculos detalles, imprecisos, casi indefinibles, que delataban su extracción social y a los que Martín era muy sensible.

No podía tapar el sol con un dedo: no se sentía cómodo con Cleo delante de otras personas ni en lugares públicos. Era como si su com-

pañía empañara la imagen que tenía de sí mismo creándole cierto complejo de inferioridad, infundiéndole la sensación de ser menos que las personas que lo rodeaban, sobre todo si se trataba de mujeres de buena presencia. Todo lo contrario de lo que le ocurría al lado de Ilse, con la que se sentía a sus anchas y dueño de la situación en cualquier ambiente. Sí, era eso. No estaba tan encima de los prejuicios de su medio como para vincularse sentimentalmente con una mujer como Cleo, que soltaba frases como «en ahí» o «te estoy diciéndote» y vestía blusas con encajes igualitas a las de las mestizas del mercado.

Era por eso, ahora lo comprendía, que le costaba tanto resignarse a la idea de que Cleo tuviese un hijo suyo. El desentenderse de esa criatura, el negarla, no bastaba. No quería que ese niño viniese al mundo. No podía permitirlo. Esa paternidad no deseada que en otras circunstancias sólo hubiese violentado su sentido de la justicia o del deber, atentaba contra lo más profundo de su ser, lo hacía tremendamente desgraciado.

En el instante mismo que comprendió esto Martín se sintió aplastado por el abrumador peso de lo irreparable. Era una sensación demoledora, era como descubrir que estaba desahuciado, que sólo le quedaban unos meses de vida y que era vano todo intento de aplazar el final. El niño ese, un ser que era la negación de su propio ser, vendría al mundo y él ya no podía hacer nada para evitarlo.

El único camino que encontró Martín para emprender la búsqueda de la resignación fue el de autoculparse. Decidió que su desdicha era merecida, que era la consecuencia de utilizar a Cleo sólo para satisfacer su deseo y de olvidar que era una persona con dignidad, sentimientos, defectos y virtudes. Fue más lejos. Se acordó, por alguna razón, de Justina, la muchacha con la que tuvo su primera experiencia sexual, y relacionó lo ocurrido esa vez, hacía tantísimos años, con lo que le estaba pasando ahora.

Era casi normal, en la época en que se produjo su despertar sexual, que un joven de clase media se iniciara con la empleada doméstica, por lo general cholitas venidas del campo que no tenían ningún pariente en la ciudad. Eso era por lo menos de lo que alardeaban todos los amigos de Martín: «Me he tirado a la chola», decían. «Estaba buena». El trámite era sencillo: aprovechar un momento en que no hubiese nadie en casa para forzar a esas inexpertas e indefensas muchachitas a tener relaciones sexuales. No solían oponer mucha resistencia. En realidad, no se sentían con derecho a hacerlo, con derecho a merecer respeto y consideración, a decidir sobre su persona y su cuerpo. Eran los patrones y los hijos de los patrones quienes tenían la potestad para ello.

Justina era como todas esas cholitas, con trenzas, polleras, un

tanto regordeta y de rasgos no muy toscos. «Está pasable», fue el calificativo que le pusieron los amigos de Martín al tiempo que lo incitaban a estrenarse con ella. Esto último, en realidad, no hacía ninguna falta pues en lo único en que pensaba él por esa época era en descubrir los misterios del sexo y con quién si no con ella. Empezó pues a rondarla, a agarrarle el trasero cuando se cruzaban en algún rincón de la casa, a echársele encima a la menor oportunidad, pero sin lograr su cometido. Muchas veces estuvo cerca, pero Justina a último momento se escapaba. «No fastidies, niño», le decía ora riendo, ora enojada. «Sí fastidio», replicaba Martín y la seguía acosando. «Le voy a decir a tu mamá», lo amenazaba entonces Justina, pero él respondía que no le importaba.

Una tarde, finalmente, Martín acorraló a Justina en el cuarto de planchar y la tumbó sobre un montón de ropa recién lavada que había sobre un catre viejo. «No fastidies, niño», decía Justina como de costumbre, pero dejaba que Martín le remangue la falda y, jadeando, se monte encima de ella. Vino entonces el confuso episodio que Martín consideraba su primera experiencia sexual, pero sin saber en realidad si llegó a penetrar a Justina o sólo a sobarse en la entrepierna de ella. Decidió que ocurrió lo primero sólo porque la muchacha, en algún momento, lo asustó con la posibilidad de quedar embarazada. «¿Qué haces, niño?», le preguntó. «¿Quieres tener hijo?».

Las complicaciones empezaron esa misma noche, a la hora de la cena. Justina se comportaba de manera extraña: bajaba la cabeza al momento de poner los platos sobre la mesa y, en general, se azoraba y soltaba risitas cuando alguien le dirigía la palabra. Martín, temiendo que su mamá o sus hermanas adivinasen lo que había ocurrido esa tarde, decidió cortar por lo sano. Se dirigió a la cocina pretextando cualquier cosa y empezó a escupirle insultos a Justina, que lo miraba pasmada, sin comprender nada. «Chola cojuda», le dijo bajito para que nadie escuchase, pero con rabia. «¿Qué te crees para estar risa y risa? Cojuda, carajo. Chola cachera. ¿Qué te habrás creído?».

El resto de la velada Martín no pasó más sustos, pero, por si acaso, en los días siguientes mantuvo a Justina a la distancia, poniéndole mala cara cuando se encontraban o amenazándola. Sólo suprimió este tratamiento cuando se convenció de que ella ya no se atrevía a mirarle a los ojos. Satisfecho con su triunfo, Martín creyó que había llegado el momento de ganar más experiencia: se acercó a Justina, que estaba en uno de los dormitorios guardando ropa en el armario, y empezó a tocarle las nalgas, sin desanimarse ante los bruscos movimientos de protesta que ella hacía. Luego, decidiendo que ya estaba bien de toqueteos, la cogió de la cintura e intentó empujarla a la cama, pero, en lugar de lograr su cometido, salió disparado al suelo. «No me molestes, niño. ¡Yo no soy tu puta!», le dijo Justina con un rencor que le nacía de lo más hondo del corazón.

Martín no se atrevió nunca más a fastidiarla. Estaba perplejo. No entendía de dónde había sacado ella tanta fuerza. Tampoco acababa de comprender si lo que hubo entre ellos la primera vez fue sexo forzado, como él suponía, o consentido. Con los años, sin embargo, estos detalles dejaron de inquietarle y el episodio quedó guardado en su memoria tan sólo como su primera vez. Quizá por eso cometió la ingenuidad de contárselo a Ilse, sin imaginar la tormenta que se desataría. «¡Los cuzqueños están en la edad media!», proclamó indignada. «¡Violan a sus empleadas! Tú, es verdad, no cometiste una violación, pero hiciste algo muchísimo peor: humillaste a una muchacha que estaba enamorada de ti, pisoteaste sus sentimientos».

El fantasma de Justina hizo que Martín se sintiera más culpable, más digno de castigo, y le ayudó de paso a hacer más soportable la idea de tener un hijo con Cleo. Es más, Martín llegó a pensar que de repente Justina, cuando se fue de casa, estaba preñada y había tenido a ese niño como un acto de dignidad, de autoafirmación. Algo de eso, por lo demás, había en la obstinación con que Cleo seguía adelante con su embarazo.

La resignación, sin embargo, le duró a Martín muy poco. Se hi-

zo humo un día que hasta su oficina le llegaron fragmentos de una conversación que sostenían don Nicanor y Cleo. Estaban secreteamdo en el pasillo que conducía a la covacha del portero, a un costado de la dirección, sin advertir que Martín trabajaba con la puerta abierta.

—Sigo con náuseas, don Nicanor —se quejaba Cleo—. Sus maticitos no me están ayudando.

—Será que es hijo no deseado. Si es así, ninguna hierba sirve contra el mareo.

—¿Cómo no va a ser deseado? —protestó Cleo—. Yo sí quiero tenerlo. Su papá es el que no está muy convencido.

—Ahora estará diciendo que no, pero cuando el niño venga seguro que va a estar feliz...

Martín, por más que aguzó el oído, no pudo captar la réplica de Cleo, pero la tranquilidad con la que ella hablaba fue más que suficiente para hacerle perder la ecuanimidad. ¡Era sublevante! Mientras él se sentía desdichado, Cleo estaba como si nada. Mientras él seguía rechazando con todo su ser la sola idea de tener ese hijo, Cleo anunciaba a todo el mundo su llegada. ¿Quién más, aparte de don Nicanor, estaría al tanto de ese embarazo? ¿Nena? ¿Todas las restauradoras? ¡Claro! Eso era lo que le infundía calma a Cleo. Sabía que pronto contaría con un poderoso aliado: la opinión pública. Era fácil imaginar lo que diría la gente cuando se corriese la voz de que Cleo esperaba un hijo de él. Quizás en un comienzo la condenasen por adúltera, por tal por cual, pero a la larga ella resultaría en el papel de víctima.

Rumiando la rabia que creía haber dejado atrás, Martín llegó a la conclusión de que había sido un iluso al pensar que podía desentenderse del niño que Cleo llevaba en las entrañas. Ya podía él no darle su apellido, no preocuparse de su manutención, pero todo el mundo, en una ciudad tan pequeña como el Cuzco, sabría que ese niño era hijo suyo. Más aún, no podría evitar el cruzarse con él en

la calle o el sentir en su espalda su mirada de odio, reproche, desprecio o súplica. Tampoco estaría libre de encontrarse con Cleo o, lo que era peor, de coincidir de nuevo con ella en algún trabajo o institución. Un hijo no deseado, se dio cuenta Martín, era como una condena a cadena perpetua, era un castigo del que jamás se podía escapar. Le quedaba, claro, la opción última de marcharse del Cuzco, pero ¿en qué trabajaría? Dejar la restauración de monumentos para meterse a hacer cualquier cosa era un sacrificio que no estaba dispuesto a realizar.

Casi tres meses tenía Cleo de embarazo. Pronto, muy pronto, sería demasiado tarde para una intervención y empezaría a notársele la barriga. «¿Qué hago? Dios mío, ¿qué hago?», caía Martín en la desesperación. Cada día le costaba más esfuerzo aparentar que su vida seguía discurriendo con normalidad cuando en realidad se había convertido en una correntada sobre la que ya no tenía ningún control. Cada vez con más frecuencia sus colegas le preguntaban qué tenía, por qué estaba con esa cara, qué le preocupaba. Hasta mantener una rutina le resultaba difícil, le demandaba poner en juego una voluntad que flaqueaba más y más... Fue entonces, cuando estaba a punto de perder la más mínima esperanza y con ella la poca presencia de ánimo que le quedaba, que escuchó de casualidad, por la radio, las historias que contaba un ex fiscal.

Todo empezó una mañana en que una voz que no era la del conductor del programa que sintonizaba a diario relataba un suceso de lo más truculento, pero intentando hacerlo pasar como un hecho de la vida real. Ésa era al menos la impresión que tenía Martín, la de estar escuchando una versión moderna de esos cuentos de condenados o aparecidos con los que lo asustaban de niño las empleadas. Al mismo tiempo, como le resultaba difícil entender por qué alguien contaba una historia de esa naturaleza en un noticiero, la situación empezó a cobrar visos de irrealidad. Lo que sacó en claro Martín, desde el momento en que prestó atención al relato, era que una tarde

lluviosa un camión transportaba un ataúd por una de esas carreteras cuzqueñas que atraviesan parajes agrestes y desolados y donde es raro que dos vehículos se encuentren. En la cabina viajaban el chofer y dos pasajeros y atrás sólo el ayudante. Éste, a modo de protegerse de la pertinaz lluvia, se metió dentro del féretro y se quedó dormido, tan profundamente que no se percató de que el camión se había detenido al anochecer para recoger a un pasajero. Se trataba de un hombre de unos cuarenta y cinco años que, según el narrador, se había llenado de aprehensión ni bien vio el cajón, optando por mantenerse lo más alejado de él. El ayudante, entre tanto, despertó a causa de un bandazo que dio el camión y, recordando dónde estaba, sacó una mano para comprobar si seguía lloviendo. Al ver esa mano, el pasajero sintió que los pelos se le erizaban de susto y saltó del vehículo en movimiento.

A estas alturas del relato, Martín estaba convencido de que se había equivocado de emisora. Quedó muy sorprendido, por eso, al escuchar que la historia que lo había intrigado era un hecho real, motivo de un juicio ventilado en la corte de justicia de la ciudad. El litigio lo habían entablado los familiares del pasajero, muerto al caer del camión a un abismo, y había terminado con la absolución del chofer y su ayudante pues en ningún momento, como manifestó el ex fiscal, tuvieron éstos la más mínima intención de cometer un crimen.

Al día siguiente, a la misma hora, sin comprender bien qué lo inducía a ello, Martín estaba pendiente del comentario radial del magistrado. La historia que escuchó en esa ocasión fue la de un funcionario de banco que había denunciado a un sujeto por asalto a mano armada y el robo de un reloj de mucho valor. El juicio, sin embargo, dio un vuelco inesperado cuando el presunto delincuente, pasando a la condición de acusador, adujo ser víctima de una venganza. Según él, era el despecho el que había inducido al funcionario, que era homosexual, a acusarlo de robo. El entredicho se remontaba a cierta ocasión en que el bancario se había negado a pagar los favo-

res de su amiguito y éste, furibundo, le armó un escándalo para ponerlo en evidencia ante los vecinos.

Martín, que pensaba que los únicos homosexuales que había en el Cuzco eran dos o tres peinadores que para llamar la atención usaban maquillaje y pantalones ajustadísimos, no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. ¡Era inaudito! ¡Que un respetable funcionario de banco fuese capaz de tramar una venganza tan complicada! ¡Que en el juicio quedase claro que el supuesto asaltante conocía al dedillo la casa del agraviado e incluso una marca que éste tenía en la espalda! Si no hubiese sido un ex fiscal quien estaba contando esa historia, Martín habría pensado que se trataba de un infundio de la prensa amarilla.

Así, día tras día fue descubriendo un mundo lleno de miserias, de una sordidez espantosa, en el que la naturaleza humana se mostraba en toda su abyección. No hubiese sabido explicar cuáles eran las razones de su súbito interés por conocer la otra cara de la en apariencia apacible vida de su ciudad, pero como un adicto esperaba con impaciencia creciente cada nueva historia.

El caso de la madre que mató a su propio hijo lo conmovió especialmente. Los hechos habían ocurrido en uno de los pueblos jóvenes cercanos a donde él vivía, en el seno de una familia de migrantes. El padre, agobiado por la miseria y la falta de trabajo, se había suicidado ingiriendo veneno. La viuda hacía lo posible por mantener a sus cinco hijos, pero eran muchas las penurias que pasaban. Fueron esas circunstancias las que empujaron al mayor de los muchachos, de sólo catorce años, a cometer pequeños hurtos y a equivocar francamente el camino. La madre, impotente, veía cómo su hijo empezó a aspirar terokal y a emborracharse. Quiso llamarle la atención, pero el muchacho no sólo no le hacía caso sino que comenzó a faltarle el respeto, a agredirla e insultarla, y todo esto en presencia de sus hermanos menores. En su desesperación, no sabiendo cómo poner freno a la rebeldía de su hijo, la mujer optó por la salida más ra-

dical: una noche, aprovechando que el muchacho dormía, se acercó a él con un cuchillo en las manos y, «a traición y sobre seguro», como se expresó el hombre de leyes, lo degolló. Luego, con el mismo cuchillo se perforó el vientre. Los médicos pudieron salvarle la vida a la pobre mujer, pero de lo que ésta no pudo librarse fue de una condena de seis años por filicidio.

Martín, compadecido del drama de esa madre que antes de cometer el crimen había dejado una nota pidiendo que la enterrasen al lado de su hijo, quería saber más, saber por lo menos cuál era la suerte que habían corrido los otros niños, pero no se atrevió a llamar a la radio ni a buscar al ex fiscal. Durante todo ese día, sin embargo, estuvo pensando en la filicida, como si deseara comprender el grado de desesperación al que hay que llegar para cometer un crimen semejante.

La siguiente historia le produjo a Martín un efecto sumamente perturbador. No era, como las otras, una historia sórdida o particularmente violenta. Al contrario, salvo por su desenlace, se asemejaba más bien a esas aventuras galantes que abundaban en las páginas del *Decamerón*. La protagonista era una muchacha de diecisiete años, en pleno despertar sexual y llena de encanto, a juzgar por la descripción del fiscal. Ella, a raíz de un viaje de sus padres, había quedado a cargo del abuelo, en una finca que tenía éste en Urubamba. El tercer personaje de la historia era un normalista que trabajaba de peón en la finca para costearse sus estudios. Debía de ser muy atractivo el joven estudiante o demasiado impetuosa la manera como estaban despertando los instintos de la muchacha pues, según lo que contaba el magistrado, ella se empeñó en provocarlo luciendo prendas que apenas cubrían sus encantos.

Martín, imaginando esa explosiva mezcla de belleza, lozanía y sensualidad, empezó a excitarse, a soñar con tener delante de los ojos a una criatura así. El fiscal, entre tanto, continuaba hilvanando la historia, aunque utilizando unos términos que a Martín le parecían de

lo más inapropiados, chocantes incluso. Para describir, por ejemplo, a esa muchacha en flor el hombre de leyes hablaba de «semidesnudez», de «malas artes», de «impudicia», y para contar que el deseo y la juventud pudieron más que el temor y los prejuicios recurrió a frases como «consumar el pecado», «traicionar la confianza de sus padres» o «perseverar en esa conducta inmoral». Una muchacha así, pensaba Martín polemizando con el fiscal, era una rara joya y lo inmoral era lo que generalmente hacía la sociedad: empeñarse en reprimir con todos los medios al alcance ese hermoso y casi mágico florecimiento que se producía sólo una vez en la vida.

El desenlace de la historia pilló a Martín de sorpresa, distraído como estaba en este tipo de reflexiones. Una noche el abuelo pasó de casualidad delante del dormitorio de la muchacha y, al escuchar el ruido que ella y su amante hacían, entró de improviso en la habitación. Tales fueron la ira y ofuscación que sintió el anciano al descubrir al joven peón en la cama de su nieta que cogió el primer objeto contundente que encontró a la mano y le asestó un terrible golpe en la cabeza. «La condena que recayó sobre el homicida», remató su historia el fiscal, «fue benigna en consideración a su avanzada edad y al hecho de haber actuado bajo el imperio de una emoción violenta».

Una sensación de disconformidad se apoderó de inmediato de Martín. Un grito de protesta le brotó del corazón. ¡No podía ser! ¡No podía ser que una historia de la cual le hubiese gustado ser protagonista terminase tan mal! ¿Por qué el viejo tuvo que matar al estudiante? ¿Por qué éste no huyó o no se defendió? ¿Por qué a esa muchacha tan atractiva le tocó despertar a la vida de una manera tan trágica? ¿Por qué el sexo no se podía vivir libremente, de manera gozosa? Martín se puso a llorar de impotencia y de rabia y cuando se calmó por fin, al cabo de mucho rato, tuvo un segundo de lucidez, una especie de revelación. Comprendió que también en su caso el desenlace sería trágico y que ésa era la verdadera razón de su repentino ataque de llanto.

Empezaron unos días confusos y agitados. Martín, con tal de tener la mente ocupada, se puso a hacer todas las tareas que por alguna razón había ido postergando. En el trabajo empezó a ordenar papeles, a romper los que no servían, a poner al día los archivos. Él, que no era nada afecto a las cuestiones burocráticas, se empeñó en escribir informes y en demandar que lo mismo hicieran los jefes de área, de línea y de taller, en general todo el que tuviera alguna responsabilidad. «¿Qué, arquitecto», le preguntaban en broma cuando reclamaba esos informes, «se nos viene una evaluación?». En casa, como si le hubieran encargado la elaboración, en un plazo perentorio, de un Plan de Recuperación del Cuzco, se le dio por revisar los materiales que tenía sobre la ciudad, sobre todo los libros de Ramón Gutiérrez, Paulo de Azevedo, Gasparini, Agurto, la antología de Porras Barrenechea e incluso su propio archivo con cientos de fotos de monumentos, calles, casas o pequeños detalles: un balcón, una portada, una aldaba, una escalera, una arquería.

Esta última ocupación le causaba un efecto ambiguo. Por un lado, le resultaba grato descubrir toda la riqueza que el lente de su cámara había captado a lo largo de los años, pero, por otro, lamentaba no haber hecho más o no haberlo hecho de manera sistemática, consignando, por ejemplo, la casona a la que pertenecía tal o cual detalle

o la fecha en la que había sido tomada una u otra fotografía. De hecho, se topaba a cada rato con fotos que, por más que se esforzaba, no lograba reconocer. Era un excelente muestrario de la arquitectura cuzqueña el que había ido acumulando, pero la falta de orden y concierto le quitaba valor documental, lo convertía en un acertijo o un rompecabezas.

Decidido a corregir esta grave omisión, Martín empezó a poner leyendas a las fotos que estaba completamente seguro de reconocer y a tratar de ubicar in situ las imágenes que se le habían borrado de la memoria. Esta última, sin embargo, resultó una tarea muy difícil, más aún corriendo contra el reloj. Dos o tres incursiones a los barrios tradicionales cuzqueños fueron suficientes para descorazonarlo, para hacerle comprender que pretendía encontrar una aguja en un pajar.

¡Cientos de fotografías que no servían para maldita la gracia! ¡Años de trabajo y de pasión por el Cuzco desaprovechados! Un juicio despiadado y severísimo fue el que abrió Martín contra sí mismo. La más suave de las acusaciones que se hacía era la de criticar a todo el mundo por desentenderse del Cuzco, pero sin por su parte mover un dedo por la ciudad.

Indigno, miserable, fracasado, así es como se sentía. Lamentaba no haber aceptado la invitación de Manuel Cáceres y los hermanos Sánchez, quienes, desde su pequeña ONG, algo estaban haciendo por la conservación del patrimonio. Miraba con otros ojos a Beltrán Villafuerte, que había sacrificado la jefatura del proyecto, un trabajo prestigioso y con muy buen sueldo, para pelearse con los burócratas del instituto y con todo aquel que quisiera saltarse a la garrocha las normas de protección del centro histórico. Hasta la labor del alcalde le parecía en cierto modo plausible pues, al margen de su estúpida y contagiosa *paqchamanía*, había logrado que la imagen del Cuzco mejorara notoriamente, tanto ante los ojos de sus propios habitantes como para el resto del país. Sólo él había permanecido con los brazos

cruzados, más preocupado por su vida sexual que por la ciudad que tanto amaba.

Cargando con ese terrible sentimiento de culpa, Martín se dedicó a recorrer el Cuzco antiguo, el de muros incas y casonas coloniales, el de piedra y barro, el de callejas estrechas y tortuosas y de calles majestuosas y severas como Loreto o San Agustín, el de zaguanes oscuros y patios luminosos, el de nobles portadas, recatadas arqueñas y vetustos balcones, el Cuzco que mostraba en sus tejados hundidos, sus aleros cubiertos de salvajina y musgo, sus paredes agrietadas, sus portones y ventanas desvencijados, la huella de los siglos, de la pobreza y del descuido, pero que a pesar de todo conservaba parte de su encanto, la impronta de esa originalidad y belleza a las que debía su fama, su justificado renombre de una de las ciudades más hermosas del planeta.

Era un ir y venir desesperado en el afán imposible de guardar en la memoria cada rincón, cada detalle, cada perspectiva o vista panorámica que se abría de uno u otro punto de la ciudad. Era un correr de un lado a otro con la loca pretensión de inventariar cada una de esas edificaciones que daban testimonio de esa ciudad tres veces maravillosa que era el Cuzco, la nobiliaria, la señorial y la popular, y en los tres casos con la marca visible de su stirpe incaica.

Martín, en esos recorridos, pasaba con facilidad del éxtasis a la aflicción más honda y de ésta de nuevo al arrobamiento. A cada rato los ojos se le llenaban de lágrimas, unas veces por la emoción que sentía al admirar la majestuosidad de un palacio o la recatada belleza de una modesta casucha de los barrios mestizos; otras, por el dolor que lo embargaba al comprobar el grado de depredación de la ciudad, la velocidad con que estaban desapareciendo una tras otra casi todas las edificaciones con algún valor artístico o histórico.

Penosas eran las reflexiones que le suscitaba a Martín ese acelerado proceso de destrucción del que sólo estaba escapando una parte del Cuzco nobiliario, el de los imponentes palacetes y soberbias

casonas del corazón de la ciudad que albergaban a museos e instituciones, que se habían transformado en hoteles o que seguían en manos de familias acaudaladas. Sabía que el Estado o la empresa privada sólo se preocuparían de salvar edificaciones así, de notorio valor arquitectónico e incluso material, porque el Estado simplemente no disponía de medios para más y porque los capitales privados luego debían sacarle el jugo a su inversión. En cambio, la gran mayoría de casonas señoriales, y casas de arquitectura popular de barrios como San Blas, San Cristóbal, Santa Ana, San Pedro, seguirían abandonadas a su suerte, convertidas en tugurios que se desmoronaban a pedazos.

Martín comprendía que no era sólo por dejadez o incuria que los dueños de esas viviendas no hacían nada para evitar que se ven-gan abajo. El problema era de costos. Conservar o restaurar una casona de acuerdo con las normas fijadas por el Instituto Nacional de Cultura demandaba una fuerte inversión que pocos propietarios estaban en condiciones de afrontar. En ausencia de políticas apropiadas de crédito o de algún tipo de exoneración tributaria, la única opción que les quedaba era asistir impasibles al desmoronamiento de sus casonas para en su lugar levantar impersonales edificaciones de ladrillo y cemento.

Ésa era, recién tomaba conciencia de ello, la razón del pesimismo con que miraba el futuro del Cuzco, la causa de su pasividad, de su escepticismo respecto a acciones quijoteskas como las que habían emprendido Manuel Cáceres y los hermanos Sánchez. Para salvar el Cuzco se necesitaban grandes soluciones. Los paliativos podían prolongar su agonía, de por sí larga como la de cualquier ciudad histórica, pero no evitarían que le llegase la muerte. Sí, el Cuzco estaba muriendo, muriendo a causa de la extrema pobreza del país que lo albergaba, enfermedad incurable que se complicaba con otras: ceguera y pasividad de sus autoridades, ignorancia e indolencia de sus pobladores, desidia de sus arquitectos, indiferencia de los organismos

internacionales, impacto de la modernidad con el arrollador avance del cemento y el ladrillo y con la proliferación del automóvil...

Ahora que calibraba la verdadera magnitud del drama que enfrentaba el Cuzco, Martín miraba con otros ojos al alcalde. Era verdad que había cometido la estupidez de someter al centro histórico a dudosas operaciones de cirugía estética, al planchado de unas cuantas arrugas, cuando lo que en realidad éste demandaba a gritos era una serie de delicadísimas intervenciones al corazón, pero era cierto también que con el fondo de emergencia, apenas dos o tres millones de dólares, quizá no hubiera podido culminar con éxito ni la primera de esas operaciones. Además, la culpa de que el alcalde hubiese distraído impunemente recursos destinados a la recuperación del casco monumental era justamente de los arquitectos restauradores, que no habían hecho nada para crear conciencia entre la población de las verdaderas urgencias de la ciudad. Era absurdo pues quejarse y despotricar contra el Eróstrato que decidió inmortalizar su nombre desgraciando lo que quedaba del Cuzco antiguo.

A cada paso, en sus frenéticos correteos, Martín encontraba muestras clarísimas que confirmaban su lúgubre diagnóstico. No existía calle en el centro histórico donde no hubiera un sinnúmero de casas en estado ruinoso, con sus arquerías convertidas en covachas, con construcciones precarias que invadían los zaguanes y patios, con los otrora espaciosos ambientes divididos y subdivididos hasta quedar convertidos en ratoneras, con las galerías de segundo piso apuntaladas con troncos, con las paredes desmoronándose y el estuco cayéndose a pedazos.

A Martín le hubiese gustado disponer de más tiempo para despedirse de la ciudad, hacerlo con calma, pero se consolaba pensando que quizá era esa premura, esa angustia que le llenaba el pecho, esa perturbación extrema, las que le daban agudeza a su mirada y exacerbaban su sensibilidad. Pensó incluso que algo parecido debió haber sentido el joven Garcilaso cuando recorría el Cuzco antes de

partir a España, sólo que el futuro cronista le decía adiós para siempre a una ciudad que estaba naciendo como amalgama de dos arquitecturas soberbias en tanto él se alejaba de una urbe que conservaba cada vez menos huellas de esas dos arquitecturas, que agonizaba, que estaba irremediablemente condenada.

Lo que más le costaba a Martín era hacerse a la idea de no ver terminada la Compañía, de no volverla a admirar por lo menos sin los andamios que escondían su fachada. En su turbación, llegó a pensar que quizá no era casual que la intensa relación que mantuvo con Cleo hubiese empezado en el techo de esa iglesia y que fuese allí donde cada día buscaba el valor para acercarse a ella y pedirle una cita, una última cita, la que resolvería todo.

Un viernes, esperó casi la hora de salida para esto, para decirle, tratando inútilmente de que la voz no le temblara, que no podían seguir torturándose de esa manera, que era mejor, por el bien de ambos, que conversasen.

—Está bien. ¿Cuándo? —le preguntó Cleo.

—Cuanto antes.

—¿Mañana entonces?

—¿Puedes? —no creyó él en su buena estrella.

—Te olvidas que estoy separada —le aclaró Cleo después de mirarlo durante unos segundos en silencio.

—Es cierto. Entonces mañana. ¿A las cuatro te parece bien? Aquí mismo, en el techo.

—Está bien —aceptó Cleo y volvió a sus asuntos.

Martín se dio cuenta de que estaba tan alterado que era mejor que nadie lo viese en ese estado. Echó pues una última mirada a esa oficina en la que había trabajado tantos años y, complacido con el orden en que se hallaba todo, salió de la Compañía con la intención de ir a comer algo. Ni bien llegó a la plaza, sin embargo, cambió de opinión y se dirigió hacia la cuesta del Almirante: quería pasear por el Cuzco antiguo por última vez.

Al cabo de unas horas subía ya por Quillichapata, pero una pareja que estaba besándose justo en la esquina de su casa le provocó un estremecimiento y le quitó las ganas de entrar. Continuó por el maloliente callejón hasta la cuesta de Santa Ana y por ésta hasta el mirador que estaba junto a la torre. La ciudad, a esa hora de la tarde, relucía como si estuviese bañada con oro. Martín, sintiendo más que nunca que su vida estaba arruinada, contemplaba ese panorama con los ojos velados por las lágrimas. Le hubiese gustado que su castigo fuese convertirse allí mismo en piedra, como en las leyendas incaicas, pero sabía que eso era mucho pedir.

Un brusco cambio de luz seguido de una ráfaga de viento frío lo sacó de sus pensamientos. Recorrió por última vez la ciudad con la mirada, desde San Blas hasta Almudena, donde destacaba el lunar blanco del antiguo Hospital de Naturales en el que funcionaba el Centro Internacional de Restauración, y luego volvió sobre sus pasos.

En la cuesta, algo lo empujó a entrar a la casa de la Sisa, para él una de las mejores muestras de la arquitectura popular cuzqueña, desgraciadamente en un estado en extremo deplorable. El primer patio, al lado derecho, tenía una escalera enmarcada por dos columnas que a su vez sostenían un pequeño corredor que terminaba allí donde la escalera giraba a la derecha. Una de las columnas era todavía de piedra. La otra hacía tiempo que había sido reemplazada por un tronco. El lado que estaba frente al zaguán cumplía las veces prácticamente de fachada interior, con un modesto portón al medio, una puerta a la derecha y un arco a la izquierda que conducía al patio interior. El segundo piso estaba formado por un pequeño arco a la izquierda y una logia a la derecha. Los otros dos lados, el que formaba ángulo con el zaguán y el izquierdo, eran más modestos, con una galería en «ele» en el segundo piso como único detalle destacable.

Martín, convencido de que esa casa no se mantendría en pie ni siquiera dos o tres años más, sacó la libreta que llevaba en el bolsillo y empezó a dibujar a toda prisa esa ingenua pero increíblemen-

te bella arquitectura, tratando de fijar lo más fielmente posible cada detalle. Acabó cuando las primeras estrellas brillaban en el retazo de cielo que se divisaba desde ese patio cuzqueño. Se sentía mejor. Algo bueno había hecho por su ciudad...

CODA

El abogado que, ante la mirada atónita de don Nicanor, se presentó en la Compañía escoltado por los cuñados y las llorosas hermanas de Martín, no creyó una palabra de lo que éste le dijo. «La verdad de lo ocurrido sólo Dios la sabe. Lo que interesa para la defensa es que la versión que usted dé sea verosímil», sentenció. «Lo que podríamos sostener es que hubo un fuerte altercado y que, en el transcurso del mismo, la occisa cayó al vacío accidentalmente».

Eso fue lo que Martín explicó al investigador que le tomó declaraciones, aduciendo que la razón de la discusión fueron los celos, los celos que él sentía del esposo de ella. Sobre el embarazo no le dijo una palabra ni siquiera al abogado. Era un tema que no tenía el valor de afrontar. Estaba dispuesto a cargar con la culpa de la muerte de Cleo si la policía y los jueces no se creían lo del accidente, pero jamás admitiría que el detonante de la tragedia fue ese embarazo.

En general, lo único que deseaba Martín era que las diligencias policiales y judiciales terminaran cuanto antes. La condena no lo inquietaba. Le daba absolutamente lo mismo pasar un año o el resto de sus días en la cárcel. Igual su vida estaba arruinada. Lo torturante e insoportable era mirar a los ojos a las personas que lo conocían y que conocían a Cleo, como cuando tuvo que aguantar la mirada

de don Nicanor mientras la fiscal y su comitiva hacían el levantamiento del cadáver.

Era esto lo que no entendía el abogado y lo que finalmente indujo a Martín a prescindir de sus servicios. La gota que colmó el vaso fueron los resultados de la autopsia.

—Usted no me había dicho que la mujer estaba embarazada —le espetó el abogado en la primera visita que le hizo en el penal.

—No lo sabía —se limitó a decir Martín, sin hacer el menor esfuerzo por parecer convincente.

—¿Cómo no lo iba a saber? Si eran amantes, usted tenía que saberlo —se enfadó el abogado—. Esa mentira le puede costar muy caro. La fiscal puede dudar de su versión y acusarlo prácticamente de homicidio doble. Si quería que yo plantee una buena defensa, no debió mentirme.

—No le he mentido. Y no quiero que se siga ocupando de mi caso —reaccionó a su vez con rabia Martín. Estaba cansado de la pedantería del tipo y de que se comportara con él peor que un enemigo. A sus hermanas, después de explicarles las razones por las que despachó al abogado, les dio el nombre del ex fiscal que leía comentarios en la radio. «Sé que les estoy causando muchos problemas, pero háganme este último favor, contáctenme con él», les rogó.

Con Ramiro Román, periodista aficionado además de hombre de leyes, Martín se sintió como con un viejo conocido. Resultó que era de su misma edad, poco menos de cuarenta años, y de una jovialidad que disonaba con el carácter tétrico de las historias que contaba en el noticiero. Por lo demás, parecía tan habituado a los hechos de sangre que se contentó con la versión que le dio Martín y no hizo un mundo tampoco del embarazo de Cleo. «Al tercer mes no se nota nada», argumentó. «Esperemos para ver qué acusación presenta el ministerio público».

Mientras la maquinaria judicial se echaba a andar, Martín tuvo que beber el mal trago del encuentro con sus padres. No se atrevió

a negarse a verlos, como había hecho con los colegas del convenio, sus pocos amigos y, sobre todo, con los comedidos que querían visitarlo en la cárcel más por curiosidad que para brindarle apoyo. Los dos viejitos habían resentido el duro golpe. Estaban abatidos y avergonzados, como si fuesen ellos los que habían cometido un crimen, pero se hacían los fuertes e intentaban mostrarse animosos. «Todo va a salir bien. Tienes un buen abogado. Debes tener paciencia y sobre todo fe en Dios, en su misericordia», repetían sin notar que se les estaban escapando las lágrimas. Martín en algún momento no pudo más y se abrazó a ellos para que pudieran llorar libremente y para también él redimirse en el llanto. «¿Qué necesitas, hijo? Nos tienes que hacer una lista para que te traigamos. Todas las semanas una lista. No te vayas a enfermar. Tienes que cuidarte», le recomendaron al despedirse.

Martín no necesitaba nada, ni siquiera un libro o una libreta para hacer apuntes. Si por él fuera, se quedara todo el día tirado en su colchón, pero incluso la cárcel le imponía obligaciones y un ritmo de vida. Además, estaba el abogado que lo visitaba casi a diario y las salidas a Palacio de Justicia.

A raíz del estado de Cleo se habían puesto en tela de juicio sus declaraciones y a la acusación de homicidio involuntario se había sumado en cierto modo, por lo menos implícitamente, en el ánimo de los representantes de la justicia, la de filicidio. Ni la fiscal ni el juez ni la policía le creían, en efecto, cuando se empeñaba en sostener que no sabía que Cleo estuviese embarazada. Tampoco daban crédito a su versión de que eran los celos el motivo del altercado, menos después de que el marido declarara que él se había ido de casa porque ella le confesó que esperaba un niño de otro hombre. El único que continuaba confiando en Martín, o en todo caso que aparentaba confiar en él, era Ramiro Román, el ex fiscal que siempre estaba de buen humor.

—Estamos empatados —le explicaba a Martín—: no hay forma

de que el ministerio público pruebe que estabas al tanto del embarazo y tampoco hay forma de que nosotros probemos lo contrario. ¿Qué hacemos para desempatar? Lo único que nos queda es demostrar que sí tenías motivos de sobra para estar celoso. Me has contado que Cleo tenía varios amantes. ¿Sabes el nombre de alguno de ellos? ¿Sabes dónde vive? Si demostramos la existencia de esos amantes, nadie dudará de tu versión. Nadie pensará incluso que el bebe era tuyo: podría ser de ti, del esposo, de cualquiera de los amantes.

Martín, sintiéndose entre la espada y la pared, venció sus escrúpulos y le dio al abogado el nombre del Zarco, indicándole dónde estaba ubicado el departamento que alquilaba en Cuzco. «La casa es de unos parientes de él», le explicó. «No vive aquí, pero viene seguido por negocios. Con él Cleo tenía una relación más estable. Casi como conmigo».

El abogado se puso tan contento al recibir esta información que hasta se frotó las manos, pero pronto estuvo de vuelta con una mala noticia: no había podido hallar a nadie que le diera razón de Fernando. Martín, desconcertado, atribuyó ese fracaso a una confusión.

—Esa urbanización es un desorden y encima todas las casas son iguales. Debes haber preguntado en otro lado —le explicó a Ramiro Román.

—Mejor hacemos una cosa: voy a solicitar la colaboración de la policía. Venimos a recogerte y tú nos llevas a la casa.

—¿Se puede hacer eso? —preguntó Martín. Le inquietaba la idea de caminar tras los pasos de Cleo, pero, al mismo tiempo, sabía que ya no podía echarse atrás.

Mientras esperaba que el abogado arreglara esa salida, Martín no pudo evitar el recordar lo maravilloso e intenso que fue el sexo con Cleo después de la aparición del trujillano. ¡Cuán lejanos le parecían ahora esos tiempos! ¡Por momentos tenía la impresión incluso de que Cleo, el Zarco, Trifon, Wang y tantos otros eran personajes

de un sueño, de un sueño que había empezado bien, como una fantasía erótica, pero que había terminado en pesadilla!

Dos investigadores del departamento de homicidios escoltaron a Martín y a su abogado hasta la casa donde se alojaba el Zarco. La señora que abrió la puerta se mostró desconfiada al encontrarse con cuatro desconocidos y se puso aún más suspicaz cuando Martín le explicó que necesitaban saber si era allí donde Fernando Alarcón alquilaba un departamento.

—¿Fernando Alarcón? ¿Quién es Fernando Alarcón? —preguntó la señora.

—¿Es usted la dueña de la casa? —le retrucó a su vez Martín—. Hasta donde tengo entendido Fernando Alarcón era pariente de los dueños de casa. La verdad, no sé si del dueño o la dueña.

—Claro que soy la dueña, pero no conozco a ningún Fernando Alarcón. Y mi esposo tampoco tiene ningún pariente Alarcón. Mi esposo apellida Gómez. Gómez Chávez —aclaró la señora para resultar más convincente.

—¿Pero ustedes alquilan un departamento? —insistió Martín desconcertado.

—¿Dónde? ¿Acá? No alquilamos. Nunca hemos alquilado. Aquí vive sólo mi familia. Disculpe, ¿y ustedes quiénes son? Me va a perdonar, pero me parece raro que estén averiguando tanto.

—Perdónenos. Parece que ha habido una equivocación —salió el abogado en ayuda de su defendido—. Muchas gracias. No vamos a seguir quitándole su tiempo.

Martín sólo atinó a retroceder unos pasos y a mirar la casa y la de los costados. No entendía nada. Varias veces había acompañado a Cleo a sus citas con el Zarco y ella, desde la esquina, le había señalado esa vivienda. ¿O sería alguna de las de al lado?

—A ver, preguntaremos en las casas vecinas —le leyó Ramiro Román los pensamientos y, de paso, tomó la iniciativa.

Martín lo vio parlamentar unos minutos primero en la casa de la

izquierda y luego en la de la derecha y, por su semblante preocupado, comprendió que nadie le daba razón del Zarco.

—¿Qué pasa, doctor? ¿No existe el tal amante? —interpeló uno de los policías al abogado cuando éste se les unió de nuevo.

—¿Estás seguro, Martín, que aquí era? —preguntó él a su vez, pero no recibió respuesta.

En los días siguientes, Martín se rompió la cabeza tratando de entender por qué Cleo le había mentido. ¿Tenía miedo de que él le hiciera una escena de celos delante de Fernando? ¿Era por pudor, quizás, o por traviesa o por defender siquiera un poco su intimidad que había decidido mantener en secreto el lugar de sus citas?

Acicateado por la necesidad de hallar una explicación, Martín le dio a su abogado los nombres de otros dos amantes de Cleo, a los que se podía ubicar en su lugar de trabajo o hasta por la guía telefónica si es que ella le había mencionado direcciones falsas. «Con los datos que te estoy dando de hecho puedes dar con ellos», alentó al ex fiscal a iniciar la búsqueda. Habían cambiado de papeles. Ahora era Martín el más interesado en que se ubique a algunos de esos hombres a los que tan bien conocía por los relatos de Cleo.

Las sorpresas, sin embargo, no habían terminado y eran a cual más desconcertante y difícil de digerir. A uno de los supuestos amantes el abogado, que empezaba a perder su buen humor, no lo pudo encontrar ni recurriendo de nuevo a la ayuda de la policía. Al otro sí lo ubicó, pero resultó ser una persona mayor, el padrino de bautizo de Cleo, y casi sufre un infarto cuando los policías le preguntaron si había sido amante de ella.

Un sinnúmero de posibles explicaciones, una más descabellada que la otra, empezaron a girar como un torbellino en la mente de Martín. Al final, cuando estaba a punto de perder la cordura, tuvo una idea que ayudó a resolver el misterio: le pidió a Ramiro Román que preguntara, en la casa donde supuestamente vivía el Zarco, si conocían a Cleo.

—A ninguno de los dos se nos ocurrió preguntar por ella —le

dijo—. De repente la conocen. De repente ella iba a esa casa por algún otro motivo.

Al día siguiente, cuando el abogado le contaba el resultado de sus averiguaciones, Martín empezó a sentir, presa de un vago temor, que se le nublaba la vista y que no era capaz ni de moverse, ni de hablar y ni siquiera de distinguir bien la frontera entre lo que él creía que estaba pasando y lo que en realidad estaba ocurriendo. «¿Qué tienes? ¿Te sientes bien?», escuchaba que le decía Ramiro Román, pero no atinaba a responderle nada. «¿Qué tiene? ¡Hay que llamar a un médico!», veía al abogado desesperarse, pero no terminaba de entender por qué todos se afanaban a su alrededor si él tan mal no se sentía. Sólo raro, como desconectado de lo que lo rodeaba, como si, cual pez en un acuario, se moviera en un medio distinto —más denso, menos translúcido— al del resto de la gente. «Ha sufrido un colapso nervioso», escuchó que decía un médico salido sabe Dios de dónde. «Le voy a poner un sedante».

Despertó con la cabeza pesada, llena de bruma, en un lugar extraño, parecido al consultorio de un médico o la sala de un hospital. No había a quién preguntar dónde se hallaba. Tampoco le interesaba mucho saberlo. Lo único que ocupaba su mente, de lo que no pudo librarse ni siquiera mientras dormía, era lo que le contó el abogado: que en esa casa conocían muy bien a Cleo porque era amiga desde el colegio de Lucy, la hija de la señora que les abrió la puerta, y que era Lucy la que había tenido un enamorado trujillano. No se llamaba Fernando Alarcón. No era zarco. Tampoco se había llegado a conocer con Cleo, pero las dos amigas hablaban todo el tiempo de él, sobre todo porque Cleo era muy reservada y nunca contaba sus asuntos. Ni siquiera había hablado de su embarazo.

Martín permaneció varios días bajo cuidados médicos en la enfermería del centro penitenciario. Privado de un futuro y con la impresión de que le habían robado el pasado, se sentía muy mal, completamente vacío, ajeno a todo.

Sólo cuando su mamá lo visitaba salía de su mutismo, pero para hablar de nimiedades, de asuntos sin importancia.

—Tienes que comer las cosas que te estamos trayendo —insistía ella.

—Sí como, mami —respondía él para tranquilizarla.

—No, no estás comiendo. El enfermero me ha dicho que estás comiendo muy poco. Si no comes te vas a enfermar de nuevo.

A Martín, que se sentía como muerto, esta preocupación por su salud le hacía sonreír. Le causaba gracia también que lo visitaran tantos médicos, a veces solos, a veces acompañados del abogado o de personas que no conocía, pero a ellos apenas les respondía con monosílabos o simplemente los ignoraba, sobre todo cuando empezaban a preguntarle por Cleo y los amantes de Cleo.

Ese asunto, desde que empezó a comprender las razones que tuvo ella para mentir, había dejado de interesarle. Era él, con su absurda exigencia de que se acostase con otros hombres, quien la había empujado a inventarse a todos esos amantes, que cumplían la noble misión de reavivar el fuego que se estaba apagando. Por eso Cleo los cambiaba cada cierto tiempo, tomando prestados a los enamorados de sus amigas, a sus padrinos y en general seguramente a cuanto hombre conocía. Estaba todo tan claro que Martín no entendía la insistencia de los médicos. ¿Qué querían? ¿Que les contase cómo era cada uno de esos amantes imaginados en la cama? ¿Que les dijese, por ejemplo, que al viejito que resultó ser su padrino ella lo presentó como a su amante más joven e inexperto, que le rogaba para que hicieran el amor y que cayó en desgracia porque cometió la imprudencia de seguirla a todos lados? ¿Que no fueran morbosos! Esos detalles no le interesaban a nadie. Por último, ni siquiera a él ahora que sabía que eran fruto de la imaginación de Cleo...

Cuando reanudó sus salidas al Palacio de Justicia, Martín notó que su abogado estaba de mejor humor que nunca y que la fiscal y el juez habían cambiado de actitud. Ya no sentía de parte de ellos esa animadversión tan fuerte que había al comienzo. Era como si

también los representantes de la justicia hubiesen perdido interés en su caso y se hubiesen contagiado de su apatía.

Haciendo un esfuerzo por seguir lo que se decía en la sala, Martín comprendió la razón de ese cambio y el motivo de tantas visitas médicas: el abogado había variado radicalmente su estrategia de defensa y ahora lo presentaba como a una persona que sufría perturbaciones mentales. Era bajo el imperio —así hablaba, como cuando en la radio se refirió al viejito que mató al seductor de su nieta— de estas perturbaciones que Martín había llegado a imaginar que Cleo tenía numerosos amantes y, presa de unos celos demenciales, había puesto fin a la vida de la pobre mujer. Los testimonios de los policías que participaron en la búsqueda de esos supuestos amantes y los dictámenes de los médicos apoyaban las afirmaciones del abogado e hicieron que el tema del embarazo pasara a segundo plano.

De no estar tan deprimido y exangüe, Martín se hubiera negado quizás a participar en esa farsa en la que se había convertido el juicio o, por el contrario, hubiese disfrutado mucho con ella. En el estado en que se encontraba, en cambio, era apenas un observador lejano, desinteresado, ausente, que sólo de cuando en cuando se acordaba de prestar atención a lo que estaba ocurriendo. Su mayor deseo seguía siendo que todo acabara cuanto antes, que dejaran de remover lo que había sucedido entre Cleo y él.

La sentencia fue bastante benigna. Según le explicó el abogado, los diez años de privación de la libertad se reducirían finalmente a cinco o seis por buena conducta, trabajo voluntario y no entendía bien qué otras razones. Además, cumpliría su condena no en la cárcel sino en el Centro de Salud Mental de la Almudena. Desde allí podría ver Santa Ana, su barrio, y quién sabe si más si es que los muros que encerraban a los enfermos mentales no eran extremadamente altos. El Cuzco era lo único que le quedaba. Saber que algo de ese Cuzco permanecía allí era lo que le daría siquiera un poco de sentido al tiempo que pasaría recluso...

Con el paso de los días, habituado ya a la compañía de esos inofensivos orates entre los que reconoció a muchos de los mendigos que por temporadas deambulaban por las calles del Cuzco, Martín comenzó a reconciliarse con su suerte. Poco a poco, incluso, empezó a ver con otros ojos a Cleo, a la Cleo que descubrió durante el juicio, la que aprendió a echar a volar su fantasía para que él no perdiera el interés en ella. Sería el recuerdo de esa Cleo el que lo acompañaría en los años que faltaban para el dos mil, cuando recobraría la libertad, y aun después porque estaba completamente seguro de que nunca volvería a encontrar a una mujer como ella...

Un mal sueño vino a quebrar esa tranquilidad que tan lenta y dolorosamente Martín iba recobrando. Se dirigía a la Compañía, como de costumbre animoso, pletórico de energía y de ganas de trabajar. Por el camino, cuando se acercaba al centro de la ciudad, se cruzó con dos o tres personas que llevaban, en cojines de terciopelo o bandejas de plata, imágenes del Niño Jesús. «Vienen de misa, de hacerlas bendecir», pensó y sintió una ligera desazón pues recordó que era seis de enero, Bajada de Reyes, y que ese día en el convenio, por una tradición instituida en tiempos de Beltrán, harían un alto para celebrar la fiesta.

En las inmediaciones de la plaza, Martín advirtió un ajetreo inusual para esa hora, lo cual hizo que aumentara su inquietud. Se percató al mismo tiempo de que todas, absolutamente todas las personas que transitaban por la calle portaban en las manos imágenes del Niño. Fijándose mejor, descubrió, presa ya de un miedo irracional, que lo que él tomó por figuras de yeso eran seres vivos, criaturas de carne y hueso que movían sus manitas y piececillos regordetes y que lo miraban cuando él pasaba por su lado.

Cada vez más angustiado, decidió volver sobre sus pasos para refugiarse en casa, pero una señora de edad, en la que creyó reconocer a la mamá de Cleo, le salió al encuentro y, mirándole con odio a los ojos, le puso delante de la cara una bandeja vacía. Martín qui-

so hacerse el desentendido y esquivarla, pero comprendió que era inútil intentarlo pues todas las miradas estaban clavadas en él...

Despertó despavorido, temblando, con el cuerpo bañado en sudor y el corazón latiéndole alocadamente. El silencio y la oscuridad no le ayudaban a dominar su pánico, pero era incapaz de extender la mano y encender la lámpara que tenía al lado, sobre una caja de madera que le servía de mesa de noche. Prefirió hacerse un ovillo y dejar que una vez más el llanto fuera la válvula de escape a su desesperación. Unas horas después, cuando amanecía y la claridad que se filtraba por la ventana empezó a dibujar el contorno de las cosas, pudo por fin enfrentarse a sus fantasmas y comprendió que la paz nunca más volvería a su vida, que en adelante nada sería fácil.

Un año después

En febrero de 1994, unos días antes de carnavales, en la ciudad se corrió la voz, nadie sabe cómo, de que un condenado estaba penando en la catedral. Por inaudito que pueda parecer, eran numerosas las personas que daban crédito a esta conseja y que se apretujaban delante de las puertas de la iglesia para escuchar los lamentos de esa alma que supuestamente no terminaba de encontrar el reposo en la otra vida.

Con la intención de escribir una crónica sobre tan curioso hecho, me acerqué en numerosas oportunidades a ese nutrido grupo que no raleaba a ninguna hora del día y pude comprobar que eran muchas y muy variadas las versiones sobre lo que en realidad estaba ocurriendo. Unos decían que en efecto se trataba de un condenado, de un joven que había cometido el terrible pecado de matar a su madre. Otros aclaraban prestamente que no, que el joven se había condenado no por cometer matricidio sino porque mantuvo relaciones incestuosas con su progenitora. Un tercer bando rechazaba de plano la existencia del condenado y argumentaba que se trataba de un poseído al que el arzobispo estaba exorcizando. No faltaban, por último, los escépticos de mentalidad cartesiana que afirmaban que todo era cuento, que habían estado horas parados allí y que de la iglesia no escapaba ningún ruido extraño, menos lamentos, gritos o quejidos.

La verdad, esta última posición era la que yo compartía desde un comienzo pese a que, por celo periodístico, cumplía con pegar las orejas a las rendijas de las enormes puertas. Mi incredulidad se tambaleó un tanto por eso cuando una tarde, a la hora en que el sol se estaba escondiendo tras los cerros, me pareció escuchar un prolongado lamento. «¿No será el viento?», les pregunté en voz baja a las personas que habían oído lo mismo que yo y que permanecían inmóviles con la curiosidad dibujada en los semblantes. «Shhhh», me hicieron porque en ese momento un nuevo alarido quebraba el silencio y creaba aún más expectativa.

Fue en esa ocasión cuando escuché, a la luz del crepúsculo, una explicación aún más delirante de lo que estaba ocurriendo, pero que, sin embargo, no dejó de impresionarme. Decía una señora que esos lamentos no eran de varón sino de mujer, de una mujer casada que había concebido al hijo de su amante en el interior de una iglesia y que por eso se había condenado. «Ese niño iba a ser un anticristo», añadió otra persona. «Por eso la mujer se suicidó antes de que esa criatura viniera al mundo».

Me pareció que esta historia hacía referencia a la tragedia que ocurrió en la Compañía a fines de 1992. Pensé por ello que quizá los antropólogos a los que consulté por esos días tenían razón cuando afirmaban que esos cuentos de condenados, poseídos o anticristos no eran sino expresión de temores colectivos provocados sea por un suceso que conmovía a toda una colectividad, sea por alguna calamidad natural o de algún otro tipo.

La crónica sobre el condenado de la catedral nunca pasó, finalmente, del título. Esa noche, sin embargo, ajeno a lo que ocurría a mis espaldas, estuve contemplando durante largo rato la Compañía de Jesús tratando de adivinar una vez más los entresijos del drama que ocurrió allí. Fui de los primeros en visitar a Martín Hernández cuando por fin él accedió a recibir a algunos amigos, pero es poco lo que he sacado en limpio de las conversaciones con él. Habla de todo, de

su pasión por el Cuzco y la Compañía, de su novia alemana que se ha comunicado con él y que pronto lo visitará, de los cuadros que los pacientes del manicomio pintan bajo su dirección, pero muda de semblante si alguien le toca el tema de Cleo.

Sevilla, abril de 1997 – Cuzco, febrero de 1999.

ÍNDICE

Primera parte	11
Segunda parte	73
Tercera parte	139
Cuarta parte	201
Coda	269
Un año después	283

Serie del río hablador

Otros títulos de esta colección:

Mario Bellatin

- *Flores*

Alfredo Bryce Echenique

- *Guía triste de París*
- *La amigdalitis de Tarzán*
- *No me esperen en abril*
- *Un mundo para Julius*
- *Tantas veces Pedro*

Alonso Cueto

- *Pálido cielo*
- *Demonio del mediodía*
- *El otro amor de Diana Abril*

Carlos Herrera

- *Crónicas del argonauta ciego*

Peter Elmore

- *Enigma de los cuerpos*
- *Las pruebas del fuego*

Gregorio Martínez

- *Biblia de guarango*

Edgardo Rivera Martínez

- *Libro del amor y de las profecías*
- *País de Jauja*

Raúl Tola

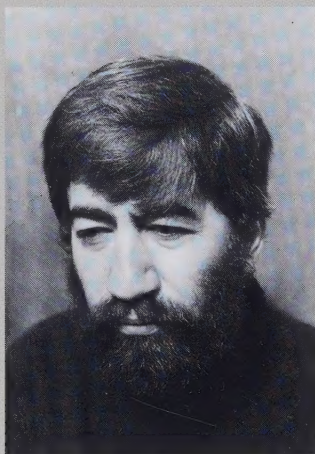
- *Heridas privadas*

Mario Vargas Llosa

- *Conversación en La Catedral*
- *La casa verde*
- *La ciudad y los perros*
- *La guerra del fin del mundo*
- *La tía Julia y el escribidor*
- *Los cuadernos de don Rigoberto*

Nicolás Yerovi

- *La casa de tantos*



Después de casi cinco siglos, nuevamente ombligo del mundo, Cuzco vive la agitación cosmopolita que se ha instalado entre la venerable

quietud de sus piedras.

También Martín Hernández forma parte de la multitud que deambula por la magia de esas noches doradas, pero su origen, su profesión de arquitecto restaurador y, sobre todo, su torturada relación con Cleo, confieren a sus días en el Cuzco una inquietante dimensión.

Historia de amor y de muerte, de búsqueda de la identidad personal y de los placeres y abismos del sexo, *Cuzco después del amor* es una reveladora incursión en uno de los escenarios peruanos más deslumbrantes y, a la vez, de más hondas resonancias históricas.

